

**¡OH DEPORTE!**  
**(ANATOMÍA DE UN GIGANTE)**  
José M. Cagigal

- © José M. Cagigal, 1981
- © Edición española, Miñón, S. A.

Vázquez de Menchaca, 10  
Valladolid  
Printed in Spain by  
Macro-libros, S. A.

I.S.B.N.: 84-355-0568-5  
Depósito legal: VA-226-1981

## ÍNDICE

### PROLOGO INTRODUCCIÓN

#### PRIMERA PARTE. *ANATOMÍA DE UN GIGANTE*

- I. **FRONDA**
  - Alarmante exuberancia
  - Espejismos para un subdesarrollo
  - Deporte, singular hecho social
  
- II. **SABIA O MOGOLLÓN**
  - Deporte, alternativa de vida
  - Vigencias fósiles
  - Contagios
  - Presagios para el deporte-espectáculo
  
- III. **RAÍCES**
  - Aceleración, tecno-intelectualización y extra-cerebralización
  - Humanismo «antropológico»
  - Deporte, antigua prosapia
  - Corolario
  
- IV. **ESQUEJE (¿Olimpismo en crisis?)**
  - Piedra angular
  - Tópicos y realidades
    - Apoliticismo
    - «Amateurismo»
  - Titubeos
  - La fuerza original
  - Bibliografía de la primera parte

#### SEGUNDA PARTE. *APUNTES*

- V. **VALOR HUMANÍSTICO DEL DEPORTE**
  - Los valores
  - Lo humanístico
  - La relación humana
  - El deporte
    - En la macro-relación
    - En la micro-relación
  - Una última consideración

**VI. MUJER Y DEPORTE (Un apunte de antropología cultural)**

II Un apunte

III Un apunte

IV Un apunte

Ultima consideración

Referencias bibliográficas del capítulo VI

**VII. EL DEPORTE EN LA EDUCACIÓN PERMANENTE**

Escuela y sociedad

Educación para la vida

Educación con el cuerpo

Deporte, actitud ante la vida

**VIII. EDUCACIÓN BÁSICA PARA UNA SOCIEDAD MÁS DEPORTIVA**

**(Revisiones pedagógicas)**

Corolario

**IX. EDUCACIÓN DEL HOMBRE CORPORAL**

Educar hondo

Persona, cuerpo y mundo

Educación motriz

El aprendizaje básico: la corporalización

Estudios y experimentaciones

Capacidades sensoperceptiva

Resultados académicos

*La agresividad*

*La ansiedad*

*El auto-concepto y la imagen del cuerpo*

*La psicomotricidad y el desarrollo intelectual*

Temporalidad y degradación corporal

Conclusión

Bibliografía del capítulo IX

**Referencias fotográficas**

## INTRODUCCIÓN

«Oh deporte..., tú eres la paz»

*En los momentos en que escribo estas líneas, febrero de 1981, todavía no ha salido la gran película oficial que, bajo la dirección de Yuri Ozérov se ha filmado y se está montando acerca de los Juegos Olímpicos 1980 de Moscú. El título del film, según ha sido anunciado, será la célebre frase del barón de Coubertín «Oh deporte... tú eres la paz».*

*Qué maravilla sería el deporte, si la cosa fuese tan sencilla. Pero ante el asombroso y desconcertante panorama del deporte de nuestros días, no podemos pasar, por ahora, de la mitad de la frase.*

*Esta afirmación enfática de Coubertín es una de las quintaesencias de su visión romántico-pedagógica del deporte.*

*Aun a pesar del más desmitificador rigor histórico, se constata que Coubertín creyó sinceramente en tales virtudes humanísticas y sociales del deporte, al menos en sus primeras épocas, cuando vive en Inglaterra y se asombra ante la obra educativo-deportiva de Thomas Arnold: cuando en 1894 consigue hacer realidad el primer Congreso Olímpico; y cuando en 1896 se inauguran, al fin, superadas las vigentes e impensadas dificultades, los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna. Después tuvo muchos desencantos. Pese a ellos, en 1922, en un original libro que escribe, *Pedagogie Sportive*, insiste en que las notas esenciales del deporte son: «iniciativa, perseverancia, intensidad, búsqueda del perfeccionamiento, menosprecio del peligro»<sup>1</sup>, bella síntesis de moralidad individual.*

*Todavía en 1935 en vísperas de los Juegos Olímpicos de Berlín lee por la Radiodifusión Alemana aquel célebre tratado, verdadero testamento olímpico. «Fundamentos filosóficos del olimpismo moderno», en el que recalca los principales valores de este movimiento: Sentido religioso, tregua universal, nobleza y selección, mejoramiento de la raza, caballerosidad, belleza, entendimiento entre todos los pueblos»<sup>2</sup>.*

*La realidad del movimiento olímpico a lo largo del siglo XX, ¿responde a este panorama ideológico? A la Organización de Naciones Unidas, al igual que anteriormente a la vieja Sociedad de Naciones, le habría bastado inscribirse en el movimiento olímpico para ofrecer un programa de verdadero entendimiento internacional, aparte de otros no despreciables valores humanos.*

*Pero el olimpismo en estos momentos se debate en una difícil lucha entre el mantenimiento de unos viejos principios y su adaptación a un mundo muy evolucionado y a un deporte, si cabe, todavía más evolucionado.*

*Desconozco el carácter y el mensaje —si es que lo tiene— que los realizadores soviéticos van a dar a su film «Oh deporte... tú eres la paz». Si son fieles al título, demostrarán que los Juegos-80 contribuyeron al mejoramiento de las relaciones entre los pueblos, que los organizadores fueron sus propulsores; y que otros países, principalmente otro poderoso país, boicoteó este movimiento pacificador. Pese a este boicot ahí está incorporado va a la historia de las Olimpiadas el grandioso evento de Moscú con su romántico símbolo, el osito Misha, que lloraba el día de la clausura al despedirse de tantos hermanos. Las cosas, indudablemente, no han sido tan idílicas. Como tampoco se puede caer en la simplicidad contraria: la de que un país defensor de la paz renuncie a la participación en unos Juegos hipotéticamente pacíficos organizados por un invasor. Porque hay una serie de coincidencias: la proximidad de las elecciones presidenciales de Estados Unidos: la proximidad de Afganistán a las grandes fuentes energéticas del petróleo, y la consecuente lucha por el monopolio de tales fuentes. etc.*

*Oh deporte... eres más bien vaivén de tensiones pacífico-bélicas. Eres un colosal instrumento de propaganda: un vistoso escaparate de exhibicionismo. Debes ser algo muy importante, porque se te disputan, como a una rica heredera, los más fuertes.*

---

<sup>1</sup> P. DE COUBERTIN. *Pedagogie sportive*. edit. G. Crés et Cie., París. 1922. p. 1.

<sup>2</sup> P. DE COUBERTIN. *Fundamentos filosóficos del moderno olimpismo*. Edic. española en «Ideario olímpico», edit. Instituto Nacional de Educación Física-Doncel, Madrid. 1973. pp. 212 y siguientes.

*En las páginas que siguen no hay otra pretensión que mostrar unas cuantas incisiones practicadas a este colosal organismo del deporte para examinar su complexión, su salud o sus dolencias. A eso se reduce la primera parte del libro.*

*En la segunda, siguiendo el mismo talante explorador, se ofrecen consideraciones desde áreas en las que se percibe una especial sensibilización, para acabar en sugerencias educativas, que es a donde apunta finalmente quien tiene preocupación por el futuro de cualquier quehacer humano.*

**JOSÉ M. CAGIGAL**

## PROLOGO

*Cuando la bibliografía deportiva vive uno de sus momentos más brillantes y la cuantificación de los volúmenes que tienen como temario la actividad deportiva es sorprendente, llega el doctor José María Cagigal con un volumen que no dudo en calificar como el más importante del rosario de libros deportivos que tiene publicados.*

*Este libro, que se abre con un signo admirativo, cual corresponde al impacto que el deporte esta produciendo en la sociedad moderna, viene a ser el compendio de muchos lustros de actividad docente, deportiva y pedagógica de su autor. A través de los cinco continentes, cambiando el estadio por el escaño profesoral, Cagigal ha sabido captar toda la importancia que a finales de este siglo xx ha alcanzado el deporte y todas las actividades que con el mismo se relacionan.*

*Pero no se limito a explicar sus vivencias y su permeabilidad a todo cuanto al hombre se refiere. Cagigal, en este libro, sabe penetrar en el problema, mejor diría en los problemas, que, el mundo moderno plantea a las actividades lúdicas del hombre, en un momento en que éste ha llegado a rebasar limites y cotas de tecnicismo, de investigación, de logros científicos y de toda índole, que habrían sido calificados como Sueños o locuras hace tan solo escasos decenios.*

*En este libro el autor aborda un análisis original del deporte.*

*La primero parte arranca de una visión panorámica y total de la inmensa importancia y enorme significación que el deporte tiene en nuestro tiempo. Cifras de espectadores, de dinero, glorias y conflictos deportivos, manipulaciones, etc., desfilan ante el lector componiendo un cuadro de la más palpitante actualidad. A partir de ellos pasa a la reflexión y a la crítica. Cagigal tiende a ser implacable con los responsables del deporte que pretenden jugar a magos proponiendo falaces fórmulas de rápido arreglo de un tema tan complejo e inmenso como es el deporte.*

*Mas que intentar buscar fórmulas prestadas de otras áreas de la vida, el autor sugiere la búsqueda de remedios a la orientación del deporte contemporáneo, en la originalidad del propio deporte. Y se adentra en un valiente buceo por la singularidad social del deporte, constatando su difícil adecuación a la sociedad general y, sobre todo, su conflictivo encuadramiento legal.*

*Pero principalmente se adentra en un análisis psicológico de la conducta deportiva. Pretende desentrañar los últimos por qué del hombre que practica deponer. Y no vacila para ello incluso en incursión paleo-antropológica, de la que deduce un convencimiento de que la acción física humana, sobre todo la ejercitación manual, es un hecho tan inteligente como el desarrollo verbal. Ahí basa la profunda razón antropológica, filosófica, del deporte. El hombre que ha ido abandonando la actividad física en un proceso de sedentarización, necesita volver a la actividades si no obligada, al menos voluntaria: el deporte. No sólo para que el cuerpo no se convierta en un «parásito, fuente de achaques y neurosis», sino para el equilibrio de la propia inteligencia humana.*

*Al olimpismo le llama Cagigal «el esqueje» del deporte, «su quintaesencia y su decantación». Por eso le dedica el más extenso capítulo, que acomete a partir de sus conflictos internos, de sus contradicciones, de su «patología». Analiza su politización y el mito del «amateurismo» en la historia del olimpismo moderno. Cagigal no se anda con concesiones: fórmula documentadamente que el «amateurismo», que como concepto expresa una actitud desinteresada en el deporte, como suceso histórico es principalmente consecuencia de una discriminación social presente en el deporte inglés a finales del siglo XX. Pero también es consciente el autor del enorme riesgo de una total profesionalización de los Juegos Olímpicos. Unos competidores totalmente metalizados «perderían —dice— su credibilidad deportiva, lúdica». Es el gran «juego» competitivo, no tanto la perfección técnica de las evoluciones, lo que arrastra masas seguidoras del espectáculo deportivo.*

*Sugiere formalmente un replanteamiento del movimiento olímpico a partir de sus propios valores humanos, que son los que se concretan simplemente en el deporte, y una superación de algunas de las características*

*histórico-sociales que han condicionado hasta ahora el olimpismo: su occidentalismo y su carácter, en alguna manera, clasista.*

*Cagigal tras su crítica sincera, trasluce su profunda fe en el olimpismo, porque es un hombre que tiene fe en el deporte. Para él el deporte es una de las más inteligentes actitudes humanas: y precisamente por ello, por su humanismo y no por su estrépito, es una importante realidad.*

*La segunda parte se compone de cuatro capítulos:*

*El primero «Valor humanístico del deporte», donde se sopesa el hecho deportivo a partir principalmente de la relación humana.*

*En «Deporte e identificación femenina» se plantea el acceso de la mujer al deporte: destaca un análisis de gran originalidad sobre la llamada «sociedad machista».*

*Los dos últimos, «El deporte como educación permanente» y «Educación del hombre corporal» muestran la habitual preocupación del autor por la incorporación de la «actitud deportiva» y de la «actividad motriz» a las áreas básicas de la educación. Para el autor esta educación por el movimiento no es una actividad que debe incluirse en los esquemas educativos infantiles: es el centro de la actividad educativa infantil. «Claro que —dice— los educadores tendrían que estar preparados para esta tarea».*

*En suma, éste es un libro importante y necesario para los que están o esperan vivir en el mundo del deporte.*

**JUAN ANTONIO SAMARANCH**

Presidente del  
Comité Internacional Olímpico  
Mayo de 1981

## REFERENCIAS FOTOGRAFICAS

Gentileza de la publicación «FOTOSPORT». Club Natación Reus «Ploms».

1. «Cyclecross», Jaromir CEJKA. Checoslovaquia, pág. 22.
2. «Cesta punta», Antonio Mencos. España. pág. 44.
3. «Rugbymaim», José I. Giménez. España, pág. 53.
4. «Sturz beim Radrennen». Waltern Dorn. Alemania B.R.D., pág. 53.
5. «Vdoxnovenie», Vyaneslav Polunin, U.R.S.S.. pág. 93.
6. «Atleta», Luis E. Cáceres K. Guatemala, pág. 119.
7. «Gimnastika», V. Ajlonov. U.R.S.S., pág. 134.
8. «Kreis», Dimo Ragew. Bulgaria. pág. 142.
9. «Chin-fu-lin», Taiwán. pág. 179,
10. «Con todo...!! » Pedro Luis Raota F. Fiap. República Argentina. pág. 179.
11. «Karate IV», Pierre Gemin. Francia, pág. 185.
12. «Once more», J. Utkin. U.R.S.S.. pág. 185.
13. «Les pêcheurs», V. Marciue. Rumania, pág. 193.
14. «Rugby», Walter Dorn. Alemania, pág. 215.
15. «Speed in black and white». F. R. Nihot. Holanda. pág. 215.

## **PRIMERA PARTE: ANATOMÍA DE UN GIGANTE**

### **I. FRONDA: ALARMANTE EXUBERANCIA**

A estas alturas de la penúltima década del siglo XX, en una enumeración de los grandes temas de nuestro tiempo no podría faltar el deporte. Junto a la crisis y alternativas de la energía, la contaminación, la tecnorobotización, la imparable carrera de armamentos y la no menos imparable y creciente desigualdad económica y cultural de los pueblos, los avances científicos de la ingeniería genética, la biología molecular, la telemática, la carrera espacial, etc., habría que colocar al deporte. No porque haya de situarse entre los quehaceres más importantes del hombre —cosa que más adelante nos atreveremos a discutir— sino porque verdaderamente es uno de los sucesos representativos de nuestra época.

Precisamente en una era señalada por la cuantificación, el deporte derrocha cantidades: de espectadores, de participantes, de instituciones, de unidades informativas, de negocio, de industria...

Se calcula que unos mil millones de personas contemplaron las jornadas inaugural y final de los Campeonatos Mundiales de Fútbol de Argentina en 1978. Esta cifra habría sido netamente rebasada en la inauguración y clausura de los Juegos Olímpicos de Moscú de 1980 si no hubiese existido el boicot secundado por más de 50 países. Aun así muchos cientos de millones de telespectadores presenciaron en directo dichos actos. Para los Mundiales de Fútbol de España en 1982 se prevé que la cifra superará ampliamente los mil millones. Los recintos deportivos con capacidad superior a cien mil espectadores, tales como el estadio de Maracaná en Río o el del River Plate en Buenos Aires, el Santiago Bernabeu en Madrid, el Camp Nou en Barcelona, el San Siro en Milán, el Strahof en Praga, etc., agotan con frecuencia su aforo. En Alemania Federal existen más de quince millones de deportistas federados. En la República Democrática Alemana se superan los siete millones. En la Unión Soviética hay más de cincuenta millones. En general el número de deportistas federados en el mundo aumenta de año en año. A estas cifras hay que añadir otros muchos millones de participantes fuera del radio de acción de las federaciones. Las «espartaquíadas» soviéticas, por ejemplo, movilizan en sus distintas demostraciones alrededor de cincuenta millones de personas de todas las edades. Sólo en la demostración final de la «espartaquíada» de Praga, que se repite cada cinco años, intervienen más de 130.000 gimnastas seleccionados tras dos años de participación masiva en todas las regiones del país con varios millones de actuantes.

El deporte en sus variadas formas y organizaciones conoce un número cada vez creciente de activistas. Se puede hablar de verdadero movimiento de masas. Incluso en pruebas de enorme exigencia como la carrera de maratón intervienen cantidades ingentes de corredores. En la maratón popular de Madrid de 1980 compitieron más de 6.000 personas. En la de Nueva York en octubre del mismo año el número de participantes superó los 14.000. de los que más de la mitad terminaron la carrera. Lo que es incontable en el sentido estricto de la palabra, puesto que se desbordan todos los sistemas de catalogación estadística, es el número de participantes en él «jogging», «footing» o «running», que inunda parques y avenidas de las grandes ciudades; e igual sucede con otras prácticas netamente populares surgidas al margen de los esquemas típicos del deporte moderno.

El volumen informativo alrededor del hecho deportivo rebasa todo lo que podría imaginarse hace treinta y cinco años. Solamente la información política —la internacional más las nacionales— supera este volumen. La información deportiva es ya como una sopa diaria, un sonsonete al que se han acomodado nuestros oídos y del que difícilmente podrían prescindir. Semanalmente cientos de miles de páginas periodísticas sobre el deporte salen a la calle; hay millares de revistas especializadas en información deportiva. En los Juegos Olímpicos de Moscú de 1980 hubo más de 4.000 periodistas acreditados. Estos facilitaban la información «in situ»; detrás de cada uno de ellos toda una organización estaba pendiente, durante los dieciséis días, del máximo evento deportivo; eran varias decenas de miles de profesionales consagrados exclusivamente al deporte.

Pero ya no es sólo el volumen de los acontecimientos estrictamente deportivos. Siguiendo el espíritu de la «Carta Olímpica» del Comité Olímpico Internacional, los organizadores de los Juegos Olímpicos se comprometen a un extenso y exigente programa cultural. En los de Moscú dicho programa cultural duró catorce meses; fue inaugurado en julio de 1979 con él «Festival de Arte de los pueblos de la URSS» y

clausurado en agosto de 1980 tras una: exuberante secuencia de conciertos, recitales, exposiciones, festivales, etc. Pese a su desmesura, cada vez más el deporte —incluso el espectáculo deportivo— es entendido como manifestación cultural no sólo compatible sino aconsejable entre otras manifestaciones culturales.

Este inmenso crecimiento del deporte ha producido voces de alarma. Se habla ya, desde los Juegos Olímpicos de Roma en 1960, del «gigantismo» y de sus enormes riesgos. No solamente preocupa quién pueda estar verdaderamente capacitado para organizar unos juegos olímpicos, asunto en estos momentos reservado a países económicamente poderosos. Todo el deporte en general, no sólo las olimpiadas, aparece aquejado de trastornos de desarrollo, una especie de monstruosa acromegalia.

En el deporte profesional las cifras son detonantes. En el combate entre Mohamed Alí (Clasius Clay) y Foreman, hace ya varios años, se habló de una bolsa para el campeón por encima de los seis millones de dólares. El Arsenal inglés ha pagado por el fichaje de Clive Allen un millón de libras esterlinas. En los intentos de compra de los colosos del fútbol actual, el alemán Rumenigge y el argentino Maradona, se barajan cifras superiores a los 500 millones de pesetas. Esto está llevando a una crisis del fútbol-espectáculo y en general del deporte-espectáculo. (En baloncesto, por ejemplo, en Europa, se fichan jugadores americanos por encima de los 100.000 dólares. En el balonmano español, considerado aún como deporte «amateur», jugadores punteros salen al cabo del año por varios millones de pesetas cada uno.)

Los costos (llámense gastos o inversiones) previstos para el Mundial 82 en España causan preocupación a cualquier responsable de la vida social. Sólo en el concepto de remodelación de los campos donde se jugará la fase final del campeonato, siguiendo las exigencias de la FIFA, se alcanza la cifra de 7.188.062.000 ptas. De esta cantidad, 2.270.810.000 serán abonados por el Comité de Organización gracias a las recaudaciones del correspondiente porcentaje semanal de las «Apuestas Mutuas», y 4.917.252.000 por los respectivos propietarios de los campos de fútbol (en unos casos, Ayuntamientos, y en otros el club correspondiente de primera división). De estas cifras destacan los casi 500.000.000 de ptas. que habrán de desembolsar los Ayuntamientos de Vigo y La Coruña, o los 450.000.000 que le corresponden al Athletic de Bilbao, o los 409.000.000 al Sevilla, C.F.<sup>1</sup>. A propósito de estas cifras, Julián García Candau, en su libro *El fútbol sin ley*, comenta: «Para algunos ayuntamientos que solicitaron el mundial, como si en ello les fuera la vida, la inversión será muy gravosa, y para los clubs propietarios de los terrenos los millones a gastar serán una pesada carga que en algunos casos, probablemente, se convertirá en la total bancarrota. Los clubs de fútbol, aunque ahora va no están considerados como entidades mimadas por el gobierno y por tanto han de cotizar a Hacienda por todos los conceptos de ingresos, no son ciertamente buenos pagadores»<sup>2</sup>.

No es ésta una afirmación gratuita. En septiembre de 1980 estuvo a punto de producirse una huelga general de los futbolistas profesionales españoles con motivo de las fuertes cantidades que en concepto de sueldos no pagados adeudaban algunos clubs de primera y segunda división a sus jugadores. La cifra en el momento de la convocatoria de la huelga ascendía a 265 millones de ptas. Al fin, tras intensas negociaciones en las que hubieron de intervenir el presidente de la Federación Española de Fútbol, el secretario de Estado de Cultura Física y Deporte y el propio ministro de Cultura, y gracias al pago de la mayor parte de lo adeudado, la huelga no se hizo efectiva.

El conflicto vino a revelar la precaria situación económica de muchos clubs de fútbol. Ello es consecuencia, entre otras cosas, de una inflación de mercado futbolístico mucho más desorbitada que la gran inflación económica del país. Muchos directivos fichan jugadores brillantes con costos muy por encima de sus capacidades tesoreras; endeudan al club, y se entra en un círculo vicioso del que es difícil salir. Porque el problema no es sólo de irresponsabilidad económica, sino que proviene de hondas raíces estructurales del fútbol y del deporte en general.

Sin querer entrar en detalles que ya han sido narrados por informadores más descriptivos, a grandes rasgos el tema se resume en la creación hace varios años de la AFE (Asociación de Futbolistas Españoles) para defender los intereses de los jugadores profesionales frente a los supuestos abusos de muchos clubs.

---

<sup>1</sup> Cifras oficiales en julio de 1980.

<sup>2</sup> J. GARCÍA CANDAL. *El fútbol sin ley*. Ed. Penthalon. Madrid. 1980, p. 148.

Alentados por una sentencia del Tribunal Supremo, hace más de diez años, la cual definía que el contrato firmado entre un jugador profesional de fútbol y su club era de carácter laboral —carácter que nunca había sido admitido anteriormente en el ámbito del fútbol— dicha asociación ha venido planteando reivindicaciones sobre diversos temas, entre los que destacan la regulación honorable del tradicional y riguroso derecho de retención de los clubs, el ingreso de los futbolistas profesionales en la Seguridad Social en razón de su condición de trabajadores por contrato, el aludido pago de deudas de los clubs a jugadores, y, más recientemente, inmersos en plena temporada de 1980-81, la derogación de la norma federativa de los «sub-20» mediante la cual todo club de primera y segunda división tiene la obligación de incluir en la alineación de cada partido oficial a dos jugadores menores de veinte años. La exposición detallada de cada uno de estos temas, con sus pros y contras, nos llevaría a largos análisis y comentarios, que, por muy sabrosos que sin duda fuesen, no constituyen el objeto de nuestro estudio sobre el deporte en general. Pero valga una somera recopilación.

A muchos aficionados y comentaristas ha disgustado la actitud de los jugadores profesionales. A otros les parece justa su postura frente a una normativa federativa obsoleta, de la que sacan partido los clubs. Entre los primeros se podría citar a Pedro Escartíri, viejo y admirable apasionado por el fútbol-deporte, quien en su columna del diario madrileño «Pueblo» escribía en septiembre de 1980: «... la Asociación de Futbolistas Españoles es organismo válido, necesario como interlocutor que no existía. Lo que en forma alguna se puede permitir es su intento de convertirse en entidad que legisle y mar-que el camino a seguir por clubs y federaciones. De eso, nada, porque no ocurre en parte alguna del fútbol mundial, pero los dirigentes de la AFE sólo miran el fútbol como puestos de trabajo, y esto, que debe conocer el aficionado, resulta intolerable, absurdo, desde cualquier ángulo que se mire... ¿Habrà huelga? Que la haya. ya que, a fin de cuentas, ¡os protagonistas van a cavar su propia sepultura profesional. Y conste que estamos al lado de la AFE en cuanto al justo cobro de los 265 millones que cierto número de clubs deben a sus jugadores. Lo que resulta intolerable es que se pretenda la derogación de la norma «sub-20» donde los pobres clubs, que se ve claro no pueden soportar el desorbitado profesionalismo, pretenden rejuvenecer sus cuadros y abaratar la plantilla. ¿Quién es la AFE para inmiscuirse en esto? El argumento del señor Cabrera Bazán de que va contra el Estatuto de los Trabajadores porque pierden puestos de trabajo es cómico e indignante. No habrá más que el cambio de veteranos por jóvenes.»

«Claro que en esa relación de clubs deudores están, y los recordamos bien, una serie de presidentes insensatos, malos administradores, hombres que permitieron el fracaso de la economía del club con tal de que no fracasara su vanidad personal. Se habla a veces de importar árbitros extranjeros, gran absurdo. Se traen jugadores de otros países, y yo pregunto si no sería más práctico importar dirigentes del fútbol de Alemania, hombres de club.»<sup>3</sup>

He recogido la cita con amplitud porque en este apasionado comentario, movido por una honda y honesta preocupación por los derroteros que toma el fútbol profesional, se avizora uno de los graves conflictos estructurales que aqueja al fútbol-espectáculo y al deporte en general: su definitiva conversión en *puro* espectáculo.

Por su parte el profesor Cabrera Bazán, verdadero cerebro de la AFE, ha expuesto en muchas ocasiones con rigor y con total razón jurídica que los llamados «jugadores profesionales» —ahí es nada la antinomia semántica— son trabajadores por cuenta ajena mediante contrato firmado con una empresa, el club. Por ello deben acceder sin restricciones a todos los derechos que reconoce el Estatuto de los Trabajadores y otras reglamentaciones laborales. Ante la promesa formal del ministro de Cultura señor Caveto de que los Estatutos del Futbolista profesional estarían promulgados antes del 31-1-81. la AFE «desconvocó» la convocada huelga.

Sin necesidad de haber entrado en detalles hemos accedido a un vocabulario retundo en el que el deportista profesional es un «trabajador», y el club es una «empresa». ¿Habrà que aceptar que el profesionalismo deportivo salga ya de la placenta materna del deporte tradicionalmente concebido y se establezca como mero espectáculo? Entonces habrá que pensar en otras estructuras socio-deportivas, en otras reglamentaciones jurídicas, en otros amparos administrativos. ¿Qué pintaría ante ello el actual sistema federativo?, y más

---

<sup>3</sup> En el diario «Pueblo», 4.oct. 1980.

profundamente, a nivel de vinculación psicológica al deporte, a la búsqueda de la raíz psicológica de la afección deportiva: ¿el deporte convertido en puro espectáculo ¿atraerá la pasión y el desahogo popular como todavía lo hace hoy?

La espiral **conflictiva** en el fútbol y en otros deportes absorbe en su torbellino no solamente a los grandes clubs de primera división, sino a los de segunda, tercera y hasta de inferior categoría. Hay clubs de segunda regional repletos de deudas. Jugadores de esta categoría que son traspasados de un club a otro reciben por sus fichajes hasta medio millón de pesetas. Los muchachos que pertenecen a plantillas de clubs donde todavía no imperan estos derroches se quejan de la «roñosería» de sus directivos. En cualquiera de las ocho categorías oficiales del fútbol español se encuentran muchos más clubs atrapados que con arcas saneadas. A los responsables del deporte deben preocupar más estos desequilibrios a niveles medianos y modestos que los despilfarros entre los grandes, aunque también éstos sean alarmantes.

El turbillón **inflacionario** alcanza a otras modalidades deportivas. Se calcula que la estrella del tenis sueco Borg, entre premios directos de torneos, exhibiciones, publicidad y negocios entroncados con el tenis, gana sobre mil millones de pesetas al año. Sin ser el campeónísimo Borg, no es hoy infrecuente entre las primeras series del tenis ganar por encima de los 20 millones al año. Las cifras oficialmente comunicadas por la asociación de tenis de Estados Unidos atribuyen a la jugadora checa Martina Nauratilowa 53 millones de pesetas ganados directamente en torneos durante 1980, y a la americana Tracy Austin, 49 millones. En golf las cifras son todavía superiores. En motorismo, esquí, incluso atletismo, se registra análogo nivel de motivación crematística. En el ámbito del automovilismo se barajan cifras casi astronómicas. Para la competición de Fórmula 1, hay escuderías como Renault, Ferrari, Talbot-Ligier, Williams, Alfa Romeo, etc., que rebasan los mil millones de pesetas de presupuesto anual. Pilotos punteros, como Alan Jones, Lauda, Reutemann, se acercan en sus ganancias a 200 millones por año. Entre diez y quince mil millones de Ptas. se mueven cada año en el campeonato del mundo de Fórmula 1. No es extraño que con tanto dinero de por medio la FISA y la FOCA anden a la greña. También, por lo mismo, es fácil que en cualquier momento se avengan a ponerse de acuerdo. Hay dinero para todos.

En los países de Europa del Este se presenta otra problemática: los atletas de Estado. Un sistema de recompensas, ascensos profesionales, condecoraciones lucrativas y últimamente incluso premios, estimulan al deportista a superarse. Junto a ello, en altos niveles, la ilusión casi enfermiza y generalizada de viajar al extranjero, como lo manifestaba hace unos años durante sus entrenamientos en el INEF de Madrid el polaco hoy campeón olímpico y record-man mundial de pértiga Kosakiewicz, quien daba por bien pagada la dureza de sus entrenamientos y obsesionantes caídas desde cinco metros por viajar a otros países con el equipo nacional. Hace algún tiempo la agencia Alfil emitió una información sobre la entrega de «premios» en metálico y otras condecoraciones por valor de millones de marcos a los destacados deportistas de la República Democrática Alemana. «Estas condecoraciones y distinciones —sigue la información de Alfil— corresponden siempre a premios importantes, libres de impuestos y que pueden llegar a ser hasta treinta veces el salario medio de un trabajador (860 marcos mensuales). Entre los distinguidos figuran Renate Stecher, Ruth Fuchs, Kornelia Enders, Ulrike Richter, y otros muchos.»

En países de Europa Occidental como Francia, Italia, España, los deportistas de alto nivel competitivo reciben apreciables remuneraciones en distintos conceptos («becas» de estudios, «sueldos perdidos», «ayudas a la preparación»). Esto llega a un buen número de deportistas. En atletismo el director técnico de la Federación Española, Carlos Gil Pérez, con evidente realismo, presentó en septiembre de 1980 un proyecto de preparación aprobado por la Federación Española, en el que a la categoría de «atletas olímpicos» se le asigna la cantidad de 70.000 Ptas. mensuales (con 5.000 de incremento cada año hasta cumplir el ciclo olímpico en 1984), aparte de otras atenciones, dietas, etc. El excelente equipo español de piragüismo, que ha sido campeón mundial y obtenido varias medallas olímpicas en Montreal y Moscú, ha pasado cada año varios meses de preparación en el extranjero. Sin que se haya llegado a un profesionalismo —de lo cual precisamente se han derivado serios problemas laborales y humanos en varios de sus componentes— esta preparación con la continua competición en el extranjero exige un grado de habitual compensación económica al menos lo suficiente para vivir: aunque, repito, no se hayan resuelto serios problemas del futuro profesional de muchos de sus componentes. El mismo tipo de dedicación y de problemas personales y laborales se ha manifestado en el equipo español de kárate, campeón del mundo en noviembre de 1980. Esta situación, a caballo entre un pseudo-profesionalismo no oficialmente declarado y la falta de consecuencias laborales, profesionales,

jurídicas de un «status» inidentificado, engendra en estos grandes deportistas angustias frustrantes «con riesgo —en expresión verbalmente manifestada por el entrenador oficial del equipo de kárate. Antonio Oliva— de que esas frustraciones les conviertan de triunfadores en marginados sociales y, a la larga, en enemigos de un deporte “explotador”». Podríamos seguir enumerando problemas concretos en casi todos los deportes en los que se accede a alto nivel competitivo. Serían variaciones sobre un mismo tema; situaciones específicas, más o menos idénticas o diferenciadas por las circunstancias particulares que rodean a cada deporte; pero en definitiva problemática general derivada de la antes apuntada insuficiencia estructural del deporte; con pocas vías de solución por una falta de identidad del propio deporte.

### ESPEJISMOS PARA UN SUBDESARROLLO

Volviendo al fútbol —que tanto en España como en la mayor parte de países es, sociológicamente hablando, el deporte rey— las reivindicaciones de la Asociación de Futbolistas Españoles plantean en principio problemas de carácter laboral, legal; pero descubren otra problemática más profunda. Inducen al replanteamiento de la misma razón de ser del deporte-espectáculo.

Este gran gigante asusta por sus dimensiones, por sus cifras, números, cantidades, y sucede que en los intentos por diagnosticar este fenómeno predomina cada vez más precisamente lo cuantitativo. Se multiplican estadísticas, diagramas, índices, matrices...

Es especialmente preocupante el hecho de que en los escasos intentos de estudiar seriamente el deporte —sobre todo cuando a algunos dirigentes les acomete el complejo de demostrar planificación científica— el alarde de cifras, la cuantificación, los cuadros, esquemas, incluso fórmulas matemáticas, se acumulen como panacea y se lleven a otros niveles del deporte que nada tienen que ver con el espectáculo. En un alarde de anacronismo, aunque esté motivado por sanos deseos de desarrollar el deporte correctamente, se reduce con alarde matemático y estadístico a cantidades, a aparato *cuantitativo* lo que está gravemente necesitado de tratamiento *cualitativo*. No está mal medir la estatura de este inmaduro gigante y analizar con profusión sus ejes y parámetros esqueléticos. Pero urge sobre todo un análisis de la clase de mal, de la *cualidad* de la dolencia que origina tal crecimiento, la cual, sin necesidad de cifras, ya era patente al observador normal.

Las cifras, los números, las fórmulas, son útiles —a veces necesarios—, y cuando están correctamente elaborados, bienvenidos sean; pero es peligroso quedarse en ellos, deleitarse en una numerolatría disfrazada luego de proyectos y prospectivas.

En julio de 1980 se publica un estudio en tres tomos titulado «Directrices de la política deportiva del Consejo Superior de Deportes», con el cual la empresa «Inventica 70» corona un encargo en el que llevaba varios años contratada por el Consejo. Lo más valioso del trabajo son los tomos referentes a «Encuesta sobre práctica deportiva» (II) y («Aplicación de la política deportiva del Consejo Superior de Deportes en un barrio de la gran ciudad» (III). En el primero de los dos se procede a una prospección, bien elaborada técnicamente, acerca de la práctica deportiva de los españoles, sus actitudes con respecto al deporte y a sus estructuras, sus criterios preferencias. El resultado es la presentación casi en bruto de los cuadros y esquemas de la encuesta. Es un acopio de datos, muy útil, sobre todo para quienes han de orientar y planificar la actividad física y el deporte en una población. Entra dentro de la más correcta política de gobierno y de orientación conocer el hábito y la actitud deportiva de la población sobre la cual se va a actuar. La encuesta es altamente provechosa a pesar de las indecisiones conceptuales derivadas de una falta de teoría deportiva.

El tomo III, dedicado al estudio socio-deportivo del barrio madrileño de Tetuán, es válido en la parte de mero análisis sociológico: las descripciones urbana, demográfica, socioeconómica, de equipamiento, etc. La parte referente a «la aplicación de la política deportiva del C.S.D. a Tetuán-Este» incurre ya en los vicios de origen de la misma política planteada.

Esta política es expuesta con una amplitud de detalles y reiteraciones en el tomo I. Parte de un esquemático planteamiento con el principal objetivo de elevar el «nivel deportivo» del país. Este se basa en conceptos como el de «desarrollo deportivo» y «elite deportiva», simplificaciones gruesas de una realidad sociológicamente tan variada y psicológicamente tan compleja como es el deporte en la época actual. Estableciendo una fórmula matemática y siendo fieles a sus resultados numéricos la elevación del nivel

deportivo está asegurada. Se llega a hacer una cuantificación de este nivel deportivo y una comparación entre el «nivel real» y el «ideal». Supuesto el objetivo ideal en 100 puntos, en 1978 nos encontrábamos en España en 19,4, y en 1979 en 26,81, es decir, a 73,19 puntos de diferencia con respecto al «ideal» de 100.

No pretendo hacer una crítica en breves líneas de tan extenso trabajo. Pero no puedo dejar de constatar aquí la grave preocupación producida por *una tan* increíble e iluminada simplificación planificadora. Todo está previsto en varias fases hasta el año 1990 en que prácticamente se alcanzará el nivel ideal, caso de que se siguiese al pie de la letra lo planeado. Se realizarla a base de grandes programas: promoción de «deporte escolar para todos», de «planificación», de «deporte federado» y «desarrollo de la estructura básica»: «personal técnico», «equipamiento», «investigación», «documentación». Todo ello dividido en numerosos subprogramas.

Solamente en el somero análisis de lo que en dicho estudio se da por logrado en 1979 se advierte la ruptura con la realidad que establece dicho estudio.

Afortunadamente el actual equipo directivo del Consejo Superior de Deportes no ha querido aceptar esta herencia planificadora. Pero solamente en el hecho de que haya responsables del deporte que lo hubiesen tomado en serio demuestra el grado de subdesarrollo cultural en que se encuentra nuestra parcela social; y más aún, la ignorancia acerca de la verdadera realidad del deporte por parte de políticos en cuyas áreas de mando se encuadra el deporte. Para otras actividades se busca con decoro idóneo asesoramiento técnico; el mundo del deporte no tiene suficiente importancia para ellos.

Es malo dejar marchar a su aire una realidad social tan poderosa como es el deporte actual. Pero es más peligroso creer en la magia de soluciones lo mismo cabalísticas que estadísticas o fórmulas matemáticas, sin haber al menos intentado identificar con el mayor rigor posible la calidad y homogeneidad de las cifras con que se va a operar. ¿Qué es «desarrollo deportivo»: el crecimiento de practicantes del deporte? Pero ¿de qué nivel de practicantes se habla? ¿Deporte institucionalizado o no institucionalizado, reglado o no reglado, arropado con equipamientos deportivos o al margen de ellos? ¿Qué es «elite» deportiva?, ¿el campeón nacional o regional, el jugador de primera división o de segunda, el que alcanza un puesto en el ranking internacional? ¿Tienen el mismo sentido del deporte un participante en competición federada y una señora que da varios paseos deportivos a la semana? ¿Quién de los dos es más elite deportiva? Antiguamente —hace sólo 40 años— todo deportista activo aspiraba a superarse en sus resultados medibles. Los campeones eran la coronación selectiva de una masa de practicantes. Hoy, ¿no puede acaso entenderse como mejor *calidad* deportiva un simple esfuerzo físico o un juego colectivo desenfadado con movimientos naturales poco tecnificados que la obtención de una victoria campeonil?

Hace ya varios años que afortunadamente se ha superado la preocupación prioritaria de objetivos como *nivel* de vida (nivel económico, científico, artístico, etc.) supliéndola por la de la *calidad* de vida (de enseñanza, de costumbres, de alimentación, de libertad, etc.). Esto supone un profundo cambio, creo que afortunado, en la manera de entender la propia vida. Resulta fuera del tiempo y de la historia pretender dentro de una conducta tan espontánea y popular como es el deporte, resucitar las aspiraciones a la elevación de un *nivel* deportivo.

El deporte está **evolucionando** tan rápidamente que es menester andar con gran cautela antes de emitir hipótesis de futuro, incluso de presente. Y resulta grave pretender hipotecar años de futuro y fuertes inversiones de futuro con planes encasillados en apriorísticos y desfasados entendimientos del deporte. El deporte, culturalmente, se encuentra en pleno subdesarrollo. Organizativamente, incluso institucionalmente, presenta robusta apariencia. Pero carece de la entraña cultural imprescindible para todo desarrollo. Por eso fácilmente cualquier ilusionista con espejismos de cifras y parámetros deja boquiabiertos a los practicantes que barruntan que existe algo valioso por debajo de su simple actividad. Son engañados, como aquellos indígenas del Caribe a la llegada de los descubridores con espejos y chucherías, hoy adornados de falsa solemnidad científica.

Para que estas cuestiones no se reduzcan a simples juegos conceptuales, voy a plantear, a modo de ejemplo, algunas perplejidades de carácter cualitativo, o casi me atrevería a decir de carácter sustancial, es decir, que atañe a la misma sustancia o razón de ser del hecho deportivo.

## DEPORTE, SINGULAR HECHO SOCIAL

Tanto desde la consideración social como desde la personal, cuando se aborda el estudio de la realidad deportiva se advierten originalidades que lo sitúan, al menos parcialmente, fuera del alcance de los estamentos y métodos habituales de las respectivas ciencias sociales o de la conducta. Como no trato aquí sobre la teoría de la ciencia ni sobre la fijación de objetivos académicos, no voy a detenerme en argumentos acerca de esta enunciación. Una autoridad en sociología deportiva como G. Lüschen afirma que «el valor de aplicación de las teorías sociológicas generales a una sociología del deporte es extremadamente bajo»<sup>4</sup>. Se viene comprobando que las metodologías empleadas por distintas escuelas sociológicas resultan insuficientes para una interpretación global del fenómeno deportivo. Son muy útiles para analizar parcelas y constataciones descriptivas. Por eso el planteamiento original, incluso con método original (siempre dentro de cierto respeto académico) a partir de la propia realidad social del deporte —realidad asombrosamente original— empieza a enriquecer en cuanto a planteamiento, método y contenido la misma sociología general. «Tomando como modelo el deporte —expone el mismo Lüschen— es posible ejemplificar la teoría y los métodos sociológicos. Ello permite obtener nuevos conocimientos acerca del deporte, pero también acerca de la sociedad en la que existe (...). En algunas áreas parciales de la sociología llega a ser posible incluso desarrollar nuevos conocimientos gracias al deporte; tal se da, por ejemplo, en el caso de la teoría y del estudio del comportamiento colectivo, del conflicto social, de la organización formal y de la socialización. Los juegos de competición y el deporte son, en lo referente a su estructura, buenos indicadores también de relaciones estructurales en el dominio intercultural.»

Igual sucede a cualquier científico de otras ciencias humanas cuando se enfrenta con el hecho deportivo desde su respectivo método. La conducta deportiva es tan original y tan sutil que escapa en gran parte a los habituales enfoques (lo mismo en psicología que en antropología o etnología). Cuando se hacen planteamientos originales a partir del hecho deportivo, las correspondientes ciencias salen enriquecidas, como le sucede a la psicología y a la antropología con el estudio de la agresión deportiva, con la motivación o la metodología del aprendizaje a partir del apasionante mundo de la habilidad motriz a la psico-patología a partir del comportamiento «stressante», o de la psicomotricidad especial.

Por eso el estudio científico cultural del deporte hace en definitiva llamada a la filosofía —si es que el deporte, en una acepción rigurosa de la filosofía, puede ser objeto de ella—. Se impone, sobre todo, el estudio inter-disciplinar y, más aún, intercultural. Para entender la realidad social del deporte y la conducta humana deportiva, no bastan desde luego la sociología y la psicología.

No se trata por otro lado de defender la ya planteada formulación académica de una «ciencia del deporte» (Sportwissenschaft) con objeto, método y corpus independiente (el hecho deportivo humano y social)<sup>5</sup>. Pero indudablemente la originalidad del hecho deportivo es tan grande que tales planteamientos no resultan gratuitos.

Todavía nadie ha podido definir con general aceptación en qué consiste el deporte: ni como realidad antropológica, ni como realidad social<sup>6</sup>. Y cada vez va a ser más difícil definirlo. Es un término que, aparte de cambiar, ha ampliado y sigue ampliando su significado, tanto al referirse a actitud y actividad humana como,

---

<sup>4</sup> G. Lüschen y K. Weis. *Sociología del deporte*. Edic. española Miñón. Valladolid. 1979.

<sup>5</sup> Según este planteamiento, el deporte marca o modifica tan densamente al hombre y a la sociedad deportiva que el *hombre-que-participa-en el deporte*, o la *sociedad-deportiva* o *en-cuanto-deportiva* es un objeto específico de estudio de la «ciencia del deporte», sea este estudio psicológico, sociológico, biomecánico, fisiológico, pedagógico, etc. Sería una verdadera «ciencia transversal». Esta problemática, que se encuadra dentro de la teoría de la ciencia, fue planteada y defendida principalmente en Alemania Occidental desde hace unos 30 años (C. Diern, J. Smitz, O. Grupe, etc). Desde hace unos diez años se publica una prestigiosa revista internacional titulada «Sportwissenschaft». Un más largo comentario a este tema nos llevaría lejos del objeto ceñido del presente libro. Puede verse el trabajo de J. M. Cagigal «La educación física. ¿ciencia?» en *Deporte, pedagogía y humanismo*, Edic. Comité Olímpico Español. Madrid 1966.

<sup>6</sup> En diversas ocasiones he expuesto esta problemática acerca del intento de definir el deporte; así en *Hombre y Deporte*, Edit. Taurus. 1957, donde se recogen una serie de definiciones; en *Deporte pedagogía y humanismo*, (Edic. C.O.E.. 1966: en *Deporte, pulso de nuestro tiempo* (Edit. Nacional. 1972). En el presente libro abordo ciertos nuevos planteamientos del tema en el capítulo «Valor humanístico del deporte».

sobre todo, al englobar una realidad social, o conjunto de realidades o instituciones sociales. Ya en su retraducción al castellano desde el inglés (finales del siglo XIX), deporte sumó a la significación inglesa la antigua castellana que recuperaba. Maximiano Trapero en su excelente libro *El campo semántico «deporte»*<sup>7</sup> aclara que «desde el plano del contenido es un anglicismo semántico, pero desde el plano de la expresión es un castellanismo léxico antiguo, o, si se quiere, un provenzalismo»<sup>8</sup>. Tras riguroso estudio semántico, concluye, no definiendo, sino proponiendo la significación dominante: «El contenido semántico del campo «deporte» se fundamenta desde la primera etapa hasta finales del siglo XIX, en la pertinencia constante del rasgo «recreación», mientras que en la etapa final, siglo XX, gira en torno al semema «actividad competitiva con ejercicio físico y que se realiza con deportividad»<sup>9</sup>.

No se puede decir con qué propiedad más aquilatada deba ser designado el deporte en cuanto hecho ampliamente extendido en la sociedad: como una *corriente* social; como una *costumbre*; como una *moda*, o mejor, un *modo* más o menos vigente u olvidado según las épocas y las culturas... Tales expresiones designarían el carácter dinámico, móvil, vital, tendencial, del deporte; pero son insuficientes, puesto que el deporte llega a ser institución. Existen multitud de instituciones deportivas: clubs, federaciones, asociaciones, entidades de muy diversas características y denominaciones. «Gracias a su elevado índice de participación, el deporte ha llegado a ser una de las instituciones más llamativas en sociedades modernas», afirma por su parte Lüschen<sup>10</sup>.

Pero el deporte no es una institución como las demás. Considerado en su conjunto es un sistema social abierto, capaz de incremento casi ilimitado. Participan en el hecho deportivo quienes se inscriben en un club o asociación, quienes realizan al menos de vez en cuando ciertas prácticas, aun sin enrolamiento alguno; quienes asisten algunas veces a espectáculos deportivos o se interesan por sus resultados, contribuyendo con sus pronósticos en las apuestas; quienes informan acerca de ello, etc. Si de la suma de las múltiples instituciones deportivas se puede formular con carácter general la expresión «institución deportiva», ésta lo es, sin duda, muy especial, difícilmente parangonable con alguna otra. Recurriendo de nuevo a Lüschen se puede aceptar que «en la sociedad moderna el deporte queda aislado como institución “sui géneris”». Pero, constatada la enorme y creciente valoración de esta institución por parte del resto de la sociedad, asigna una doble vertiente o canalización al propio sistema del deporte: una *interna* y otra *externa*. «En cuanto se refiere a la principal manifestación de la institución del deporte, que abarca todo el ámbito de las actividades deportivas, o sea, la competición deportiva, se trata de un sistema delimitado en el espacio y en el tiempo que se define precisamente a través de la negación del mundo exterior y la renuncia a intereses utilitarios. Evidentemente, en este caso estamos hablando de un nivel estructural del deporte que constituye su sistema interno. En el externo se descubren perfectamente otros intereses, por ejemplo económicos». En el intento de encuadrarlo estructuralmente, Lüschen asigna al deporte la categoría de «subsistema social»<sup>11</sup>.

En él se han creado unas estructuras propias, con reglamentación propia y con dinamismo propios, constituyendo una especie de mundo aparte. Esto ha conducido a sus componentes a la creencia de que pueda tratarse de un mundo aislado. «Complejo de isla» llama L. M. Cazorla a esta creencia<sup>12</sup>.

Realmente, pese a la creciente implicación que se atribuyen en el hecho deportivo otras instancias sociales privadas y públicas (educadores, sociólogos, economistas, políticos, etc.), el deporte es algo con vida propia, casi autónomo, regido por dinamisismos singulares; un estilo distinto de vida; algo así como una pujante vida de una sociedad parcial, pero constituida por los mismos componentes de la sociedad; casi una vida marginada, pero no forzosamente como subcultura científica, económica, racial ni tercermundista; ni siquiera una automarginación consciente, sino simplemente efectiva generadora de conciencia de automarginación, pero sin complejo de inferioridad; antes al contrario.

---

<sup>7</sup> Edit. Confederación Española de Cajas de Ahorro. Sta. Cruz de Tenerife, 1979.

<sup>8</sup> *Ibíd.* p. 372.

<sup>9</sup> *Ibíd.* p. 374.

<sup>10</sup> G. Lüschen y K. Weis. *Sociología del deporte*. Edic. española Miñón, Valladolid. 1979.

<sup>11</sup> G. Lüschen y K. Weis. o. c.

<sup>12</sup> Cazorla. Luis M. *Deporte y Estado*. Ed. Labor. Barcelona. 1979.

Cada vez se incrementan, como acabo de indicar, las relaciones de todo tipo por parte de las otras instancias sociales con este mundo autárquico del deporte. Quienes en el tiempo actual de los 80 se llevan la palma son las instancias político-administrativas. Gentes cualificadas de todas las latitudes, desde los comerciantes hasta los dirigentes sindicales o los entes públicos, reclaman su acción y participación en tan relevante cuestión social.

En la década de los 70 aparece el deporte como obligación de los poderes públicos, no ya en las leyes sino hasta en las Constituciones Estatales. La primera vez que en una Constitución se recoge el derecho de los ciudadanos a la práctica del deporte es en 1968, en la de la República Democrática Alemana. En 1971. en la de la República Socialista Búlgara. En 1975 hace su aparición por primera vez en una nación no perteneciente al bloque socialista. Grecia: «El Estado protege, vigila y subvenciona al deporte y a las asociaciones deportivas de toda clase». El tema se hace usual, a partir de esa fecha, en todas las nuevas constituciones. En la de Portugal se recoge como «derecho de los ciudadanos a la cultura física y al deporte, en cuanto medio de promoción humana». En la Constitución Española de 1978 se recoge al deporte en dos artículos diferentes, aunque no con la solemnidad de un derecho sino como competencia y obligación del Estado y de los entes autónomos en el fomento y promoción<sup>13</sup>.

Quizá sea éste el síntoma más importante dentro del reparto de la gran tarta, al cual todos quieren llegar a tiempo. Pero no bastan las declaraciones constitucionales. A la hora de concretar los procedimientos para este «fomento del deporte» que obliga a los poderes públicos, para este «derecho de la persona a la práctica del deporte» que debe ser respetado y propiciado desde las más altas instancias, las fórmulas administrativas se multiplican y se complican, y en algunos casos se suceden vertiginosamente, sustituyéndose unas otras. Así en Francia desde un alto Comisariado de la Juventud y el Deporte órgano de la administración pública del estado, se ha pasado en diez años por varias fórmulas —entre ellas una dirección general de deporte y un Ministerio de la Juventud y el Deporte— al actual «Ministerio de la Juventud, deportes y «ocio». En España en cuatro años, desde 1976 a 1980 se ha pasado de la «Delegación Nacional de Educación Física y Deportes» integrada en la Secretaría General del Movimiento, a la «Dirección General de la Familia, la Juventud y el Deporte», luego a la «Dirección General de Educación Física y Deportes» y finalmente, a la «Secretaría de Estado del Consejo Superior de Deportes». Prácticamente en todos los países hay algún órgano público estructural de alto nivel, máximo responsable del deporte. Pero en algunos lugares subsisten órganos independientes que son los verdaderos rectores. Así en Italia, República Federal Alemana, etc.

Existen a niveles nacionales organizaciones deportivas para todos los gustos. Cada nación tiene sus particularidades estructurales. Claro que lo mismo podría decirse —recojo aquí un párrafo de mi obra *El deporte en la sociedad actual*— de otras actividades oficiales, por ejemplo las obras públicas, la sanidad, etc. En efecto, las respectivas idiosincrasias sociopolíticas condicionan y diversifican las estructuras y la organización. Pero a las diferencias habituales en cualquier sector de la vida social, se añaden las concepciones profundamente dispares que existen acerca del deporte. La sanidad nacional, con ciertas diferencias de delimitación o amplitud, es un término más o menos unívoco entre los diversos países e incluso entre áreas culturales dispares. Las diferencias en la organización estructural de la sanidad estriban en las diferencias de estructuración general de los estados. En deporte, a estas disparidades se añade la intrínseca diversidad de conceptos o ideas acerca de su misma realidad.

Junto a las viejas formas deportivas autóctonas, folklóricas, el deporte moderno con sus distintivos de reglamentación estándar, de organización multinacional, etc., fue llegando a cada país con enormes diferencias cronológicas y en circunstancias históricas distintas. En unos países fue asimilado y estructurado dentro de los ámbitos de la educación. En otros, en los círculos militares. En otros, bajo la responsabilidad de la acción social, o de los partidos políticos oficiales.

A los distintos entendimientos de lo que sea el deporte en sí, de sus objetivos, de sus alcances, hay que añadir las disparidades que tuvo en su organización histórica, en su estructuración en los diversos ámbitos nacionales.

---

<sup>13</sup> Cazorla. Luis M.. *ibid.*, 169-178.

Cada Estado ha integrado el deporte en sus esteras públicas a su manera. Pero todos coinciden en el hecho de la incorporación, con muy contadas excepciones.

Por su parte las propias entidades deportivas son aceptadas en el encuadramiento administrativo de forma muy dispar. Así las federaciones deportivas son consideradas en algunos países como entidades de «derecho privado» es decir, con carácter de asociaciones totalmente privadas, a las que los estados deben apoyar, subvencionar y, en algunos casos, controlar. Este es el tipo de encuadramiento predominante en Europa Occidental, siguiendo la tradición del viejo estado liberal-permisivo y supletorio. En Europa del Este, siguiendo los principios del estado socialista, las entidades deportivas son entes públicos. En los países de Ibero-América y de África se vienen adoptando fórmulas según los modelos a quienes se arriman. ¿Quién acierta? ¿Qué encuadramiento del deporte en una sociedad nacional es más conforme con la actual evolución del propio deporte y de la sociedad en general? Una exposición analítica y comparada de este tema nos llevaría a largos desarrollos más propios de un estudio comparado de régimen administrativo del deporte, el cual no es nuestro objetivo.

Nadie puede ignorar el carácter comunicativo, la dimensión participativa del deporte. De este carácter nace su capacidad *asociativa* (sociable, socializante). Este crea sociedad, crea su propia sociedad.

La producción de normas, característica de todo movimiento socializador, adquiere en el deporte carácter singular. En otros órdenes de la vida social, las normas, las reglas que van surgiendo tienden a un carácter común. Cualquier asociación establecida alrededor de un fin común, comercial, educativo, cultural, etc., termina instaurando una serie de normas que, a pesar de las singularidades y diferenciaciones, son clasificables y codificables según los parámetros generales de la normativa social, lo cual aboca más o menos directamente en la sociedad común, con la configuración de los entes públicos, los cuales se decantan finalmente, en la época moderna, en el Estado. Pero la sociedad deportiva crea un estilo de relación verdaderamente atípico, difícilmente catalogable en la estructura general. Se instaura una especie de sociedad dentro de otra. La expresión «sociedad sui-generis» revela una honda problemática, una particular idiosincrasia.

El mundo del deporte conoce una perfecta organización, una madurez de codificaciones y reglamentaciones, un sistema de jerarquías (por encima de la democratización del juego deportivo), respeto y reconocimiento a niveles supranacionales, que para sí quisieran muchas sociedades humanas con objetivos solemnes, e incluso la sociedad general. Este serio ordenamiento que con tan singular autarquía traspasa fronteras e incluso supera otras construcciones sociales en áreas muy importantes tales como las políticas, sindicales, etc., da al deporte de nuestro tiempo una significación de notable trascendencia. El Comité Olímpico Internacional, organización singularísima, compuesta por un centenar de personas relativamente independientes de gobiernos y estados, es cada vez más respetado, consultado y mimado por los poderes políticos y financieros. Más simplemente, el presidente de la FIFA es recibido con respetos comparables a honores de jefe de Estado en todos los continentes. Hablo de puestos representativos, institucionales, no de ídolos personales del deporte cuya popularidad en el mundo rebasa todos los protocolos.

¿De dónde le viene al deporte este prestigio?

Quizás ayuden a penetrar un poco en el entendimiento de este fenómeno algunas consideraciones antropológicas del hecho deportivo.

## II. SAVIA O MOGOLLÓN:

### Deporte, Alternativa De Vida

El deporte es ante todo un «talante de la sociedad», un «humor» o «gana» o «fruición». Tiene algunos de los ingredientes generales de la «fiesta». Existe un ancestralismo primitivo, enajenación, mesencefalización, búsqueda de éxtasis que subyace en toda actitud de fiesta. Pero se realiza con rito, esquema, orden, organización, cultura. El deporte es en el fondo, pura y simplemente, una fiesta *social*.

Es igualmente un «talante personal», un «humor» o «gana» o «fruición» *personal*. Una actitud fundamentalmente *festiva*. No entendida la fiesta como contraria al trabajo —el día de fiesta, el Otro del día laboral—; ni tampoco entendida como pura vacación u ociosidad, pasividad, «far niente», sino en el sentido más bien dionisiaco: de arrebato, exaltación o éxtasis; una búsqueda de *sentirse* pleno, eufórico, vitalmente realizado. El barón de Coubertín hablaba de «esa sana embriaguez de la sangre, a la que se ha llamado alegría de vivir, que no existe en parte alguna tan intensa y exquisitamente como en el ejercicio corporal».

En el fondo el deporte es un modo de fiesta personal; un modo de estar festivo. Y, consecuentemente, un modo festivo. «buen-talantero» de aceptar los avatares de la propia acción: «vivir deportivamente»; «aceptar deportivamente la adversidad»; «hacerlo con talante deportivo»; prendas «deportivas» o «de sport» (desenfadadas, poco jerarquizadas o con jerarquía independiente de lo establecido) la «deportividad» como actitud humana; etc., todas estas expresiones, cotidianamente usadas, manifiestan una decantación de característico estado de ánimo; casi diríamos, una manera alternativa de entender la vida, de estar en la vida. Una manera que quizá no fuese conveniente que abarcase la vida entera, pero, en alguna manera, necesaria como alternativa, como variante, pausa o repuesto.

Naturalmente, no todas las formas festivas son deporte; con actitud vital análoga existen manifestaciones dispares. La actitud festiva es muy rica y da origen a multitud de expresiones, formas y, posteriormente, a instituciones distintas. La festividad deportiva, o mejor dicho la manera festiva distintiva del deporte, se concreta en una implicación activa de toda la persona, corporal y espiritual, con un carácter lúdico y donde en forma explícita o implícita aparece la competencia (explícitamente en los juegos físicos competitivos, implícitamente en cierto esfuerzo de superación o de confrontación consigo mismo que pueden ser decantación ludo-ritual de la antigua lucha por la existencia; pero rito ya culturizado, socializado).

Debido a esa poderosa realidad existencial, el deporte se decanta en *arraigo* popular que intenta socializarse, que se socializa, crea su propia sociedad. Pero esta socialización no cuaja, como ya se ha planteado, en el proceso de socialización general de «ius-publifización» (institucionalización). Crece; puede llegar a ser tan voluminosa como el mismo estado, pero nunca se identifica con él. La «publifización» plena, prácticamente el entronque pleno del deporte en la administración pública, sólo se ha realizado, por razones de filosofía política y de manera impuesta, en los países socialistas.

Cuando los poderes públicos tienden a absorber en razón de su poderosa entidad al deporte, éste se revela inasequible: una especie de «macro-inadaptado social». Todo el entramado organizativo del deporte se constituye en una especie de auto-jurisdicción paralela, de «societas par», de entidad «sui juris»; entidad, en alguna manera, social, pero no encajada estructuralmente en la sociedad. Tampoco una sociedad parasitaria de la otra, puesto que se compone de una parte de sus mismos componentes. Ni sociedad secreta, puesto que es abierta, pública, llamativa, incluso estrepitosa. Una especie de sub-mundo, sub-cultura, sub-sistema social: cierto género de para-sociedad. Pero muy fuerte, cada vez más consistente, incluso más influyente; de creciente prestigio, sobre todo tras el impacto del exhibicionismo político. Por eso, a todos los niveles del entramado deportivo, ya desde los años 40 ó 50, se produce una especie de lucha por el acceso al poder deportivo. Se trata, sin duda, de un poder mítico o mágico desde donde se manipulan palancas poderosas, semi-secretas, brujeriles.

Desde el deporte se pueden manejar muchos resortes, incluso de otros ámbitos sociales ajenos al deporte. La presidencia de un club famoso da imagen, prestigio, popularidad, realidades tan apreciadas en el mundo de hoy. El doctor Alfonso Cabeza, director del mayor centro hospitalario de la Seguridad Social en España, cuando se le planteó la incompatibilidad de los dos cargos, no dudó en renunciar a dicha dirección y retener la

presidencia del Club Atlético de Madrid, para la cual acababa de ser elegido. No se sabe si habría tomado la decisión con tanto desenfado de haber conocido el calvario que pocos meses después le iba a llegar con las fuertes sanciones federativas. «El fútbol —escribe García Candau— ha servido para perpetuar el nombre de unos señores que, a escala nacional, no han sido nada. El fútbol ha devuelto con creces las horas dedicadas por «hobby»... Los nombres de los campos de fútbol están dedicados a hombres cuyo único mérito deportivo ha sido presidir sociedades»<sup>1</sup>.

Prescindiendo de que haya exageración en estas apreciaciones un tanto simplificadas, reflejan una realidad muy generalizada, no sólo en España sino en muchos países. Los cargos deportivos seducen más allá de la mera vanidad, que también cuenta. Desde el deporte, dado su carácter aparentemente desenfadado, se pueden tomar decisiones menos comprometidas que desde otros puestos de mando. Al igual que en cualquier cargo influyente, hay opción a la intriga, a la manipulación. El deporte constituye una actividad secundaria, cual sociedad secundaria, pero cargada de mágicos influjos para con la sociedad principal. Por el deporte se accede a resortes de potencia no habitual en el común entramado social; se convocan vivencias de enorme poderío motivacional; una especie de poderes extra-normales.

El deporte constituye una suerte de alienación, pero en un sentido más hondo al que le atribuyen los que le aplican simplemente el sentido marxista de la palabra. El deporte-espectáculo manipulado puede resultar la simple alienación aludida. Pero el deporte-práctica, e incluso el deporte-espectáculo original, viene a resultar una «alienación de la alienación»: un apartamiento de la enajenación a la que habitualmente está sometido el hombre de nuestro tiempo, embaucado y presionado por ¡a implacable estructura social. Es recuperación de originalidad humana, de libertad. Por eso se constituye en un instrumento con fuerza de convocatoria. Es una llamada a filas lúdicas; encuadramiento que el hombre necesita recuperar. Ahí el poder no es coercitivo, pero se asienta en una fuerza humana elemental.

Toda esta originalidad de la vida deportiva se traduce en la dificultad de equiparación social. De ahí las presiones, titubeos y controversias, que actualmente alcanzan ya a la esfera jurídica. Anne Leroy, en un estudio sobre «derecho penal y deporte»<sup>2</sup>, afirma: «Lo que caracteriza el reglamento de derecho en el terreno deportivo es que se impone por efecto de una autoridad no legislativa pero reconocida en el plano internacional o nacional. En algunos países va incluso contra la misma legislación.»

«Citemos el ejemplo del boxeo en los países occidentales: o el de la expulsión de África del Sur del Movimiento olímpico y del Movimiento deportivo internacional en lo que se refiere a un gran número de deportes debido a que la legislación de este país es contraria a los principios de tolerancia del Comité Olímpico internacional.

De esta manera el reglamento que se impone no es el resultado del trabajo del legislador, ni del juez, sino que está formado por un poder diferente, el de la organización voluntaria que constituye el movimiento deportivo y muy especialmente por los dirigentes elegidos entre sus iguales.»

«Se trata, pues, de un movimiento voluntario, compuesto de personas que no gozan de ninguna parcela de poder político como no sea en el seno de las comisiones de estudio donde establecen reglamentos y los modifican a la luz de la experiencia de las competiciones nacionales e internacionales, o de las necesidades del deporte en cuestión. No se trata, pues, de reglamentos que emanan de una autoridad legisladora constituida, modificados por otro poder constituido, sino de un movimiento privado que dicta leyes en su seno, decide que se cumplan y prevé autoridades encargadas de que se hagan respetar.

Para algunos juristas, concretamente el letrado Silence, estos reglamentos serán aplicados por todos los miembros, incluso si van en contra de ciertas disposiciones establecidas por el legislador. Incluso para los defensores de una definición restringida del derecho que sería el conjunto de reglas que, con la garantía de la presión social, gobiernan la actividad de los hombres que viven en sociedad. Los reglamentos deportivos responden a estas definiciones. Puede, pues, afirmarse que «el deporte se rige por reglamentos de derecho específicos cuya característica más sorprendente es la manera en que se han formado.»

---

<sup>1</sup> García Candau J. *El fútbol sin ley*. Edit. Penthalon. Madrid 1980. pp. 86-87.

<sup>2</sup> En «Revista Olímpica» n.º 159. en 1981. ed. esp. pp. 29 ss.

Hay disparidad de criterios entre los juristas. Para algunos no existe un derecho deportivo ajeno al derecho del Estado. Otros consideran que hay una originalidad deportiva que es menester respetar incluso en el ámbito jurídico. En una línea intermedia empieza a caminar la legislación específica española en esta materia. Así el Estatuto de los Trabajadores promulgado por ley el 10-3-80 considera como «relación laboral de carácter especial» la de los deportistas profesionales con sus clubs. Dicha relación se regula por decreto de 5-2-81 en el que se define el carácter de deportista profesional, se ordenan las formas de contrato, jornada, descanso, retribuciones, cesiones temporales de un club a otro, etc. En otro decreto de 17-10-80 se establece un especial «régimen disciplinario deportivo». Esto no significa que los deportistas se vean incluidos en un régimen penal independiente, ya que el régimen disciplinario regulado en este decreto especial «se entiende sin perjuicio de la responsabilidad civil o penal en que puedan incurrir los deportistas, directivos, técnicos y afiliados a federaciones o asociaciones deportivas» (art. 1º, 2). «El ámbito de la potestad disciplinaria deportiva se extiende a las infracciones cometidas con ocasión o como consecuencia del juego, competiciones o pruebas y a la conducta contraria a la disciplina y normas de carácter deportivo.

Predomina en general una tendencia a que la normativa del deporte se asimile cada vez más al derecho común del Estado. Causas profundas de esta tendencia son la mayor importancia social y el mayor volumen organizativo que está adquiriendo el deporte. Existe con ello el peligro de que la vida deportiva pierda su singularidad y se convierta en una parcela más de la vida social. Pero la vida deportiva no es tanto una parcela cuanto un aspecto distinto de la misma vida y de la misma sociedad, una alternativa que no debería ser absorbida por la línea monocorde de la vida seria.

Por eso la reglamentación del deporte internacional intenta robustecer su carácter específico. Según la UEFA, el jugador puede recurrir a la justicia del Estado pero la asociación puede «considerar que, al haber recurrido al juez natural, el jugador se ha disociado del objetivo de la actividad común con la que no tiene intención de colaborar y, basándose en ello, puede expulsarle». En los estatutos de la FIFA, al igual que en los de la UCI, la FIAC, la FICP y otras, se prohíbe formalmente recurrir a juzgados y tribunales bajo el riesgo de ser expulsado de la respectiva federación.

Ni es objeto de este libro ni es de mi competencia personal entrar en discusión técnica sobre este importante tema jurídico. Lo recojo como muestra cualificada de esa singular condición del deporte cuyo acoplamiento público, legal, jurídico, dentro de las estructuras del Estado y de la sociedad, resulta tan problemático.

Los encuadramientos pedagógicos, académicos, científicos del deporte en las universidades y escuelas producen aún más disparidades y conflictos. En 1977 se publicó un estudio comparado sobre «las escuelas de educación física en el mundo»<sup>3</sup>. El tratamiento académico del deporte quedaba plenamente incluido dentro de una concepción amplia de la educación física. Los resultados de dicho estudio muestran «la enorme variedad, casi diríamos disparidad, de especialistas, enseñantes, educadores, técnicos..., englobados más o menos en la denominación de educación física o sus equivalentes (ciencias del deporte, del ejercicio físico, del movimiento..). Creo que éste es el principal problema que tiene planteada la educación física en el mundo actual. Ello nos lleva a necesitar con la mayor urgencia posible la búsqueda de una identificación de la educación física, en alguna manera necesitada de una filosofía que defina objetivos, cometidos, procedimientos y métodos de sus áreas»<sup>4</sup>.

Lo que se dice de la educación física se puede aplicar al deporte en su consideración académica. Cada vez se incorpora más esta materia a las instituciones universitarias, pero sigue acompañada de conflictos, debido a que, en el fondo, el deporte no es un área delimitada de la sociedad, ni un aspecto sectorial del hombre, sino esa original y asombrosa manera de actuar personalmente y de organizarse socialmente.

Vuelvo a la consideración de la sociedad que hace deporte (tanto a la sociedad en sus fases alternativas de fiesta deportiva como al sector de personas que componen la sociedad deportiva).

---

<sup>3</sup> Resultado de investigaciones realizadas por un equipo del Instituto Nacional de Educación Física de Madrid entre los datos de varios centenares de instituciones de todo el mundo.

<sup>4</sup> Cagigal, José M.. Las escuelas de educación física en el mundo (estudio comparativo). Ed. INEF Madrid 1977, p. 19.

En realidad, el gremio de los que participan en la sociedad deportiva (jugadores, espectadores, hinchas, seguidores de cerca y a distancia, informadores, directivos, técnicos, jueces, etc.) no viene a ser más que la concentración en una parte de la sociedad, en un sector de los componentes de la sociedad, de una capacidad o aptitud existente en todos y cada uno de los miembros de la sociedad.

El sector deportivo no es sino un ejemplo más del proceso de sectorialización o cantonalización de valencias humanas que se ha producido en la sociedad compleja (frente a la omnivalencia humana de la sociedad simple —primitiva o rural—), principalmente en la súper-burocratizada sociedad industrial. Tal proceso ha alcanzado a todas las capacidades humanas. Es el hombre, cada individuo humano, quien es capaz de cultivar la tierra, comerciar, pintar, danzar, cantar, educar, luchar, fabricarse su cobijo, etc. Estas capacidades, que en el hombre de vida simple son puestas en juego alternativamente, según las necesidades cotidianas, en las sociedades complejas se han despersonalizado en alguna manera y se han socio-sectorializado. La sociedad ha recogido el relevo de cada una de esas capacidades humanas y se ha parcelado en labradores, comerciantes, pintores, danzantes, cantantes, educadores, militares, arquitectos, etc. Cada uno conoce su profesión, se identifica con ella, y termina siendo capaz de realizar sólo esas tareas. La especialización profesional es el grado máximo de este proceso de despersonalización de facultades que pasan a socio-sectorializarse. Ha sido la sociedad industrial de los últimos dos siglos la que ha llevado al máximo la multiplicación de necesidades parciales y de consiguientes profesiones más o menos artificiales<sup>5</sup>.

Pero junto con la especialización **profesional** se han acentuado las escisiones y particularizaciones de más profundas actividades vitales. En este desarraigo personal de hondas actitudes vitales se llega a perder la sensibilidad y capacidad, no sólo de habilidades más o menos periféricas, sino incluso de valores primordiales, de formas básicas de existencia. Así se llega a producir el individuo que no sabe jugar y no le interesa el juego; o el que prescinde totalmente de la política, ni le interesa; o de la ciencia, o de la economía o del sentido de estar uno mismo en el mundo.

La existencia deportiva, es decir, esa manera alegre y euforizante de vivir, connotada por una implicación corporal y un afán de autocomprobación o desafío, parece ser una de las formas de existencia básicas del hombre. No la primera, la que ha necesitado para subsistir, la lucha por la existencia, la guerra, el trabajo necesitado («homo laborans», distinto de «homo faber»): sino una de las segundas, las conductas originales, espontáneas, libres, creadoras de cultura. El hombre se caracteriza por cumplir a la vez los imperativos de la naturaleza —ahí es igual a los demás animales— y por preguntarse acerca de ellos. La existencia deportiva —conducta festiva, espontánea, autodeterminada, autoexperimentadora, autocrítica— quizá sea una de las formas de comportamiento más humanas —más lejanas de la animal. Todo el solemne artificio de la industria, el comercio, la economía, con ser creaciones verdaderamente humanas (supraanimales) quedan más vecinas a la animalidad de la lucha por la existencia —aunque humanamente sofisticadas— que el deporte. Este, aunque posea rasgos de primitivismo, es esencialmente despilfarro energético, creatividad, lujo, sobrante, desbordada humanidad.

En esta última reflexión reconozco que parto de una idea del deporte muy lúdica, idea altamente contestada por ciertos sectores. Pero todavía no he hallado ningún argumento profundo, medianamente convincente, por el que deba considerar el deporte como entidad independiente del juego. Y coincide plenamente con el juego. Pero posee un componente básicamente lúdico

Cuando el hombre («habilis»? «faber»? «sapiens»? ) corría delante de los animales, luchaba por su existencia. Cuando empezó a correr tras ellos, desde la inicial lucha por la existencia pasó a divertirse esforzadamente; era el primer deporte, la caza. El hombre fue capaz de ritualizar lúdicamente, fruitivamente, una conducta necesaria para vivir. Cuando ese rito paso de antropológico a cultural, el hombre hizo deporte.

---

<sup>5</sup> Menos mal que la simplificación de tareas humanas artificiales adonde apunta la nueva «alta tecnología» (con la superación, por medio de la organización informático-electrónica de muchos quehaceres profesionales actuales) parece que ofrece una recuperación futura, por parte del hombre, de la conducta hoy sectorializada. El hombre, liberado de muchos de sus actuales quehaceres superespecializados, quedará de nuevo apto para tareas más profundamente humanas, más globales, básicas, motivantes y gratificantes.

A estas viejas raíces antropológicas, de ninguna manera desdeñables a hora de valorar y planificar, hay que añadir las consideraciones acerca de la sociedad de nuestro tiempo.

Simplemente, casi telegráficamente:

Sedentarización, con el aparato locomotor convertido en parásito de uno mismo, fuente de achaques. Tecno-industrialización, con la súper-especialización laboral, la parcelación de comportamientos y la mutilación de importantes capacidades humanas. Masificación y estandarización de las conductas con pérdida de alicientes y sentido del trabajo, con ruptura de la propia personalidad en dos mundos: el del trabajo, obligatorio y desmotivante, y el del ocio como liberación y huida. La falta de verdadero tiempo libre (la reducción de la jornada laboral ha producido el espejismo de un ocio que nunca llega; en teoría hay más horas libres, pero las conductas vienen programadas por ocios estereotipados).

La masificación estereotipada y el hombre especializado —deshumanizado—, y con ello la pérdida del sentido del vivir diario, quizá sean los más gruesos estragos causados al hombre como consecuencia de la industrialización clásica.

Ante este panorama no queda más que una acción decidida en favor de las conductas activas, originales, autodeterminadas, liberadoras. Una de las más fáciles de asumir, al alcance de todos, es el deporte.

Por encima —o por debajo, es decir, muy profundamente— de análisis sociológicos, y macro-estructurales, conviene recurrir a razones psicológicas y antropológicas para hallar explicación al estruendoso «boom» del deporte de nuestro tiempo.

Aquella certera intuición de Carl Diem, quien hace más de 30 años explicaba el estallido deportivo de nuestro tiempo como «la protesta viva de nuestras fuerzas animales contra la restricción de movimiento impuesta por el tecnicismo»<sup>6</sup>, se confirma ahora con más datos, con más conocimientos de las deshumanizantes consecuencias de la industrialización clásica. Completando el cuadro diemiano, a la restricción de movimiento habría que añadir la pérdida de protagonización, la pasividad o robotización (no el uso de robots por el hombre, sino la robotización, conversión en robot del hombre mismo); la mutilación psicológica por el acoplamiento del hombre al trabajo especializado.

El deporte ofrece: Frente a la restricción de movimiento, actividad física. Frente a la masificación pasiva, las acciones personales, originales, donde el hombre se experimenta a sí mismo como persona, las conductas protagonizantes, en las que el hombre no actúe solo respondiendo a programaciones establecidas sino que se experimente dueño decisor de su propia conducta, aunque se trate de una actividad sencilla. Frente a la mutilación, el luego completo de las más variadas capacidades (espirituales y físicas). En la práctica deportiva se hallan estas posibilidades. No quiere decir que siempre que se haga deporte se pongan todas en juego. Hay mil maneras de hacer deportes y mil maneras distintas de asumir una misma habilidad deportiva, una misma confrontación física o disputa de un balón. Sobre esta poli-vivencia del deporte volveré más adelante.

## VIGENCIAS FÓSILES

La mayor parte de dirigentes deportivos actuales —y me refiero a los responsables tanto de países capitalistas como socialistas, y detrás de ellos a tercermundistas que copian a unos u otros— se encuentran bloqueados, faltos de imaginación creadora por no haber superado una concepción ya periclitada del deporte. Es un entendimiento propio de finales del siglo XIX de la primera mitad del siglo XX. Debido a la vertiginosidad del cambio social, esta concepción propia del llamado «deporte moderno» no responde ya a la realidad social. Se concreta en un deporte esclerotizado, casi ya fosilizado.

En primer lugar, si nos atenemos a las organizaciones y planificaciones deportivas vigentes, en la mayor parte de países todavía no se ha superado la concepción según la cual el deporte de alta competición (de alto nivel,

---

<sup>6</sup> Carl Diem. Spätlese am Rhein (Gedanken jmd Reden über den Sport aus den Jahren 1947-1957), W. Limpert Verlag, Frankfurt-M. 1957, p. 14.

de elite) deriva, como en proceso de homogénea superación y selección, de la gran masa de practicantes: De la «base» de practicantes surgen los campeones naturales. Cuanto más se ensancha la masa deportiva más campeones habrá. De un buen «desarrollo deportivo» (número creciente de practicantes) surge la «elite». Basta aplicar a quienes destacan dentro de la masa un proceso de «tecnificación».

Aunque para estos sistemas de desarrollo y tecnificación se contemplen una serie de circunstancias sociales que deben tenerse en cuenta como «marco condicionante» de este desarrollo y este nivel deportivo, todo ello sigue basándose en una concepción simplista, ingenua, de la realidad deportiva social.

El deporte no solamente está condicionado por multitud de otros hechos sociales. En su realidad de los últimos lustros es en gran parte producto —nuevo producto— de esas diferentes demandas sociales. Hay que ir a la búsqueda de las raíces de tales fuerzas sociales para entender el deporte y, consecuentemente, para desarrollarlo y planificarlo.

La poderosa entidad del hodierno deporte-espectáculo rebasa con mucho la línea de deporte selecto, deporte de alto nivel, deporte-**elite**, para constituirse en nueva y específicamente distinta sustancia. Conforman dicha realidad poderosas corrientes, tales como la sociedad del rendimiento (del éxito), la sociedad de consumo, las cuales aceleran sus resultados merced al impacto poderoso de la información, de la estandarización del ocio comercializado en modas de diversión que se anuncian y venden. La sociedad de consumo necesita, entre otras cosas, «consumir» deporte, consumir espectáculo deportivo: este ingreso en una nueva dinámica tiende a constituirse en nueva realidad.

Las propias federaciones internacionales, incluso el Comité Olímpico Internacional, se van a dar de bruces en breve plazo con la conversión del alto deporte competitivo en definitivo deporte-espectáculo, e inmediatamente — ahí está el desafío— en puro espectáculo. Cómo compaginar el patrocinio del mayor espectáculo del mundo —acaso ya fatalmente sólo espectáculo— con el movimiento olímpico y sus ideales, con la defensa del espíritu deportivo en general. He ahí el tema clave del Comité Olímpico Internacional en los próximos años<sup>7</sup>. Igualmente éste es un tema clave para las federaciones deportivas.

Los dirigentes del deporte desde las administraciones públicas han incurrido todavía más ingenuamente en estos mecanismos. Ha faltado estudio riguroso para detectar estas transformaciones hondas de una gran parte del deporte contemporáneo. En realidad existen ya tales estudios. En instituciones académicas de diversos países, facultades de educación física o de ciencias del deporte, se ahonda en estos temas. A nivel internacional existen movimientos importantes: en los últimos 15 años han surgido, entre otras, la «Sociedad Internacional de Sociología del Deporte», la «Sociedad Internacional de Psicología del Deporte» y otras semejantes; más recientemente, la «Sociedad Internacional para el estudio filosófico del deporte».

No sería malo que los dirigentes del deporte mundial, sin ser sustituidos por tales estudiosos —zapatero a tus zapatos—, les hiciesen más caso.

Lo más censurable es que, para enmarcar, estudiar y planificar el otro deporte, el que vive al margen del espectáculo, el deporte como práctica (deporte para todos, deporte popular), siguen acogidos en la mayoría de los casos a términos cuantitativos. Preocupa ante todo a dirigentes y responsables el número de practicantes, la cantidad de licencias federativas, las cifras de participantes en pruebas, en competiciones. Incluso en los novísimos movimientos del deporte popular masivo existe la obsesión de las estadísticas. Se dejan ofuscar por la misma ansia de consumismo numérico que impera en el deporte-espectáculo. Se dejan devorar por el dragón a quien querían abatir.

Cuando en los núcleos más sensibles de la política social se está huyendo ya del desarrollismo clásico, del produccionismo, de los números y la masificación, aparecen en el deporte redentores que inauguran la

---

<sup>7</sup> En los momentos de redactar estas líneas, febrero de 1981, desconozco hasta que punto en el orden del día del importantísimo Congreso Olímpico internacional que va a tener lugar en este año en Baden-Baden se afronta verticalmente éste tema o se tiene al menos en cuenta trascendencia que para la praxis organizativa tienen estas constataciones o al menos planteamientos de ontología social. En el capítulo dedicado expresamente al movimiento olímpico se desarrolla más este tema.

aplicación a este área de tales desfasadas filosofías sociales. No dejan de tener éxito, dado el desuso y, por consiguiente, el general desconocimiento que se tiene de la ciencia y la cultura aplicadas a la praxis deportiva. Es aún la hora de la pseudo-ciencia y la pseudo-cultura.

Recordemos una vez más que hay muchas maneras de entender el deporte, porque hay muchas maneras de vivirlo: como juego, como higiene, como liberación, como auto-confrontación, como prueba, como espectáculo, como autorrealización, como profesión, como aspiración social..., pero recordemos también que si se encuadran todas ellas y otras posibles en función de la dinámica antro-po-social que las polarice, nos topamos con dos grandes corrientes, dos dinamismos o vertientes gigantescas en cuyo encuadramiento la vivencia deportiva sigue unos derroteros, o sigue otros netamente distintos<sup>8</sup>. Por un lado el deporte-espectáculo, que puede ser o no profesional, que puede tener alto o menos alto nivel, que puede ser objeto de manipulaciones políticas o puede subsistir al margen de ellas, que puede buscar directamente el exhibicionismo u obtenerlo como mera consecuencia, etc. Pero todas estas formas más o menos brillantes están lanzadas hacia el espectáculo, con todos los condicionantes económicos, comerciales, propagandísticos, que esto conlleva. Las formas (las vivencias) deportivas enroladas en esta dinámica, se alejan cada vez más de las otras; tienden a constituirse en nueva entidad social; las demandas que las empujan, económicas, políticas, publicitarias, apoyadas a su vez en básicas formas de produccionismo y consumismo. terminan engulléndolas y asumiéndolas.

Por esta vía el deporte puede convertirse —y se está convirtiendo— en un consumismo más. distinguido de otros por su especie, pero sometido a las mismas leyes absorbentes del consumismo general. El gran deporte-espectáculo de nuestro tiempo, tiende a cosificarse como gigantesco producto de consumición de la sociedad de masas. Producto en el que no debe faltar el campeón efímero, el equipo de moda, el recordman de nuevo estilo, la vedette rebelde, el conflicto administrativo, el comité de competición implacable, el alboroto vandálico. Montreal encontró una Nadia Comaneci excepcional. Pero, aparte del intrínseco valor deportivo. Montreal necesitaba una reina o novia de los Juegos, nueva vedette, Ludmila Tourischeva, la gran gimnasta soviética, estaba muy vista; fue consumida y salió un nuevo producto al mercado. Munich había consumido también su vedette: Mark Spitz. Moscú no la ha necesitado; porque como grito estentóreo de mercado era suficiente el boicot olímpico de Estados Unidos, tan ampliamente secundado. El Presidente del Comité Olímpico Internacional. Juan Antonio Samaranch, ha declarado recientemente que el movimiento olímpico ha salido reforzado tras el boicot y la celebración de las olimpiadas de Moscú. Creo que acierta. En primer lugar porque toda crisis superada retuerza las defensas. Pero también porque en la gran fagocitosis del espectáculo deportivo se ha ingerido —y no ha habido indigestión— un gigantesco elemento, un conflicto de alta política internacional; ahí es nada. El deporte-espectáculo ha dado la medida de su insospechada dimensión.

No todos los espectáculos deportivos llegan a tales cotas; pero van camino de ellas; al menos están embarcados en esa corriente.

No darse cuenta de que el deporte, no ya de altos «niveles» —que es terminología cuantificada y estadística— sino el deporte que marcha en otra dirección, demandado e insuflado por otros requerimientos, por otros impulsos, es cada vez más una realidad social radicalmente distinta de la anterior, significa ignorar la evidencia. Y aunque muchos dirigentes deportivos manifiesten que saben discernir ambas realidades, no se nota en sus actos, en sus organizaciones prácticas, en sus decisiones. Y esta ignorancia, a la vista de las legalizaciones generales y de las reglamentaciones deportivas, es asunto extendido en el mundo.

En lo que atañe a España, está la «Ley General de la Cultura Física y del Deporte» de 31 de marzo de 1980.

No pretendo hacer aquí un estudio de la ley, ni siquiera un análisis o crítica. Ya las hice en varias ocasiones, la última de ellas antes de su discusión por el Senado<sup>9</sup> con el intento de aportar alguna idea para su corrección definitiva. Me limito ahora a unas brevísimas consideraciones.

---

<sup>8</sup> En mi libro *El deporte en la sociedad actual* (Edit. Magisterio Español. Madrid. 1975) expuse este planteamiento bifrontal del deporte. En «Elementos teóricos para una dinámica del deporte», en *Cultura Intelectual y Cultura Física* (Edit. Kapelusz. Buenos Aires. 1979) se prueba la dispar vivencia de un mismo comportamiento técnico-deportivo, según esté encuadrada en una u otra corriente del deporte.

<sup>9</sup> V. *Señores Senadores* (I y III en el diario «El País», feb. 1980.

La ley, que tiene muchos conceptos positivos, y que viene a suponer una base legal necesarísima para un sólido desarrollo del deporte en España, responde a una concepción poco actualizada. Se basa en el clásico hecho del asociacionismo deportivo (clubs, agrupaciones, federaciones); consolida a alto nivel un órgano estatal, el «Consejo Superior de Deportes»: reconoce, pero de forma tímida e indefinida, al Comité Olímpico Español; y casi no se entera de lo que constituye el nuevo movimiento deportivo espontáneo, el llamado aquí «deporte popular» (en otros lugares «deporte comunitario», «deporte para todos», etc.). En lo que respecta a la educación física se queda cortísima, con el garrafal anacronismo de no crear las facultades de educación física para la sólida formación de este tipo de educadores, y para su integración en el «status» social vigente.

Distingue las «asociaciones deportivas» («clubs» Y «agrupaciones») de las «federaciones». Estas últimas se especifican por referirse a un solo deporte. Los clubs pueden ser de uno o de varios. A las asociaciones privadas que desarrollan actividades físico-deportivas no limitadas a una sola modalidad o que promocionan el deporte para todos se las encuadra como «agrupaciones deportivas». Estas últimas se refieren a la verdadera iniciativa privada, al deporte que surge y se organiza espontáneamente. Fuera de una breve alusión recogida en el artículo 13 y algunas frases sueltas referidas al deporte para todos, al equipamiento comunitario, etc., la ley no dedica más atención al verdadero deporte privado.

A las federaciones deportivas se les dedica una consideración amplia, como es lógico. Creo que el punto más discutible es el carácter de asociación privada que se les otorga. La ley expresa la posibilidad de que «puedan ser declaradas instituciones privadas de carácter cultural por acuerdo del Consejo de Ministros» (art. 19). Aunque también pueden ser reconocidas de «utilidad pública» (art. 20), queda subrayado el carácter privado de las federaciones deportivas.

El Real Decreto de 16 de enero de 1981 que desarrolla la ley, «sobre clubs y federaciones deportivas» reglamenta los procedimientos de constitución, régimen, funcionamiento, disciplina, y establece las condiciones concretas para su reconocimiento como «instituciones privadas de carácter cultural», siendo el principal de ellos su condición de «entidades sin fines de lucro». Se describen también los beneficios subsiguientes a la declaración de «utilidad pública».

Con esta legalización se refuerza el carácter de asociacionismo privado con el que se desarrolló, al estilo inglés, el deporte moderno desde finales del siglo XIX. Sin embargo, a lo largo de nuestro siglo, la alta competición, el gran espectáculo, la representatividad pública, nacional o regional, etc., han ido integrándose en el ámbito del deporte federado. Las federaciones internacionales centran su actividad en la regulación del deporte de alta competición. Este es hoy un deporte semipúblico, en gran parte oficial. La regulación de la alta competición en los ámbitos nacionales compete a las respectivas federaciones nacionales. Muchas de estas federaciones, hoy diríamos la mayoría, se mueven con el conflicto interno entre promoción deportiva y alta competición (en algunos casos ya declarado como deporte amateur - deporte profesional). En el citado decreto se intenta dar solución a este conflicto estableciendo que «las federaciones de las que dependen deportistas profesionales y aficionados, deberán diferenciar claramente, en secciones separadas de los presupuestos, los ingresos y gastos correspondientes a cada una de tales categorías deportivas» (art. 20). Tal norma sirve a efectos administrativos, pero no soluciona el profundo problema de la disparidad de fines, medios sistemas de organización, etc., de ambos deportes. Prácticamente lo único que hace este artículo de la ley es revelar que existe el conflicto.

Las federaciones tienen asignada hoy la doble competencia, con la profunda escisión de objetivos y de organización, de regular el deporte de alta competición, de gran espectáculo, de profesionalismo (cuando lo haya), y de encuadrar y a su vez regular también todos los movimientos de deporte privado que se refieran a la respectiva modalidad. Esta ambivalencia es el problema más arduo con el que se enfrentan. La consideración de institución privada que les concede la presente legislación no ayuda en absoluto a resolver el problema. Aunque el Estado, en concreto el «Consejo Superior de Deportes», tenga como obligación, según la propia ley, el «impulsar y asistir a las federaciones, concederles subvenciones económicas, colaborar con ellas...» podría llegar un momento en que las cantidades designadas para el deporte en el gasto público se canalizasen a otras áreas deportivas extrafederativas, quedando entonces las federaciones desamparadas para responder a sus obligaciones de representación del deporte oficial, alta competición, preparación técnica, etc.

Lo que en la década de los 80 equivale al deporte de asociacionismo privado inglés de hace un siglo, origen del moderno deporte federado, son los actuales movimientos de deporte popular, lo que nuestra Ley de Cultura Física y Deportes recoge en el brevísimo art. 13 como «agrupaciones» deportivas.

En definitiva, considerar a las federaciones deportivas como entidades de derecho privado es considerar el deporte federado como deporte privado. Si las federaciones deportivas fuesen pura y simplemente el resultado de la asociación de clubs o entidades que practican deporte, como lo eran en el siglo XIX en Inglaterra y posteriormente en otros países, tal consideración jurídica sería correcta. Pero hoy las federaciones deportivas son mucho más, incluso se han constituido algunas sin que existiesen clubs u otras federaciones que se hubiesen de «federar» o «asociar», sino por iniciativa de la propia Administración o a instancias del correspondiente órgano internacional. Hoy en las competiciones internacionales participan selecciones que son la manifestación pública del deporte de un país; en realidad verdadero deporte público. ¿En dónde están enroladas estas embajadas públicas sino en las federaciones? No hay país que desde sus instancias públicas administrativas del deporte no realice algún tipo de política competitiva que represente a la nación: en los Juegos Olímpicos, en otros juegos deportivos internacionales, en campeonatos de selección, etc. los entes públicos, el mismo estado, tiene responsabilidad en tales embajadas. ¿basta con la función «tuitiva» del Estado hacia el deporte de alta competición? Pensando en un certero desarrollo para tales condiciones habría que dudar mucho de ello. Dejando a un lado los países socialistas, que en resultados de alta competición internacional son los que más han progresado y donde la acción estatal es no solo directa sino absorbente, en la mayor parte de naciones occidentales se dirige, se cuida, se mimra desde las instancias públicas al deporte representativo, cuyos protagonistas, los deportistas, siguen, no obstante, encuadrados en las respectivas federaciones, hoy perfectamente distintas e independientes unas de otras por razón de modalidad deportiva.

La razón del encuadramiento mono-federativo de los deportistas públicos viene reforzada por la existencia de las federaciones internacionales mono-deportivas. De hecho, las federaciones internacionales, aparte de reglamentar, solamente controlan las competiciones de alto nivel. Las autoridades deportivo-administrativas de cada país deben aceptar el «status quo» del deporte internacional, ordenado en federaciones internacionales, las cuales regulan la alta competición. Ya es un pie forzado. Pero si, como en el caso actual de España —al igual que en bastantes países—, a tales federaciones nacionales se las reconoce como entes privados, ¿dónde está el deporte oficial? ¿O es que no hay en el mundo de hoy deporte oficialmente representativo? ¡Gruesa rueda de molino!

La correspondencia institucional e incluso terminológica entre deporte internacional y nacional tampoco es exacta. Las federaciones nacionales no son la correspondencia a nivel nacional de las internacionales (ni viceversa), ya que las primeras tienen atribuidas amplias funciones al margen de la regulación del deporte competitivo<sup>10</sup>.

Las obligaciones de «fomentar la educación física y el deporte» y de «facilitar la adecuada utilización del ocio» que la Constitución Española de 1978 impone al Estado, podrían acaso cumplirse con el suficiente acondicionamiento de infraestructura, construcción de instalaciones, reserva de terrenos en legislaciones urbanísticas, exenciones fiscales favorecedoras de la práctica deportiva, etc. Pero tales acciones serían escasas. Queda el capítulo del desarrollo de los movimientos característicos del deporte popular. Ahí podría volcarse el Estado. Pero, ciñéndonos de nuevo a España, son tímidas las alusiones que a esta parcela dedica la propia Ley de Cultura Física y Deportes.

---

<sup>10</sup> La designación de las federaciones deportivas como entidades privadas se establece en la citada «Ley de Cultura Física y deportes» de junio de 1980. El Decreto sobre Clubs y Federaciones deportivas, del 16 de enero, concreta algunos temas que en la ley no solo parecían vagos —cosa en alguna manera normal—, sino fluctuantes, casi contradictorios. Este decreto viene casi diríamos, a «arreglar» un poco la Ley. En general, esta es la tónica de las numerosas disposiciones legales que desde la promulgación de la Ley (mayo de 1980) hasta el cierre de estas líneas (mayo 1981) —ocho decretos y tres disposiciones— se han producido. Por ejemplo, el fallo garrafal de la Ley con respecto a la plena integración académica de los estudios de educación física, ha logrado en parte enmendarse en el decreto de 24 de abril de 1981 «sobre Institutos Nacionales de Educación Física y las enseñanzas que imparten», con la creación del Licenciado en Educación Física. Aunque en este libro se ha procurado no personalizar, sin embargo, como justa aclaración al sentido crítico de algunas consideraciones, este mejoramiento de la Ley es un logro importante que hay que agradecer al actual equipo dirigente del Consejo Superior de Deportes, presidido por el Secretario de Estado Jesús Hermida.

Con estas reflexiones acerca del deporte federado no pretendo sino poner de manifiesto cierto anacronismo que en el mundo actual supone el hecho de centrar el fenómeno deportivo en el sistema de federaciones. Son instituciones de otra época. Ello no significa que no cumplan todavía funciones prácticas, que no conserven validez en la regulación actual del deporte competitivo. En tal ámbito son, hoy por hoy, insustituibles. Pero la realidad del deporte, tanto a alto nivel de representación pública como a nivel de promoción, ha rebasado su propio encuadramiento.

La sociedad deportiva se ha desarrollado en el mundo durante el último siglo apoyada en el sistema federativo. Este sigue siendo eh más representativo de la institución deportiva. Pero se muestra insuficiente para abarcar e incluso para significar toda la nueva realidad deportiva de nuestro tiempo.

Los cada vez más frecuentes enfrentamientos de los deportistas con sus respectivas federaciones, más que significar incompetencia federativa o insolencia de los deportistas, vienen a ser reflejo de esta crisis de la estructura federativa como soporte fundamental del deporte. En el fútbol español, como anteriormente se ha mostrado, ha surgido la «Asociación española de futbolistas profesionales» como defensora de los intereses de los jugadores frente a los clubs y al margen de la Federación Española, con lo que no se sienten identificados. En otros deportes, también al margen de las federaciones deportivas, surgen similares agrupaciones, como ha «Asociación española de baloncestistas internacionales», la «Asociación de atletas internacionales», etcétera.

El esquema clásico estructural-organizativo del deporte moderno fue la agrupación de los practicantes del deporte en club deportivo (o variante deportiva del club social); la asociación pactada y reglamentada de clubs, en federación. Hoy en el sistema federado, al haberse burocratizado e inflexibilizado, el deportista anímicamente, deportivamente, está cada vez más lejos de su federación. En un acertado estudio, «Problemas sociales del Trabajo Deportivo: el caso de los atletas españoles de elite»<sup>11</sup>, M. García Ferrando explora, entre otras cosas, el grado de vinculación o satisfacción de los atletas practicantes (ha muestra comprende los 25 mejores en el ranking nacional en cada una de las pruebas atléticas) con las distintas instancias que componen la actividad atlética. De las 9 instancias que analiza (entrenador, club, etc.) la «federación nacionales» ocupa el 6º lugar; la «federación provincial», el 9º es decir, el último; el 8º es el tema «becas y otras ayudas» canalizadas y distribuidas por la federación. Esta lejanía anímica con respecto a su federación es indicio muy importante de la pérdida de original vitalidad deportiva por parte de la estructura federativa.

Al deporte le ha llegado un proceso de *burocratización*; pero no selectivo, sino *acumulativo*. A las primitivas instituciones deportivas, clubs, asociaciones federadas —me refiero al deporte moderno que se incubó en el siglo XVIII y se extiende hasta nuestros días— se van añadiendo nuevas estructuras requeridas por los nuevos sectores sociales que se integran en el mundo del deporte (educativos, militares, empresariales, laborales, confesionales) y las nuevas necesidades de organización administrativa y política demandadas por el propio deporte (direcciones generales: departamentos; servicios; consejos superiores; consejos provinciales, locales; delegaciones; juntas deportivas; comisariados: subsecretarías; secretarías de estado; ministerios; asesorías...). Sobre el deporte contemporáneo ha caído una pléyade de entes burocrático-administrativos no han venido unos nuevos a sustituir a los viejos; sino que se han acumulado. En muy pocos países se ha apreciado un serio replanteamiento, reorganización, renovación, de la realidad deportiva. Cambian los antiguos «animadores» por nuevos «burócratas.» O, lo que es peor, van desapareciendo los antiguos «animadores» y son sustituidos por «burócratas.» Porque hasta las propias instituciones deportivas clásicas, como clubs y federaciones, van pasando a mentes y talantes burocráticos. Ya casi hasta para corretear por la calle hay que echar una instancia con calco y póliza.

Hay algún aspecto positivo en el control de las nuevas actividades deportivas, por ejemplo, la supervisión médica. Pero como no existe una verdadera modernización de los sistemas, todo se resuelve por la calle de en medio, añadiendo superestructuras e inflando burocracias.

---

<sup>11</sup> En «Revista española de investigaciones sociológicas». 8. octubre de 1979.

La insuficiente sensibilización acerca de las dos gigantescas dinámicas del actual deporte por parte de los dirigentes deportivos explica los anacronismos y confusionismos vigentes y la resistencia al cambio en la estructura deportiva mundial.

Un adecuado encuadramiento administrativo debería tener en cuenta esta doble marcha del deporte de nuestro tiempo. Por un lado, podría existir el organismo o los organismos que acogiesen el deporte-espectáculo; organismos estrechamente relacionados tanto con las áreas que encuadran la vida del espectáculo y los medios de comunicación social, como con las instancias públicas representativas a nivel internacional. Por otro lado, existirían uno o varios organismos deportivos que acogiesen, canalizasen y promocionasen el complejísimo mundo del deporte-practica. En un nivel de organización competitiva, las federaciones, calificadas jurídicamente con un poco más de amplitud que como simples entidades de derecho privado. En otros niveles. Órganos o sub-órganos encargados del deporte como ocio, con funciones fácilmente atribuidas a entidades locales; el deporte como educación, vinculado a los Órganos de la educación, pero sin ser absorbido por ellos, sino también ligados a las entidades locales. Cabrían otras áreas específicas para las múltiples formas del deporte-práctica (médico-higiénica, deporte de naturaleza, actividades de aire libre, etc.).

En todo el sistema de organización convendría estar atentos a la corriente descentralizadora que se advierte en la sociedad en general. Se empieza a estar de vuelta, gracias sobre todo a las esperanzas infundidas por la alta tecnología electrónica y telemática, de las grandes masificaciones, de las reglamentaciones generalizadas, de los modelos estándar, y se regresa hacia unidades reducidas de comportamiento y convivencia, hacia una vida más individualizada. Esto va a tener profundas repercusiones en los estamentos sociales, en la industria, el comercio, el espectáculo, la educación, la política, la canalización —o mejor descanalización— de la cultura. Y también en el mundo del ocio en general y en el deporte.

La política, donde los movimientos sociales repercuten pronto gracias a las inapelables presiones, ha iniciado su proceso de descentralización en diversos países. En España se recoge ya en la propia Constitución de 1978. Pero —y quiero ser bravísimo en este comentario— la descentralización practica se ha entendido mal. Se ha procedido a una descentralización para otras centralizaciones. Fundamentalmente se traduce en una transmisión de competencias de un órgano central estatal a Órganos centrales de las autonomías. En vez de un Órgano estatal habrá 12 Órganos llamados autónomos con idénticas características centralizadoras. No se hace más que multiplicar por 12 el aparato, y consecuentemente las entidades gubernamentales, los gastos.

El profundo proceso de descentralización hacia el cual camina la sociedad de nuestro tiempo es algo más serio; apunta a un cambio radical de estructuras; un cambio de la propia identificación del Estado y demás entes públicos frente a la sociedad. Esta está accediendo a una nueva «era». No con la alegría de ciencia-ficción, sine con datos y constataciones rigurosas. Autores prestigiosos, desde distintos campos, intentan concienciar a la sociedad de esta trascendental situación que ahora vive.

De los grandes hacinamientos urbanos, gracias a la disponibilidad informativa a domicilio, a la manipulación personal con propia iniciativa de las energías de comunicación, a la internacionalización y omnipresencia de los grandes servicios. Se podrá regresar a una vida culta y desarrollada en pequeñas localidades. La mayoría de los estudios se podrán cursar desde casa. Gran parte de la, vida laboral se podrá realizar también en casa. Se camina hacia la desaparición de las masas de obreros metidas en talleres. Las aglomeraciones industriales y burocráticas corresponden a una estructura socioeconómica que va a desaparecer a pasos agigantados.

Estas radicales transformaciones a pocos años vista tendrán que producir una consecuente y radical transformación de la estructura pública, al igual que el paso de la sociedad agrícola a la industrial significo un cambio sustancial del entendimiento del Estado y de los poderes públicos en general.

Este mensaje profundo que desde las instancias sociales se emite a todas las estructuras vigentes no es aún suficientemente captado por los políticos. Se hace lo más fácil: descentralizar, transmitiendo a otras sucursales centralizantes los mismos poderes y competencias. No se analizan y recomponen esos poderes, que es a lo que apunta el hondo sentido de la descentralización.

Acaso en el área del deporte, dadas sus características singulares, su condición de institución «sui generis», pueda ensayarse más fácilmente este cambio de mentalidad y de organización hacia la verdadera

descentralización practica. Entre otras cosas habría que plantearse la potenciación de la vida local; la concentración de las economías publicas en un modernizado sistema de servicios; la garantía mediante este sistema, de que la opción deportiva llegue de verdad a todos.

Intentando resumir, a los poderes públicos deportivos les corresponde adecuar, multiplicar los servicios para que la sociedad, las personas, puedan hacer deporte. El tema no es fácil, ya que una reestructuración que se ofrece coma obvia no puede realizarse si paralelamente no se realizan las correspondientes a los demás ámbitos de la vida social. Una potenciación deportiva de las administraciones locales no puede ser efectiva sin La propia transformación interna de dichas administraciones, uno de cuyos principales elementos es la adecuación de las personas responsables a las nuevas demandas de la sociedad, es decir, la formación de las personas.

## CONTAGIOS

La cuantificación y la «consumición» del deporte no solo invaden los estamentos del deporte-espectáculo, sino gran parte de las áreas del deporte-practica. Esto puede ser más grave.

La imagen del deporte, de lo que sea o deba ser, está acaparada por el gran deporte competitivo. Cuando se habla de deporte, en seguida se piensa en campeones y récords. Esta imagen predominante, reiteradamente inculcada por los medios de difusión, se apodera del muchacho que simplemente hace deporte en su barrio o en su escuela; este deportista elemental se identifica, sin quererlo, con aquel deporte. Ya no solamente aspira a ganar un partido a una carrera espontánea. Sin querer, actúa en él la imagen del campeón. Los niños que improvisan un partido de futbol en un descampado, repiten las maneras, aspavientos y fingimientos de las vedettes balompédicas de primera división. En cualquier competición de barrio se descubren alrededor de la piscina o de la cancha los nerviosismos de «papás» y «mamás» por si su niño gana o pierde. Se llegan a hacer trampas, coma si se tratase de una victoria pírrica. Los pequeños competidores de 8, 10, 12 años, tienen, en la víspera de la prueba, comportamientos neuróticos. Cada vez parece más difícil separar La simple práctica deportiva de la «consumición» deportiva. El deporte se convierte en simple «degullición» de triunfos. Estos se buscan, se manipulan, se obtienen a cualquier precio.

Una cosa es el afán de Victoria, inherente a toda competición deportiva, y otra él tener que ganar por encima de todo. En cualquier deporte, incluso en su más simple paradigma de una competición improvisada en la calle, sé compite para ganar. La célebre frase del barón de Coubertín «lo que importa es participar», sacada de su contexto, ha sido mal interpretada. Y ha hecho más daño que bien al deporte. No se puede competir sin aspirar con todo empeño al triunfo. Si después de competir se ha perdido, lo importante es haber participado. Este es el esquema del auténtico deportista, apto para una estructuración de moral cívica. El simple «participacionismo» sin afán de victoria, del que tanto se ha abusado últimamente, es contrario a la superación y desafío propios del deporte. Seria una especie de «pasotismo». Y la actitud deportiva es diametralmente opuesta al pasotismo. «Saber perder» es humanamente enriquecedor cuando se ha aspirado intensamente a ganar; si no se aspiraba a la Victoria, aceptar la derrota no tiene valor.

Frente a un deporte des-sustanciado, des-castado (la lucha esforzada, limpia, por el triunfo, es casta deportiva), convertido en pura ceremonia, pamema y remilgo, ha aparecido la imagen consumista, devoradora de triunfos. Hay que aplacar al dios con los mejores productos, con animales cebados, con sacrificios humanos. Los medios de comunicación han implantado esta imagen —los propios medios, en la competencia que caracteriza su actual organización, son, ellos mismos, consumismo— y ha alcanzado a todos los estratos. Frente a una alicorta participación sin entrega y esfuerzo por la victoria —falso deporte— se ha impuesto la victoria como sea. Es parte sustancial, no solo del gran juego social, del gran espectáculo deportivo que nos inunda, sino de cualquier deporte a cualquier nivel en cualquier área a estamento; es ya sustancia de todo deporte. Es trasplante a la vida deportiva —que era una alternativa bien intencionada y bien nacida, emuladora pero no bélica, dramática pero no trágica— de la implacable guerra a muerte que es la lucha por la existencia. Si este consumismo de la ganancia absoluta (vencer como sea) acabara imponiéndose plenamente en todo deporte, éste se habría perdido. Creo que por hay va el verdadero deterioro del deporte, mas que por su simple comercialización coma ganancia de dinero.

Por eso es menester hacer cuanto sea por clarificar, por distinguir un deporte de otro. Con los medios de comunicación, con la escuela, con las promociones sociales, con la modernización del propio deporte, con las investigaciones culturales y científicas, con la filosofía: con todo lo que este alcance.

El deporte-práctica, en su inmensa variedad (repito, aunque sea reiterativo: deporte-higiene, -educación, -diversión, -ocio, -esfuerzo, -expresión, -aire libre...), es decir, todo el deporte organizado para el ocio y para la educación, como el espontáneo de cualquier movimiento popular (deporte para todos a deporte para la intimidad es, cada vez más, otra realidad distinta del deporte-espectáculo.

No se trata de censurar a éste, ni de frenarlo. Es un gigante que sigue creciendo; cumple sus funciones sociales, algunas muy útiles.

Pero existe fuera de él, distinto, autónomo, suficiente, de mejor pronóstico y mucho más necesario, el otro, el deporte-practica; que en realidad es el primero, el originario. Hoy es especialmente útil insistir en esta filosofía de la neta diferenciación de ambos<sup>12</sup>. No es que uno de ellos siga siendo el deporte propiamente dicho, y el otro (deporte-espectáculo) una cosa ajena. Son *dos deportes* distintos, claramente diferenciados debido a la variedad de demandas sociales que los desarrollan. Pero ambos, deporte. Comprobaremos más adelante cómo esta aclaración puede ser muy significativa.

### **PRESAGIOS PARA EL DEPORTE-ESPECTACULO**

En 1972 propuse por primera vez públicamente, en una sesión de «Solidaridad Olímpica» celebrada en la República Dominicana, la oportunidad de ensayar unos Juegos Olímpicos «open». La propuesta no tuvo muy favorable acogida. Mi argumentación se basaba en la realidad crecientemente dominante entre los participantes olímpicos. Figuraban éstos como «amateurs», dentro de la legalidad olímpica. Pero la mayoría no lo eran propiamente. Unos, en calidad de atletas de Estado; otros, mediante diversas formulas, con sustanciosas percepciones económicas a título de becas, recuperación de sueldos, ayuda para entrenamientos, etc.; todos ofrecían una dedicación casi plena a sus entrenamientos diarios, a sus viajes al extranjero. Tras la Olimpiada de Roma (1960) se había hecho prácticamente imposible aspirar a un buen resultado olímpico sin una intensa aportación personal. La regla olímpica 26, pese a sus modificaciones, subsistía. Se empezaba a hablar, cada vez con más sólido rumor, de la «hipocresía olímpica». La formula «abierta», al margen de las autocriticas de amateurismo o profesionalismo, eliminaría toda ambigüedad.

El doctor Onesti, entonces presidente de «Solidaridad Olímpica» (importante movimiento institucionalizado dentro del COI), también entonces presidente del Comité Olímpico Nacional Italiano, me expreso sus preocupaciones por mi planteamiento, que desbordaba toda tradición olímpica. El movimiento olímpico está basado fundamentalmente en una concepción gratuita, voluntaria, frutiva de la practica del depone.

Sin embargo, los Juegos Olímpicos son la cumbre del deporte-espectáculo; y en éste ya han sido rebasados hace tiempo los escrúpulos mercantiles<sup>13</sup>.

¿Perdería el deporte su esencia si desapareciesen todas las barreras a la invasión del mercantilismo? Los deportistas profesionales podrían convertirse en simples asalariados o profesionales mediante contrato bilateral. ¿Qué mal hay en ello?

El tema de la creciente profesionalización de los buenos deportistas no empieza, ni mucho menos, en el ámbito olímpico. Deportes como boxeo, futbol, ciclismo, béisbol, etc., hace más de medio siglo que entraron en las claudicaciones profesionales. En realidad mucho antes de la aparición de los Juegos Olímpicos, antes, incluso, del florecimiento del deporte moderno en el siglo XIX, existían en Inglaterra, su cuna, prestigiosas instituciones populares de deporte más o menos profesionalizado, como existían en otros muchos países con la fuerza de tradición folklórica (recordemos nuestro deporte popular vasco con sus apuestas y sus ganancias). El deportivismo moderno tuvo como una de sus motivaciones cierta independización con respecto a los tradicionales deportes profesionalizados de Gran Bretaña; dicho movimiento, como se vera

---

<sup>12</sup> v. José M. Cagigal, *El deporte en la sociedad actual*. Edit. Magisterio Español. Madrid 1975, pags. 45 ss.

<sup>13</sup> En el capítulo posterior sobre el Olimpismo analizo con más detalle esta problemática.

más adelante, fue muy vinculado a corrientes de discriminación socioeconómica. Quizá esta segregación frente a un deporte popular afectado de ganancias profesionales marcó el naciente movimiento olímpico de fines de siglo con la excesiva preocupación por la pureza del amateurismo.

Las motivaciones profesionalizantes de la segunda mitad del siglo XX son de cariz distinto. Es, sobre todo, la absorbente dedicación al entrenamiento deportivo y a los viajes competitivos lo que obliga a la remuneración. También influye el cambio social que se experimenta a lo largo del siglo. El deporte deja de ser un coto socioeconómico de **privilegiados** para extenderse a todo el pueblo. El empleado, el obrero, no pueden dedicar tiempo a la preparación sin remuneración.

La suma de profesionalismos, los clásicos de ciertos deportes como fútbol y boxeo, y el nuevo «endinamiento» de los participantes en atletismo, natación y deportes más característicamente olímpicos, plantea al fin un profesionalismo cuya aclaración hay que intentar.

El profesionalismo creciente ¿va en contra del deporte? ¿Subsistiría éste, una vez que los deportistas fuesen netamente asalariados?

Cuando me lance a hacer la propuesta de las olimpiadas «Open» me preocupaban fundamentalmente las ambigüedades del «amateurismo marrón» las formulas hipócritas de la «ficha olímpica» en fútbol (jugadores de primera división que, en las temporadas previas a los juegos, en vez de recibir ficha de profesional firmaban la «olímpica» invento que les permitía ganar el mismo dinero de su club, pero no estaban vetados por el puritanismo olímpico), las ventajas de países del este de Europa, por la posibilidad de participación olímpica de los mejores **ciclistas**, boxeadores, etc., al no existir oficialmente el profesionalismo, mientras que de países occidentales competían terceras series... y otras anomalías semejantes. Una vez más era aconsejable equiparar la estructura organizativa y la legalidad deportiva a la realidad sociológica.

Hoy, entrados en la década de los 80, no porque los hechos ni las tendencias socio-deportivas se hayan modificado, sino como consecuencia de ulteriores reflexiones, me hallo más perplejo.

En diciembre de 1980, al plantear en conversación privada al presidente del Comité Olímpico Internacional, Juan Antonio Samaranch, mis sugerencias sobre el ensayo de olimpiada «open», recibí como respuesta verbal (que intentaré reflejar lo más fielmente posible) las siguientes consideraciones:

«Desde luego hay que modificar sustancialmente la regla 26. Pero pienso que debe subsistir algún control. Sería lamentable que un súper-profesional —como los grandes jugadores de fútbol, tenis, etc.— empezase a poner condiciones económicas con escueta valoración de mercado, tales como: tantos millones por participar, tantos por semifinal, tantos por final; inclusive por publicidad; póliza de seguros vitalicia, etc. No es imaginación calenturienta pensar que a esto se podría llegar. ¿En qué se convertirían los Juegos Olímpicos? ¿No se desencantaría la gente ante este grosero tráfico desprovisto de todo valor deportivo? Más que definir al “amateur” que puede participar, hay que definir al mero profesional que quede excluido de la competición. Naturalmente que el participante olímpico puede recibir compensaciones y ganar dinero, pero dentro de unos controles.» Hasta aquí Juan Antonio Samaranch.

En la rueda informativa ofrecida durante su visita oficial a Italia, el 28 de enero de 1981, Juan Antonio Samaranch ratifica: «Una de las cuestiones fundamentales que se abordará en Baden Baden será la del profesionalismo, intentándose encontrar una definición exacta del verdadero profesional, que hoy por lo todavía no ha sido dada. Debemos archivar la palabra amateur y definir exactamente lo que es un atleta profesional. Los Juegos Olímpicos tienen que ser siempre la cumbre del deporte, y por consiguiente hay que permitir la participación de los mejores atletas, con exclusión de aquellos que son profesionales auténticamente. Abrimos las puertas a todos, no queremos discriminar a nadie, pero no aceptamos el profesionalismo al 100 por 100. Por todo ello, buscaremos en Baden Baden dar con una definición al respecto, que todavía no tenemos.<sup>14</sup>»

---

<sup>14</sup> Según texto recogido y difundido por la Agencia EFE.

Los Juegos Olímpicos son el mayor espectáculo del mundo debido a muy diversos factores. Hay una participación de los más eminentes especialistas en las más diversas modalidades. Los que corren más rápido; los que más saltan y lanzan y nadan; los que mejor manejan el balón con las manos; los que mejor cabalgan; los más potentes levantadores... están ahí. Pero esta suma de habilidades, ¿es tan relevante como para convocar tal expectación mundial? Si los Juegos Olímpicos se compusiesen por los mejores artistas de circo, los mejores trapecistas, equilibristas, funambulitas, cascadores, caballistas, es decir, por las mayores eminencias del mundo en difícilísimas destrezas, ¿concentrarían la expectación que hoy consiguen en su actual formulación?

Más hábiles jugadores y burladores de balón que el equipo olímpico de básquet de Estados Unidos son los Globe-Trotters. Constituyen un espectáculo fascinante; pero no arrastran, no apasionan como una semifinal de los Juegos Olímpicos.

Hay un algo en la súper-competición a alto nivel de cualquier modalidad deportiva que arrastra más profundamente que la habilidad en sí. Algo que rebasa la simple catalogación como destreza. Cuando Pinito del Oro se balanceaba con el cráneo boca abajo pegada al trapecio, había una ansia de admiración en el circo. Cuando Nadia Comaneci realizaba en Moscú su ejercicio en las paralelas asimétricas, menos arriesgado que el trapecio, envolvía a los espectadores otro tipo de admiración. Cayó al suelo y perdió medio punto —que son miles de puntos—, volvió a encaramarse continuo. ¿Se recuperaba del retraso adquirido? Un seguimiento partidista o rival, un juicio apasionado hacia los jueces, un tomar parte a favor o en contra, incluso desde la inmensa distancia de Bucarest, Madrid, Nueva York o Tokio. Entre ambas exhibiciones de habilidad, igualmente difícilísimas, aparentemente semejantes, media un abismo de participación colectiva. En una existe la admiración fría, el asombro objetivo, la contemplación distante. En la otra, la participación del espectador en el esfuerzo y en el rito, la zozobra y sufrimiento de la prueba, la identificación con el éxito o el fracaso; una empatía radical que absorbe a todo seguidor. Queda en el deporte de nuestro tiempo, pese a su desmesura y descomposición, la magia de la antigua épica. El mundo si fue necesitado de héroes con quienes identificarse, de divos a quienes recurrir. Y no es más héroe el gran exhibidor de habilidad mediante frió y calculado contrato, por muy perfecto ejecutante que sea, que el representante del pueblo que, saliendo de sus filas como David, doblega al gigante de la otra tribu. No importan los honores que se le brinden, las ganancias que obtenga todo se le perdona mientras haya representado al pueblo, a la tribu. Lo que no se puede perder es el carácter mítico-popular, de vinculación épica. Este cordón umbilical con la tribu es lo que subsiste en el deporte-espectáculo de la primitiva vivencia lúdico-deportiva personal o grupal. Mientras no se rompa, pervive el rito que amarra y hechiza.

Juan Antonio Samaranch, hombre dotado de gran olfato deportivo, sabe que lo más importante que puede perder el olimpismo es su entraña deportiva. Convertido en circo, a los juegos Olímpicos les podría suceder eso. Como podría sucederles a las competiciones ligeras de fútbol, a las vueltas ciclistas, a las copas de esquí. El peligro serio para el deporte-espectáculo no está simplemente en la mercantilización; sino que se convierta en mero espectáculo. Para lo cual, indudablemente, la mercantilización es vehículo proclive.

La recientemente promulgada «ordenanza laboral de los deportistas profesionales»<sup>15</sup> ha supuesto un hito importante en la legalización y regulación de esta actividad. Se trata ya de asalariados a quienes se les reconocen y asignan todos los derechos y deberes con respecto a los contratantes, que son los clubs. Afortunadamente no aparece en la ordenanza el término «empresa» o «empresario.» No se da una total equiparación a los clubs, como se llegó a temer, con entidades mercantiles. Se conserva un respeto hacia una singular actividad que es el deporte profesional, estableciéndose un tratamiento especial. Consiste, indudablemente, en una profesión «sui generis». Aparte de la especial condición de corta duración de la profesionalidad del futbolista (entre 10 y 15 años) y de otros condicionamientos específicos, algo hay en la prestación profesional del fútbol, como en la del ciclismo y otros deportes, que lo diversifican del puro esquema laboral. Pertenece a un área singular que para el seguidor y aun para el simple espectador es un mundo aparte. La exhibición pública de la habilidad con el balón tiene eco popular no tanto por su depurada técnica y su esfuerzo físico cuanto por la magia de ese mundo dentro del cual se exhibe.

---

<sup>15</sup> Decreto 318/1981, de 5 de febrero.

Es curiosa la antinomia que se opera en el espectador del match deportivo (siempre que se dé la sustancia del deporte, la competición): exige siempre del jugador que rinda al máximo, que se entregue totalmente. El hincha es implacable con el jugador que se reserva. En el mundo laboral —que es el mundo llamado serio— nunca se trata al trabajador con tanta exigencia; basta con que cumpla suficientemente. A un obrero que trabaja suficientemente nada se le recrimina. En la competición deportiva —que es el mundo de la diversión, menos serio— se exige la entrega al máximo<sup>16</sup>. Solo porque hay creencia, porque hay fe en esa entrega, el público llena el graderío. Se piensa que, por encima de todo, son «jugadores» Porque se tiene fe en que sigan «jugando», aunque cobren mucho, se fían de ellos; y se les exige implacablemente. Una de las características del juego es la plena entrega de los participantes. En cuanto un jugador se reserva, hay ruidosas protestas. Solo porque creen que los «routiers» se empeñan sobre la bicicleta con todas sus fuerzas, los seguidores acuden al puerto de montaña a verles coronar y a la meta a verles llegar exhaustos. La exhibición del ciclista de circo asombra, pero no arrastra.

Una absoluta profesionalización patente en todo su descaro, podría llevar a los grandes campeones a La pérdida de su credibilidad deportiva. Si actuaran solo como grandes malabaristas llevarían tras de sí puros espectadores, no arrastrarían seguidores. Cuando aquellos grandes jugadores que se profesionalizaron hace cerca de 40 años, los Pancho Segura, Rod Laver, Pancho González, Andrés Gimeno, etc., recorrían el mundo con el empresario Kramer, llenaban de público los recintos pero nunca alcanzaron la pasión popular recuperada tras su reingreso en las grandes competiciones de la Federación Internacional de «Lawn Tennis» (Copa Davis, Wimbledon, Roland Garros, «Masters»...). Andrés Gimeno nunca tuvo un triunfo tan sensacional, tan platórico, como la Victoria de Roland Garros a sus cerca de 40 años de edad, otra vez en el ámbito de las competiciones abiertas a nivel mundial. La grandiosa rivalidad de Mac Enroe, Borg y Lendl vuelve a dar caracteres épicos al tenis, muy por encima de los antiguos torneos profesionales de Kramer, a pesar de la maestría de Laver y su «cuadra» de hace 25 años. Pero Mac Enroe y Borg son tan profesionales como ellos; ganan aún más dinero. ¿Cuál es la razón por la que éstos son más mito que aquellos? Quizá el secreto esté en la recuperación de la verdadera competición, plenamente abierta, con su mayor alcance popular.

Según esta consideración, la súper-profesionalización de los grandes olímpicos no haría sucumbir necesariamente el olimpismo. Mientras éste conservase su abierta competitividad, seguiría teniendo carácter deportivo; no dejaría de ser un gran juego con alientos populares. El quid está, probablemente, en que las esencias del deporte —juego, esfuerzo físico, competición— se mantengan.

La pérdida del carácter lúdico-deportivo puede producirse por vías distintas:

O en la línea de la verdadera competición donde las exigencias públicas evolucionasen hacia resultados —consumación— cada vez más excitantes. Se caminaría hacia una degradación devoradora al modo del circo romano, en su versión futurista del «rollerball» o el «cannonball». O bien —peligro del que ya se ha avisado anteriormente— en la necesidad imprescindible de triunfo. Al igual que las siderurgias tienen que incrementar lingotes y ganancias, o los bancos beneficios, así los clubs profesionales y en forzados a incrementar su alijo de triunfos. Se emplean todos los medios: los grandes fichajes, el endeudamiento del club, a veces incluso las primas a terceros, los sobornos mediante intermediarios. Lo que más directamente repercute en el seguidor es la desnaturalización del juego, la pérdida de belleza en aras de la táctica. Más que jugar bien para ganar, lo que importa es ganar, aunque no se juegue bien. Todo consiste en no dejar hacer al contrario. Reman los sistemas defensivos, en el fondo destructivos. Como botón de muestra, el comentario de Ruango aparecido en el diario madrileño «Pueblo»<sup>17</sup>. Lo transcribo con amplitud porque no tiene desperdicio:

«Presencie el domingo en mi tierra una auténtica eclosión del enorme poder de convocatoria del futbol, a la par que una ejemplar y reconfortante lección de deportividad y madurez de la afición murciana. Además de los récords de asistencia y taquilla, la parroquia de la Condomina soportó estoicamente el 50 por 100 de pago por socios y las 2.500 pesetas de la tribuna, junto a la poco consoladora cifra de las 800 de la general, sin un mal esto ni nada que se saliese de tono hacia el colegiado ni el Madrid corno visitante.

---

<sup>16</sup> En el capítulo de este mismo libro «Valor humanístico del Deporte» se analiza con más detalle esta característica.

<sup>17</sup> 28-1-81.

Pero sobre el rectángulo el espectáculo apenas apareció. Lucharon los dos equipos con afán y denuedo, pero ambos presos en un tablero de ajedrez humano impresionante. El marcaje de pares, la obsesión pre-cautiva y la mutua desconfianza en sus posibilidades dejaron prácticamente demolido y ahuyentado cualquier amago de buen juego. El fútbol español ha llegado a unos niveles impresionantes de preocupación por el adversario. La manía persecutoria del juego del rival nos está llevando a la desaparición de las fieras, a la falta de creatividad —por inusual— y a la práctica de un mínimo atisbo imprescindible de belleza contemplativa. Los dos puntos de cada partido son como un tesoro de valor incalculable, con sus trascendentales repercusiones sobre la trayectoria deportiva de los equipos y de los clubs. Esta pesada losa anega cualquier intento formal del fútbol por el propio fútbol, criticable para los equipos más modestos, pero casi imperdonable para los cuadros de mayor calidad de jugadores.

El tema de la corrupción es más espectacular. Todo el tinglado de sobornos, amaños, montajes de triunfos artificiales, llenan muchas páginas negras en el boxeo, *fútbol*, ciclismo, automovilismo, e incluso invade áreas tradicionalmente más incontaminadas como atletismo, baloncesto, balonmano, gimnasia, etc. Este cáncer alcanza a los diversos estamentos, con el partidismo e incluso la corrupción de jueces, la aceptación vendida de derrotas por parte de entrenadores, de jugadores, etc. Es un capítulo indudablemente peligroso para el deporte, pero no rebasa el porcentaje de corrupción habitual en áreas sociales e institucionales donde se maneja mucho dinero. Es una lacra que es menester desenmascarar y frenar: pero en definitiva no corrompe la esencia del deporte como tal. A todas luces cualquier acto de corrupción deportiva es conocido como tal y consecuentemente censurado. El remedio no es difícil, consiste fundamentalmente en sacarlo a la luz.

Lo malo de esta vertiente incorrecta es cuando ataca directamente a los protagonistas deportivos cuando el jugador acepta el «tongo» el «chorizo»: cuando entra de buen grado en el torneo amañado, el reparto de victoria por turnos, etc. Una profesionalización creciente puede abocar en un amaño permanente. Las grandes figuras participantes en «seis horas ciclistas» con frecuencia se han quejado de los nuevos participantes que, en afán de ganar méritos, se escapan del pelotón, rompen la carrera y las previsiones convenidas; son, en alguna manera, traidores. El día en que el seguidor tuviese pleno conocimiento de los amaños, vendría la decepción, por pérdida del atractivo mágico del rito deportivo, donde en un juego autoexigente hay que competir al máximo de fuerzas.

Tal exigencia es lo que hay que procurar que no se pierda en el deporte-espectáculo. Este se salva mientras los profesionales ofrezcan credibilidad deportiva. No se sabe si esto será posible a la larga en una mercantilización plenamente libre. Se podría matar la gallina de los huevos de oro.

### III. RAICES

En este escueto libro predomina la actitud de búsqueda, de análisis, sobre la oferta de soluciones, aunque tras el planteamiento de ciertos problemas también se han apuntado algunas. Indudablemente es más fácil analizar, criticar, que solucionar. Pero puede significar buen camino para el hallazgo de soluciones el descubrimiento de causas orígenes. A partir de ellos se puede diagnosticar mejor y obrar en consecuencia. Con esta preocupación van las páginas que siguen.

¿Importaría que el hombre, la sociedad, dejara de hacer deporte, y, pasadas unas decenas de años, se archivase en la historia esta curiosa vivencia?. Ya en el siglo que corre ha habido gentes muy serias que desprecian el deporte. Quizá esta gente sea la avanzadilla de la nueva humanidad. Pero también puede suceder que sea gente coyuntural, producto de una sociedad desajustada y deshumanizada, siendo ellos la punta del desajuste y la des-humanización. No lo sabemos. Para intentar disipar tales dudas será útil ahondar un poco más en la búsqueda de razones a la conducta deportiva.

No se puede precisar cuándo apareció la conducta deportiva, al igual que no es posible fijar la especificación de otras muchas conductas humanas. Tampoco es lo que más directamente nos importa aquí. Baste la constatación de que prácticamente en todas las civilizaciones ha existido alguna muestra de deporte. Desde el juego de una pelota con el pie (¿precursor del fútbol?) de los antiguos esquimales del Ártico o la disputa de la pelota desde caballo de los antiguos persas, el riesgo de la acrobacia ante el toro de cretenses e ibéricos, las competencias de fuerza de chinos y japoneses... hasta los juegos de pelota de mayas, las destrezas sub-acuáticas de incas, las gestas y torneos de la Europa medieval, etc., hay atisbos de deporte —rudimentos, desarrollos, esplendores, artificios, decadencias— con las más diversas invenciones, en toda la extensión del globo<sup>1</sup>.

Lo que resulta, sin duda, más difícil de concretar, es como se produce en el hombre la actitud y la conducta deportiva. Al principio, en la larga aurora de la aparición del hombre en la tierra, todo era lucha por la existencia. Con el correr de los milenios, mucho antes del paleolítico, acaso con el «homo erectus» o el «homo habilis», el hombre que maneja y manipula instrumentos empezó a diversificar, más allá del mero acto natural, sus acciones. Entre otras modificaciones de conducta, aparece un modo sustancial de situarse ante los animales y ante el mismo hombre. En tiempos bastante recientes, alrededor del neolítico, aparece esa neta superioridad de reflexión que el hombre hace sobre sus propios actos vitales, y pinta las piezas de caza en la pared. Es verdadero acto humano, que sintetiza muchas capacidades de vivencia más allá de lo puramente animal, entre ellas también la deportiva.

Cuando el hombre no tiene necesidad absoluta de abatir bestias para poder vivir, lo convierte en objeto de juego, de ceremonia ancestral; una especie de «tic» filogenético donde los rasgos zoológicos en la lucha de las especies se hacen, en el hombre, puro rito. Así se origina la caza como superación de la depredación; y desde la caza, otros juegos deportivos, algunos tan terribles como la guerra a muerte —Huizinga llega a defender el origen lúdico de la guerra—.

En esta antiquísima necesidad de la competencia, del desafío, de la confrontación, del júbilo por la Victoria, se enraíza el deporte, el cual en las distintas culturas ha conocido diversas formas y desigual significación.

Cuando el hombre ha conseguido ritualizar el juego competitivo y enmarcarlo dentro de unas reglas y de unas ceremonias, ha canalizado un poderoso impulso de vida, haciéndolo en alguna manera positivo, en alguna manera creador, siempre en la tendencia de afirmación de sí mismo, pero en la línea que diverge de la agresión total.

El deporte es rivalidad (con respecto a un adversario, a un obstáculo natural, a la propia limitación) lo mismo cuando se disputa un «set» con un adversario que cuando se llena un gradería para aclarar a un equipo frente al pueblo vecino. Pero cuando esta rivalidad llega a tornarse conflictiva, incluso mortífera, se está alterando

---

<sup>1</sup> En mi libro *Deporte: espectáculo y acción* (Edit. Salvat, 1981), se hace un recuerdo histórico-cultural más amplio.

uno de los grandes cauces por donde se canalizó «humanamente» por donde se «humanizó» esta poderosa energía de competencia —a la vez creadora y destructiva—<sup>2</sup>.

Creo que el deporte —fundamentalmente como juego competitivo— es uno de los grandes logros, diríamos etológicos —mitad cultura, mitad naturaleza— del hombre en su proceso civilizante, y la institución deportiva es la consumación cultural de este proceso.

Es difícil calibrar hasta qué punto sea necesaria a la vida humana esta capacidad de vivencia deportiva y hasta qué punto el hombre pueda perder humanidad si no la convierte en acción. No podemos en nuestras conjeturas ir más allá y emitir juicios determinantes.

Podemos valorar esta capacidad humana a la vista de los condicionamientos que marcan al hombre de nuestro tiempo, y, concretamente, opinar acerca de su oportunidad o inoportunidad para nuestra vida presente y futura. Con los atisbos radicales de un lado y los diagnósticos actuales de otro, nos será más fácil enjuiciar los derroteros del actual deporte en el mundo, su mejoramiento o deterioro.

### ACELERACION, TECNOINTELECTUALIZACION Y EXTRACEREBRALIZACION

Los tiempos de grandes crisis tienen alguna ventaja, obligan al replanteamiento de costumbres, de valores, de razones de vida. Patentizan las endeblesces y petulancias institucionales y fuerzan hacia la investigación humilde hacia la búsqueda de nuevas filosofías. Nadie duda de que estamos en tiempo de crisis. El desmoronamiento de valores tradicionales, el rápido desprestigio y a su vez desmoronamiento de los contravalores, de los valores revolucionarios, sitúan al hombre ante un vacío. Es la hora de buscar razones de orígenes y razones de futuro. No importa que haya que replantear cosas que se creían inamovibles. Crisis energética, crisis económica, política; miedo ante la auto-destructividad humana, la cual con los grandes poderes científicos y políticos puede resultar auto-destructividad planetaria. Angustia, neurosis, huida, depresión.

En el centro de estas pesadillas, como elemento dinámico que empuja a otros dinamismos secundarios, aparecen dos grandes fuerzas (o energías antro-po-sociales, o fatalismos socio-históricos), dos implacables realidades: la *aceleración* y la *tecno-intelectualización*.

La vida sobre la tierra está sometida a un proceso de aceleración. La evolución biológica se produce cada vez más rápidamente.

El hombre marcha empujado por una prisa cósmica. El lento ritmo de la evolución fue roto por la acumulación de inventos, por el progreso tecnológico. Pero ya antes, como si se tratara de una fuerza de gravedad dirigida hacia el futuro, el ritmo se acelera progresivamente.

Parece una **curiosidad**, un juego; pero es mucho más serio de lo que aparenta. Me refiero a la elaboración de los célebres «calendario cósmico» o «calendario biológico». Consiste en situar en sus días, minutos y segundos correspondientes los grandes acontecimientos desde que existe el universo, supuesto que esta existencia hasta nuestros días durase un año. Si la creación o nacimiento del universo fuese el 1º de enero, ¿en qué día del año hubieran sucedido los grandes acontecimientos? Este es el «calendario cósmico». El «biológico» consiste en situar en el 1º de enero el origen de la vida.

Supuesto que el universo tuvo su origen, al menos en su conformación actual, hace quince mil millones de años, según las más actualizadas teorías científicas, se establece una cronología relativa de impresionante significación. Así, ciñéndonos solo a unos cuantos sucesos de gran significación, éste sería el calendario:

---

<sup>2</sup> Tomado de José M. Cagigal, *Deporte: espectáculo y acción*. Edit. Salvat. Barcelona. 1981.

La gran explosión del «huevo cósmico» (o «big bang»)	1 de enero
La galaxia Vía Láctea	1 de mayo
La vida en la tierra	25 de septiembre
El antropoide «procónsul»	31 de diciembre, 13'30 h.
El primer sujeto de la especie «homo»	22'30
Útiles de piedra	23'00
El fuego	23'46
Arte rupestre	23'59
Primeros poblados neolíticos	23'59,35
Bronce. Cultura micénica	23'59,53
Edad del hierro	23'59,54
Siglo de Pericles	23'59,55
Jesucristo	23'59,56
Caída de Roma	23'59,57
Imperio de Bizancio	23'59,58
Renacimiento	23'59,59
Exploración espacial	Campanadas de medianoche
Viajes interplanetarios	Año nuevo <sup>3</sup>

Estos datos que, tras futuros hallazgos científicos, podrán sufrir modificaciones, invitan a profunda reflexión. El hombre que pinto las cavernas hace varios miles de lustros, apareció en el último segundo del año cósmico. Pero de este hombre de las pinturas rupestres al de la edad del bronce pasan 52 sexagésimas partes del último segundo. Del de la edad del bronce, a caballo entre prehistoria e historia, hasta nuestros días, solo transcurren ocho sexagésimas partes del último segundo. Y parece que en ese tiempo el hombre ha hecho casi todo. Pero principalmente las grandes transformaciones del mundo en que vive mediante la ciencia moderna, las realiza en la última sexagésima del último segundo; y las grandes alteraciones de su propia vida, las «mutaciones sociales» del siglo XX, corresponden a una mínima fracción de esa sexagésima de segundo.

Este es el hecho asombroso de la aceleración humana. «Es el hombre quien la ha producido, o ha sido empujado por ella a modo de un destino, o hado, o implacable devenir cósmico?

No se sabe dónde ira a parar el hombre, sí en el año nuevo del futuro continuo esta aceleración cósmica. Y no hay razón para pensar que no haya de continuar.

La *tecno-intelectualización* es un hecho que extiende largas raíces en la evolución filogenética. Las especies, para sobrevivir. Se fueron haciendo más «inteligentes»<sup>4</sup>.

Dejando a un lado alusiones a la evolución de reptiles, aves, mamíferos, primates, a las correlaciones entre capacidad craneal, peso del cuerpo v milenios de existencia, temas indudablemente apasionantes pero que obligarían a una extensión muy superior a la prevista, voy a recordar Únicamente algunos datos de la especie «homo».

Según el estado actual de las investigaciones paleontológicas, el primer hombre, en alguna manera asimilable, probable precursor del actual género humano es el llamado «homo habilis», denominación introducida por el paleontólogo L. S. B. Leakey, cuya aparición en la tierra según los fósiles hallados hasta hoy<sup>5</sup> se remonta hasta tres millones v medio de años. De baja estatura, con peso inferior a los 50 kg., presenta una frente amplia, lo que revela buen desarrollo del neo-córtex frontal v temporal. Es ya totalmente bípedo. Junto a sus restos fósiles se han hallado herramientas de piedra bastante elaboradas; leves indicios de que fuese un ser que construía rudimentariamente su propio habitáculo. Eran los comienzos del trascendental proceso de tecno-intelectualización del hombre.

<sup>3</sup> Tomado de Carl Sagan. *Los dragones del edén (especulaciones sobre la evolución humano)*. Ed. esp. Grijalbo. Barcelona, 1980. Ver también Isaac Asimov. *Las amenazas de nuestro mundo*, Plaza y Janés. Barcelona 1979.

<sup>4</sup> Aquí se usa el concepto de inteligencia en su acepción más amplia. Aquella capacidad de conducta de un ser vivo que más recursos tiene para sobrevivir, generalmente correlacionada con una mayor cerebralización, tanto cuantitativa como cualitativa.

<sup>5</sup> Cada año aparecen nuevos restos que obligan a replanearse las dataciones paleontológicas

Pero ya mucho antes del «homo habilis» aparecen indicios de manejo y manipulación de piedra y hueso en el «australopizeco grácil» (o «australopizeco africano») que aparece unos tres millones de años antes que el «homo habilis». Es bípedo imperfecto; probablemente omnívoro; frente hundida, con un volumen cerebral de unos 600 c.c., bastante desarrollado en relación con su masa corporal inferior a 30 kg. de peso. Su duración en la tierra alcanza varios millones de años, ya que también fue largamente contemporáneo del «homo habilis».

De su pariente, el «australopizeco robusto» de mayor tamaño pero con capacidad endo-craneal inferior, no se conocen actividades técnicas; nunca, hasta ahora, se han hallado restos de herramientas junto a sus fósiles. Era vegetariano, a diferencia de su primo «grácil» que fue omnívoro. Apareció en la tierra varios millones de años más tarde que el «grácil» incluso 200 o 300.000 después del «homo habilis». Es posible que estos dos, el «australopizeco robusto» y el «homo habilis» fuesen descendientes por rama distinta del «australopizeco grácil». El primero en línea degenerativa el segundo, en línea progresiva.

Hay tres hechos de significación decisiva, interdependientes, sin que pueda saberse cuál sea causa o consecuencia de los otros: la bipedestación, el uso de herramientas y el crecimiento de la cavidad craneal. Porque el hombre comenzó a elaborar objetos (para golpear, cortar...) tuvo que liberar sus manos del suelo y se irguió; es hipótesis aceptable. O, al revés, porque liberó las manos del suelo, ocupó el ocio manual elaborando objetos. Ambos hechos aparecen más o menos simultáneamente y con ellos, el otro suceso: el aumento de la cavidad craneal, el ensanchamiento y verticalización fronto-temporal con la progresiva corticalización.

Lo que resulta evidente es que la primera verdadera intelectualización del hombre fue manual, es decir, fue «tecnointelectualización»<sup>6</sup>.

¿Cómo pudieron sobrevivir estos especímenes tan frágiles corporalmente en medio de terribles animales como el «thylacosmilus» (fiero mamífero marsupial), el «smilodon» (felino de los dientes de sable), o el «dicerorhinus»? Indudablemente por su superior inteligencia, y, más precisamente, por su tecnointelectualización.

Esta tesis tiene muchos apoyos. Sin acudir a otros ejemplos y comparaciones, solo entre los aquí registrados se comprueba que el «australopizeco grácil» siendo notablemente más pequeño que el «robusto» surge varios millones de años antes que él y le sobrevive. Tenía ya, el «grácil» frente incipiente: el «robusto», no. Aquel manipuló piedra y hueso; éste no. El «homo habilis» aparece ya con frente prominente, muy superior capacidad craneal, con inferior tamaño que el «robusto» pero más voluminoso que el «grácil». Es ya bípedo completo, tecno-manipulador y posible constructor de habitáculo. También duro más que el «robusto», habiendo incluso aparecido antes que él.

---

<sup>6</sup> «Tecnointelectualización» no consiste, como pudiera parecer, en la aplicación de la inteligencia al aprendizaje o adaptación tecnológica, o a una ciencia que ha derivado en tecnología o ha sido sometida a tecnocracia. No es la adaptación de la inteligencia a una técnica objetivada. Sino el proceso de intelectualización equilibrada con la acción, incluso derivada en parte de la acción. Se refiere no al desarrollo simultáneo del intelecto y de la acción física, sino al unitario proceso de enriquecimiento del intelecto en la acción. Al concretar este concepto he dudado entre «praxointelectualización» y «tecnointelectualización». El primero incorporaría el concepto de «praxis» (práctica, acción). Sería la intelectualización en la práctica, en la acción. Sin embargo el término griego «praxis» tiene, en su incorporación al lenguaje vivo, una tradición filosófica determinada, especialmente desde Marx, el cual incorpora una significación particular, una manera activa y práctica de entender la dinámica histórica frente a la filosófico-contemplativa: queda esclarecida principalmente a partir de la expresión *umwälzende Praxis* («praxis revolucionaria»), que es la actitud del pensamiento práctico, en acción, frente a la tradicional actitud pasivo-metafísica de los filósofos. La segunda deriva del griego *tejnikos*, *teyne* (arte, habilidad, arte práctico, industria). Sería la intelectualización por la habilidad, por el arte hábil, la acción hábil, el manejo hábil. Tecnointelectualización puede significar con cierto rigor el hecho humano que se pretende registrar: la intelectualización a la vez producida por la acción hábil y decantada en acción hábil. Sin embargo, la generalizada derivación de la técnica en lo que se ha llamado «tecnología», que es lo que el hombre ha producido técnicamente y se ha objetivado fuera del hombre, y, en alguna manera, ha esclavizado al hombre, puede inducir a equivocada interpretación de este concepto. He optado, al fin, por el término tecnointelectualización, consciente de este riesgo.

Del que se puede predicar una verdadera humanidad, o por lo menos una línea precursora directa del hombre actual, es del llamado «*pithecanthropus erectus*» (u «*homo erectus*»). Es bastante más reciente; aparece hace millón y medio de años. Posee estatura cercana al «*homo sapiens*»; un peso entre 40 y 80 kg. Es netamente omnívoro, con una capacidad craneal entre 800 y 1.200 c.c. más de la mitad que la del hombre actual. Usa diversas herramientas y con mucha probabilidad conoce el fuego. Su frente es bastante prominente.

El llamado «*homo sapiens*» datado hace unos doscientos mil años, se presenta ya con todas las características del actual. Cavidad craneal entre 1.200 y 2.200 c.c. omnívoro; netamente bípedo; tecnológico, con «*habitat*» global (diversidad de regiones y climas). A este espécimen pertenecemos. No sabemos cuanto durará o duraremos.

Es en la historia (y en la impropriamente todavía llamada prehistoria) de este «*homo sapiens*» donde se manifiesta de forma contundente la convergencia de los básicos fenómenos de transformación antropológica: la aceleración y la tecno-intelectualización.

Acerca de la primera, recordemos la acumulación de progreso y transformaciones en las últimas fracciones de segundo del tiempo-humanidad.

Con respecto a la segunda, advirtamos que solamente en los últimos diez mil años —la última centésima escasa del auténtico hombre— pasa éste del esquema arcaico, piedra-hueso-fuego, al barro, metal, liana vegetal, madera, etc., hasta culminar en la exploración y transformación físico-química de la materia y el cada vez más asombroso manejo electrónico y nuclear. Es principalmente en los últimos 300 años y sobre todo en los últimos 80 y, por los pronósticos, más aún en los próximos 20, cuando se aprecia la presión creciente de la aceleración tecno-intelectual (o la tecno-intelectualización acelerada).

El hombre durante cientos de miles de años no pudo correr con mayor velocidad que a 30 o 40 km. por hora. Cuando domesticó y montó un animal (caballo, camello, elefante...) logro alcanzar los 60 o 70. Así, miles de años. Solo hace poco más de un siglo que supero esta velocidad, cuando el ferrocarril se hizo rápido. A comienzos del siglo XX apenas rebasaba aún los 100. En la década de los 70 hay seres humanos que se han trasladado por encima de los 30.000 km. por hora. Ha sido como en un abrir y cerrar de ojos.

Este simple dato seria suficiente para esta constatación de La tecno-intelectualización acelerada. Pero nos puede ser útil otro ejemplo ajeno a la directa aceleración tempo-espacial: el incremento fulminante de la velocidad informativa, es decir, del cálculo, tratamiento y transmisión de datos.

Como simple ejemplo ilustrativo, si en 1970 la capacidad de transmisión de «bits» (dígitos binarios o unidades binarias de información) era de  $10^7$  por segundo, es decir, de 10 millones de unidades por segundo, en 1981 se alcanza ya la cifra de  $10^9$  o sea, mil millones de caracteres por segundo. Esto representa un incremento exponencial que desborda la imaginación.

Para que nos hagamos una idea, si se aplicase la aceleración exponencial en la transmisión informativa a la antes aludida velocidad de traslación humana, el resultado en 1981 de esta segunda equivaldría a una velocidad por encima de los tres millones de kms. por hora. O sea, actualmente el hombre —en un supuesto de analogía con la aceleración informativa— podría viajar a la Luna en unos 40 minutos.

Añádase a esto la reducción, también de carácter verdaderamente exponencial, del tamaño de los instrumentos de manipulación informativa. Según la ilustración de C. Evans, «con la tecnología de válvula de los años 50, un ordenador de potencia funcional análoga a la del cerebro (sin tener, naturalmente, la capacidad creadora, que sigue siendo una función humana) seria un aparato de tamaño equivalente a toda la ciudad de Paris. Y, para funcionar, tendría que utilizar toda la energía de la red del Metro. Con los transistores de los años sesenta, el cerebro ordenador, siempre dotado del mismo número de cédulas y de la misma potencia, tendría el tamaño de la Opera de Paris. Y funcionaria con un generador de diez kilowatios. Con el circuito integrado de los años setenta, el mismo cerebro ordenador solo tiene, por decirlo así, el tamaño de un autobús. Puede ser conectado a la red eléctrica ordinaria. A mediados de los años setenta, su tamaño se convierte en el de un

televisor. En 1978, solo tiene el de una sencilla máquina de escribir. Y se puede ya decir que, con el microprocesador, su tamaño será, a partir de 1980, inferior al del propio cerebro humano»<sup>7</sup>.

Alvin Toffier en *La tercera ola* calcula que «el rendimiento del computador ha aumentado diez mil veces en los quince últimos años y que el costo de funcionamiento actual ha bajado cien mil veces»<sup>8</sup>. ¿Y qué hallazgos nos deparará el inmediato futuro de esta misma década con los rayos láser, fibra óptica, etc? Nos hallamos sumergidos en un increíble vértigo de aceleración tecno-intelectualizada.

Pero tercia en este juego otro fenómeno aún más apasionante: la extra-cerebralización.

Toda esta tecno-intelectualización acelerada descansa en objetos fuera del cerebro humano. Hoy un computador puede almacenar ya más datos que el cerebro humano más dotado en completo funcionamiento. Puede disponer de ellos sin el deterioro del olvido; puede relacionar unos y otros entre sí. El clásicamente llamado cerebro electrónico ha superado ya en función, no en creación, al cerebro humano. En esta constatación se han basado tantos miedos de ciencia-ficción acerca de la rebelión de los robots, de su supremacía sobre el hombre.

Pero tal extra-cerebralización de la inteligencia no es un suceso reciente. Cuando el hombre pinta en las cavernas coloca ya fuera de sí mismo, fuera de su alcance verbal o gesticulatorio, un mensaje. Otros pueden verlo y entender algo: un aviso, una incitación. También otras especies animales dejan signos monitorios fuera de su alcance directo. Cuando el lobo orina en ciertos límites de su territorio deja el aviso acerca de sus dominios. Es un signo natural, ritual, etológico. Pero el hombre va más allá del signo: inventa el símbolo cargado de significaciones, más complejo. La perfección se adquiere cuando se inventa la escritura. Ya en el método jeroglífico y sobre todo en el cuneiforme se traspaasa plenamente la mera significación hacia la plena simbología. En la escritura está ya la plena extra-cerebralización de la inteligencia humana.

Cuando se utilizaron livianas superficies vegetales y se inventaron los papiros y otros artificios fácilmente transportables, la objetivación intelectual, mensajes, avisos, legados, pactos, convenciones, leyes, pudieron ser trasladados y almacenados.

A la vista de los horizontes y temores abiertos por el ingente poder de los microprocesadores, mediante los cuales un día bastante cercano podremos disponer y guardar en nuestro bolsillo un objeto que nos ponga inmediatamente en contacto con cualquier dato de todas las ciencias de la humanidad, adquiere comprensión la trascendencia mítica que en la antigua Grecia se dio a la transmisión del alfabeto al hombre por los dioses. Platón, en un párrafo del «Fedro» pone en boca de un antiguo rey de Egipto, Thamus, unas palabras, hoy realmente inquietantes. El sabio Theut muestra al rey con entusiasmo la invención de la escritura: «Este conocimiento, oh rey, hará más sabios a los egipcios y vigorizará su memoria; es el elixir de la memoria y de la sabiduría lo que en él se ha descubierto». El rey le responde: «Tú, que eres el padre de los caracteres de la escritura, por benevolencia hacia ellos, les has atribuido facultades contrarias a las que poseen. Esto producirá en el alma de los que aprenden la desidia de ánimo, ya que fiándose a la escritura, recordaran de un modo externo valiéndose de caracteres ajenos; no valiéndose de sí mismos, de su interior. No es, pues, el elixir de la memoria, sino el de la rememoración, la que has encontrado. Es la apariencia de la sabiduría, no su verdad, lo que procuras a tus aprendices... parecerán jueces entendidos en muchas cosas no entendiendo nada en la mayoría de los casos, y su compañía será difícil de soportar, porque se habrán convertido en sabios según su propia opinión, en lugar de sabios»<sup>9</sup>.

En el siglo XV se dio un paso trascendental para la intelectualización extra-cerebral con la invención de la imprenta. Ya no son unos pocos filósofos y sabios los que pueden saber cosas de otras culturas y otros siglos. Sino que se generaliza el gremio de los «intelectuales». Nunca mejor empleado este término, puesto que el hombre inteligente que se dedica a leer y estudiar deja de ser tecno-intelectual para convertirse en solo intelectual. Es un hombre incompleto; aunque por su dedicación a la parcela intelectual va a influir más en la

---

<sup>7</sup> Tornado de J. J. Servan-Schreiber *El desafío mundial*. Ed. esp. Plaza y Janes, Esplugas de Llobregat (Barcelona) 1980. pp. 230-31.

<sup>8</sup> Ed. esp. Plaza y Janes. Esplugas de Llobregat (Barcelona) 1980. p. 190.

<sup>9</sup> Platón, *Fedro*, en obras completas, Aguilar. Madrid. 1969. pp. 881-2.

sociedad y en la cultura. Las sociedades y grupos humanos que quedan al margen de la cultura intelectualizada se sitúan fuera de los avances «técnicos» extra-individuales y extra-grupales que empiezan a multiplicarse y a absorber con exclusividad el hecho cultural. La tecnología «extra-individualizada», paradójico producto de la extra-cerebralización de la inteligencia, acaparará más y más la atención de la propia inteligencia. Ya no será el equilibrio dentro del hombre que es a la vez «técnico» (es decir, ejercitador constructivo) e «intelectual»; sino que los hombres se dividirán más y más en los intelectuales, es decir, los que no practican el adiestramiento creativo-manipulador y los «iletrados» descolgados de la universal cultura extra-cerebralizada. Esta es no la primera (que fue entre el «poderoso» y el «sumiso») pero sí la más profunda, por más sutil, división de clases; el abismo cultural entre unas colectividades y otras. Indudablemente el «iletrado», al quedar fuera del círculo retro-alimentario de la cultura intelectual transmitida a quien pueda entenderla, fue sumido en una inferioridad de condiciones cada vez más acentuada.

La burocracia es la hija primogénita de esta extra-cerebralización intelectual. Al perder el hombre el control personal-individual de la inteligencia, hubieron de multiplicarse las inteligencias adaptadas. El hombre elaboró las máquinas, que eran una sustitución extra-técnica o «ecfo-técnica» de la perdida auto-técnica o «índo-técnica». El hombre delegó su personal capacidad manipuladora en las máquinas. Surgió la tecno-intelectualización —fuera del individuo aunque, en teoría, al servicio del individuo—; y, al agigantarse ésta, la tecnocracia. El hombre, tras su primera bi-parcelación en «intelectual» e «iletrado», tuvo que aceptar el juego de una tecnología extra-cerebral que le obligó a dividir y subdividir su propia inteligencia adaptándola a la intelectualización tecnológica.

Hace algunos años me atrevía publicar que la tecnología era la hija descastada de la ciencia. La cosa es más profunda. La inmensa mayoría de la ciencia que se hace en el mundo es pro-tecnológica. El saber humano, no sólo se ha «ecforzado» sino que se ha erigido en absorbente tirano del mismo hombre, exigiendo que acople su esfuerzo intelectual a unos módulos prácticos de producción sectorializada, los cuales ya no son «saber», sino mini-adaptación progresivamente alejada del verdadero humanismo: ¡la dictadura implacable de las carreras y las profesiones!

Afortunadamente, como se ha apuntado con anterioridad, hay serios indicios de que la nueva orientación llamada «alta tecnología», fundamentalmente basada en la telemática y la micro-electrónica, va a liberar al hombre de su esclavizante necesidad de adaptación profesional. La implacable sed de cerebros que tiene la tecnología objetivada será satisfecha con robots. El hombre podrá ir regresando a su condición más sencillamente humana.

Los movimientos de vuelta al uso de las manos, tanto por parte de las «clases no trabajadoras» en cuanto remedio político, como por parte de los niños con la incorporación de «actividades manuales» dentro de los clásicos programas escolares súper-intelectualizados, no son más que atisbos, todavía muy zafios, de esta necesidad que el hombre tiene que recuperar su tecno-inteligencia natural, y a la vez de la posibilidad que la alta tecnología empieza a ofrecer para esta recuperación.

El hombre, pensamiento y acción, o mejor, realizado a sí mismo como acción pensante, está accediendo a una era en la que vuelve a encontrarse sustancialmente a sí mismo, en que vuelve a ser, cada individuo, acción pensante; no ya: unos «pensadores» y otros «actuantes». El acceso de cualquier individuo perteneciente a cualquier grupo cultural desde cualquier rincón del globo a la inteligencia extra-cerebralizada (todo el saber humano) gracias a la telemática, abre insospechadas perspectivas de re-humanización. Y el principio antropológico de la re-humanización estará en que el hombre vuelva a pensar y actuar físicamente, como en un solo acto humano (recupere su propia tecno-intelectualización personal). Aquí se descubre una sólida razón antropológica para entender el deporte.

Pero todavía una somera reflexión acerca de ciertas particularidades corticales que pueden ofrecer alguna ayuda.

## HUMANISMO «ANTROPOLOGICO»

Si recurrimos a los célebres «homúnculos» de Penfield, u otros semejantes elaborados por diversos especialistas, hallamos como en los lóbulos temporales de la corteza cerebral se sitúa la responsabilización primaria de las conductas sensorial y motriz del hombre.

No es del caso recoger la inmensa literatura científica acerca de la especialización de funciones cerebrales, de la posible redundancia, bi-locación o multi-locación de unas mismas funciones de la capacidad supletoria de unas regiones con respecto a otras, de la general plasticidad neuronal para suplir *déficits*, etc. Hay sobre el tapete importantes diálogos científicos sobre todas estas materias. De todas formas es generalmente aceptada la especificidad de funciones primarias que al igual que en otras áreas, en orden a la somatestesia (o funciones somático-sensoriales) y la motricidad corresponden a ciertas zonas corticales, las cuales conforman una especie de arco que iría, aproximadamente, de oreja a oreja. El reparto de tales responsabilidades viene gráficamente expresado por los «homúnculos», una especie de hombrecillos deformes dibujados según la extensión de las respectivas áreas responsables.

**Destaca** la extensión acaparada en ambos arcos por la boca y la mano. Esto vendría a significar que, desde el punto de vista motor y perceptivo sensorial, la boca y la mano asumen las más importantes funciones.

En la boca se polarizan, desde el momento de nacer —e incluso en los entrenamientos fetales de succión— las más importantes tareas del ser humano. Gracias a la boca éste se alimenta y no perece. La boca es su gran principio de placer, de exploración, de selectividad, de expresión. Desde que Freud formuló su teoría del periodo «oral» (o «bucal»), esta trascendencia ha sido crecientemente aceptada.

La boca va a ser también, con el correr de los meses, el centro de ese asombroso fenómeno humano de la verbalización. A través de la boca el hombre va a manifestar su mundo interior con ingente plasticidad ideológica. El habla se constituye en instrumento primordial de la inteligencia humana, y, a la vez, probablemente, en concausa de ese mismo desarrollo intelectual es a la vez el más perfecto y rico instrumento de comunicación. La boca eleva la capacidad comunicativa de la especie humana. Gracias a la boca, a la verbalización, los mensajes se enriquecen en una poderosa simbología.

Pero ahí está también la mano. Tanto en el arco somatestésico como, sobre todo, en el motor, la mano aparece ingente. En análoga representación de otras especies animales, incluso de mamíferos y de primates, la mano en su proyección cortical, no es tan relevante. La trascendencia de la mano ha crecido con la inteligencia: como consecuencia de este crecimiento intelectual o como causa de él, es lo mismo. La mano del hombre es inteligencia. Que se lo pregunten a un pianista o a un cirujano.

Existen otras muchas zonas corticales responsables de la inmensa variedad intelectual, de la memoria, de la relación, de la abstracción, etc. La tarea intelectual, naturalmente, no se reduce en su respuesta cortical a las dos áreas sensorial y motriz. Pero la sensorialidad y motricidad no son tareas independientes de las más puramente intelectuales o abstractivas. Conviven ahí en toda la evolución, con el mundo instintivo, agresivo, emotivo; inter-conexionadas con el cerebro límbico y con el paleo-encéfalo: progresivamente implicadas con el resto de la floración cortical. Son parte de una unidad vital que se enriquece con la contribución y perfeccionamiento progresivo de cada uno de sus elementos.

La humanización ha sido significada principalmente por la corticalización. El predominio progresivo de lo que puede ser designado como el tercer gran cerebro, el cortical, puede ser mal entendido en cuanto que en el hombre este cerebro superior va a asumir progresivamente las funciones de los otros dos, el reptílico y el límbico. Los australopitecos poseían la cuarta parte de volumen cerebral que el hombre actual. El crecimiento ha sido cortical. Y todas las funciones humanas, hasta las más primitivas, han sido de alguna manera **corticalizadas**. Ello no significa ni que la corteza haya sustituido a otros núcleos cerebrales en sus responsabilidades (impulsos primitivos, radicales instintivos de conservación, defensa, apareamiento, agresión, etc.) ni que estos hayan desaparecido. Perviven en el hombre con toda su pujanza. La vida emotiva del hombre sigue residiendo fundamentalmente en el sistema límbico (hipotálamo, amígdala, septum, hipocampo...) pero con una indudable implicación cortical. Igual sucede con otros sistemas vitales. Desde las investigaciones de Cannon con sus teorías cortico-hipotalámicas hasta los posteriores hallazgos de Bard,

Mountcastle, etc., se ratifica la múltiple implicación en la vida emotiva primaria (agresión, etc.) de la corteza y de los centros del cerebro medio. Lo mismo sucede en otras viejas conductas heredadas por el hombre y asumidas a su condición netamente humana. El proceso de corticalización humana, en la cumbre de la corticalización filogenética, no supone un proceso de suplantación sino de enriquecimiento, de complicación o «complejización». Todo avanza hacia una estructuración superior, que supondrá un carácter específico distinto.

Desde un campo muy distante al de los paleontólogos, neurofisiólogos y neuropsicólogos, el filósofo Zubiri puede ayudar a interpretar este suceso con su explicación de la «sistematización» progresiva en la creciente facultad de inteligencia que culmina en el hombre. «Esta sistematización va creciendo desde los primeros centros hacia el cerebro y dentro de éste hacia la corticalización en la que culmina la *formalización*».<sup>10</sup> He aquí un concepto filosófico esclarecedor. Según Zubiri el «sentir» del hombre no es un grado inferior al «inteligir» del hombre, sino que el hombre «intelige sintiendo» y «siente inteligiendo». Es acto único. Como Zubiri incorpora, según la filosofía clásica, al concepto de «sentir toda la progresiva decantación de vivencias perceptivas de las especies animales hasta el hombre, en éste, en el hombre, todos los actos que podríamos llamar animales (o iguales a los de los animales) son compartidos por las superiores responsabilidades «inteligentes», es decir, por el rico mundo corticalizado humano, e incorporados, sin perder su acción y responsabilidad, a grados superiores de participación. «El sentir —dice Zubiri— no puede ser sentir humano, es decir, no puede producir el acto de impresión de realidad si no es intrínseca y formalmente «uno» con la potencia intelectual. Esta unidad es la «inteligencia sentiente»<sup>11</sup>. La intelección es un acto de aprehensión sentiente de lo real.

La «hiper-formalización» zubiriana es la asunción al supremo grado de responsabilización humana (corticalización humana de los demás actos, filogenéticamente inferiores, realizados por el hombre. No consiste en una segunda facultad sobre-añadida a las facultades animales «sensibles», «sentientes». Sin una única realidad superior que transforma a ese orden superior los actos humanos; aquí los intelectivos.

Es como la progresiva y perfeccionante intervención de órganos de superior responsabilidad en la antigua vida de unos órganos o jurisdicciones más elementales, pero potenciándolas y perfeccionándolas; no anulándolas a sustituyéndolas. Centros primitivos anteriormente responsables de la vida entera animal, ahora son disminuidos en su «olo-responsabilidad», pero participan, son corresponsables de actividades de orden superior han sido activamente elevados a superior categoría, aún cuando sus funciones específicas aisladamente siguieran siendo análogas.

Desde la psicología y la antropología Erich Fromm apunta: «El hombre no se distingue del animal únicamente por su intelecto, sino por nuevas cualidades afectivas que son producto de la interacción entre el neocórtex y base de la emocionalidad animal. El estudioso de la naturaleza humana puede observar estos afectos específicamente humanos en forma empírica y no debe desanimarse por el hecho de que la neurofisiología no haya demostrado la base neurofisiológica de este sector de la experiencia.»<sup>12</sup>

A la luz del gran suceso de la corticalización humana adquiere importancia la extensión que a la sensorialidad y a la motricidad de la mano se les concede en la propia corteza temporal. Tanto a más que a la boca.

Todo ese poder intelecto-cortical del hombre debe nutrirse informativamente por los canales de la senso-perceptividad y debe manifestarse por los canales motores. Estos canales se asientan en las cortezas somatestésica y motriz. Sería algo semejante a una canalización de aguas para riego. En el reparto de superficies canalizadas la naturaleza se ensancha tanto en las de la mano como en las de la boca. En alguna manera podría decirse que la mano inaugura el hecho inteligente en paridad de responsabilidades con la boca. Por eso he acudido al término «tecno-intelectualización», que sería equilibrado con el de «verbo-intelectualización». Pero como toda la tradición cultural se apoca en este segundo presupuesto, por eso es menester llamar la atención acerca del primero.

---

<sup>10</sup> X. Zubiri *Inteligencia Sentiente*. Alianza Editorial. Madrid 1980.

<sup>11</sup> o. c., p. 91.

<sup>12</sup> Fromm, E. *La revolución de la esperanza*. Ed esp. Fondo de Cultura Económica, México. 1980, p. 81.

La acción manual, el *movimiento* explorador y luego creador, Se enraíza en la explosión intelectual humana con tanto arraigo como el hecho verbal. Hay importante implicación de la motricidad, principalmente la manual, en la construcción filogenética del cerebro humano.

Esta constatación coincide con la importancia que da Piaget, desde observatorio distinto, a la motricidad. Llega a afirmar: «Es a partir de la motricidad como se elaboran profesionalmente, por reorganizaciones sucesivas, las estructuras que van a dar nacimiento a las formas superiores del pensamiento». «El sujeto se construye a partir de su propia acción sobre los objetos y sobre los demás». «Las estructuras que caracterizan el pensamiento proyectan más profundamente su raíz en la acción y en los mecanismos sensorio-motrices que en el hecho lingüístico»<sup>13</sup>.

La trascendencia que en la evolución individual asigna Piaget a la motricidad en orden a la intelectualización supone un paralelismo con las comprobaciones acerca de la evolución cerebral. Ontogénesis y filogénesis se apoyan.

La acción corporal, incluida la manual, cayó en desprestigio ante el hombre inteligente. Por la correlación inteligencia-cerebralización y por el desprecio de la acción física, sustituida en la necesidad vital por la máquina, frecuentemente se ha divulgado en creaciones de novela-ficción un hombre futuro con gran cabeza y reducidos miembros. La función hace al órgano. El sedentarismo vendría a acabar en la atrofia del aparato locomotor.

Sin embargo, acudamos de nuevo a la paleontología humana, la realidad somática desde los más viejos australopitecos hasta el hombre actual apenas ha cambiado. Aparte del tamaño y peso del cuerpo, solo hay diferencia en la longitud relativa de los brazos. Estos fueron evolucionando de un ejercicio más grueso a otro más fino, la manipulación. Frente a la enorme evolución del cerebro aparece la sorprendente estabilidad formal y funcional del aparato locomotor. La realidad somática del hombre se halla muy establemente constituida. No parece que haya de transformarse con la facilidad y pintoresquismo de los ciencia-ficcionistas. Fidias y Praxiteles nos legaron hace 2.400 años un tipo humano que prácticamente coincide con los actuales cánones. Entonces el hombre —la casi totalidad de sus contemporáneos— necesitaban ejercitar su cuerpo para vivir. Hoy en la sociedad industrial quedan pocos que tengan que esforzarse físicamente para vivir. La lucha continua, pero sin esfuerzo *físico*. La actividad humana se ha intelectualizado (sectorialmente intelectualizado, es decir, solamente verbo-intelectualizado, perdida la acción tecno-intelectual) hasta en las tareas más vulgares.

Solo una serie de mutaciones con importantes consecuencias **corporales** salvaría al hombre de las exigencias de su propio cuerpo. Tales mutaciones no están previstas desde cualquier ángulo científico.

Dentro de la perfecta sincronización de adaptaciones humanas a sus propias demandas de evolución, aparecen dos excepciones que no hacen sino confirmar la regla. A ninguna de ellas se le ha encontrado explicación definitiva. Una es el apéndice, origen frecuente de complicaciones intestinales. Se hipotetiza que es un resto de antiguas funciones digestivas hoy clausuradas. En la lenta adaptación corporal quedo ese residuo mal asimilado. Otra, más importante, es la fontanela. También tiende a ser considerada como un pequeño desajuste cronológico en la adaptación final a la acelerada evolución impuesta por la cerebralización. El desajuste filogenético redundaba en un retraso ontogenético en la osificación. Viene a ser como un sello marcado por la aceleración en el proceso de la tecno-intelectualización. Es una hipótesis hoy ampliamente respetada.

Si esta teoría fuese cierta, habría que temer la avalancha de desajustes como consecuencia de la vertiginosa aceleración derivada de la extra-cerebralización de la inteligencia, y del reencuentro, fuera de la mente personal, de lo tecnológico y lo intelectual tras su alarmante divorcio. Tales cambios podrían generar grandes alteraciones en el funcionamiento práctico del «homo sapiens» que no podrían ser sincronizadas con las adaptaciones constitucionales. Mas que por la esclavitud de los hombres a manos del robot conviene estar espabilados respecto a un futuro de verosímiles desajustes antropológicos: una especie de proliferación de fontanelas.

---

<sup>13</sup> En el ensayo dedicado a «La educación del hombre corporal» Se alude con más detenimiento a estas conclusiones de Piaget

Desde distintas perspectivas científicas se nos ofrece la actividad corporal y singularmente la manual, cargada de significación humana. Es elemento sustancial, coparticipe del suceso intelectual —de ahí, insisto, la «tecnointelectualización».

### DEPORTE, ANTIGUA PROSAPIA

Pienso pues no habría que temer a un hombre futuro con una gran cabeza y aparato locomotor muy reducido y escaso tono muscular. Sería un hombre distinto cuya intelectualización se habría decantado prioritariamente por el canal de la “verbo-intelectualización; un hombre no necesitado de acción. La actividad física, el deporte, habría perdido definitivamente sentido antropológico.

Pero por desgracia, o por fortuna, no es así. El cuerpo del hombre es muy estable. Hasta en una de las raíces instintivas más primitivas, como es la sexualidad, la significación del cuerpo no ha decrecido: quizá diríamos lo contrario. El atractivo sexual conserva un alto componente corporal. El cuerpo fuerte, con buena presencia locomotriz, musculado, diestro, tiene plena vigencia en la atracción sexual. Incluso las modas dominantes en el siglo XX acentúan esta significación con respecto a los siglos precedentes, donde la languidez corporal del romanticismo pudo hacer prever una decadencia.

Igual podríamos comentar refiriéndonos a otros impulsos vitales del hombre, a otras razones de existencia, como el instinto de defensa y agresión, el afán de exploración, etc. Aunque cada vez ha descansado más el cuerpo del hombre, no ha disminuido su tamaño y sus capacidades físicas: más bien lo contrario.

Lo terrible, por consiguiente, es un hombre robustamente corporalizado que persiste en la insensatez de abandonar la acción corporal. No sólo el cuerpo quedaría inactivo, flácido, achacoso y neurotizante, sino que parte de su cerebro perdería significación.

Sucede que, por muy diversas razones socio-históricas, algunas de las cuales se comentan más adelante en este mismo libro, la actividad corporal fue perdiendo consideración cultural. El prototipo del hombre culto es el verbo-intelectualizado. Cultura se ha hecho cada vez más sinónimo de verbo-intelectualización, con tímidas excepciones, como por ejemplo la danza académica.

Si abrimos los ojos a partir de ciertas expectativas, podremos observar cómo frente a unas tradiciones que se alejaron de nuestros correctos patrones taxonómicos surgen reacciones esperanzadoras.

En muy diversas áreas de la vida y de la ciencia, de las costumbres, aparecen indicios curiosos.

En el campo educativo, en muchas partes del mundo se ha puesto de moda una palabra casi mágica que, aunque mayormente incomprendida, convoca a pedagogos de distintos campos, puericultores, pediatras, psiquiatras, maestros de primera enseñanza, animadores infantiles, desde luego a profesores de educación física: la «psicomotricidad» Todos esperan encontrar en ella una panacea educativa. Probablemente no será así porque ya se ha desvirtuado su sentido, y se ha especulado y comercializado con esta moda. Pero ahí está el hecho, como síntoma en el área educativa de algo profundo que incita al replanteamiento de viejas rutinas verbo-intelectualizadas.

En las sociedades más industrializadas, sobre todo en las resignadas macrociudades, gentes de todos los estamentos sociales se han lanzado a la calle, a la plaza, al parque, a practicar el «jogging». Ha sido un movimiento espontáneo, al margen de avispadas propagandas comerciales e intereses políticos institucionales. El «chandall» no es ya una vestimenta vergonzante. El traje siempre ha significado mucho en la evolución de la cultura. Ahora, pese a terribles resistencias económico-industriales y comerciales, hay una contestación general a muchos siglos de variadas tradiciones, y aparece una igualación, una verdadera democratización en el atuendo deportivo. Probablemente no se trata de una moda pasajera, sino de un símbolo serio acerca de un cambio profundo de vida. No importa que este movimiento, apenas nacido, se vea desvirtuado y manipulado en las manifestaciones masivas espectaculares como las «marathones» populares, las bici-fiestas, patín-fiestas, etc. El movimiento es de fondo y pasará probablemente de los sensacionalismos a las estructuras más naturales de la sociedad, a las escuelas, a los ocios vigentes, a planes de urbanización, a la seguridad social, al arte, al replanteamiento filosófico.

Tampoco importa mucho que en las grandes competiciones del deporte-espectáculo se alcancen desmesuras, sensacionalismos, que haya violencia, negocios, disputas de poder... El deporte-espectáculo a pesar de su deterioro, también conoce un auge muy significativo. Por debajo de todo negocio de manipulación hay una necesidad que el pueblo siente de rendir culto a unos héroes elementalmente humanos, pero completamente humanos. Diestros, fuertes, ágiles. inteligentes: corporal y espiritualmente arquetípicos. No importa que el juego-espectáculo haya sustituido a la guerra. Es como la vieja casta de los valientes, hoy renacida en el estadio: la nueva épica de una sociedad cansada de hombres parcelados. Un hombre sabio, únicamente sabio, por muy eminente que sea, no cataliza al pueblo: porque, aunque parezca herejía decirlo, es un medio-hombre. (Espero que no se coja el rábano por las hojas y se deduzca de esto que antepongo un futbolista a un premio Nobel)<sup>14</sup>. No nos hagamos ilusiones. Por mucho que intentásemos culturizar e intelectualizar al pueblo, éste seguiría añorando sus epopeyas, sus héroes, sus ancestrales mitos, vístanse de escudo o camiseta. y éstos se nutren de hombres completos, donde la inteligencia sea capaz de convertirse en acción.

El sabio moderno no es popular porque es solo verbo-intelectual, no tecno-intelectual. Y, sobre todo, porque en muchos casos es un simple intelectual adaptado a una tecnología extra-cerebralizada, o sea, extra-humanizada. Ni siquiera un esclavo de otro hombre, sino esclavo de un producto humano; eso sí, esclavo ilustrado.

La universidad está en crisis. No tanto porque el modelo racionalista, gigantesco, napoleónico de universidad esté pasado tras las desfasadas concepciones del Estado decimonónico. Probablemente hay razones antropológicas más profundas del fracaso de la fórmula universitaria. La parcelación del saber exigida por la tecnología extra-cerebral empequeñece al hombre. Le anula. Los modelos de profesionales perfectamente acoplados y entrenados a repetir su función, no atraen. Los jóvenes buscan mayor sentido a su formación universitaria. Las carreras abocadas a una mera adaptación profesional no satisfacen profundamente; solo a aquellos que buscan colocación. El estudiante con expectativas por encima del mero arribo profesional queda frustrado. Su crítica a la estructura académica tiene concomitancias con los movimientos «hippies» de los 60 y con el llamado «pasotismo» de nuestros días. Una brillante salida profesional, ¿para qué?

En la renovación universitaria donde la burocratización social sea servida por máquinas y la adaptación al trabajo tecnológico sea exigido a robots y ordenadores y el hombre recupere libertad para «pensar» y «hacer», hay garantías de verdadero renacimiento universitario. De las «profesiones técnicas» se irá regresando hacia la «tecnología maquina»<sup>15</sup>, tecnología puesta en marcha por el hombre pero servida en adelante por robots y ordenadores, una tecnología verdaderamente al servicio del hombre, no devoradora del hombre. Las actuales profesiones tecnológicas, muy cotizadas, proceden en sus vanguardias investigadoras en contra suya; pero en favor de la humanidad. Centenares de profesiones van a ser sustituidas por el ordenador.

Hay en el fondo una protesta contra el hombre súper-especializado, parcelado, en un intento planetario de recuperar al hombre. En el centro de esa súper-adaptación estuvo la primera gran escisión antropológica en dos medio-hombres: el «sólo intelectual» y el «sólo práctico».

Hablaríamos también de las grandes crisis personales, sindicales, estatales..., en todas las cuales se vislumbra un fondo de desencanto acerca de los logros humanos, y una añoranza de más sencilla y cabal humanidad.

El gran chasco, del cual nuestro hombre contemporáneo se va haciendo plenamente consciente, se agudiza por el fusilamiento impune de un sistema axiológico de vida. No se trata simplemente de la honesta duda, que es producto auténtico de la reflexión humana, sino del dogmatismo exhibido por algunos gremios intelectuales — especialmente puestos de moda en el siglo XX— de considerar axiomáticamente desaparecidos, gratuitos, una serie de valores de la vida, por ejemplo, el derecho a creer en la trascendencia de la propia vida individual. El hombre, perdido su equilibrio, su cenestesia vital, no encuentra su razón de existir. Tal desvanecimiento de valores verbalizados es causa conjunta de la profunda crisis. Pero probablemente ha influido en ella alguna

---

<sup>14</sup> De todas formas, al único a quien se podría consentir ser parcelado es al hombre eminente ya que su parcelación podría ser fecunda. Lo malo es la parcelación, la mutilación generalizada, del hombre medio.

<sup>15</sup> «Tecnología maquina», a diferencia de la «tecnología humana», es decir: el hombre al servicio de una técnica exterior (aunque creada por él): tal es la realidad de lo que hasta ahora, hasta la llegada de la «alta tecnología», significaba la palabra «tecnología»

más primitiva e inconsciente quiebra del hombre con los requerimientos naturales de su propio sistema cosmológico: una interna escisión antropología.

El olvido de uno de los grandes quehaceres del hombre inteligente está presente en esta quiebra. Algunos atribuyen la demanda de actividad y, sobre todo, de afición deportiva en nuestra época, a simples manipulaciones consumistas, intereses de dominio, oportunismos políticos, etc. Hemos hecho alusión a ello y aceptado tal influencia. Pero es muy probable que tan generalizado y convergente movimiento obedezca también a causas más elementales y menos previstas.

Permítaseme citar de nuevo aquella lúcida frase de Diem, quien explicaba el estallido deportivo de los tiempos modernos como «la protesta viva de nuestras fuerzas animales contra la retracción de movimiento impuesta por el tecnicismo»<sup>16</sup>. Poderosa intuición felizmente formulada hace treinta años.

Por ahí va la razón deportiva de nuestro tiempo. En estos primitivos movimientos o protestas, anteriores a lo sociológico, a lo político, a lo cultural, protestas biológicas, casi moleculares, hay que buscar los brotes originales.

No es extraño, ni pura coincidencia, que desde campos tan dispares como el pedagógico, el del espectáculo consumista, el académico, el del ocio popular, se escuchen los mismos rumores. Todo coincide en un redescubrimiento del cuerpo; mejor dicho, hallazgo y vivencia de la actividad corporal como esencial humanidad; incluso como una de las sustancias del superior hecho de la humanización.

No se trata de reducir el hombre a solo cuerpo o actividad física: esto sería retrotraerlo a cosmologismo o materialismo grosero. Precisamente se intenta descubrir la dignidad corporal en su más elevada especificidad humana. En la cumbre del proceso intelectualizante estaba también el hombre corporal.

El deporte es fundamentalmente actividad del hombre completo.

Para superar la hoy imperante civilización sedentaria son necesarios estos convencimientos. Pero también lo son para depurar el deporte. Este, cuanto menos inteligente se es, menos deporte es. En un correcto planteamiento deportivo, es menester partir de este axioma. Y también tener en cuenta otro principio realista: psicológicamente, el principal valor del deporte es su naturalidad. Los brotes deportivos populares hay que recibirlos como tales: darles cauce, apoyo; nunca ahogarlos con asfixias burocráticas. Pero a la hora de educar y a la hora de promocionar el deporte, no debe perderse de vista el gran principio de que es sobre todo actividad humana, por consiguiente inteligente. Bárbara Knapp al tratar con profundidad un tema tan aparentemente mecánico como «la habilidad en el deporte» afirma: «Debe recordarse que las habilidades son senso-motrices y que, por tanto, la información procedente de los órganos sensoriales y las órdenes provenientes del cerebro tienen, en lo que a la habilidad se refiere, tanta importancia como el aspecto motor.»<sup>17</sup>

Este es el enfoque que no debe perder el pujante movimiento pedagógico centrado en la psicomotricidad: el movimiento corporal como vivencia integral de la persona (la experiencia corporal, la asunción de la propia actividad corporal, etc.). *El movimiento inteligente* titula Julio C. Legido un libro que se publicará en breve. Pero tampoco consiste, como ciertos sacamuelas de la psicomotricidad creen, en complicar el movimiento corporal; sino en vivir plenamente, inteligentemente, cualquier movimiento, desde el más simple.

Y ahí está la base del deporte humano.

## COROLARIO

Hay muchos sucesos en la apasionante evolución hasta el hombre actual, en los que se va manifestando la inteligencia: elaboración de utensilios y herramientas, construcción de habitáculos, invención del fuego, etc. Pero hay un hecho inmensamente superior, el toque definitivo del hombre inteligente que revela no solo progreso intelectual sino nueva actitud del individuo ante el cosmos: la pintura en las cavernas. Se plantea

---

<sup>16</sup> Citado en p. 37.

<sup>17</sup> Knapp B., *La habilidad en el Deporte*. ed. esp. Miñón. S. A., Valladolid. 1981. p. 16

una tarea completa, exigente, exquisita. Y lo hace sin utilidad inmediata, al margen de interpretaciones mágicas o simbólicas. Incluso en el utilitarismo mágico hay un enorme salto intelectual; se ha pasado de mero signo a símbolo plenamente inteligente. Es el gran mojón de la neta inteligencia humana.

Y es curioso comprobar como este acto superior de inteligencia consiste, en definitiva, en un trabajo gratuito. Si el cavernícola solo pintase bisontes, no podría comer, se moriría. ¿Lo hacía para mejor abatirlos? Es posible. Pero el acto en sí era gratuito, lujoso, lúdico.

La superior prueba de inteligencia humana no es utilitaria, sino que participa en alguna manera de la capacidad creadora, la cual es siempre oferente, generosa.

Después, con el correr del tiempo, la evolución (nacimiento, crecimiento, esplendor y deterioro) de las civilizaciones, hasta el arte de más pura creación se ha visto envueltos en la ganancia, en el utilitarismo, en la burda lucha por la existencia. ¿Es un retroceso? El termómetro lúdico podría darnos la respuesta.

Pero intentemos hurgar en otra perplejidad antropológica:

La evolución del hombre ¿tiende a un desarrollo de progreso ilimitado, o es un proceso circular, largo pero limitado, con su crecimiento, su punto culminante, su involución y su muerte?

Si la primera hipótesis fuese la verdadera, la visión es optimista: los pronósticos, fundamentalmente esperanzadores; el cuidado deberá concretarse en que las crisis dentro del largo proceso del desarrollo sean lo menos conflictivas posible.

Si fuese la segunda hipótesis la verdadera, habría que intentar por todos los medios científicos, culturales y de prospectiva, diagnosticar dónde, en que época del desarrollo humano está la cúspide. ¿Está aún por llegar, o la hemos rebasado ya? ¿Fueron las incipientes ciudades neolíticas, o la civilización griega, o el paleo-cristianismo, o el renacimiento, o el siglo de las luces, o el romanticismo, o la era de la alta tecnología de finales del siglo XX? ¿Puede considerarse esplendor humano —cualquier esplendor biológico— a una época autodestructiva cargada de guerras? ¿Será el punto culminante el siglo XX, o el XXII, donde impere la soñada pacificación y el mutuo entendimiento? ¿O muchos siglos más tarde, tal vez milenios? No lo sabemos.

Entre otras consideraciones ajenas a la polemología cabría preguntarse si el lento proceso de corticalización del cerebro humano continúa o se ha detenido. No se ha superado —quizá sí igualado— el nivel de pensamiento de la Grecia clásica. La ciencia pro-tecnológica ha progresado mucho; pero no hay igual evidencia en progreso del individuo humano. Se han reducido la mortalidad infantil, las infecciones; se ha alargado la vida humana: hay menos analfabetismo, etc. Sin embargo, siguen las injusticias y hay nuevos desequilibrios, neurosis, depresiones. La persona humana no parece más feliz ahora que en el mundo helénico o en la civilización olmeca.

El desarrollo intelectual extra-somático, hoy en plena expansión con las sucesivas generaciones de robots, podría señalar un excelente progreso humano; pero también podría significar un detenimiento, un relevo otorgado por el individuo humano, por la sociedad estrictamente humana Constituida por la suma de hombres, la suma de individuos cerebrales, a la realidad cosmológica extrahumana, extra-individual, a la inteligencia extra-cerebralizada.

La escritura, y después la imprenta, no significaron la «desidia de ánimo» de los usuarios de libros, tal como lo temía Platón. Fue un importante logro que parece haber servido a la humanidad y a cada uno de sus componentes. La computarización de la inteligencia y del saber humano puede significar otro gran paso de enriquecimiento y disponibilidad intelectual. y no de marginación individual como se teme.

Para ese decisivo paso de recuperación de la libertad humana frente a la esclavitud de la tecnología extra-cerebralizada; para el regreso al hombre completo, a la «inteligencia activa» (a la «actividad inteligente», a la «tecnointelectualización»), el deporte —naturalmente regenerado en toda su dimensión humanística— puede jugar un oportuno papel. Puede significar una reludificación del hombre. Claro que lo primero que tendría que reludificarse sería el propio deporte.

El deporte, indudablemente, es menos serio que otras implacables realidades de la vida. Quizá en ello radique su actual aportación humanística. Conserva, más o menos oculto por tantos abrojos de comercialismo y politización su raíz lúdica.

Si solo se tomasen en serio las llamadas cosas serias, la «seriedad» experiencial se podría tornar tragedia. Hay que tomar también en serie la otra vertiente de la vida, la que supera la simple lucha por la existencia. Es uno de los más altos distintivos del hombre frente a los animales. En esa atmósfera habita el deporte.

El alboroto colectivo, los linchamientos, los escándalos que con lamentable frecuencia «animan» los recintos deportivos de hoy día, no son engendrados propiamente por el deporte. Son tensiones de nuestra sociedad, frustraciones del hombre de hoy, que explotan libremente en estos recintos donde el individuo se siente menos conminado.

Si la principal contribución humana del deporte está en su falta de gravedad, el camino hacia un deporte depurado es que éste deje de ser demasiado serio, pierda solemnidad, se sacuda cuanto antes de los tintes de tragedia social que está adquiriendo. El deporte está llamado a ser una reposición de vida social. Perdería su principal energía si no fuese capaz de rechazar la misma contaminación que está llamado a depurar.

Si en efecto no fuese capaz de ello, esta adulteración del deporte podría ser síntoma de profunda decadencia, no solo del deporte, sino de la civilización.

#### IV. ESQUEJE (¿Olimpismo en crisis?)

En todo este inmenso desarrollo del deporte durante los últimos 150 años, con sus esplendores, crisis. Controversias, aparece un algo fundamental, una decantación o quintaesencia, a la cual se acude y se recurre en medio de la confusión, como paradigma o referencia modélica. Es el olimpismo.

Pero también esta quintaesencia deportiva ha sido contestada con los hechos y con las ideas. Olimpismo, movimiento olímpico, ideario olímpico, ideología olímpica, carácter olímpico, estilo olímpico... se han aceptado como expresiones contundentes, definitivas. Pero todo intento de análisis de cuál sea la esencia de ese olimpismo ha resultado problemático. Antes de haberse conseguido definir el olimpismo, este ha recibido ya críticas fundamentales. En esta última incisión exploratoria al deponer de nuestro tiempo evita la búsqueda directa de lo que pudiera entenderse la esencia del olimpismo por razón metodológica quizá por comodidad estratégica. Voy a exponer solo algunas reflexiones a partir de sus propios titubeos, de sus indecisiones desde su patología.

#### PIEDRA ANGULAR

A partir del gran «boicot» a los Juegos Olímpicos-1980, todo el mundo se ha preguntado: ¿continuarán las Olimpiadas? ¿No está herido de muerte el olimpismo?

Este tipo de cuestiones —hoy perfectamente lógicas— se las hacían los estudiosos de este tema hace años. El autor de estas líneas pronunciada en Lisboa en 1973 una conferencia organizada por el Comité Olímpico Portugués con el título «El olimpismo en crisis». Ya desde 1960, a raíz del gigantismo olímpico consolidado con los Juegos de Roma, cundió esta preocupación. Tampoco entonces era nueva; no era más que el rebrote de una pesadilla revivida en los juegos Olímpicos de Berlín-1936, pero surgida mucho antes. Era ya una preocupación nacida con la celebración de los primeros juegos Olímpicos de la era moderna en Atenas-1896. El propio barón de Coubertín y sus más inteligentes colaboradores temían que su movimiento no se consolidase, porque era un movimiento profundamente innovador, chocante con tradiciones sociales, políticas, educativas.

Yo creo que en esta autoconciencia de su propia «entidad crítica», de su propia debilidad, está la principal fuerza del olimpismo. Empleo un argumento de tipo psico-biológico o socio-biológico, absolutamente discutible, en el que no puedo aportar pruebas «científicas», pero que, a medida que pasan los años, me produce más convicción. No hay debilidad mayor de un organismo —individual, social estatal— que el refugio confiado en su propia indestructibilidad. Así han perecido las más sólidas instituciones, los más encopetados imperios. Sin embargo, el genio vigilante de quien se sabe rodeado de peligros, renueva en él sus propias capacidades de conservación. Le capacita para la subsistencia en el cambio. Es el progreso.

El movimiento olímpico, que a la hora de concretarse en instituciones y en personas rebasa con mucho la realidad del propio Comité Olímpico internacional, es desde su nacimiento temeroso de su propia debilidad, aunque por otra parte plenamente confiado en su talante original, en su «sustancia idealística» (permítaseme esta osadía terminológica). Por eso creo, sinceramente, que el olimpismo no va a desaparecer. Además, en alguna manera, la sociedad contemporánea lo necesita; como tópico escasamente comprometedor; como alternativa a otros idealismos o motivos políticos más embarazosos; en ocasiones, incluso, como chivo expiatorio. Pero no pretendo aquí jugar a las adivinanzas. Expongo sencillamente cierta convicción intuitiva de carácter socio-histórico, o si se quiere sociopolítico, en un sentido amplio.

Para juzgar con elementos válidos acerca de los actuales conflictos olímpicos, aparte de los datos conocidos de su conflictividad internacional gigantismo, manipulación comercial, exhibicionismo político, etc., es conveniente examinar sus raíces para, desde ellas, deducir acerca de la vitalidad de su tronco y ramas. Para el diagnóstico de cualquier institución se hace imprescindible el conocimiento de su historia. Aquellos orígenes del olimpismo, la conferencia en la vieja Sorbona en 1892, el Congreso Olímpico celebrado también en la Sorbona en 1894, las innumerables gestiones del Barón ante los países entonces influyentes en favor de su movimiento, la inauguración, al fin, de los primeros Juegos en Atenas-1896, etc., aparte del marco coyuntural de las políticas mundial y nacionales, los tópicos culturales vigentes en tal tiempo, etc... son noticia necesaria

para cualquier juicio responsable. Una vez más, por las características de este libro, debo renunciar a tan sugestivas excursiones. Pero no a una cita mucho más esclarecedora que mil anécdotas; unas frases pronunciadas por el barón de Coubertín en su breve discurso de clausura del primer Congreso Olímpico internacional en París-1894. Ya en dichas frases se sintetiza la conciencia que el propio barón de Coubertín tenía de que, aparte de su espectacularidad y de sus atractivos internacionales, su movimiento era revolucionario pero más profundo que una revolución política; se trataba de una revolución cultural en sus dos raíces más hondas: teóricamente *filosófica*, y prácticamente *educativa*.

Creo que este doble fundamento constituye la verdadera razón del éxito del movimiento olímpico. He aquí lo que pronunciaba en aquel discurso el barón de Coubertín: «La herencia griega es tan extensa, señores, que todos los que han concebido en el mundo moderno la idea del ejercicio físico bajo uno de sus múltiples aspectos, han podido legítimamente referirse a Grecia, donde todos tenían cabida. Unos han visto la preparación para la defensa de la patria, otros la búsqueda de la belleza física y la salud por el suave equilibrio del alma y el cuerpo, otros, por fin, esa sana embriaguez de la sangre, a la que se ha llamado la alegría de vivir, que no existe en parte alguna tan intensa y exquisitamente como en el ejercicio corporal.

En Olimpia, señores, todo esto ya existía, pero había también algo más, que todavía no se ha osado formular, porque desde la Edad Media, se cierne una especie de descrédito sobre las cualidades corporales y se las ha aislado de las del espíritu. Las primeras, recientemente, han sido admitidas para que sirvan a las segundas, pero todavía se las trata como a esclavas, y se les recuerda cada día su dependencia e inferioridad. Este ha sido un inmenso error, cuyas consecuencias científicas y sociales son, por así decirlo, imposibles de calcular. En definitiva, señores, el hombre no es un compuesto de dos partes: cuerpo y alma; hay tres: el cuerpo, el espíritu y el carácter; el espíritu no forma el carácter; éste se modela por el cuerpo. He aquí lo que los antiguos sabían, y lo que a duras penas nosotros estamos volviendo a aprender.

Los de la vieja escuela han suspirado al vernos celebrar nuestras sesiones en plena Sorbona se han dado cuenta de que éramos revolucionarios y que acabaríamos por derribar el edificio de su apollada filosofía. Es verdad, señores, que somos unos rebeldes».

Prescindiendo de la terminología estricta —precisión que hay que saber hacer para entender a quienes pensaron en otra época—, en estas palabras se centra todo un mensaje, todavía por descifrar en parte. Por debajo de la bella utopía de una humanidad internacional, del entendimiento y respeto entre las diferentes razas, ciencias, religiones, de la exaltación de una gran fiesta juvenil, de la «religión del atleta»..., valores todos ellos conocidos e indudablemente importantes en el movimiento olímpico, hay en él una decantación y una movilización en forma de juego público, de importante movimiento educativo, instaurado a partir de ideas filosóficas renovadoras de los siglos XVIII y XIX con raíces que llegan hasta el humanismo renacentista: la significación del cuerpo en la propia vida del hombre. La importancia que el correcto tratamiento del cuerpo va a ir adquiriendo durante el siglo XX se ve acentuada, con caracteres de trágica urgencia, tras el impacto antropológico del sedentarismo. En otros capítulos nos asomamos un poco a este angustioso panorama del olvido antropo-pedagógico del cuerpo y su consecuente tratamiento.

Considero que este breve discurso de clausura del Congreso Olímpico de 1894 es más profundo, más importante filosóficamente hablando, que la solemne alocución pronunciada 41 años más tarde a través de la radiodifusión alemana en vísperas de los Juegos de Berlín y que tituló «Fundamentos filosóficos del moderno olimpismo». Ahora, con la ventaja que el correr del tiempo nos da a los que opinamos en 1981, se nos manifiesta con claridad que los mensajes de universalismo, de nobleza y selección racial, de caballerosidad y mutuo respeto, de hermandad de los hombres, etc., perfectamente inteligibles, deseables en su mayoría, y cuya energía de convocatoria está va en gran parte malgastada, palidecen al lado de ese otro mensaje sobre la importancia humanística del cuerpo. No era preocupación inventada por Coubertín. Los humanistas del siglo XVI lo habían ya expresado. Pero Coubertín lo incorpora no a un libro de filosofía de la educación, sino a un movimiento universal, a una organización que inmediatamente se pone en marcha. Lo reviste de atractivo juvenil, de innovación pacifista, de novedad social, de esplendor internacional. Quien no sitúe en el centro del movimiento coubertiniano esta problemática filosófico-educativa no ha sabido entender al barón de Coubertín. Por desgracia, una gran parte de los comentaristas e incluso apologetas no han caído en ello.

Dentro de este espíritu de una antropología filosófica aunque nunca pretendió Coubertín una elaboración sistemática, hay que situar el movimiento para percatarse de su alcance.

## TOPICOS Y REALIDADES

Esta consideración no priva al movimiento olímpico de sus grandes conflictos presentes, de sus hondas crisis internas. La primera y más palpable grieta se sitúa en el edificio de la principal institución olímpica: el Comité Olímpico Internacional.

Prescindiendo de análisis históricos, al Comité Olímpico Internacional le conciernen fundamentalmente dos grandes tareas: el mantenimiento y progreso en el mundo del «ideario olímpico», y la supervisión y control —prácticamente la organización— del mayor espectáculo del mundo actual.

Como se ve, son cometidos casi contradictorios. A partir de ellos se originan esas conductas y decisiones periódicas que tanto sorprenden a muchos aficionados.

A título de ejemplo, fijémonos en dos de los grandes principios prácticos a partir de los cuales ha operado el olimpismo: independencia de la política, y «amateurismo».

## APOLITICISMO

En todos los escritos, declaraciones, cartas y documentos emitidos por los responsables del olimpismo se propugna constantemente el respeto a las diferentes filosofías y regímenes políticos. El olimpismo es presentado constantemente como independiente de las presiones políticas de los Estados. Sin embargo, la historia del olimpismo a lo largo del siglo XX está llena de ingerencias políticas. Los conflictos de origen político no se concretan solamente a los famosos sucesos de 1936 en Berlín, 1972 en Munich y 1980 en Moscú.

Ninguna olimpiada se vio libre de presiones y forcejeos políticos. Y en casi todas ellas dichos forcejeos se concretaron en sucesos más o menos escandalosos. Ya el primer parto olímpico, los Juegos de Atenas en 1896, fue distóxico por las interferencias políticas. Durante su gestación, todo el comité organizador griego, apoyado por la familia real, intentó convertir el acontecimiento en una exaltación de nacionalismo. Hay que recordar la historia de Grecia en el siglo XIX para comprender esta postura. Le fue muy difícil al barón de Coubertín conseguir el carácter de verdadera internacionalización de los Juegos, y que los organizadores griegos aceptasen que las futuras sedes olímpicas fuesen rotando por ciudades de diversos países. En 1900 los Juegos de París estuvieron a pinto de suspenderse por el antisemitismo dominante en Francia en aquella época. Al fin pudieron celebrarse ciertos torneos internacionales espaciados durante varios meses, a los cuales se los globalizó con el aglutinante de los 11 Juegos Olímpicos.

En los Juegos de San Luis en 1904 estalló un enfrentamiento originado por la rivalidad nacionalista entre norteamericanos e ingleses, que duró hasta los Juegos de 1912 en Estocolmo. La organización durante los Juegos de los famosos «días antropológicos» cargados de experimentaciones raciales, prodigaron protestas como la del delegado húngaro, quien comunicó a Coubertín que no deseaba asistir a tales experimentos, donde africanos, patagónicos, sioux..., caerían en ridículo por carecer de entrenamiento y de medios. Así, describía Marie Terese Eyquem en su libro *Pierre de Coubertín*<sup>1</sup> «Un pigmeo, con un gigantesco esfuerzo, lanzó el peso a... ¡3 metros!».

En 1912, en Estocolmo, por razones chauvinistas, los franceses se negaron a participar en las pruebas de esgrima. Hubo acusaciones de profesionalismo contra los corredores finlandeses que se imponían en pruebas de fondo. A los lanzadores americanos se les acusó de emplear instrumentos anti-reglamentarios. Rusia elevó una importante protesta por el reconocimiento otorgado a Finlandia como independiente del Imperio Ruso. Las rivalidades nacionalistas alcanzaron tal intensidad que la revista inglesa «Black Wood's Magazine» advirtió acerca del «disparatado deporte internacional» y censuró la lamentable actitud americana de ganar

---

<sup>1</sup> Edit. Calman Levy 1996.

por encima de todo, afirmando que «el consejo más sabio que se podía dar era el de que los Juegos Olímpicos no volvieran a celebrarse nunca»<sup>2</sup>.

Los Juegos de la VI Olimpiada en Amberes significaron uno de los grandes escándalos de la historia olímpica moderna, como lo fueron los de 1936 en Berlín. No se permitió la participación de los países vencidos en la primera guerra mundial, Alemania, Austria y Hungría. El barón de Coubertín hizo cuanto pudo por superar esta discriminación, pero nada consiguió. Tampoco intervinieron los soviéticos que habían sido expulsados del C.O.I. por comunistas, y cuyo reingreso se demoró hasta 1952 en Helsinki.

En 1924 en París, Coubertín tuvo un grave disgusto, llegando a enfermar, por el comportamiento de sus compatriotas franceses que rasgaron la bandera de Estados Unidos tras la Victoria de éstos en rugby por 18-3 sobre Francia en el marco de los Juegos. Hubo peleas en los partidos. En boxeo se prodigaron las decisiones injustas de los jueces que ocasionaron tensiones entre delegaciones de diversos países. «Escribir este reportaje —decía Harry Perry Robinson, corresponsal del «Times»— es como officiar los funerales de los Juegos Olímpicos»<sup>3</sup>. Tampoco en estos Juegos pudo participar Alemania.

Los Juegos de Berlín de 1936 han pasado a la historia como paradigma de la politización. El régimen hitleriano los utilizó como gran propaganda y manifestación de prepotencia aria. Son universalmente conocidas las anécdotas de la huida de Hitler del palco presidencial tras el último salto del negro americano Jesse Owens con el que arrebató la victoria al alemán Long, las reiteradas exaltaciones por el triunfo de los lanzadores alemanes y otros significativos sucesos.

En los Juegos de Londres de 1948 no participaron los países vencidos tras la segunda guerra mundial. En 1956 la República Popular China se retiró de los Juegos de Melbourne como protesta por la participación de la China Nacionalista. Con motivo de la entrada de las tropas soviéticas en Hungría en el mismo año 1956, España y Suiza no envían atletas a los Juegos.

En 1960 la tensión política entre las dos Chinas complicó las decisiones del C.O.I. En estos Juegos de Roma se inició de forma irreversible el gigantismo de los Juegos. Se puede fijar esta fecha como el comienzo de una nueva era, no solo en el olimpismo, sino en el deporte. A este prestigioso gigantismo se debe principalmente lo que en otra obra<sup>4</sup> he llamado la irrupción del «exhibicionismo político». Los grandes acontecimientos deportivos, principalmente los Juegos Olímpicos, se convierten en el más grandioso escaparate de eficiencias políticas; escaparate inteligible a todos los niveles populares. Este exhibicionismo político es uno de los más fuertes impactos socio-históricos que recibe el deporte de nuestro tiempo. (En otro capítulo del presente libro se vuelve con más detalle a este tema.)

A partir de 1968, en gran parte como resultado del exhibicionismo político, se inicia el periodo de los crecientes conflictos política-olimpismo, que dura sin solución de continuidad hasta el momento en que escribió estas líneas (1981).

Pocos días antes de la celebración de los Juegos de 1968, fuerzas estudiantiles de izquierda organizaron en Méjico ruidosas protestas contra dicha celebración. La respuesta gubernamental fue contundente. En la plaza de las Tres Culturas fueron tiroteados los manifestantes con el catastrófico resultado de muchos muertos (entre varias decenas y varios centenares, según las versiones). Los Juegos se celebraron con todo esplendor. Pero en uno de los momentos solemnes se produjo el acto más significativo de la implicación deporte-política, o mejor, de la utilización del deporte por la política: la manifestación del «black power» como protesta por la discriminación racial. Los dos negros americanos vencedores en los 200 metros lisos, Smith y Carlos, levantaron el puño enguantado mientras se escuchaba el himno de los EE. UU. Su gesto fue imitado en más de una ocasión.

---

<sup>2</sup> Tomado de Jonh Lucas La fuerza perdurable de la idea de los Juegos Olímpicos, en «Revista Olímpica», n.º 157. Nov. 1980, ed. Esp. Págs. 632 ss.

<sup>3</sup> Tomado de John Lucas, *ibid.*

<sup>4</sup> v. El deporte en la sociedad actual, edit. Magisterio Español. Madrid, 1975.

Los Juegos de 1972 en Munich, que se habían iniciado con ejemplar organización y ambiente, pasarían a la historia como la «olimpiada de la sangre». El suceso rebasó el ámbito deportivo y es uno de los hechos sombríos de la historia universal: una masacre de los atletas y entrenadores israelíes en su propia residencia a manos de un comando palestino durante la madrugada del 3 de septiembre, que luego sería completada con la muerte del comando asaltante. Los Juegos tuvieron que interrumpirse durante 24 horas. Tras graves discusiones, continuaron. Al lado de esta tragedia parecen nimios otros serios problemas de política internacional presentes en Munich, entre los que destaca el veto a la participación de Rodesia motivado por la protesta de los países del África negra.

En los Juegos de Montreal de 1976 se produjo la retinada masiva de los países del África negra. No se abstuvieron de acudir a los Juegos, sino que todas las delegaciones regresaron desde Montreal a sus países sin participar ni en la ceremonia de apertura. Habían puesto el veto a Nueva Zelanda por haber participado este país en un torneo de rugby en Sur-África, participación que se interpretaba como conducencia o apoyo a la discriminación racial surafricana. Ante la negativa del COI a la exclusión de Nueva Zelanda, los países negros africanos abandonaron. También se produjo el abandono de la China Nacionalista (Taiwán). El Comité Olímpico Internacional se inhibió del problema de las dos Chinas, dejando la decisión al Gobierno de Québec. La condición que éste puso de que la China Nacionalista no desfilara ni participara con el nombre de China, sino con el de Taiwán, no fue aceptada por ésta.

En 1980 se produce la más importante ingerencia política en la historia de los juegos. El Presidente de una de las dos naciones más poderosas del mundo pone el veto a los Juegos organizados en la capital de la otra poderosa nación. La tensión política de los dos grandes bloques dominantes en el mundo se concreta en el boicot a los Juegos de Moscú. Razón: la ocupación de Afganistán por las tropas soviéticas. No es el presidente de un Comité Olímpico quien transmite de forma camuflada una decisión gubernamental, como había sucedido en otras ocasiones. Es directamente el presidente de la nación quien anuncia el boicot y aconseja al mundo que le secunde. Veinticinco países siguieron el llamamiento. De los Juegos de Moscú estuvieron ausentes, aparte de Estados Unidos, la nación con más poderoso historial en las olimpiadas, muchos países de gran prestigio deportivo. El boicot no logró hundir los Juegos. Estos se celebraron con **esplendor** y buena organización. El nuevo presidente del Comité Olímpico Internacional, Juan Antonio Samaranch, elegido precisamente en Moscú, ha declarado reiteradamente después de los Juegos que el movimiento olímpico ha salido reforzado con la superación de esta crisis. «El Comité Olímpico Internacional acaba de mostrar una vez más su fuerza durante los Juegos de la XXII Olimpiada en Moscú» —declaraba ya el 6 de agosto en la cena ofrecida al alcalde de Lausana, primer acto oficial tras los Juegos—<sup>5</sup>. Es lógico que el actual presidente del COI dé esta interpretación. Es casi su obligación. Y hay argumentos sólidos para defender la postura. Pero siempre queda la duda de que la fuerte crisis, en vez de haberse decantado en vacuna con reforzados anticuerpos, no haya supuesto una debilitación del organismo.

No es fácil el diagnóstico en el momento presente. Toda clase de presagios han sido emitidos, no solo por informadores deportivos, sino por comentaristas de política internacional, por escritores y sociólogos. Para unos, los Juegos han muerto a estocada política. Para otros, se han renovado o están en vías de hacerlo. Una de las tesis es que, si un mayor número de países hubiera seguido la invitación al boicot, el movimiento olímpico se habría visto reforzado. Los contrarios opinan al revés: habría sido el remate del olimpismo a manos de la política; la superación del boicot ha sido la salvación. Naturalmente los encuadramientos políticos juegan mucho en estos juicios. Mientras para los miembros soviéticos del comité organizador no se echaba de menos el boicot durante su celebración, que resultaba la «afirmación de la libertad de los pueblos frente al imperialismo americano», para otros comprometidos en la postura contraria, como el *Dallas Morning News*: «los Juegos Olímpicos de Moscú degradaban al mismo tiempo al movimiento olímpico y a todos los países occidentales que manifestaban su indiferencia ante el imperialismo soviético participando en el gran espectáculo de la propaganda comunista».

He ahí al deporte —al olimpismo, su quintaesencia en nuestro tiempo— zarandeado por los bandos políticos. ¿Que otra cosa puede hacer esta endeble entidad internacional compuesta por un centenar de señores de buena voluntad, carente de territorio y de ejército, incluso condicionada en muchos de sus miembros por el poder de los Estados, sino aguantar y, a lo sumo, emitir criterios?

---

<sup>5</sup> v. «Revista Olímpica», n.º 155. sept. 1980. ed. esp. p. 478

La celebración de los Juegos Olímpicos, acto central, símbolo y práctica a la vez del olimpismo, ha de tener lugar en una ciudad; pero va no es una ciudad sino un Estado quien organiza el evento (parece que los juegos de los Ángeles previstos para 1984 van a ser excepción. Lo veremos.). Así se expresa el ilustre miembro del COI Keba M'Baye, presidente del Tribunal Supremo de Justicia del Senegal: «Las exigencias de los Juegos son tales que el contrato que firme el Comité Olímpico Internacional con la ciudad a la que se concede el honor de celebrar los Juegos, implica la intervención del Estado. En efecto, muchas de estas exigencias sobrepasan con mucho la capacidad de cualquier ciudad. Fijémonos en algunas: los Juegos tienen que celebrarse en un ambiente de absoluta seguridad sin trabas de ninguna clase; los atletas y técnicos, los miembros de las federaciones internacionales y del Comité Olímpico Internacional tienen que gozar de una total libertad de acción; los periodistas tienen que poder informar sobre los Juegos sin dificultades; además, el Comité Olímpico Internacional tiene que tener la seguridad de que las bases financieras de los Juegos queden garantizadas».

«Todo ello hace que el Estado tenga que avalar los compromisos contraídos por la ciudad y asegurar la explotación financiera de los derechos de retransmisión de radio y televisión, así como los de los símbolos olímpicos.» «Este Estado que crea las infraestructuras deportivas, que prevé y organiza los equipos e instalaciones de alojamiento y entrenamiento de los atletas, que sostiene a los Comités Olímpicos Nacionales, financia las pruebas de Selección para los Juegos, y, en muchos casos, corre con todos los gastos de su participación, este Estado —repito— se niega a permanecer con los brazos cruzados y a no tener nada que decir sobre la política deportiva y sus consecuencias.» «Toda la dificultad del problema surge cuando uno se pregunta qué es la que puede enfrentarse a este Estado poderoso y omnipotente ansioso de salvaguardar su soberanía; nos encontramos con el COI, una anciana señora llena de dignidad, celosa de su independencia, depositaria de unos principios que no tiene los medios de defender en un mundo en el que la nobleza de una causa vale bien poco ante el dinero y la política.»

«En realidad desde el punto de vista legal el COI es una simple asociación de derecho suizo. Desde el punto de vista del derecho internacional se le puede considerar como una organización no gubernamental de acuerdo con el artículo 71 de la Carta de la ONU. Pero este último «status» no confiere ningún poder especial»<sup>6</sup>

Tras los sucesos de Moscú-80 ha resurgido una vieja aspiración griega nacida en los mismos orígenes del olimpismo moderno: la designación de una ciudad de Grecia como sede permanente de los Juegos. De esta forma se evitaría el riesgo que en uno y otro país pueda existir con la evolución de los acontecimientos políticos. Se evitaría también la implicación creciente de los Estados en cuyo territorio se acogen los Juegos debido al fabuloso costo de organización. Ya en 1976 el entonces primer ministro de la República Helénica. Constantino Karamanlis (hoy presidente de la República), presentó dicha oferta en la reunión del COI, lo que tuvo lugar en Montreal. En enero de 1980 fue reiterada la propuesta. En la 83 sesión del COI, celebrada en Moscú, el presidente de la comisión encargada de estudiarla, Guirandou N'Diaye, informó sobre sus investigaciones. La nueva comisión «ad hoc» creada por Samaranch bajo la misma presidencia visitó en noviembre de 1980 las sedes propuestas por el Gobierno griego, que son las ciudades de Cylene, Katakolon y Kaiafa, e informarán en la 84 sesión del COI en Baden-Baden en septiembre de 1981<sup>7</sup>. Se espera que el COI se pronuncie ya en Baden- Baden sobre este tema.

Hay razones fuertes en favor de la fijación de una sede permanente. Principalmente evitar las injerencias, cada vez más absorbentes, de los diferentes Estados a los que pertenece la ciudad de los Juegos. Los costes de instalación, infraestructura de apoyo, organización, etc., alcanzan tales cifras que no ya un Estado, sino solo un Estado fuerte puede asumir tal compromiso. El establecimiento de una sede permanente con sus infraestructuras deportivas y urbanas, financiadas de una vez con la participación internacional evitaría indudablemente los citados riesgos. Sin embargo hay un talón de Aquiles en la propuesta griega: el mismo riesgo de evolución y cambio político que pueda presumirse en otros países. No se trata de presagio alguno con respeto a la prospera democracia actual República Helénica, a la que deseo permanencia por largos siglos. Pero según los datos socio-histórico no existe mayor garantía de estabilidad equilibrio internacional que el que se da en otros muchos países

<sup>6</sup> Keba M'Baye, El movimiento olímpico en peligro, en «Revista Olímpica», n° 157, nov. 1980, ed. Esp., pp. 617 ss.

<sup>7</sup> v. «Revista Olímpica», dic. 1980, n° 158, ed. Esp. p. 706.

La solución podría estar en la designación, no de una, sino de dos sedes permanentes. Una de ellas, naturalmente, cualquiera de las tres ciudades propuestas por los griegos. Otra, una ciudad perteneciente a una nación cuya estabilidad y tradición de neutralidad internacional este avalada por la historia: se me ocurre cualquier ciudad de Suiza. Que me perdonen los suizos si mi sugerencia no la consideran idónea. Además, en Lausana esta la sede permanente del COI, lo que, junto a otras muchas prestaciones, da prueba, de la tradicional ayuda que la Confederación Helvética ha prestado al movimiento olímpico.

Los Juegos, cada cuatro años, podrían celebrarse alternativamente en Grecia y en Suiza. Caso de que, por sucesos imprevistos, fallase en un momento dada alguna de ellas, quedaría la otra de momento hasta que resolviese el COI. En la construcción, acondicionamiento y mantenimiento de ambas sedes del COI se buscaría una aportación internacional. Estas dos sedes con sus grandes complejos de instalaciones deportivas podrían ser aprovechadas fuera de los eventos olímpicos y de su preparación para la instalación de alguna institución de carácter deportivo internacional, cursos de técnicos, congresos, simposios, demostraciones de educación físico-deportiva, etc. Podrían decantarse en dos grandes instituciones de estudio y práctica de la actividad deportiva a nivel internacional.

La designación de estas dos sedes permanentes no habrá de significar la desaparición de los graves problemas políticos que soporta el olimpismo. Podrá ayudar a despejar alguno de los horizontes. No es poco. Entretanto el olimpismo, y en el centro de él el COI, tendrá que seguir subsistiendo según su leal saber y entender, capeando temporales, alternando la condescendencia con la energía, ofreciendo una imagen de idealismo de la que el mundo actual está necesitado. Aunque vengan de una «anciana señora», como la califica Keba M'Bave, los conceptos de dignidad, independencia, fidelidad a unos principios, salvaguarda de valores, son necesidades del hombre de hoy.

La significación internacional del olimpismo rebasa con mucho los intereses del propio olimpismo y de lo meramente deportivo. A nuestro mundo le conviene el olimpismo. No porque sea una panacea de paz. No la son ni la Organización de Naciones Unidas, ni, la UNESCO. Pero al menos porque al mundo en que vivimos, tenso, desmoralizado, desesperanzado, le conviene recibir aires de distensión, moral y esperanza.

El olimpismo es insignificante, nulo, en poder coercitivo. Pero es fuerte en valores. El hombre de nuestro tiempo está harto de prepotencias. Por eso el olimpismo convoca audiencias y presencias millonarias. En su debilidad está su fuerza. Habla de hermandad, de respeto, de esperanza, de fiesta. Y no exhibe poderes. Pero para seguir con su fuerza de convocatoria debe permanecer consciente de su propia debilidad: confiado en sus valores, en los suyos propios y no en otros. Sabio en su desnudez. En el momento en que en las altas esferas del movimiento olímpico entrase la autosuficiencia se desmoronarían su prestigio y su poder de convocatoria.

Samaranch con su asombrosa visión pragmática y su capacidad de acción aprovecho el primer acto oficial, el 6 de agosto de 1980, tras los Juegos Olímpicos de Moscú, para pedir a través del alcalde de Lausana el reconocimiento por parte de la Confederación Helvética del «status» de una Organización internacional. Indudablemente será un paso importante en orden a la capacidad organizadora y decisoria del COI de cara a los Estados y a otras organizaciones internacionales. La institucionalización del COI adquirirá con ello definitiva solidez y poder operativo.

Pero surgen algunas dudas. Este robustecimiento institucional del COI obligaría a cambio de equilibrios en el amplia área que constituye el movimiento olímpico. Aparecería el riesgo de absorción de poder. Un robustecimiento mayor en la institución básica del movimiento olímpico acercaría a éste a otro tipo de organizaciones. La ONU, por ejemplo, basa su fuerza en la que le confiere cada una de las naciones que la componen. No va más allá. En el momento en que estos poderes se enfrentasen implacablemente, la fuerza de la ONU se vendría abajo. Si alguna le pudiera quedar entonces, ella le vendría de algún tipo de valor que va más allá del poder acumulado de los Estados: cierto impulso de supervivencia acrecentado en la humanidad tras la segunda guerra mundial. Todavía gobiernan personas que sufrieron la guerra. Subsiste un impulso de anti-belicismo primitivo, una especie de radical instintivo de defensa, casi irracional en la base del pacifismo e internacionalismo dominantes. Miedo a la autodestrucción. Pero «nadie escarmienta en cabeza ajena». Dentro de 20 años, cuando gobiernen personas que no sufrieron la guerra mundial, el miedo será teórico, no vital. La ONU existirá entonces solo como consecuencia de los poderes conferidos por las instituciones

internacionales no habrá otro agarradero de supervivencia. Si los poderes se enfrentasen, no quedaría ni el miedo primitivo de quien ha sufrido.

Creo que aquí está el peligro de apoyarse con preferencia en la vía institucional y en el suministro de poderes desde otras instituciones. Cuando un movimiento o una institución cuenta con una primera fuerza ideológica, no debe estar agobiado por la adquisición de poderes legales. El Comité Olímpico Internacional no consiste en la suma de fuerzas que le dan los miembros que lo componen. Es mucho más que eso. Ha habido intentos de que el carácter personal de los miembros del COI fuese sustituido por representantes gubernamentales. Cada uno aportaría una dosis mucho mayor de fuerza: la de sus respectivos Estados. Sin embargo el COI se debilitaría, porque posee una fuerza intrínseca superior, que no le otorgan cada uno de sus miembros. Brota de su propia condición original. Es una institución y es necesario cuidar esta calidad institucional; pero no es lo más importante del olimpismo; por consiguiente tampoco es lo más importante del COI. Lo sustantivo es su ideario, que aunque en cierto modo resulte vago e indefinido se asienta sobre necesidades de humanismo, sobre anhelos de paz, de comprensión universal, de alegría festiva en medio de tanta tragedia. Son cosas que ansia el hombre de hoy y probablemente el hombre de todos los tiempos. Ahí radica la fuerza del olimpismo.

Las instituciones sólidas acaban perdiendo flexibilidad, espontaneidad, inspiración. Los movimientos Universales pueden ser tanto más duraderos y eficientes cuanto menos lastre de rigideces legales posean. El junco aparentemente débil, puede plegarse y esperar a que pasen los temporales. El Comité Olímpico Internacional conserva aún una agilidad institucional que no debería perder. Si el Comité Olímpico Internacional tuviese como único cometido la defensa de las ideas olímpicas, no se habría visto envuelto en tan gruesos compromisos. Pero es también el responsable máximo de ese asombroso espectáculo de los Juegos que mueve millones en dinero, en personas y en prestigio. Y se ve forzado a comprender, respetar, condescender, dejar hacer, a veces taparse los ojos. ¿Qué otra salida le queda?

#### «AMATEURISMO»

Otro de los grandes problemas del olimpismo moderno y en concreto del COI, es el mito del «amateurismo».

Esta es una larga historia que arranca de ciertos condicionamientos sociológicos del deporte inglés y trances del siglo XIX y que se ha convertido en piedra de toque y hasta de escándalo en el deporte del siglo XX. Los fuertes movimientos deportivos universitarios y las asociaciones aristocrático-burguesas del deporte británico, nacidos a lo largo del pasado siglo, tuvieron que acentuar su carácter «amateur», es decir, no profesionalizado, no perteneciente al mundo socioeconómico inferior de los que boxeaban para ganar dinero, de los remeros del Támesis que competían para ser mejor pagados, que otros muchos competidores en pruebas de diverso tipo que eran ya requeridos y remunerados para dar espectáculo deportivo. Ya desde el XVII y a lo largo del XIX se da un floreciente profesionalismo deportivo en Inglaterra.

En boxeo, carreras a pie, remo y otras actividades se daban casos en que los vencedores ganaban bastante dinero. Se cruzaban apuestas. Eran verdaderos profesionales de la especialidad. Por ejemplo el «running footman» era un criado a pie que precedía a la carroza de un noble y anunciaba su paso (invención antigua no inglesa; en el siglo XV el Gran Turco mantenía un centenar de lacayos-corredores llamados «peichs» quienes solían hacer las cuarenta lenguas entre Constantinopla y Andrenopolis en 24 horas). Tales «running footmen» mejoraban sus salarios si conseguían victorias en las carreras<sup>8</sup>. Algo parecido pasaba con los profesionales de pasar en bote el Támesis. Eran pruebas deportivas entre asalariados de la profesión específica: correos, remeros, etc. «El deporte británico profesional en sus comienzos —escribe Gastón Meyer— se dirigía más o menos a la hez social del país. Consistía en toda clase de desafíos de lucha, boxeo y carreras. Estas actividades se fundaban principalmente en las apuestas que hacían los jóvenes libertinos de la época.»

«El deporte, entonces más o menos clandestino, gozaba por tanto de mala reputación»<sup>9</sup>. Los nuevos clubs deportivos que nacen dentro del siglo XIX, producto en parte del intento de fusión entre burguesía y aristocracia, y a continuación las nacientes asociaciones federadas —«federaciones»— de dichos clubs, acentúan su carácter «amateur» tanto por su nueva manera de entender el deporte, como, principalmente, por

<sup>8</sup> Ver. Jean Le Floc'hmoan, *La génesis de los deportes*. ed. esp. Labor. Barcelona. 1969. p. 90.

<sup>9</sup> Gastón Meyer, *El fenómeno olímpico*. Publicaciones del Comité Olímpico Español, Ed. 1963.

acentuar su diferenciación social. «Cuando los miembros del West London Rowing Club, abandonando el remo en favor del atletismo, fundaron el Mincing Lane Athletic Club en junio de 1863, dieron a esta primera sociedad civil de carrera, salto y lanzamiento, su concepción aristocrática de Club. Este Mincing se convertirá en 1866 en el famoso London A. C., y en el mismo año los deportistas no profesionales se federarán en el Amateur Athletic Club.»<sup>10</sup>.

Este nuevo e importante club se apresurará a definir al «amateur»: «Es aficionado («amateur») todo gentleman que nunca haya tornado parte en una competición pública; que no haya combatido con profesionales por un precio o por dinero que proviniese de las inscripciones o de cualquier otro sitio; que en ningún periodo de su vida haya sido profesor o monitor de ejercicios de este tipo como medio de subsistencia; que no sea obrero, artesano, ni jornalero»<sup>11</sup>. «¡Qué intolerancia en este ostracismo final!» —comenta le Floc'hmoan en *La génesis de Los deportes*—. Esto ya no era aficionado, esto ya era aristocracia y de la peor, la del dinero<sup>12</sup>.

Tal definición se mantuvo hasta 1880 en que se suprimió, afortunadamente, la última cláusula. Puede descubrirse aquí el origen socio histórico de la célebre y conflictiva regla 26 de los estatutos olímpicos, a la cual se hará referencia después. De esta mentalidad y entendimiento social no estuvieron exentos, como hijos de su tiempo, los colaboradores del barón de Coubertín en la instauración del olimpismo, ni, en alguna manera, el propio barón. En el primer congreso Olímpico de Paris-1894, el temario venía encabezado por: 1. «Definición del «amateur». Base de la definición. Posibilidad de utilización de una definición internacional». Pero, más, aún, de 10 temas de que se componía el programa, los 7 primeros se referían a este asunto y solo los tres últimos hablaban del «restablecimiento de los Juegos Olímpicos».

En realidad el menos preocupado por este asunto era el barón de Coubertín; fueron los otros quienes lo elevaron a tema capital. Treinta y cinco años más tarde escribía Coubertín en sus *Memorias Olímpicas*: «¡Siempre el amateurismo! Hacia ahora dieciséis años que habíamos pretendido ingenuamente acabar con el problema, y he aquí que seguía candente, idéntico e **inalcanzable**: un auténtico balón de water-polo con esta peculiar manera de resbalar y escurrirse bajo la presión de la mano, como el gato, alejándose unos metros. Personalmente, ella me tenía sin cuidado; hoy me atrevo a confesar con franqueza que este asunto jamás me ha apasionado. Desde luego la importancia que se le atribuía en los medios deportivos le dediqué la máxima atención, pero era un celo sin convicción real, luego, me sirvió de pretexto para convocar el Congreso destinado a restablecer los Juegos Olímpicos. Viendo la importancia que se le atribuía en los medios deportivos le dediqué la máxima atención, pero era un celo sin convicción real. Mi concepto del deporte siempre ha sido muy distinto del de un gran número, tal vez la mayoría, de deportistas. Para mí el deporte era una religión con iglesia, dogmas, culto, pero sobre todo con sentimiento religioso y se me antojaba tan pueril relacionar todo esto con el hecho de haber tocado algún dinero, como el proclamar por las buenas que el sacristán de la parroquia es necesariamente un incrédulo porque percibe una retribución para asegurar el servicio del santuario. Hoy, que he alcanzado, e incluso rebasado, la edad en que uno puede practicar y proclamar libremente sus herejías, no dudo ni un momento en hacer público este punto de vista. Sin embargo, y a falta de algo mejor, estaba muy de acuerdo en que debían admitirse determinadas reglas y levantar ciertas barreras más a menos ficticias, y conste que me aplicaba a ella en la medida de lo posible. Los ingleses, sobre todo, mostrábase encarnizados al respecto. Era pues un signo y un presagio de fuerza para el C.O.I. el que dirigiesen hacia él sus miradas reclamando su intervención.»<sup>13</sup>.

En 1936, tras los Juegos de Berlín, respondía tajantemente Coubertín: «¡Ah, qué vieja y estúpida historia la del amateurismo olímpico! Pero leed este famoso juramento del que soy el feliz y orgulloso autor. ¿Es que en él se exige a los atletas participantes en el estadio olímpico un amateurismo absoluto, que soy el primero en reconocer como algo imposible? No pido con este juramento más que una sola cosa: lealtad deportiva, que no es exclusiva únicamente de los amateurs. Lo que interesa es el espíritu deportivo y no el respeto a este

<sup>10</sup> Jean Le Floc'hmoan, *La génesis de los deportes*. Edit. Labor. Barcelona, 1966.

<sup>11</sup> Juan Le Floc'hmonan, o.c.

<sup>12</sup> Como curiosidad, reflejo aquí lo que probablemente fue original que incorporó Le Floc'hmoan a título de comentario propio, sin citar al autor original. Dice Gastón Meyer en *El fenómeno olímpico* ed. Esp. 1963: «¡Que espantosa intolerancia! Ya no se trata de amateurismo, se trataba además de aristocracia y de la peor especie: la aristocracia del dinero» (En todas partes cuecen habas

<sup>13</sup> Pierre de Coubertín: *Memorias Olímpicas*. Publicaciones Comité Olímpico Español. Ed. Esp. 1965, p. 108, s.

ridículo concepto inglés que permite que se sacrifiquen al deporte únicamente los millonarios (...). Este amateurismo no es un deseo mío, sino una imposición de las Federaciones Internacionales. No es, por tanto, un problema olímpico».

El mito del «amateurismo» fue una herencia que el olimpismo tuvo que aceptar del deporte inglés de finales de siglo. Pero como sucede que el «amateurismo», es decir, la práctica del deporte por sí mismo, sin afán de ganancia, es realmente una de las actitudes que se consideran básicas en la práctica deportiva, de ahí que fuese luego asumida oficialmente como piedra angular del «verdadero» deporte. Ciertos santones del movimiento olímpico —no el barón de Coubertín— hipostasiaron este tema.

Por eso la regla 26 de los Estatutos del Comité Olímpico Internacional se convirtió en la regla mágica. Por haber infringido el principio del amateurismo fueron descalificados vencedores olímpicos como el fabuloso indio sioux J. Torpe, vencedor en decatlón con más de 8.000 puntos (6.200 según la tabla actual), quien un año después de los Juegos de Estocolmo fue obligado a devolver sus medallas al haberse comprobado que había cobrado dinero jugando el béisbol

La regla en sus primeras versiones era muy rigurosa. Decía textualmente:

«No serán admitidos a tomar parte en las competiciones olímpicas:

- A. Los atletas que hayan sido retribuidos por su participación o hayan recibido premios fácilmente convertibles en especie, o sin la autorización de su federación nacional y conforme a las reglas de la federación internacional interesada, premios que excedan a un valor de 40 dólares, así como los que hayan recibido regalos monetarios o ventajas de orden material.
- B. Las personas que hayan sido retribuidas por entrenar a otras con vistas a competiciones deportivas.
- C. Las personas que hayan metalizado su forma atlética de cualquier manera que sea, sacando un provecho comercial o aceptando ofrecimiento no importan de qué naturaleza, con el fin de participar en los Juegos. Esto comprende a los atletas que han encontrado, gracias a sus marcas deportivas y no a su capacidad, diversas situaciones en el dominio de la prensa, del teatro, del cine, de la televisión o de la radiodifusión.
- D. Las personas que han hecho rembolsar sus gastos más allá de sus desembolsos.
- E. Los atletas que han declarado querer pasar a las filas profesionales y que esperan participar en los Juegos con el fin de sacar de ellos un provecho comercial.
- F. Las personas que han interrumpido su carrera o su empleo a causa de las competiciones deportivas, bien en su país, bien en el extranjero.
- G. El atleta pagado por haber prestado su nombre o su fotografía para fines publicitarios y comerciales, por haber hablado por la radio o aparecido en la televisión, está considerado como persona que metaliza su forma atlética, como ha sido indicado más arriba. Aunque él no reciba ninguna remuneración, tales procedimientos deben ser reprobados considerando que ante la opinión pública, y particularmente entre la juventud, alteran el carácter de desinterés total que es propio de los atletas amateurs.

En 1946 la regla fue aprobada por todos los delegados de las federaciones internacionales. Hubo algunas modificaciones, reforzamientos, cláusulas adicionales.

Largas discusiones se sucedían en todas las reuniones del COI. Fervores, propuestas, contrapropuestas.

En el seno del COI se fueron perfilando las dos corrientes, la que llamaríamos estrictamente coubertiniana —la más liberal—, y la que mantuvieron preferentemente los sucesivos presidentes del COI. La línea rigurosa, con Avery Brundage como último y severo inquisidor.

En las décadas de los 60 y 70 la corriente coubertiniana se ve fuertemente apoyada por la realidad socio-deportiva de muchos países. El ingreso de las naciones de la Europa Socialista en las competiciones olímpicas con sus atletas de Estado; la respuesta de numerosos países occidentales —incluso los más despreñados y deportivamente incontaminados como los escandinavos— con la organización de los «pseudo-amateurs», también más o menos estatalizados o «federalizados» (por las respectivas federaciones deportivas) y el creciente prestigio mundial de los juegos que viene a rebasar ampliamente su carácter meramente deportivo,

etc., hacen que ya en 1972 predomine la corriente liberal-reformista, pese a la oposición enérgica de Brundage.

Es conveniente recordar los principales párrafos de la regla en su redacción de 1972:

I. Para ser admitido en los Juegos Olímpicos, un competidor debe respetar, según el espíritu y la ética, la tradición olímpica, y siempre estar dedicado al deporte como una actividad anexa, para su recreo, sin percibir remuneración por su participación, sea cual sea. (...)

- Sus medios de existencia no deben ni provenir ni depender de unas rentas, que podría extraer del deporte, y debe tener una situación personal permitiéndole asegurarse la existencia presente y futura.
- No debe ser ni haber sido un «profesional», semiprofesional, ni clase «non amateur» en cualquier deporte, sea cual sea. No debe haber entrenado, ni enseñado, ni formado deportistas de competición con objeto de sacar un provecho. Los profesores de Educación Física que enseñan a los principiantes están admitidos

III. Un competidor puede aceptar:

1. Una ayuda de su C.O.N. o de su asociación deportiva nacional en el curso de unos periodos designados para la preparación y participación a las competiciones deportivas, y comprendidos los Juegos Olímpicos. Esta ayuda consistirá únicamente en el hospedaje, alimentación, transporte, equipo deportivo, instalaciones deportivas, entrenamiento, cuidado medico, así como el dinero de bolsillo para cubrir los pequeños gastos, durante el entrenamiento y la competición, y esto dentro de los límites aprobados por su propia Federación internacional deportiva o por su C.O.N. El periodo destinado a entrenamiento en plena temporada y que está aprobado por las propias federaciones internacionales o por los C.O.N. son, en regla general de 30 días, y no debe sobrepasar en caso alguno de 60 días en el curso de un año civil.
2. El pago de primas de seguro en caso de accidente debido al entrenamiento o a la competición.
3. Las bolsas de estudios acordadas según las normas académicas y técnicas, y sometidas al cumplimiento de las obligaciones escolares y universitarias, y no a los éxitos deportivos.
4. Los premios obtenidos al término de unas competiciones dentro de los límites fijados por las reglas de las federaciones internacionales respectivas y aprobadas por el COI.
5. El COI se ha opuesto a la indemnización por pérdida de ganancias (sueldos), salvo en unos casos reconocidos dignos de interés. Solo en estos casos los C.O.N. o las federaciones internacionales podrán autorizar el pago de compensación que cubrirá, únicamente, la pérdida de salario causado por la ausencia del competidor por su participación en los Juegos Olímpicos o las importantes reuniones deportivas internacionales.

IV. El objeto (fin), es eliminar a aquellos que se interesan por el deporte por unas razones financieras, y reservar a los Juegos Olímpicos a aquellos que según esta regla están admitidos. «Una comisión será creada y encarada de hacer aplicar esta regla en consulta y cooperación con las Federaciones Internacionales y los Comités Olímpicos Nacionales».

Así pues, a la altura de 1972 se había abierto la mano, se iban teniendo en cuenta implacables realidades sociales; la regla se hacía más concreta. Pero subsistía el original espíritu restrictivo. La participación olímpica seguía mentada sobre una actitud defensiva: más que un movimiento creador, educativo, parecía una organización recelosa y represiva.

En el renovado y esperado Congreso Olímpico de Berna en octubre de 1973, no se aclaró el tema con soluciones concretas, razón por la cual dicho Congreso fue considerado, en parte, como un fracaso. Sobre otras significaciones del Congreso se hablará más adelante.

Lord Killanin, nuevo presidente desde 1972 y sin duda más liberal que Brundage, afirmaba en el discurso de inauguración del I Symposium de «Solidaridad Olímpica» (marzo de 1974) en Santo Domingo, que la regla 26 sería objeto de reforma: «La regla 26 va a ser objeto de discusión y *reforma*. He viajado en estos meses por bastantes países; he hablado con dirigentes y atletas. A nivel de deporte de alto rendimiento, hay cheques

de intereses y amarguras. Procuraremos reeditar reglas simples y breves (...). En el problema del amateurismo-profesionalismo se ha llegado a situaciones complicadas en algunos países. Se deben dar responsabilidades en la resolución de estos problemas a cada una de las Federaciones Internacionales. Pero las Federaciones Internacionales nos han solicitado algunas pautas (...). El Comité Olímpico Internacional, propiamente, nunca ha tenido problemas en la cuestión entre profesionales y amateurs...»<sup>14</sup>.

Pero cuando en 1980 en la reunión de Moscú cesa Killanin para ser sustituido por el español Juan Antonio Samaranch, no se ha producido aún verdadera reforma en tan espinosa historia olímpica. La consolidación durante la década de los 70 del triunvirato institucional, rector práctico del deporte mundial COI-ACON-AFI (Comité Olímpico internacional-Asociación de Comités Olímpicos Nacionales-Asociaciones de Federaciones Internacionales) significa un paso adelante en la identificación entre el deporte real en el mundo y sus instituciones rectoras. Pero en el ámbito olímpico sigue predominando la imprecisión y la ausencia de posturas claras.

En el último mensaje oficial de Lord Killanin, publicado por la «Revista Olímpica» en su número de junio-julio 1980, el presidente reconocía: «Los acontecimientos de estos últimos meses me llevan a creer que la estructura del deporte amateur internacional deberá ser objeto de una revisión total. Lamento que no haya sido posible la inscripción directa de los participantes a través de sus Federaciones Internacionales respectivas. En resumidas cuentas, esta solución solo serviría para minar la base de la estructura sobre la que reposa el deporte mundial, olímpico o no. Por otra parte, los Comités Olímpicos Nacionales, como las federaciones nacionales, no deben olvidar que su primer deber es inscribir a los concursantes en los Juegos Olímpicos teniendo en cuenta ciertos criterios e imperativos económicos, y resistir a las presiones políticas».

Subsiste, como se ve, la imprecisión ideológica y la indecisión práctica.

La elección a la Presidencia del Comité Olímpico internacional de Juan Antonio Samaranch, hombre realista, de gran capacidad de trabajo y de enorme eficacia, va a suponer probablemente una catalización en sentido práctico de todas estas intenciones y convicciones de cara a la auto-renovación que se respira en los ambientes olímpicos responsables.

Hay que afrontar perpendicularmente, entre otros temas, la enorme paradoja-escándalo dentro del olimpismo entre el mito del amateurismo y la plena dedicación a la preparación deportiva exigida a los mejores atletas. Esta tesis pudo haber sido planteada hace muchos años. No se hizo; y el prestigio de la organización olímpica se resintió notablemente. Se ha hablado, no sin razón, de la «hipocresía» del amateurismo en las olimpiadas.

## TITUBEOS

Vuelvo a la consideración inicial de que en el fondo de la crisis del olimpismo está la bifrontalidad de cometidos del Comité Olímpico Internacional. Responder del contenido, correcta organización, desarrollo y prestigio del mayor espectáculo periódico del mundo, supone una actitud definida y una capacidad de talante empresarial de los dirigentes. Defender y promover por el mundo el ideario olímpico exige de los dirigentes una capacidad de pensamiento sociológico y filosófico y una metodología adecuada. ¿Existen ambas condiciones en los dirigentes del olimpismo mundial? La composición y dinámica interna del máximo organismo, el COI, induce a dudar seriamente. Sus miembros son elegidos a título personal, por sus méritos en la dirección deportiva y por su experiencia olímpica. Tienen carácter vitalicio. Deben ser personas independientes, ajenas a los respectivos poderes políticos.

Los primeros miembros elegidos a finales del pasado siglo y comienzos del actual, eran hombres de prestigio en el ámbito deportivo y en la dirección de asociaciones, y eran al mismo tiempo personas de influjo social, predominantemente aristócratas o adinerados. Durante las primeras décadas del XX se mantuvo con bastante aceptación su independencia de las presiones políticas; sin embargo, era una asociación condicionada por una mentalidad elitista; prueba de ello es todo el «affaire», del amateurismo.

---

<sup>14</sup> El autor fue uno de los participantes en esta sesión de «solidaridad»

A medida que el prestigio de los Juegos Olímpicos aumentaba, las presiones políticas crecían. Por eso la historia del Olimpismo a partir de los años 30 está salpicada de claudicaciones. Pese a ello, se ha revelado como un organismo autóctono, exigente y respetado. Lo cual no es poco en la historia de un siglo que ha soportado, entre otras catástrofes, dos guerras mundiales y que vio como se deshacía una esperanzadora realidad de paz mundial denominada «Sociedad de Naciones». Su Sucesora, la «Organización de Naciones Unidas» ya ha sobrepasado afortunadamente los 30 años de supervivencia; pero no se han disipado los tremendos nubarrones.

Pues ahí, en medio de todo ello, está para admiración del mundo, el Comité Olímpico Internacional, compuesto en su mayor parte por miembros «venerables» pero cuya amistad y aprobación se disputan los Estados contemporáneos. He aquí una institución singular: prestigiada, respetada, de trayectoria en alguna manera ejemplar, aunque difícilmente se resista en un análisis crítico, a reconocer su caducidad, sus internas contradicciones.

Para que un miembro del COI sea verdaderamente independiente de los poderes políticos tiene que ser muy rico; es el caso de muchos de sus componentes, sobre todo en la primera época. Hoy muchos de ellos han sido sustituidos por personas de confianza de sus respectivos gobiernos, aparentemente independientes, sobre todo en regímenes autoritarios. Reincidimos por otra vía en la gran paradoja de la oficial apoliticidad del olimpismo y su progresiva e inexorable politización.

Cuando se intenta ahondar en los porqués del olimpismo, en las ideas básicas que lo sustentan, aparece una dificultad fundamental: No existe una ideología olímpica claramente estructurada. El barón de Coubertín, inspirador del movimiento, escribió algunas obras referentes a ello, pronunció discursos, produjo amplia correspondencia, artículos, etc. Pero incluso en su pequeño tratado *Fundamentos filosóficos del olimpismo moderno*, una especie de testamento ideológico, no logra elaborar una teoría. Hay que tomar toda la obra de Coubertín referida a este tema y estudiar al mismo tiempo las realizaciones prácticas (Congresos Olímpicos, Juegos Olímpicos, reuniones del COI, etc.) para establecer una comprensión global de la idea —o ideas— de Coubertín. De esto se han preocupado autores significados como Karl Diem, Gaston Mayer, Bruno Zauli, Otto Mayer, Hans Lenk, John Lucas, etc. Las interpretaciones, aunque a veces algo dispares, coinciden en ciertos principios generales, los cuales no «superan» la vaguedad e inconcreción. Todo se reduce a ideas matrices que emparentan con ideales de la antigüedad clásica, con actitudes de la caballería medieval, con valoraciones tomadas del renacimiento, del humanismo, de la corriente filantrópica, de la recuperación moral provinciana de comienzos del XIX, de la renovación pedagógica británica del pasado siglo; y todo ello sintetizado y decantado hacia un más honda sentido de modernidad social que Coubertín vivió intensamente, y hacia un futurismo internacionalista.

El coubertinismo olímpico no es absolutamente una idea. No es correcto hablar de «la idea olímpica». Tampoco es propiamente una «ideología» falta sistema y metodología. Se le ha llamado, buscando una acogida conceptual, «ideario», es decir, conjunto o abecedario de ideas. Indudablemente lo que más define al olimpismo es su carácter de «movimiento», en el cual, evidentemente, hay ideas-madre, pero hay más un espíritu, estilo, talante o energía de acción. Los «movimientos» son fuerzas que marchan (a nivel regional, nacional, internacional, con solidez institucional o como mero impulso energético), que quieren decir algo y hacer al mismo tiempo: cuya auto-identificación es difícil de precisar; y que cuando entran en crisis son ya muy difíciles de analizar, justificar o reformar. Algo de esto para el olimpismo.

El actual presidente de la Academia Olímpica Internacional y miembro del COI, Nikolaos Nissiotis en importante conferencia pronunciada en la sesión regular de la Academia Olímpica de 1979, ante los directivos de Comités Olímpicos Nacionales<sup>15</sup> intenta esclarecer las ideas fundamentales para la propagación de los principios olímpicos. Afirma: «Los principios del olimpismo coinciden con los del humanismo (...). Defendiendo los principios del olimpismo, lo que sirve al movimiento olímpico, se contribuye a la educación en general de la nueva generación».

«La ideología olímpica no es una especialización parcial en el campo de la ciencia o de la filosofía, sino que concierne al hombre en su totalidad, a su posición con respecto al mundo entero y se refiere y concierne al

---

<sup>15</sup> Publicado en «Revista Olímpica», junio, julio 1980, pp. 320 ss.

conjunto de la vida espiritual, filosófica y moral. Por esta razón, la ideología olímpica puede convertirse en un medio de educación humanitaria general de interés para todas las ramas de la educación y para todo el cuerpo docente»<sup>16</sup>.

Aunque personalmente las considero acertadas, resultan afirmaciones demasiado genéricas para mover a convicción, y menos a la acción, a unas generaciones escaldadas de solemnidades y generalizaciones.

Señala después una acción concreta dirigida hacia los educadores profesionales: «Si una de las principales tareas de los Comités Olímpicos consiste en propagar los principios olímpicos, esta propagación debe entonces efectuarse como parte y complemento inseparable del conjunto de la educación escolar y universitaria. En particular y en lo que se refiere a la actividad de los Comités Olímpicos, esta actitud impone lo siguiente:

- a) Un estrecho contacto con los factores de enseñanza de los países en los que accionan los comités nacionales.
- b) Un esfuerzo de atracción del interés del cuerpo docente en general por el Movimiento Olímpico y no solo de los profesores de cultura física.
- c) La explotación de cada ocasión a fin de que se manifieste el valor de los principios olímpicos como medio de educación entre alumnos y estudiantes.
- d) La creación de seminarios durante las vacaciones para la introducción en estos principios del mayor número de personas en cursos de formación en cualquier facultad universitaria, técnica, profesional, que se reúnan para este fin, es decir, independientemente de la especialización particular de cada una de ellas».

«Paralelamente es preciso buscar la especial ocupación progresiva de ciertos hombres de ciencia, en particular de ciencias teóricas, a escala universitaria, en materia de investigación de cuestiones especiales del Olimpismo y en ciencias humanistas y pedagógicas con vistas a la obtención de un doctorado»

«Al mismo tiempo es preciso tratar de crear Comités Olímpicos Nacionales locales en relación con la Academia Olímpica Internacional para una más extensa propagación de los principios del olimpismo en los diversos rincones de la tierra, lo que facilitará una más importante participación de los estudiantes y una mayor facilidad para seguir los cursos (unidad de lengua, de costumbres, problemas particulares de enseñanza)»<sup>17</sup>. «El Olimpismo pasa por una crisis desde el punto de vista de los Juegos Olímpicos y da muestra de signos negativos que de manera inquietante y progresiva se manifiestan». «De esta manera y frente a los actos arbitrarios de la aplicación del Olimpismo en los Juegos cada cuatro años, la ideología y la filosofía del Movimiento Olímpico se opondrán con un espíritu de sobre meditación, de autocrítica y de humildad como un freno y un factor de corrección de los excesos en los que desemboca cada noble y superior idea cuando el hombre moderno de la época tecnológica efectúa un mal empleo de ellas, buscando siempre notables provechos y sediento de poder y supremacía».

«El Movimiento Olímpico no solo posee como única y superior expresión la realización de campeones de los Juegos Olímpicos, sino también los principios que lo rigen, que constituyen el mejor medio de una auténtica y básica educación del humanismo». He recogido con amplitud esta cita por tratarse de uno de los principales representantes oficiales del pensamiento olímpico, actualmente presidente de la Academia Olímpica Internacional. Reconoce una «crisis en los Juegos Olímpicos» y «actos arbitrarios en la aplicación del olimpismo en los Juegos cada cuatro años». Habla, como remedio, de intensificar una acción educativa, de introducir la preocupación olímpica en los educadores generales. Creo que es acertado camino. Pero ni en esta exposición del profesor Nissiotis ni en otros estudios y publicaciones, se afronta un replanteamiento práctico, ni, en lo que cabe, teórico del olimpismo para salir airoso de la crisis.

---

<sup>16</sup> *Ibíd.*

<sup>17</sup> En el Instituto Nacional de Educación Física de Madrid se fundó ya en 1986 un «Centro de Estudios Olímpicos» con un cometido concreto de preparar a los asistentes a las *sesiones* de la Academia Olímpica Internacional de Grecia y a extender en general el ideal olímpico. Dicho centro, por razones administrativas, cerró sus cursos anuales en 1974.

## LA FUERZA ORIGINAL

Tras este paseo crítico por las arenas movedizas del olimpismo, expongo unas reflexiones con miras al futuro. La evolución de la humanidad se origina en tres grandes categorías de sucesos:

- Las ideas conscientes (o ideológicas).
- Los mitos.
- Los «movimientos».

Las ideas o ideologías son formuladas por grandes pensadores o filósofos. Así, desde Heráclito y Pitágoras pasando por Platón, Averroes, Tomás de Aquino, Descartes, Spinoza, Pascal, Leibniz, Rousseau, Hegel... — por no citar más que algunas grandes cumbres del pensamiento formulado— hasta Marx, Nietzsche, Bergson, Freud, Heidegger... detrás de cualquier proceso histórico está uno o varios pensadores, una o varias ideas.

Pero no están solo las ideas formuladas. Aparecen también los mitos. Estos impulsan al hombre con sus turbinas inconscientes. Aquí juegan los literatos, artistas, muchas veces diluidos entre el genio popular. Los grandes mitos —más verdaderos cuanto más grandes— también han movido la historia; y la historia suele regresar a los grandes mitos. El relato del Génesis con la caída del hombre por la mujer, luego con el odio fraterno: Teseo con la rebelión del hijo frente al padre: Sófocles con el conflicto edipiano: Dante con el castigo de los poderosos; Cervantes con el quijotismo justiciero: Shakespeare con la venganza hamletiana; Goethe con la añoranza fáustica de juventud... sintetizan los anhelos inconscientes de la humanidad, que mueven al hombre y hacen la historia.

Los «movimientos», a veces polarizados por una idea (conquista, liberación, salvación), a veces ciegos, conducidos por un líder o colectivamente surgidos, completan los básicos agentes de la historia. Esta se halla cargada de tales impulsos que han llevado a la raza humana a poblar el globo —ahora a la exploración espacial— desde los tórridos valles ecuatoriales hasta los hielos de la Antártida, invadir territorios ajenos, crear imperios, urdir revoluciones.

Los «movimientos» han buscado generalmente algunas ideas justificadoras, algunos pensamientos base. A veces bastaba una palabra primitiva: «liberación», «imperio», «venganza», «justicia»; en otras ocasiones se necesitaban argumentos. Entonces surgían las ideologías «a posteriori». Generalmente la búsqueda de estas ideologías justificadoras ha producido la proliferación de teóricos.

A veces se dan situaciones-clave, u hombres-clave, donde convergen más de uno de estos principios socio-energéticos. Destaca, sin duda, Jesús de Nazaret, que pone en marcha la conjunción de los mitos más poderosos de la historia, la fe divina, la búsqueda de la verdad y el holocausto personal, y, junto a ello, sin llegar a la filosofía, emite una doctrina definida. Generalmente tal ha sido la característica de los fundadores de regiones, como Confucio, Buda, Mahoma. No fueron propiamente ideólogos, sino hombres míticos que descubren el anhelo básico humano y, a la vez, «arrastran» con su ejemplo instaurando un «movimiento». La santificación de la guerra fue la originalidad en el poderoso arrastre de Mahoma. En otra vertiente, Julio César aglutinó un mito de dominio y un movimiento de **exaltación** interna que se decantó en la poderosa institución del Imperio Romano. Marx puso en marcha principalmente un «movimiento» ésa fue su originalidad —la «praxis» revolucionaria—, recogiendo el mito de la justicia de los socialismos ingleses y franceses, y las filosofías dialécticas de Hegel y materialista-naturalista de Feuerbach; realizó una síntesis que engendró un poderoso «movimiento» revolucionario. Mao aúna el mito y la acción («movimiento»); poeta y líder. Podríamos seguir aduciendo ejemplos, pero nos apartaríamos del objetivo concreto de este escrito.

Por eso volvamos al barón de Coubertín. No pretendo magnificarle. No se trata de compararlo con los grandes transformadores de la historia. Pero su obra puede ser analizada desde estas perspectivas de los grandes principios de acción. Coubertín es, ante todo, creador de un «movimiento». No se dirige a las vivencias que informan los grandes movimientos tradicionales en la historia, la dominación política o militar, o la liberación de la esclavitud. Pero no por eso deja de tener trascendencia. Tampoco había tenido directa alusión política el movimiento humanístico engendrado por dos grandes poetas, Dante y Petrarca, pero dio origen a una histórica subversión de la cultura. Coubertín no mueve a guerras, sino que convoca a una fiesta

de hermandad. Como punto de encuentro, el deporte, de la mayor solera clásica. En el fondo de la fiesta corporal, hay un humanismo educativo, de honda significación antropológica y filosófica.

En esto podría concentrarse la esencia del olimpismo; y en esta línea sería conveniente poner el acento de los estudios olímpicos, de los congresos —empezando por el de Baden-Baden de 1981—, de las declaraciones y formulaciones. El olimpismo es un «movimiento» que no necesita de grandes filosofías, pero sí del esclarecimiento de sus ideas-madre, y de su virtualidad en el mundo que lo rodea.

Es, ante todo, un movimiento enmarcado dentro del gran movimiento del deporte mundial en el siglo XX. En los órganos responsables del olimpismo debe haber plena conciencia de lo que es y significa el deporte en el hombre y singularmente en nuestro tiempo; debe ser estudiado a fondo como conducta humana y como realidad social. El Comité Olímpico internacional no puede ceñirse al enfrentamiento e intento de solución de los múltiples problemas prácticos que le salen al paso como consecuencia de su universalidad y de la enorme complejidad y prestigio de los Juegos Olímpicos. Debe afrontar todos esos problemas; pero no como simple órgano de respuesta, sino como entidad capaz de comprenderlos a partir de una propia teoría bien madurada y asumida. El olimpismo está necesitado de su auto identificación ideológica. No es menester llegar a una sistematización filosófica: esta pretensión podría conducir a innecesarios narcisismos mentales. Pero se hace cada vez más urgente su propio ordenamiento ideológico

Dos acontecimientos demuestran que la sensibilidad del COI está viva ante las demandas del entorno mundial; pero un resultado fallido prueba que ya no basta con la sensibilidad y vitalidad, son menester estudios y planteamientos originales. Los dos acontecimientos consisten en la creación de la Academia Olímpica internacional y la constitución de la Comisión Tripartita COI-CON-AFI. El resultado fallido se refiere a la pobre declaración oficial —especie de parto de los montes— que la Comisión Tripartita emitió tras el último Congreso Olímpico de Varna en 1973.

La Academia Olímpica Internacional fue creada en 1961, como consecuencia de una antigua idea de Carl Diem, a su vez mamada del propio Coubertín. Con el apoyo del entonces presidente del Comité Olímpico Helénico J. Ketses se consiguió convertir en realidad la vieja aspiración. En el verano de 1961 se inauguraba en bello recinto, frente al Estadio y al pie del monte Cronos, la primera sesión de dicha Academia Olímpica internacional<sup>18</sup>.

Esta institución ha logrado realizar una tarea cultural importante. Cada verano se organiza la sesión oficial de la Academia. Aparte de dicha sesión, se vienen celebrando otros actos, conferencias, congresos, asambleas, simposios, siempre alrededor de temas de educación física y deportes.

La más amplia gama de temas culturales ha sido expuesta a lo largo de las sucesivas sesiones. Siempre relacionados con el olimpismo, y con el deporte en general, temas de filosofía, arte, derecho, religión, política, historia, psicología, pedagogía, etc., han sido expuestos. El tratamiento de la filosofía del olimpismo, de sus principios básicos, su vigencia en el mundo actual, etc., ha sido repetidamente planteado. Prestigiosos profesores de facultades o institutos de ciencias del deporte o de educación física, o de otras disciplinas, dirigentes olímpicos, escritores, han desfilado por la Academia. Un valioso «corpus» de diecinueve tomos referente a cada una de las diecinueve sesiones que ha habido dan prueba de la notable tarea realizada.

No obstante, la Academia Olímpica Internacional nunca fue escuchada en serio por los dirigentes del COI. En las sesiones de éste, sobre todo en la década de los sesenta, se procedía rutinariamente al informe preceptivo del presidente de la Academia, acerca de la sesión correspondiente. Y nada más. La Academia era cosa de teóricos, de sesudos, pensadores, románticos. Los quehaceres prácticos del COI distaban mucho de aquellos temas. En la década de los 70 empezó a ser tomada más en serio, en parte por la incorporación de temas más prácticos, como organización del deporte y del olimpismo en cada país, preparación de atletas, administración del COI, etc. Pero las conclusiones establecidas en las sesiones académicas son todavía poco operantes en la práctica. La Academia Olímpica Internacional viene a significar todavía un vistoso e ilustrado lujo del COI.

---

<sup>18</sup> En julio de 1981 va a celebrarse con solemnidad el vigésimo aniversario de esta inauguración.

Quizá la misma organización interna de la Academia y la metodología de sus cursos deba cambiar sustancialmente. Todavía se concreta fundamentalmente en una sucesiva exposición de los más diversos temas culturales con referencia al deporte; diversidad que, pese a la fijación previa de un tema básico para cada sesión no se ha llegado a superar.

Acaso sea la propia Academia la que deba ser superada. No sugiero que haya de ser sustituida, pero quizá complementada por alguna otra institución de actividad cultural más permanente durante todo el año, más en contacto y en identidad con las instituciones culturales y científicas del deporte y la educación física que integran ya las universidades. Probablemente el COI esté necesitado de un Instituto internacional de Estudios Deportivos, ubicado cerca de su sede permanente, con cometidos muy concretos, entre los que no podría faltar: La coordinación de proyectos de investigación de las distintas entidades académicas que estudian el deporte, sobre todo en lo referente al olimpismo; la orientación de tales investigaciones a partir de la propia filosofía del olimpismo; la orientación a federaciones internacionales acerca de las cambiantes necesidades sociales y culturales del deporte en el mundo y su significación; la organización de congresos, seminarios, etc., con temas y estudios muy definidos siguiendo las directrices anteriormente citadas con el criterio del COI; la participación cualificada en las decisiones de la UNESCO. Consejo de Europa, etc., en lo referente al apoyo al deporte en el mundo, con más concreto y permanente asesoramiento al nuevo órgano creado en el seno de la UNESCO, el Comité Intergubernamental de Educación Física y Deportes; el establecimiento de criterios de mayor solidez científica y cultural para la mejor canalización de los esfuerzos de «Solidaridad Olímpica» que tan importante labor desarrolla ya, pero que podría tener mucha más eficacia siguiendo las prioridades dictadas por el COI desde su órgano de investigación deportiva. Más a largo plazo se podría pensar en la creación de una facultad de educación física y de estudios deportivos con especialización olímpica, con la fórmula que resultase más viable, bien con la incorporación a alguna de las universidades suizas, bien a la Universidad internacional de la UNESCO o bien con carácter autónomo dependiente exclusivamente del COI; aquí cabría la expedición del doctorado en estudios deportivos de carácter olímpico a que se refiere C. Nissiotis; igualmente la creación de una colección de publicaciones olímpicas estableciendo coordinación con las instituciones más cualificadas del mundo.

La Academia Olímpica Internacional continuaría su tarea, quizá integrada en la nueva institución académica del COI, conservando sus características propias y adoptando la versión de cursos de verano de la institución académica. La ubicación del sugerido Instituto Internacional de Estudios Deportivos en una ciudad de Suiza, facilitaría inmensamente todo tipo de trabajo y relación cultural, por estar situada en medio de las tres más densas áreas de institucionalización académica del deporte (las otras dos son Norteamérica y el bloque del Este de Europa).

El carácter de esta propuesta institución no supondría la absorción de las tareas que actualmente lleva el director del COI, con su espléndida difusión de la vida del COI, a través de la excelente «Revista Olímpica internacional». Estas tareas podrían continuar desarrollándose perfectamente con independencia de la existencia del proyectado instituto.

El otro acontecimiento demostrativo de la vitalidad del COI fue la creación de la Comisión Tripartita. La historia es larga. No voy a intentar recordarla aquí. Fue sobre todo una cuestión de **competencias**. Y más en el fondo, una cuestión de definición de esferas deportivas.

A la altura de 1970 el COI se había destacado ya como la máxima institución rectora del deporte. Al menos la más prestigiada, la más universal. Pero el COI no regía, ni rige técnicamente, ningún deporte específico; las competiciones olímpicas se componen de campeonatos sometidos a la disciplina deportiva de una u otra federación. Aparte de esto, muchas federaciones internacionales habían sido constituidas en el siglo XIX, antes de la creación de los Juegos Olímpicos, del movimiento olímpico moderno y, por supuesto, del COI. He ahí la primera razón de conflicto: olimpismo y federaciones internacionales.

Pero dentro del olimpismo iba creciendo también una tensión interna: entre el COI y los Comités Olímpicos Nacionales. Estos se fueron creando a lo largo del siglo XX con la misión de expandir en cada territorio nacional la acción y las ideas del movimiento olímpico, detentadas oficialmente por el COI. Así figura en los estatutos de los diferentes comités olímpicos nacionales: «Los Comités Nacionales Olímpicos tienen por objeto velar por el desarrollo y la protección del Movimiento Olímpico y del deporte amateur» (Regla 24 de

los Estatutos del COI). «solo los Comités Nacionales Olímpicos reconocidos por el Comité Olímpico Internacional tienen competencia para inscribir a los concursantes en los Juegos Olímpicos» (Ibíd.).

Pero los comités olímpicos nacionales crecieron. Sus respectivos encuadramientos legales y administrativos, la significación de cada uno dentro del propio país, fueron variando. Algunos adquirieron gran importancia. En Italia, por ejemplo, el «Comitato Olimpico Nazionale Italiano» es el principal receptor de los fondos del «tutto». Consecuentemente, en la práctica, es el máximo órgano administrativo rector del deporte nacional, aunque no pertenezca a la administración pública. En la República Federal Alemana, en Méjico, en Estados Unidos, etc., con dispares encuadramientos legales, los comités olímpicos nacionales ejercen relevante papel en el ámbito del deporte. En los países de la Europa del Este son entidades no oficialmente integradas en la administración pública, pero con todo el respaldo estatal en sus acciones. Resumiendo, muchos comités olímpicos nacionales poseen más autoridad deportiva, más capacidad de acción, más medios económicos en sus respectivos ámbitos, que el COI. Ello dio origen a una Asociación de Comités Olímpicos Nacionales importante, cuya aparición fue vista con el recelo de una rivalidad frente al COI. Hubo problemas, incluso tensiones.

El Congreso de Varna tuvo como más importante logro la consolidación de la «Comisión Tripartita». La actitud abierta del entonces presidente del COI, Lord Killanin, facilitó la solución. Uno de los miembros que más eficientemente jugó en favor de ésta fórmula fue Juan Antonio Samaranch, ya entonces miembro del Comité Ejecutivo. Su acción ante los principales presidentes de Comités Nacionales, especialmente ante el italiano Onesti, presidente de la nacida Asociación, fue decisiva. Los tres caudales más poderosos del deporte mundial —fuera de la actividad estrictamente oficial de los Estados— quedaban unidos. La jugada (en el buen sentido de la palabra) del COI había sido maestra<sup>19</sup>.

Pero un resultado fallido, casi decepcionante, suponía el toque de alarma frente a la euforia de la feliz fórmula política, y evidenciaba una endeble capacidad creadora a niveles teóricos de los dirigentes olímpicos. Me refiero a la declaración oficial emitida por la Comisión Tripartita. Antes he hablado de «parto de los montes». Decía así textualmente: «En relación con el Décimo Congreso Olímpico celebrado en Varna (Bulgaria), en los días del 1 al 4 de octubre de 1973, en el que tomaron parte 61 miembros del COI, 26 Federaciones Olímpicas Internacionales y 92 CON, la Comisión Tripartita creada por el Congreso Olímpico, bajo la dirección del presidente del COI lord Killanin, hace constar por unanimidad:

1. Debe mantenerse en forma de comisión permanente del COI, encabezada por el presidente del COI, la comisión tripartita con representantes de los tres grupos existentes. Sus competencias y reuniones futuras se determinarán más adelante.
2. Se ha advertido la necesidad de futuros Congresos. El procedimiento y los temas a tratar en los mismos quedarán determinados por el COI en colaboración con las Federaciones Internacionales y con los CON. Estas actividades no deben ir en detrimento de las futuras reuniones ordinarias del Comité Ejecutivo del COI con las Federaciones Internacionales y con los CON.
3. El reglamento de nuevas admisiones en el COI ha de ajustarse a las condiciones actuales.
4. El COI debe crear comisiones mixtas (tri o bipartitas), bajo su propia dirección y en casos de necesidad.
5. El COI, las Federaciones Internacionales y los CON deben tomar en consideración la admisión de mujeres como sus miembros o integrantes de sus respectivas comisiones.

---

<sup>19</sup> El incontenible crecimiento del deporte competitivo y su resistencia a ser encuadrado a nivel mundial en una sola institución, aunque sea la de máximo prestigio, queda plasmada en el movimiento iniciado en los últimos años entre las federaciones internacionales no olímpicas, que culmina en la celebración prevista para el 25 de julio al 2 de agosto de 1981, en Santa Clara (California) de los «Primeros Juegos Mundiales». Anuncian su participación en tales juegos catorce federaciones internacionales: «Bádminton», Béisbol, Culturismo (Bodybuilding), Bolos, «Boxing», «Casting», Karate, Levantamiento de fuerza (no halterofilia) «Powerlifting», Carreras de patines («Roller skatin»), «Softbal», Natación sincronizada («Synchronised swimming»), Taekwondo, «Tug of war», Esquí náutico («Water skiing»). Cuarenta y tres países han anunciado también su participación. La Comisión Ejecutiva del Comité Olímpico Internacional en su reunión de Los Ángeles en febrero de 1981, ha estudiado, previo informe del presidente, el tema de los «Primeros Juegos Mundiales».

6. Los tres organismos estudiarán las posibilidades de establecer un contacto más estrecho con los atletas.
7. Para asegurar el desarrollo del deporte en un país debe procurarse la ayuda de su gobierno.
8. Los discursos y el intercambio de opiniones con ocasión del Congreso han constituido una valiosa contribución para el futuro del movimiento olímpico. Todas las propuestas deben ser sometidas a estudio.
9. Todos los CON deben tomar las medidas necesarias para proteger y salvaguardar los símbolos olímpicos en aquellos países en los que esto no ocurre todavía.
10. Sea bienvenida la aprobación del programa de la llamada solidaridad olímpica para su aprovechamiento por los CON; la Comisión solicita del COI que garantice la debida coordinación con las Federaciones Internacionales, con el fin de eliminar toda interferencia en sus esfuerzos.
11. Los Juegos Olímpicos cumplen una función social y deportiva de gran y permanente importancia. La Comisión tiene confianza en su futuro.
12. El Congreso ha confirmado el buen deseo y la voluntad de colaboración entre todos los grupos respectivos bajo el lema «El Deporte en un Mundo de Paz».

Frente a tan graves problemas que presionan desde dentro y desde fuera al olimpismo, no se puede salir de un solemne congreso olímpico, esperado desde hacia 33 años, con unas declaraciones oficiales tan generales, vagas y poco vinculantes.

Pienso que el olimpismo en el terreno ideológico debe seguir el camino emprendido por el COI en el terreno práctico: la apertura. Pero en este caso una apertura a partir de sus propios valores.

En los intentos de encuadrar teóricamente el olimpismo, o de elaborar alguna filosofía propia, aparecen dos caminos fundamentales. El primero, más indudable, fijar y sistematizar en cuanto sea posible las ideas vertidas por el propio creador del movimiento, no solo en sus principales obras doctrinales, ha conferencia «El atletismo en el mundo moderno y los juegos olímpicos», pronunciada en la sociedad del Parnaso de Atenas en 1894 (comienzos) y su ensayo («Fundamentos filosóficos del olimpismo moderno» (postrimerías), sino en la multitud de escritos, conferencias, alocuciones, correspondencia que mantuvo en su larga vida. Tal es el camino emprendido por Hans Lenk, quizá el más notable filósofo del olimpismo y el deporte en general. Ya en su primera e importante obra *Werte, Ziele, Wirklichkeit der modernen Olymnpischen Spiele*<sup>20</sup>, refleja una serie de valores primordiales: perfeccionamiento humano; participación; experiencia competitiva; superación personal, juego limpio; caballerosidad; armonía cuerpo-espíritu; unidad; culto festivo; tregua en las tensiones bélicas; pacifismo; encuentro entre los pueblos, razas, culturas, religiones, generaciones; igualdad de oportunidades; amateurismo; educación nacional; orgullo patriótico... (no cito todos).

En este encuadramiento axiológico podría fundamentarse una filosofía del olimpismo. Pero éste, el olimpismo, es más que ese programa de valores. Hay una antropología educativa basada en parte en el acento humanístico del hombre y en parte en la superación de los maniqueísmos resistentes en la cultura occidental<sup>21</sup>.

Pierre de Coubertín fue más líder y poeta que filósofo. Por ello cuando intenta reflexionar sobre su propio «movimiento» se queda corto. El camino iniciado por Lenk no se circunscribe ciertamente a la teoría consciente emitida por Coubertín. Toma cuenta de la historia y el desarrollo del olimpismo durante el siglo, de los principales autores que lo han estudiado: pero sigue la línea analítica marcada por su creador. Coubertín se patentiza, ante todo, como un humanista, tanto en el más clásico como en el más amplio sentido de la palabra. Pero en su mismo humanismo clásico, fue un elitista y un occidentalista.

El clasicismo se caracterizó por una plena maduración del individuo v una parcial maduración de la sociedad. La «polis» y la «democracia», fueron hechos importantes hacia la perfección de la sociedad; pero subsistía la diferencia social, la esclavitud.

---

<sup>20</sup> Verlag Karl Hofman, Stuttgart. 1964.

<sup>21</sup> Los dualismos habían sido incorporados a la cultura occidental no desde los griegos sino desde los persas y otros pensamientos orientales.

Coubertín recibe de los griegos esta impronta. La plenitud humana que el deporte significa es absolutamente comprendida por él. Influenciado además por nuevas corrientes pedagógicas. Se confirma en el esplendor del hombre que hace deporte. Convoca a una grandiosa «fiesta de la juventud». Apunta hacia un hombre completo.

Pero su entendimiento social es hijo de su tiempo. El helenismo clásico tampoco le aporta la sensibilidad superadora. Habla y escribe con frecuencia sobre «el mejoramiento de la raza», sobre «la aristocracia, la elite» (aunque los refiera a la selección y aristocracia corporal desde un comienzo igualitario); insiste en la «elite caballeresca»; proclama que «el atleta moderno exalta a su patria, su raza, su bandera». No supera la discriminación sexual de la época: «Sigo pensando (y esto lo escribe Coubertín en 1934) que el contacto con el atletismo femenino le es perjudicial (se refiere al «atleta moderno») y que este atletismo debería ser excluido del programa olímpico»<sup>22</sup>.

Tampoco entiende del todo el rico significado humano y social de los deportes colectivos: «Las olimpiadas han sido restablecidas para la glorificación única y solemne del atleta individual; el sitio de los deportes de equipo no es allí»<sup>23</sup>. «Ahora estamos invadidos —y de buena gana se nos sumergiría— en juegos de equipo y las demostraciones de conjunto. Las sociedades de gimnasia, entre ellos, sufren también este inconveniente y por eso ha sido difícil mantener en los Juegos Olímpicos el programa de gimnasia como fue desde el principio y debería seguir siendo, un programa estrictamente individual»<sup>24</sup>.

Una vez más Coubertín se ciñe al criterio de los griegos.

La idea del «superhombre» ejercía consciente o inconscientemente mucho influjo en la época del joven Coubertín. Nietzsche censuró a Jesucristo porque había erigido una misma moral para todos los hombres, la «moral de las hordas», del «rebaño» («Herdenmoral»), frente a la «moral de los señores» («Herrenmoral») que él proclamaba. Era la plenitud del superhombre. Varias décadas más tarde Ortega y Gasset escribía *Frente a la rebelión de las masas*. La transformación social, y la toma de conciencia de esa transformación, al menos en los pensadores atentos, era vertiginosa<sup>25</sup>.

Coubertín, pese a su decidido carácter democrático y a haber sido un luchador reformista en el ámbito educativo —interviene en la reforma educativa de Francia—, no superó la concepción elitista de su tiempo. La aceptación que tuvo que hacer del «amateurismo» como condición básica para la participación olímpica, pese a sus declaraciones insolidarias, es una prueba más del condicionamiento elitista. La ideología coubertiniana expresada como tal no rebasa estas limitaciones.

En el tema del universalismo, uno de los más claros valores que preconiza Coubertín adelantándose a su tiempo, aparece también la doble huella: el clasicismo griego y la fisonomía sociopolítica de finales de siglo. Con la primera entronca directamente el occidentalismo de la cultura dominante en el mundo, que es naturalmente la occidental. El final del siglo XIX está marcado por el esplendor de ciertas naciones occidentales que se reparten todavía medio mundo. Acabada la colonización española en 1898, subsistían con pujanza y autosuficiencia la británica, francesa, holandesa, rusa... y se iniciaba con otros métodos la expansión norteamericana. El rincón geográfico de países bañados por el mar del Norte seguía colonizando al mundo. Ahí cerca nació Pierre de Fredy, barón de Coubertín; ahí, a una y otra orilla fue educado y ahí concibió los juegos. Las ideas dominantes, todo el estilo de sus escritos y discursos, resuman, sin quererlo, occidentalismo. Y no lo registro aquí a modo de censura, sino como simple constatación. «Honor», «gentleman», «caballerosidad», «elite», «esplendor racial»... y tantas otras expresiones son claro indicio de esta dimensión ideológica dominante en el creador del olimpismo moderno.

---

<sup>22</sup> Del discurso Cuarenta años de olimpismo 1894-1934, recogido en Ideario Olímpico, edit INEF. Madrid 1973).

<sup>23</sup> Ibid.

<sup>24</sup> En los Juegos Olímpicos y la gimnasia 1931, recogido en ideario Olímpico.

<sup>25</sup> La célebre obra de Ortega y Gasset fue traducida al alemán sin el adverbio: Die Auferstehung der Massen («La resurrección de las masas»). A Ortega le gusto esta traducción. Si hubiese escrito su obra dos o tres décadas después, en vez de «rebelión», ¿habría acaso formulado «el acceso», o «la llegada», o «el cumplimiento»... de las masas? El «rpto de la cultura» según el diagnóstico de Carlos Paris, había sido en cierta manera, hasta muy entrado el siglo XX, una prolongada realidad.

La composición del COI con gran mayoría de miembros «occidentales» ha sido frecuentemente usada como argumento de este predominio occidental. No creo que sea la prueba más importante, teniendo en cuenta que grandes áreas del globo estaban al margen no solo del movimiento que se iniciaba, sino de la organización del deporte moderno y hasta de las realizaciones de la cultura occidental. Pero debe ser tenido en cuenta; y es un dato más que refuerza la tesis.

El *occidentalismo* no es ningún desdoro. Pienso lo contrario: en el ámbito de la cultura puede ser signo de desarrollo, madurez y calidad. Pero es también una enmarcación y una limitación. El *universalismo* olímpico, hijo de la cultura occidental —ya los Juegos Pan-helénicos originaron un talante de apertura extra-lugareña y de ruptura con los localismos—, se halla necesariamente condicionado por una singular sensibilidad del mundo y del hombre que no coincide plenamente con valores y sensibilidades orientales o negro africanas, por ejemplo. El *internacionalismo* olímpico, situado ya en las últimas décadas de nuestro siglo, debe responder a la demanda verdaderamente mundial a que se somete. Ya la composición interna del COI tiende a esta respuesta. Es decir, se incrementa en mayor proporción el número de miembros pertenecientes a países no occidentales que el de los occidentales. Pero junto a esta muestra practica de verdadero deseo universalista caben otras acciones más profundas y de mayor preocupación cultural.

En países llamados «del tercer mundo» el deporte tiene para el hombre las mismas razones antropológicas, pero no las mismas sociológicas y políticas. Incluso el deporte como totalidad de conducta humana no reviste la urgencia de recuperación antropológica que adquiere en la cultura occidental. En muchos países la escisión entre verbo-intelectualización y tecno-intelectualización no llegó a producirse. A esta fundamental diferencia en la significación del deporte se añaden otras particularidades culturales. La participación, y si es posible el triunfo, en competiciones internacionales, sobre todo en Juegos Olímpicos, adquiere carácter de afirmación nacional, de identificación como pueblo. No se trata de una confirmación de prepotencia o superioridad de una nación sobre otras, como sucedía en algunos países occidentales a comienzos de siglo, y como actualmente intentan exhibir todas las grandes potencias, sino de elemental aspiración a existir, participar como pueblo en el concierto mundial. El deporte es una de las vías al alcance de la mano para salir del complejo de subdesarrollo, que es la primera marca recibida por muchos pueblos en su primer contacto con el mundo dominante.

Llegado a este nivel de reflexión recurro al planteamiento bi-frontal indicado anteriormente: dos vías posibles para encarar teóricamente al olimpismo. La primera es la que se ha comentado, apoyada fundamentalmente en un análisis de valores. La segunda consiste en el sencillo recurso a la conducta humana sobre la cual se construye el movimiento olímpico: el deporte.

No es que hayan de separarse una serie de valores humanísticos clásicamente atribuidos al olimpismo de los que se derivan del análisis deportivo. Fundamentalmente coinciden. Se trata de un cambio de metodología, que puede conducirnos a mayor apertura.

Coubertín descubre el deporte; comprueba en Francia y sobre todo en Inglaterra las relaciones de los movimientos pedagógicos-deportivos; estudia el mundo griego y la civilización medieval; participa en los movimientos de renovación educativa de su país. Sintetiza este material heterogéneo de valores y recoge una idea, emitida por Rousseau, Guthsmuth, el propio Goethe, Georges de St. Craire y otros: la reinstauración de los Juegos Olímpicos en la era moderna. Este es el gran suceso de Coubertín, muy superior a su pensamiento, a sus declaraciones. En el centro de este suceso está el deporte moderno. No es tan importante analizar la serie de valores explícitos tomados de las herencias griega, medieval y británica, cuanto aceptar la preñada originalidad del deporte moderno como síntesis de todos ellos.

No quiere esto decir que el deporte de nuestro tiempo sea superior a la herencia cultural griega, ni que todo el helenismo se concentre en el deporte. Allí se dio un arte, un teatro, una filosofía que se mantienen como crestas aún no superadas en la cordillera de las excelencias humanas. Puedo ser mal interpretado como exaltado panegirista del deporte, si las afirmaciones precedentes se interpretan con esta simplicidad. El deporte de nuestro tiempo no acumula todos los valores del clasicismo, del medievalismo, de la pedagogía dinámica. Pero constituye una realidad práctica donde, si se saben buscar, se viven sencillamente algunos de sus valores más excelentes.

Llegados a este punto me remito a los capítulos anteriores de este libro. No quiero ser reiterativo y eludo toda repetición. Por debajo de la espléndida fronda del deporte actual con sus brillos y sombras, como su elemento sustantivo esencial, está la savia que la nutre, no exenta de parásitos; y todo ello desde las antiguas raíces de la humanización, donde la actividad física tenía alta significación. Desde estas coordenadas antropológicas hay que valorar el deporte.

La alarmante y creciente hipo dinamia del hombre de nuestro tiempo esta engendrando en él nueva patología. Avanzada ya la lucha contra los microorganismos infecciosos, aparecen otros desequilibrios más peligrosos. Son diversos sus agentes, pero uno de los principales es la ruptura básica del equilibrio mente-cuerpo, por la progresiva inhibición de uno de ellos. No es solo un producto de reciente sedentarismo, sino que tal profundo desequilibrio se origina con la intelectualización sectorial —olvidada la acción—, con la tecnologización segregada de la intelectualización. Ella cristalizó en una concepción educativa dualista mayoritariamente vigente hasta nuestros días. De la educación se derivó una valoración general del hombre brutalmente sectorializada. Cuerpo y acción perdieron su significado humano.

El juego del hombre que se mueve, que se esfuerza, está en la base del gran movimiento humanístico que se decanta en el deporte. El auge de éste en nuestro tiempo es indicio de una radical protesta del hombre contra sus propios hábitos culturales. No importa que el deporte que conocemos este plagado de desmesuras, corrupciones, convencionalismos, falsedades, que sea víctima incluso de aquello que viene a superar. Bajo tan desconcertante apariencia late un antiguo pulso humano, que es el que hay que intentar captar y potenciar.

Coubertin en aquel discurso del Congreso Olímpico de 1894 se auto-definía como «revolucionario y rebelde». En el más riguroso sentido de las palabras, se trataba de la más honda revolución y rebeldía; la que derroca una filosofía del hombre y una tradición educativa, pero no destruyendo, sino instaurando una práctica sencilla; o mejor, potenciando una práctica que pronto adquirirá carácter universal, unos Juegos Deportivos.

Pero la realidad del propio deporte rebasa al creador de estos Juegos. El deporte de la segunda mitad del siglo XX es más universal que el propio universalismo pensado por Coubertin. Tiende a ser un deporte post-británico, post-occidental, capaz de acoger las nuevas demandas del hombre de nuestro tiempo, de los nuevos pueblos que se abren a la historia universal. Capaz de superar conceptos como el del «amateurismo» elitista, el del «esplendor racial», el del «honor caballeresco», de asimilar un sentido más profundamente humano de la democracia, del mismo hombre, sea éste fuerte a débil. El deporte que se otea desde la cota de finales del siglo XX rechaza el lema «citius, altius, fortius». Comprende el significado de auto superación, de auto desafío, de entrenamiento al esfuerzo que va implícitos en tal exergo; pero puede ser mal entendido en una época en que debe extenderse el «deporte para todos», el «deporte para cada edad» (¿Donde quedaban siempre los viejos?, ¿dónde los minusválidos?), el «deporte para cada organismo», el «deporte para cada uno» (distinto, personal, original, creativo...).

Hay que regresar hacia la esencia del deporte: el hombre que juega y se esfuerza corporalmente. Juego y esfuerzo físico que está en la base de una radical renovación humana.

En la sustancia antropológica del deporte tiene el olimpismo su piedra angular. ¿Cómo compaginar esta aparente idealización del deporte con el poderoso espectáculo de los Juegos Olímpicos (dinero, política, consumismo, propaganda, campeonismo...)? La conclusión palpable del movimiento olímpico son los Juegos cada cuatro años. ¿Podría subsistir sin ellos el olimpismo?

Reconocer los valores humanos del deporte no significa negar su esplendor social. No es el esplendor social quien nutre de valores al deporte. Al revés. Ese esplendor social no es un artificio; su solidez se nutre de una conducta humana primordial que allí, en ese esplendor, se manifiesta, se descubre. El individuo que acude a los juegos a que los contempla por televisión, descubre allí algo poderosamente atractivo, más bien redescubre algo muy suyo: ve, palpa, vive una humanidad espléndida; la de menos es la lejanía de la «performance» campeonil; es algo que le pertenece, un lenguaje que comprende, una personal ilusión hecha realidad, una aspiración lograda: la resurrección de una humanidad olvidada; el hallazgo de una pertenencia que había perdido.

El olimpismo desarrollaría una tarea completa si los Juegos se complementasen con una acción más permanente, es decir, con una mayor permanencia práctica de la actividad deportiva dentro de la inspiración y área de influencia directa del movimiento olímpico. Que los Juegos fuesen verdaderamente la gran celebración festiva de una costumbre cotidiana. Quizá sea ésta la labor, indudablemente ingente, que le queda por realizar al movimiento olímpico. Así, las poderosas dentelladas que reciben los Juegos desde agentes ajenos al deporte (comercialismo, exhibicionismo, chauvinismo) nunca constituirían un grave peligro para éstos. Los Juegos se harían más necesarios de lo que son ahora. Y eso que la historia del siglo XX ha demostrado que lo son bastante; ni las dos guerras mundiales ni los boicots políticos han podido con ellos.

Nos enfrentamos a un panorama que llega mucho más allá de lo que formuló el barón de Coubertín. No más allá de lo que intuyo. No importa que sus ideas explícitas se vean superadas. El olimpismo no lo está, si sabe entenderse en su verdadera sustancia: el deporte. Tal afirmación puede parecer una perogrullada. No lo es. Los mayores valores culturales del olimpismo hay que descubrirlos en el propio deporte; no andar a la búsqueda de excelencias intelectuales, componentes de una cultura tradicional de la que anda divorciado el deporte, sino comprender, intentar demostrar como el deporte en sí es cultura.

Quizá se equivoco Coubertín en su intento —solo escasamente logrado, a los pocos años malogrado— de incorporar a los Juegos Olímpicos una especie de olimpiada de la cultura paralela; certámenes poéticos, pictóricos, escultóricos, etc., en alguno de los cuales él mismo participo con seudónimo y triunfó. Mientras los Juegos fueron progresando, tales concursos sucumbieron; no habían logrado arraigo. Era como un intento de arropar el deporte justificándole como hecho cultural, gracias a tales rodrigones. Ortopedia a un inválido de la cultura a la búsqueda de una apuesta presencia. La intención y convicción de Coubertín acerca de la gran revolución educativa que suponía el deporte no era coherentes con estos revoques a base de cultura prestigiada.

Fue un suceso en alguna manera paralelo al que se producía en los movimientos gimnásticos de finales de siglo y posteriormente en la educación física de los primeros años del nuestro. Convencidos sus pioneros de la importancia que ésta tenía para la profunda educación del hombre, incurrieron en el espejismo de intentar demostrar su importancia científica acogiéndose de prestado a otras ciencias prestigiadas. Así la educación física sufrió su sarampión de anatomismo, fisiologismo, posteriormente de psicologismo y sociologismo. Si había rigor fisiológico o anatómico, la educación física adquiría credibilidad. Todavía no se ha independizado de estos prejuicios originados en un complejo de inferioridad, pero justificados en la solidez de unos pioneros convencidos, aunque desoidos de sus contemporáneos. Afortunadamente hoy la educación física empieza a potenciarse como una de las formas más profundas de educación personal, que adquiere autosuficiencia y seguridad en su propia metodología y objetivos.

Así también Coubertín, consciente de la trascendencia humanística de su deporte olímpico, recurría a todos los argumentos culturales a su alcance para que otros se percatasen de aquellos valores. Quizá no tenía entonces otra salida en medio de tan generalizada sordera. Y así, tras su voz lanzada en contemporáneo desierto, se fue a la tumba. Hoy, cuarenta años después, las cosas han cambiado. La evidencia empieza a aflorar. En el estudio humanístico del deporte superando los esquemas conscientes del propio Coubertín, está, creo sinceramente, el camino para un robustecimiento ideológico del olimpismo. Algo de esto he intentado modestamente expresar en las páginas precedentes y procure continuar intentando en las que siguen.

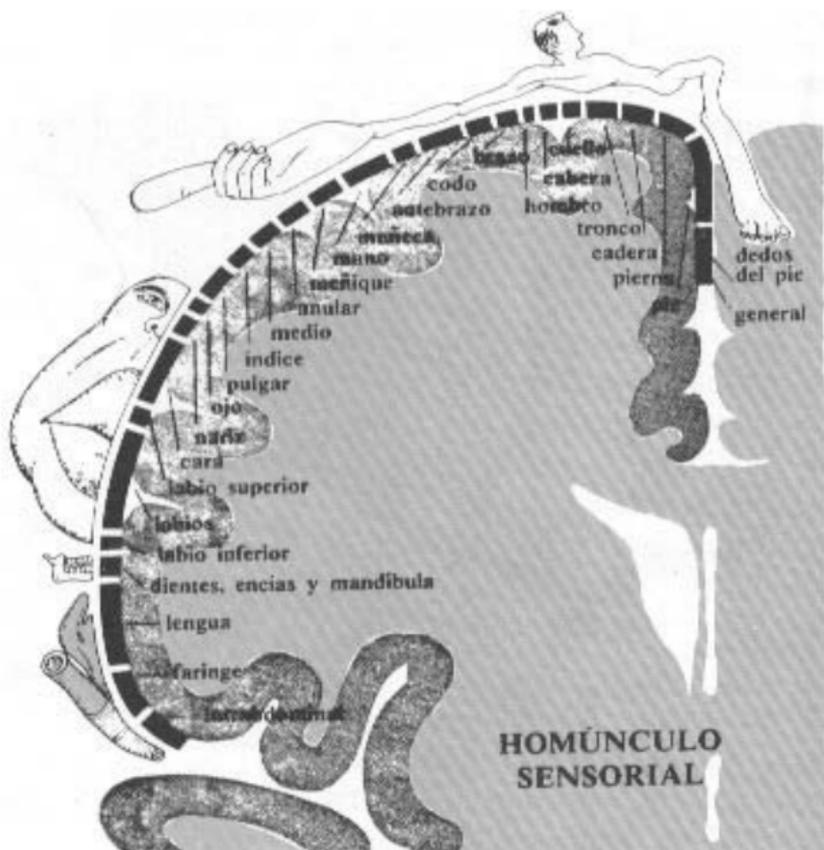
### **BIBLIOGRAFIA DE LA I PARTE**

- ALVAREZ. Lili: El mito del amateurismo. Edit. Prensa Española. Madrid. 1968.
- BOUET. Michel: Les motivations des sportifs. Editions Universitaires. Paris. 1969.
- BOULONGNE, Yves P.: Los juegos olímpicos ¿para qué?, en «Revista olímpica». ed. esp., n° 159, enero, 1981, pp. 23-27.
- CAGIGAL, José M.: Cultura intelectual y cultura física. Ed. Kapeluzs, Buenos Aires, 1979.
- CAGIGAL, José M.: El deporte en la sociedad actual. Ed. Magisterio Español. Madrid, 1975.
- CAOIGAL. José M.: Deporte y agresión. Ed. Planeta. Barcelona. 1976.
- CAGIGAL. José NI.: Deporte, espectáculo y acción. Salvat Ed. Barcelona. 1981.
- CAILLOIS, R.: Teoría de los juegos. Edic. Esp. Seix Barral. Barcelona. 1958.
- CAZORLA. L. M.: Depone y Estado. Edit. Labor. Barcelona, 1979.
- COMITE INTERNATIONAL OLYMPIQUE: Olympisme. Lausanne, 1972.

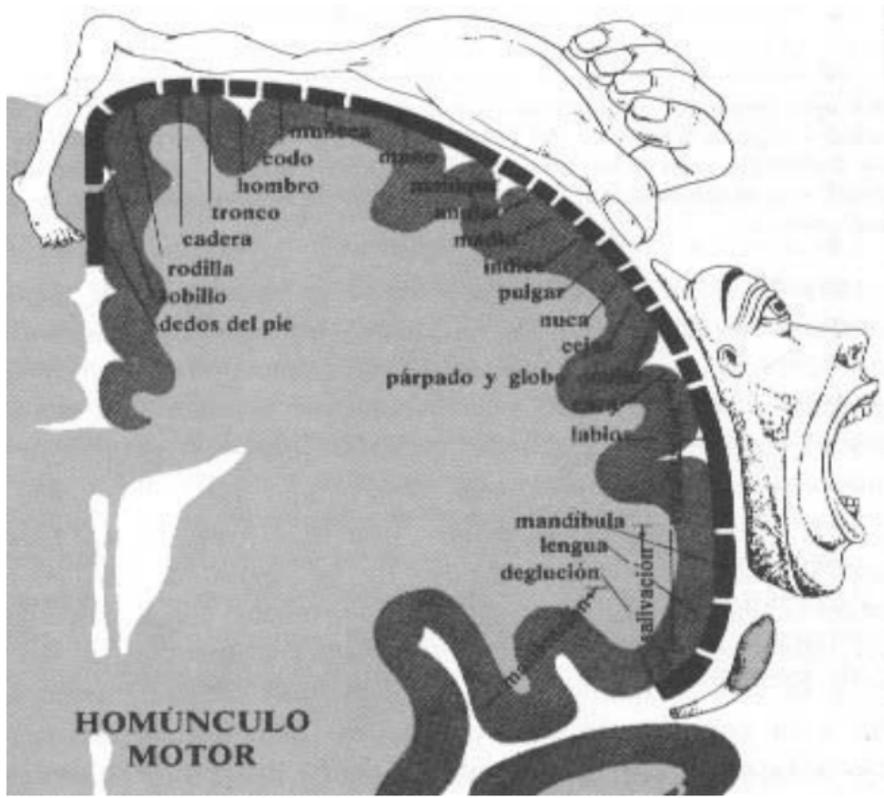
- COTAAR: Los juegos olímpicos ahora, en "Revista olímpica". ed. esp., n° 159. enero 1981. pp. 21-27.
- COUBERTIN. Pierre de: Ideario olímpico. Ed. INEF-Doncel. Madrid. 1973.
- COUBERTIN, Pierre de: Memorias olímpicas. Ed. Comité olímpico español. Madrid. 1965.
- DIEM, Carl: Historia de los deportes. Ed. esp. Luis de Caralt. Barcelona. 1966.
- DIEM, Carl: 776 v. Chr. Olympiaden-1 964. Cotta Verlag, Stuttgart. 1964.
- DIEM. Carl: Spdtlase am Rhein: Gedanken und Reden über dem Sport ans den Jahren 1947-1 95 7. W. Limpert Verlag, Frankfurt/M. 1957.
- DURANTEZ, Conrado: Olimpia y los juegos olímpicos antiguos.
- EIEL-EIBESFELDT, Irenaens: Amor y odio (Historia natural de las pautas elementales de comportamiento. Ed. esp. Siglo Veintiuno edit. Méjico. 1972.
- FERRETI, Lando: Olimpiadi, Ed. Garzanti. Roma. 1959.
- FROMM. Eric: La revolución de la esperanza. Ed. Fondo de Cultura Económica. Madrid. 1970.
- GARCIA CANDAU. Julián: El fútbol, sin ley. Ed. Pentatlón. Madrid. 1980.
- GARCIA FERRANDO: Problemas sociales del trabajo deportivo, en Revista española de investigaciones sociológicas. n.º 8, oct.-dic., 1979. pp. 33-87.
- GESCHWIND, Norman: Especializaciones del cerebro humano, en Scientific American.. (ed. esp.: "investigación y ciencia. "El cerebro"), nov. 1979.
- HARRIS, Dorothy: ¿Por qué practicamos deporte? (tr. esp. de Involvement in sport). Ed. esp. Jims. Barcelona, 1976.
- INVENTICA-CONSEJO SUPERIOR DE DEPORTES: Directrices de la política deportiva del Consejo Superior de Deportes (3 tomos no publicados). Madrid. 1980.
- HUIZINGA. Johan: Homo ludens. Ed. esp. Emecé Editores. Barcelona, 1968.
- KEBA M'BAYE: El movimiento olímpico en peligro, en "Revista olímpica". ed. esp. 157. nov. 1980, pp. 617-619.
- KIRI LLIUK, Vladimir: Los deportes-URSS. hoy y mañana. Ed. de La Agencia de Prensa Novostil. Moscú, 1978.
- KIKNADZE. Alexandre: Le vent de l'Olympe. Editions de l'Agence de Presse Novosti. Moscú, 1978.
- KOUSNETSOV. M.: Le sport, l'homme, le progres dans les conditions de la société socialiste, en «Sport et progrès de l'homme». Les editeurs français reunis. Paris. 1976.
- KRAWCZYK. Zbigniew: Sport and contemporary pattern of culture, en "Reviu of the International Council of Sport and Physical Education. 1980. 3, pp. 22 ss.
- LE FLOC'HMOAN: La génesis de los deportes. Edit. esp. Labor, Barcelona, 1969.
- LEIPER. Jean M.: The Olympic ideal is it valid today as a phylosophical basis of the Olympic Games?, en «Review of the International Council of Sport and Physical Education», 1980, 3, pp. 27 ss.
- LENK, Hans: Leistungssport: Ideologie oder Mythos?. Kohlhammer Verlag. Stuttgart. 1972.
- LENK, Hans: Werte, Ziele, Wirkligkeit den rmodernen OlympLschen Spiele. Verlag Karl Hofman. Schorndorf bei Suttgart. 1964.
- LENK, Hans, MOSER, BEYER: Philosophie des Sports. Hofmann, Schorndorf bei Stungart, 1973.
- LEROY, Anne: Derecho penal y deporte, en "Revista olímpica". n. 159. en. 1981. ed. esp. 29 SS.
- LOTZ: The International Olympic Academy, en "Review of the International Council of Sport and Physical Education. 1980, 3, pp. 31 ss.
- LUCAS, John: La fuerza perdurable de la idea de los juegos olímpicos, en, Revista olímpica, n° 157, nov. 1980. ed. esp. 632 ss.
- LUCOT. Hubert: Le Sport faut-il des surhommes? Ed. La nouvelle.
- LUSCHEN, Gunther; WEIS, Kurt: Sociología del depono. Ed. esp. Minón. Valladolid. 1979.
- Mc INTOSI-I, Peter: Deporte y política: estudio de fonda, en "Revista olímpica". 129 julio de 1978 (ed. esp.). pp. 427-430.
- MC INTOSH, Peter: Los escritores deportivos, y los comentaristas de la radio y la televisión pueden hacer del mundo Un lugar mejor. International Council of Sport and Physical Education. Maison de l'UNESCO. Paris, 1979.
- MATVEEV, Lev: Formación de la teoría general de la cultura física, en "Ciencias sociales, (Academia de Ciencias de la URSS), ed. española. N° 2 (40j, 1980, p. 29 ss.
- MELCHIORRI, Carlo: La Gímnica o filosofía dello Sport. Edizioni Mediterranee. Roma. 1970.
- MEYER. Gaston: El fenómeno olímpico. Ed. esp. Publicaciones del Comité Olímpico Español. Madrid. 1963.
- MEYNAUD. Jean: Sport et Politique. Pavot. Paris. 1966.
- MZALI, Mohamed: Olimpismo y cultura, en "Revista olímpica". ed. esp. 144. oct. 1979. pp. 572-574.
- NISSIOTIS, Nikolaos: Cometido de los CON en la propagación de los principios olímpicos, en Revista olímpica. ed. esp., n° 152-153. junio-julio. 1980, pp. 320-323.
- POPOV. Sergei. SREBNITSKY: Soviet Sport, questions and answers. Novosti Press Agency. P.h., Moscú, 1979.

- PARIS, Carlos: El rapto de la cultura. Ed. Mañana. Madrid. 1978.
- PAVLOV, Serguei: La cultura física y el deporte en la sociedad socialista, en Ciencias Sociales (Academia de Ciencias de la URSS). ed. española. n.º 2 (40). 1980. pp. 13 ss.
- PEREZ-PEIDRO. Rosa Maria: El amateurismo en el deporte olímpico. Trabajo fin de carrera INEF. Madrid. 1974.
- PIAGET, Jean El nacimiento de la inteligencia en el niño. Ed. esp. Aguilar. Madrid 1969.
- PISA. José M. de la: Es posible una nueva sociedad. Conferencia en el: "I Seminario sobre teoría y aplicaciones de sistemas generales". Madrid. 1980 (no publicado).
- PUIG. Nuria: Les equipements sportifs et les rapports sociaux. Université de Paris. These presentee. 1980.
- SAGAN, Carl: Los dragones del Edén. Ed. Grijalbo. Barcelona, 1980.
- SERGIO. Manuel: Para una nova dimensão do desporto. Ed. Dir. Geral de Ed. Física e desportos. Lisboa, 1974.
- SERVAN-SCHREIBER. Jean-Jacques: El desafío mundial. Ed. esp. Plaza y Janés. Espulgas de Llobregat (Barcelona). 1980.
- SEURIN. Pierre: El futuro de los juegos olímpicos: el deporte del mañana. en Boletín de la Federación internacional de Educación Física. ed. esp. vol. 50. n.º 2. junio de 1980.
- SEIJRIN, Pierre: Problemes fondamentaux de l'Education Physique et du Sport. Editions de la Violette. L'Union, 1979.
- TOFFLER, Alvin: La tercera ola. Ed. Plaza y Janés. Espulgas de Llobregat (Barcelona). 1980.
- STOLIAROV, Vladislav: Estudio del deporte como fenómeno social, en "Ciencias Sociales" (Academia de Ciencias de la URSS). ed. esp., n.º 2 (40), 1980, pp. 43 ss.
- TRAPERO. Maximiano: El campo semántico "Deporte". Edit. Confederación Española de Cajas de Ahorro-Universidad de La Laguna. Tenerife, 1979.
- TRAPERO, Maximiano: Un estudio de los tecnicismos deportivos más importantes del español. Las Palmas, 1980. med.
- TROEGER, Walther: Die olympische Bewegung und ihre Zukunft, en 'Olympisches Feiern 10-11, 1973
- VERDU Vicente: El fútbol, mitos, ritos y símbolos. Alianza Editorial. Madrid. 1980.
- WEISS. Paul: Sport a philosophic inquiry. Southern Illinois University Press, 1969.
- ZUBIRI. Xavier: Inteligencia sentiente. Alianza Editorial. Madrid. 1980.

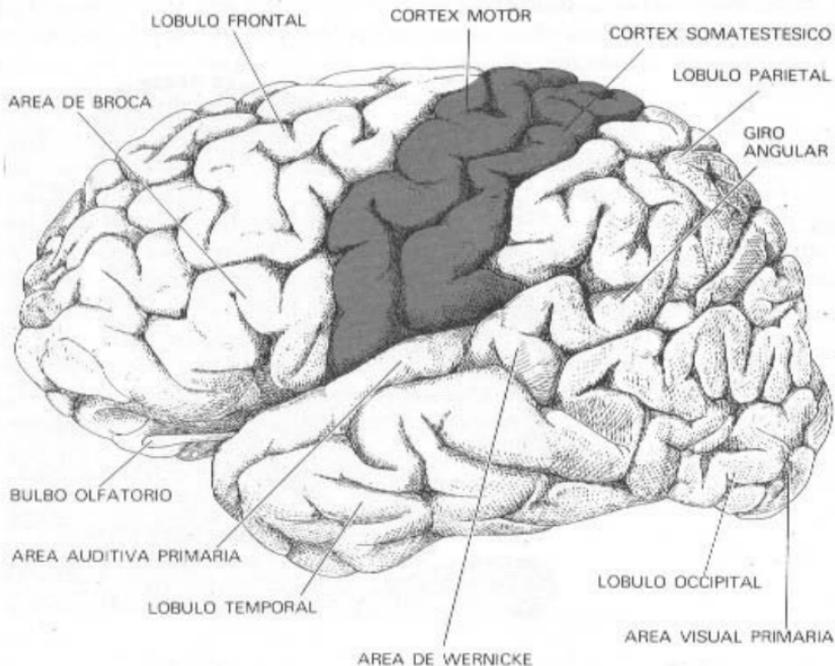




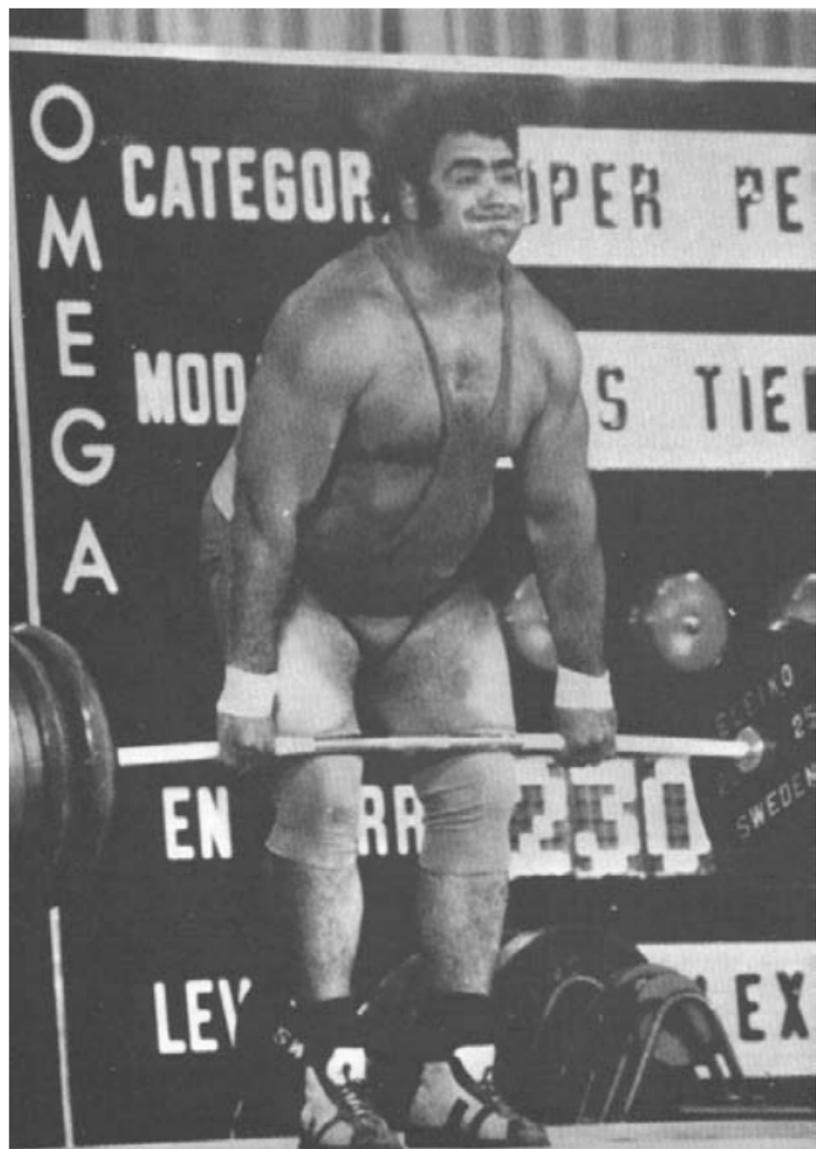
Estos son los celebres «homúnculos» de Penfield (reproducidos del libro Carl Sagan «Los Dragones del Edén», por su claridad). Se aprecia la atención atribuida por la corteza cerebral a cada órgano (dentro de las áreas senso-perceptivas y motriz). La mano absorbe un rol trascendental.



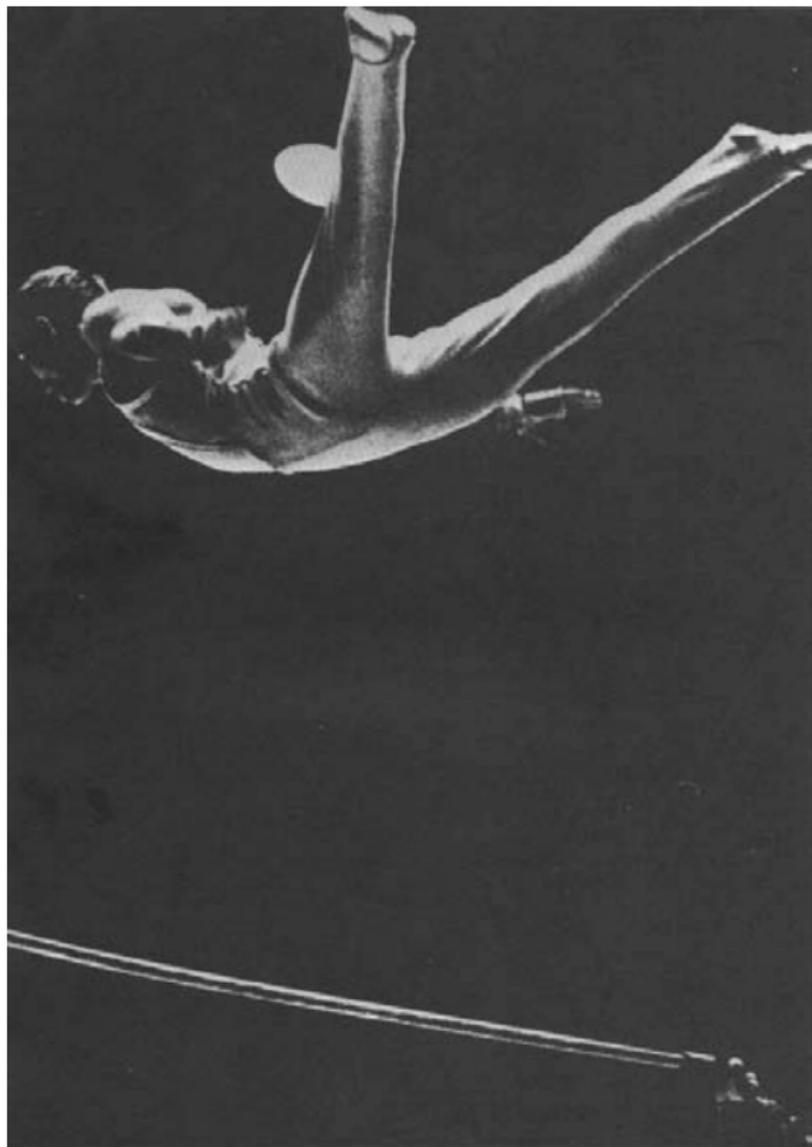
**HOMÚNCULO  
MOTOR**

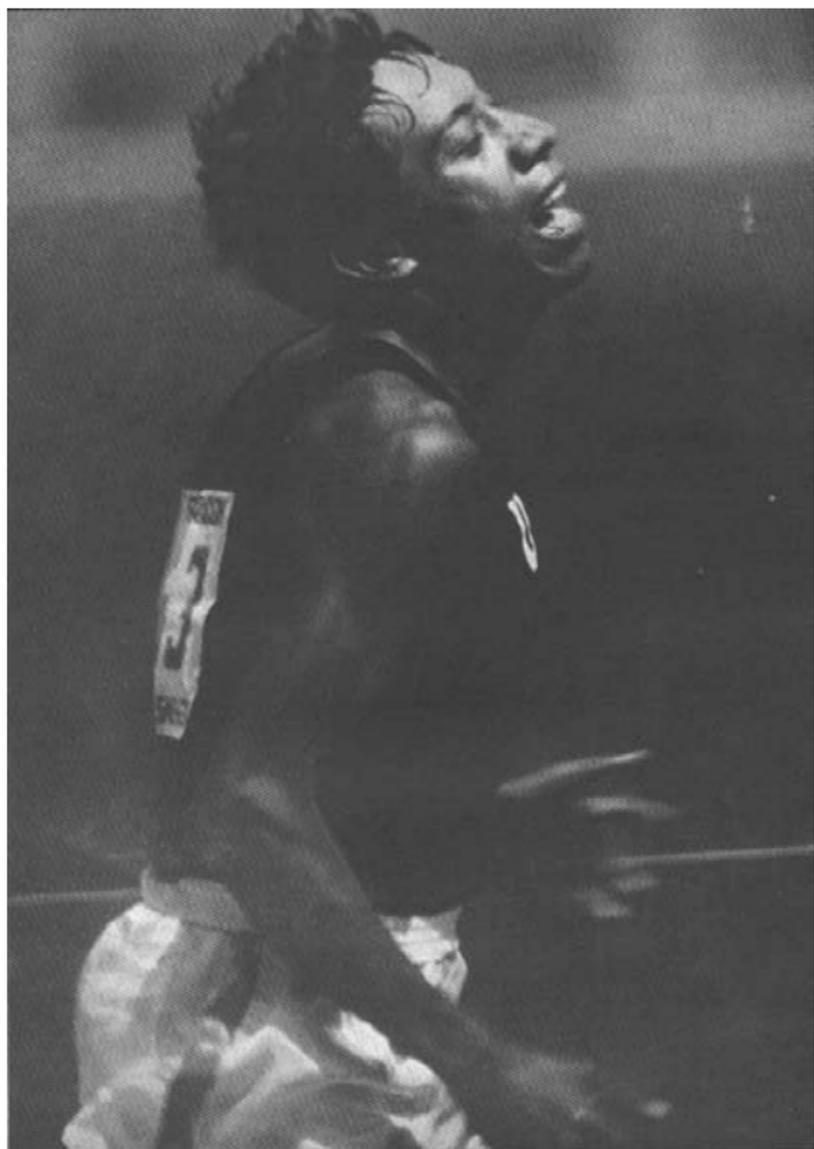


En este esquema simplificado de ciertas funciones corticales (tomadas de Norman Geschwind «especializaciones del cerebro humano» en la revista Investigación y Ciencia. Ed. Esp. De Scientific American Nov. 1979) aparece la mitad izquierda de los dos arcos adosados (motor y somatésico) cuya descripción funcional detallada se particulariza en los «homúnculos»



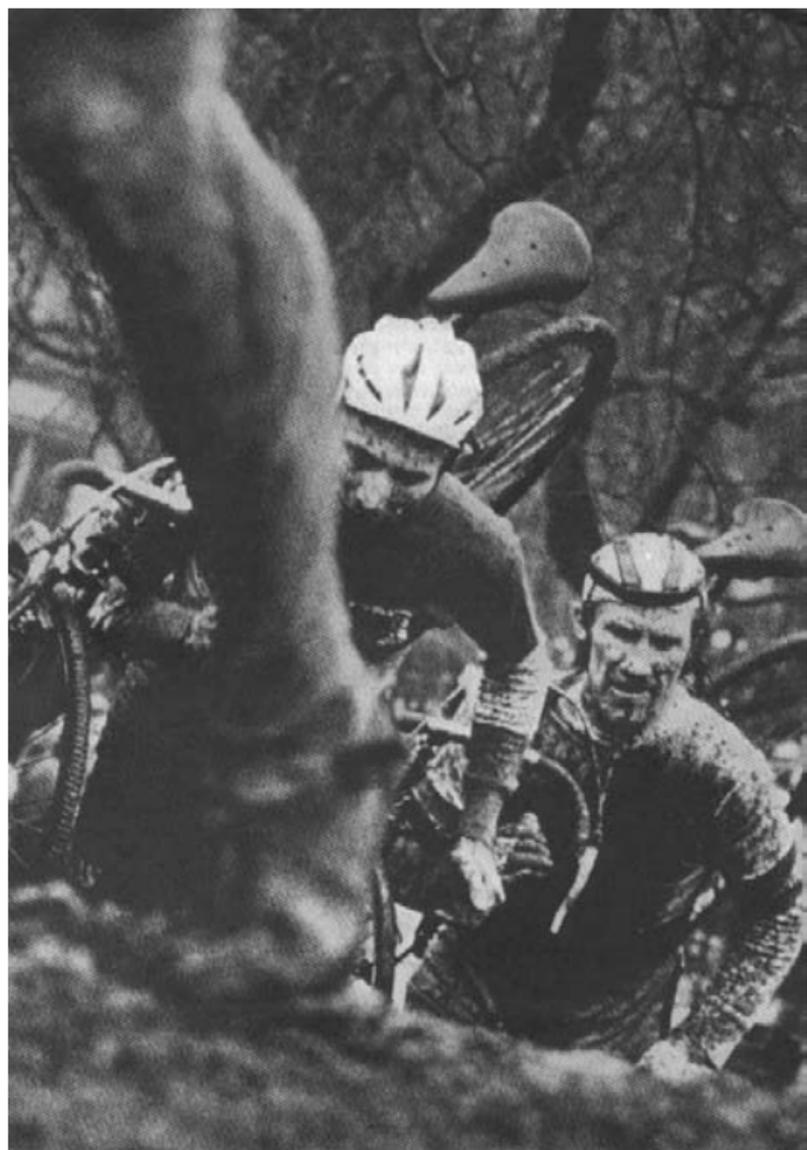










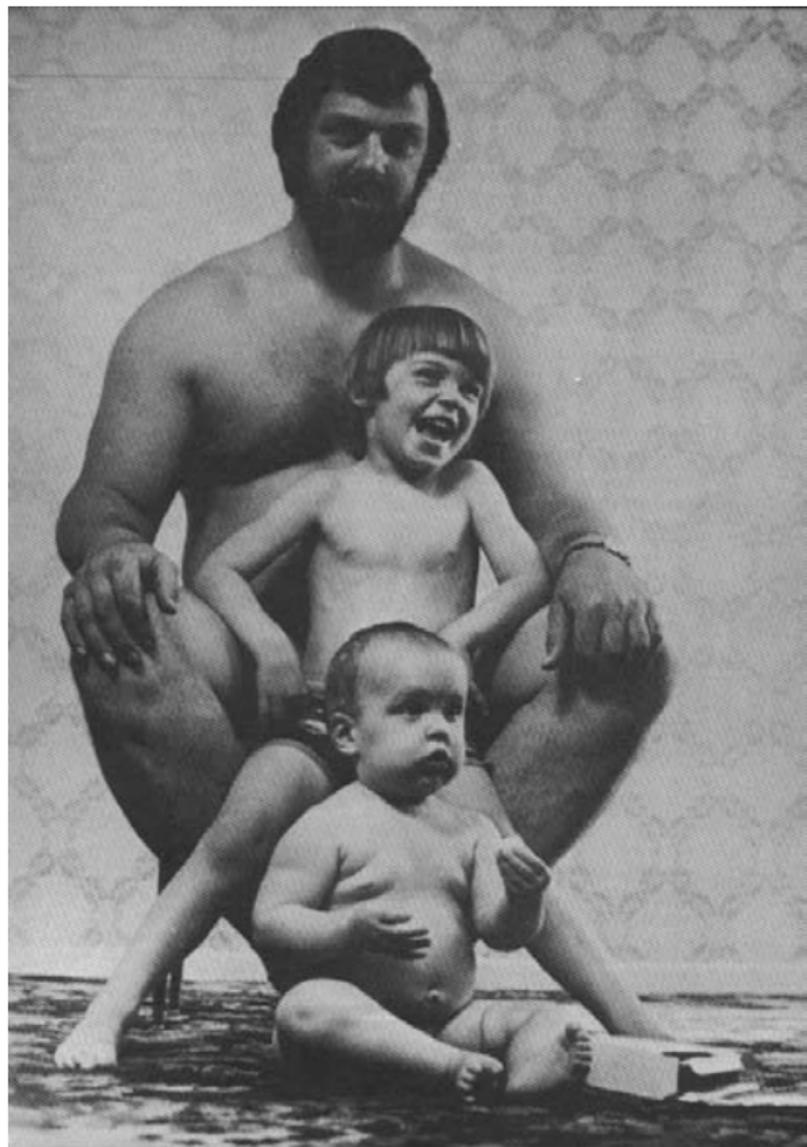












## V. VALOR HUMANISTICO DEL DEPORTE LOS VALORES

Cualquiera que sea la concepción filosófica que se tenga del hombre, es evidente que, al menos situado éste en su época histórica y en la baja prehistoria, se trata de un ser llamado racional, entre otras cosas porque piensa, reflexiona, es auto-consciente; y, en media de la superior conducta corticalizada que todo ella supone, es un ser movido por valores. El rico lenguaje de las diferentes escuelas psicológicas del siglo XX corrobora con conceptos aparentemente dispares esta evidencia; el ancho espectro de las «motivaciones», «incentivos», «niveles de aspiración», «estímulos», «expectativas», «**autoestima**», etc., desemboca, incluso en los más groseros niveles de la reflexología y el conductismo, en un contenido de valores de mayor o menor nivel a practica y más alto a más bajo grado de abstracción. La conducta humana es traída y llevada por mil estimulaciones, atracciones a repulsas, que, decantadas como hábitos a aprendizajes, aplazados y escalonados en la consecución placentera, constituyen unos estables sistemas de acción característicos, individuales a grupales, que entran de lleno en el mundo de los valores. Quizá uno de los sustanciales distintivos del hombre con respecto a otros seres de la escala zoológica, sea su realidad axiológica, muy relacionada con su capacidad de aplazar y subordinar racionalmente sus impulsos placenteros. El hombre *es*, entre otras cosas, Un ser *valorizador* y *valorizado* (o movido, a condicionado, a elevado, a enseñado, a sustentado, por valores).

Consecuentemente, una de las formas sustanciales de medir al hombre es a través de sus valores vigentes. Cada individuo tiene su juego de valores, sus predominancias, sus vacíos, sus coherencias, sus contrasentidos. Pero vivimos inmersos en una sociedad histórica, definida a su vez por una serie de valores temporal a permanentemente dominantes. Una de las formas de enmarcar cada época histórica para entender sus acontecimientos es su diagnóstico por valores predominantes (el derecho, la guerra, la religión, el arte, el idealismo, el nihilismo, la democracia.)

Los valores básicamente imperantes en una época y en una sociedad son el resultado de diversos condicionantes, políticos, religiosos, artísticos, científicos, sociales... Por ello es muy difícil diagnosticar con precisión. En todo caso el diagnóstico parte de una subjetividad encuadrada a su vez en unas coordenadas de valores concretos, el periodo histórico y la sociedad a ideología a la que pertenece el diagnosticador (historiador, filósofo, culturalista, etólogo, sociólogo).

Tales son algunos de los problemas básicos de la filosofía de la historia a de la cultura. De ahí el riesgo de todo intento de juicio. Y de ahí la disparidad de diagnósticos en todo esfuerzo que el hombre ha hecho para valorarse a sí mismo en su historia. Acaso sea esta relatividad la más poderosa prueba de que el hombre es, ante todo, un ser axiológico (o axiologizado, sujeto de valores a capaz de actuar por valores) mucho más que un producto estadística de una emisión de estímulos y respuestas, como en alguna época reciente se ha pretendido.

Pero este gran riesgo de subjetivismo y de consecuente error no siempre ha desalentado a los expertos. Por eso hay juicios históricos, parciales a generales, que aun dentro de su misma subjetividad, han enriquecido la cultura; y de ellos nos servimos para seguir pensando.

Con respecto al tiempo en que son hechas estas reflexiones, penúltima década del siglo XX, existen numerosos y, en algunos casos, coincidentes diagnósticos cultural-axiológicos. Hay algunos puntos en que coinciden casi todos los diagnosticadores, como por ejemplo, la *crisis de valores*.

No es la primera vez que tal diagnóstico ha sido hecho con respecto a una época histórica. Todo cambio produce rupturas y, consecuentemente, crisis. Por eso las crisis en la historia son numerosísimas. Pero ahora se habla de una crisis generalizada; no referente a un solo tipo de valores; se trata de una especie de desencanto general del hombre contemporáneo con respecto a lo que suponga creencia, esperanza, optimismo. Hay una coincidencia en la deserción de valores morales. Las sucesivas superaciones de modas científicas han llevado, frente a la total fe en la ciencia y en la razón, al actual convencimiento de la relatividad e inseguridad de toda prueba científica —no en vano han emergido con poderosa fuerza crítica las leyes de la «relatividad», de la «indeterminación», etc.—. Se duda hasta de lo humano; hay controversias sobre qué cosa sea lo propiamente, lo específicamente humano. Junta a ella, otra comparsa de fuerzas menos directamente

antropológicas, pero no menos estructurales, como la economía, conducen al hombre a una fatiga general, un escepticismo; no hay esperanza definida; no hay agarradero sólido.

Pero el hombre. Si no quiere dejar de ser hombre, debe alimentar valores; recuperar los perdidos a avizorar otros nuevos. Hay que sacudir las enflaquecidas alforjas morales del hombre de nuestro tiempo, por si algo de lo que allí queda es precioso aunque haya sido ignorado. Hay que perforar en busca de fuentes de energía, no solo en el mar a baja la tierra, sino sobre todo, en las profundidades corticales y sub-corticales; hay que agitar el cerebro individual, la cultura colectiva; hay que buscar en los mismos hábitos de nuestra sociedad cuanta de aprovechable y valorizador se pueda sacar de ellos. En esta línea pretende situarse esta modestísima reflexión.

## LO HUMANISTICO

«Lo humanístico» culturalmente hace referencia al «humanismo», palabra con diversas y ricas acepciones. Resumiendo al esquema minino, el humanismo puede entenderse como la gran corriente cultural de los siglos XV y XVI caracterizada por la vuelta a los modelos clásicos (griegos y latinos), sin renunciar, en principio, a la herencia retórica y gramatical del medioevo; afán de saber, de sentir, de valorar, de vivir al modo estético y cultural del Renacimiento. Es un término riquísimo y, consecuentemente, complejísimo. Es más directo y más fácilmente comprensible hablar, más que de «humanismo», de «humanistas» tales como Erasmo, Nicolás de Cusa, Vives, Montaigne, Pica della Mirandola, etc.

En un sentido menos histórico, posteriormente se ha hablado de humanismo refiriéndose a todo movimiento, toda filosofía con preocupación centrada en el ideal humano o en los valores humanos. Existen muchos humanismos (cristiano, liberal, socialista, científico, existencialista, etc.); cualquier visión filosófica o cultural, o histórica, o estética, o científica... con preocupación centrada en el hombre, ha podido apellidarse «humanística».

Toda corriente humanística tiende en general a ser relativista, opuesta al absolutismo. Las distintas escuelas coinciden en cierta modestia y realismo: El hombre es un ser contingente, limitado por riesgos e imposibilidades; por ella toda filosofía humanística va canalizada desde una perspectiva relativista; más o menos esperanzadora, más a menos escéptica; pero nunca nihilista, ni siquiera el moderno humanismo «popular» desmitificador de Lamont. La vertiente ética de los humanismos converge en general en una praxis de «humanitarismo»: hacer bien al hombre; mejorar al hombre; cuando proceda, salvar al hombre.

En el intento de analizar desde la lente humanística cualquier realidad social de nuestro tiempo —en nuestro caso el deporte— es menester recurrir a algún valor humano básico, a algún esquema de valores definidos. Antes de que se hablase conceptualmente de humanismo, los griegos proyectaron un espléndido ideal humano, la «kalokalagazia» (o «calocagazia» a «calocagatia»). La realidad era constatada, mensurada y valorada según el ideal de «lo bello», y «lo buena» («kalos kai agrazos»). Era una valoración estética y ética de la vida. Pero La «kalokalagazia» como principio práctico de conducta, en el fondo, supone cierta tautológica. Nadie duda de que se debe hacer todo lo que es buena («cagazos»), pero, y, qué conductas humanas son buenas y cuáles no? Para salir de esa repetición hay que dar un paso adelante y programar acciones concretas. Igual sucede con lo bello. Sobre todo después de que el arte ha experimentado históricamente los revolcones de impresionismos, expresionismos, surrealismos, hiperrealismos, meta-realismos..., después de que Freud nos invito a escudriñar en el desconcertante espectáculo de nuestro propio inconsciente, y, quién se atreve a definir, no ya universal y permanentemente sino ni siquiera particularmente y en un momento dada, qué casa sea bella y cuál no bella?

En las postrimerías del siglo XX no sabemos si la sociedad humana es mejor a pesar que antaño, si se unge prácticamente por valores superiores a inferiores. Considero que es válido, en una época de anti-dogmatismos y de apelación a una aceptación universal de valores, recurrir, con simple realismo histórico, a la convergencia declarada, racionalizada, de ciertos principios de conducta válidos para todos. Quizás ella equivalga a una concreción «hic et nunc», en nuestro mundo actual, en nuestro momento histórico, del «agazós», de los griegos. Lo que todos a la gran mayoría desde diferentes razones geográficas y tradicionales opinen que pueda ser buena para el hombre es útil aceptar que lo sea indudable relativismo; pero relativismo práctico, realista.

Existen declaraciones solemnes aceptadas y rubricadas por los diferentes países. Destacan entre ellas, por su universalidad y por la explícita aceptación, la «Declaración Universal de los Derechos del Hombre» y la «Carta de las Naciones Unidas», amén de importantes documentos de la UNESCO y de otras entidades más o menos representativas de los hombres de hoy.

Aparecen una serie de valores —criterios de conducta— reiteradamente proclamados y aceptados en tales documentos. El artículo 1 de la Carta de las Naciones Unidas, rubricada en 1945, afirma como fundamental objetivo de ellas «lograr la cooperación internacional..., promover e impulsar el respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales de todos sin distinción de raza, sexo, ideología, religión». En los mismos conceptos insiste la «Declaración Universal de los Derechos del Hombre» (1948), cuyo objetivo fundamental es promover el respeto y la garantía del cumplimiento de las citadas normas.

Entrando directamente en el tema del deporte que nos ocupa, la UNESCO ha emitido una «Carta Internacional de la Educación Física y el Deporte (1978) en la que, partiendo de los valores fundamentales del hombre proclamados en los documentos citados anteriormente, se considera a la educación física y el deporte como elemento apto para promover una más estable *comunidad* de los pueblos... *solidaridad, fraternidad, mutua comprensión* y que no respeta a la *integridad y dignidad* del ser humano.

En tales documentos y en otros semejantes, universalmente aceptados, se hace hincapié y reiteración en ciertos valores básicos: *Dignidad* de la persona humana, posesión de todos los *derechos, libertad, solidaridad, fraternidad, respeto y comprensión*.

Los cuatro siguientes apuntan al tema básico sobre el que está constituida la cada persona. Los tres siguientes apuntan al tema básico sobre el que está constituida la vida en sociedad: *la relación humana*.

Los primeros («dignidad, derechos y libertad» de la persona) señalan niveles de verdadera significación cultural, pero de gran abstracción. Un desarrollo de cada uno de ellos hacia principios prácticos de vida exige extenso tratamiento. Los segundos apuntan, sin embargo, a un nivel práctico, a esferas de comportamiento ético-social. En estas áreas voy a centrarme en las líneas que siguen. Cualquier realidad, cualquier fuerza social que ayude al mejoramiento de la relación humana puede ser aceptada como portador de verdadero valor «humanístico».

## LA RELACION HUMANA

El hombre es indudablemente un ser social. Está hecho para la relación con otros hombres. Ya el niño nace para encontrarse con otros seres humanos, con la madre primero; sin cuyo encuentro no termina de constituirse plenamente. Al igual que sucede en cualquier fallo genético, si al niño va después de nacido le falta el encuentro primigenio con la madre, su contacto físico y social, no alcanza su correcta *constitución*. Este es el nuevo sentido del concepto «constitución» en la moderna genética. El ser humano nace, precisamente, poco terminado, poco hecho para terminar de hacerse, de *constituirse*, después de haber nacido. Y esta terminación, acabamiento o perfeccionamiento constitucional es una tarea social, de relación entre personas. entre hijo y madre primeramente y en segundo piano con otros seres humanos.

Así surge, como constitutivo esencial del propio ser la primera relación humana (de hombre a hombre). En las formas de estructura social de las diferentes comunidades humanas se continúa el desarrollo de esta fundamental capacidad relacional llamada vida social de la persona. Y aquí entra en juego la inmensa variedad de formulas sociales producidas por la cultura. Desde los pueblos primitivos hasta los poderosos estados modernos con sus gigantescas aglomeraciones urbanas, el niño es introducido en la vida social de maneras muy dispares, con formaciones familiares diferentes (matriarcadas, patriarcadas, familiarcadas, comunitariadas...) encauzadas con dispares patrones sociales: agresivo-bélicos (el niño para la guerra), religiosos, **cultural-estéticos**, científicos, revolucionarios, etc.

Por eso hay muchas formulas de entenderse la relación social. Puede incluso parecer que «sociabilidad» no sea un término unívoco; realmente no lo es. Sin embargo, en medio de tan polimórfica floración social como ofrece la historia y la antropología-etnología, aparecen ciertos patrones básicos de vida psico-social, presentes en cualquier sociedad. Los relatos de antropólogos tan distintos como Mead y Levy-Strauss coinciden en

ciertas grandes constantes humanas en la vida de relación de unos con otros: la necesidad de compañía, de conmiseración, la capacidad de comprender, la utilidad de conllevar, la capacidad y deseo de comunicar, la constitución de la vida comunitaria.

La moderna etología que hace exploración de campo directamente en sociedades humanas en búsqueda de las viejas raíces de nuestras conductas primitivas, confirma los hallazgos de los antropólogos. «El hombre está hecho desde su origen —dice Eibl-Eibesfeldt— para vivir en asociaciones individualizadas. Al pasar a la vida en la comunidad anónima se presentan dificultades de identificación»<sup>1</sup>. «Nuestra investigación biológica del comportamiento humano, para empezar, nos ha mostrado que el instinto de agresión innato en nosotros tiene sus contrarios naturales, y con ayuda de estos estamos en condiciones de vincularnos con nuestros semejantes y de no romper el vínculo. Ciertamente, hay en nosotros un fuerte impulso innato que nos hace sociables. Todos los mecanismos de vinculación al grupo son filogenéticamente muy antiguos, y es bastante probable que se desarrollaran mano a mano con los cuidados a la prole. Con este invento, las aves y los mamíferos, adquirieron, cada cual por su parte, la facultad de apoyarse mutuamente y de formar unidades altruistas en las que la lucha por la existencia pierde validez en comparación con la de los participantes»<sup>2</sup>. La variedad y, en muchos casos, aparente disparidad de costumbres en el establecimiento de las relaciones humanas, se reduce en el fondo a un esquema básico de impulso vinculatorio cuya matriz está en la relación madre-hijo. «La relación madre-hijo es ciertamente el núcleo de cristalización de la sociedad humana».

Todo ello prueba que, antropológicamente, la conducta de interrelación humana es básicamente la misma. La especie humana, no solo en su contextura antro-po-física y neuro-cerebral, es unívoca. Si no, que en su primigenia dimensión social, en su actitud primaria ante el otro hombre derivada de la primera instancia maternal, es siempre idéntica a sí misma. Por eso Marco Polo acertaba en sus procedimientos de captación humana en tierras de tan dispares culturas. Igualmente han hecho los misioneros del Cristianismo, los viajeros antropólogos, los adoctrinadores políticos de los últimos siglos. El juego egoísmo-altruismo, el amor, la compasión por el que sufre, el odio al invasor; las polaridades venganza-perdón, poder-sometimiento, aceptación-rechazo son constantes en la relación humana. Se podría afirmar que todo ser humano es básica, potencial, igualmente sociable.

¿Qué sentido pueden tener expresiones como «crisis de relación», «crisis de sociabilidad» que expresan una tan dramática deserción del hombre contemporáneo?

Por un lado están las que podríamos llamar «macro-relaciones humanas»; son las establecidas entre grandes comunidades (naciones, países). Acerca de este nivel de relación no se puede afirmar que haya empeorado. Siempre hubo guerras; tantas y tan periódicas que la historia de la humanidad se ha contado principalmente a partir de ellas. También las ha habido, y gigantescas, en el siglo XX. ¿Seguirá habiéndolas a nivel mundial? Quizá los temores atómicos y otros presagios las hayan alejado; no sería malo. Pero no se puede decir que la actitud de la macro-relación humana haya cambiado aún sustancialmente; nos movemos en el último cuarto del siglo xx más o menos con los mismos parámetros de siempre. La duración superior a 30 años de la Organización de las Naciones Unidas y otras instituciones significativas, como UNESCO, UNICEF, etc., ojalá señalen un buen pronóstico. Pero falta aún tiempo de consolidación. Todo diagnóstico en un sentido optimista sería aventurado.

En otra vertiente está el mundo inmensamente más variado e inmensurable de las «micro-relaciones» humanas: las de grupo a grupo, de familia a familia, de hombre a hombre, de yo a prójimo. Y también, a nivel más sutil, de hombre a grupo humano, de familia a sociedad, de generación a sociedad establecida.

Un análisis pormenorizado de cualquiera de estos tipos de relaciones, nos obligaría a prolijos planteamientos sociológicos. En este pequeña apunte es imposible abarcar ni siquiera una parte de tales prospecciones. Me limito a cierto análisis existencial-fenomenológico del hombre distintivo de la sociedad contemporánea, el hombre urbano de este último cuarto del siglo XX. En los países industrializados, las grandes urbes crecen y los pequeños poblados —con exiguas excepciones— decrecen o se han estancado. Consecuentemente el

---

<sup>1</sup> Eibl-Eibesfeldt. «Amor y Odio». ed. esp. «Siglo XX». edit. (1972) original alemán «*Liebe und Hass-zur Naturgeschichte*» x. Piper & co. Verlag, Munich (1970).

<sup>2</sup> O. c.

hombre industrial es urbano-tropo. Como, además, los llamados «países en vías de desarrollo» son tales porque no han accedido a la plena industrialización pero aspiran a ella, el hombre distintivo del postrer cuarto de siglo es el urbano.

Una de las características de tal hombre es la soledad. No precisamente una soledad vocacional voluntaria, creadora: sino forzosa, inevitable, desoladora. Uno de los temas distintivos del teatro de nuestro tiempo se centra en la incomunicabilidad del hombre. Incomunicabilidad dentro de la familia, en la pareja, entre los convenios, entre las generaciones.

Baste, sin ir más lejos, salir a la calle de la gran ciudad. Todos van y vienen; se cruzan; nadie se saluda. En el autobús, en el Metro, las gentes van hacinadas, en contacto físico, pero a leguas de distancia espiritual sin conocerse nadie recíprocamente; sin importar a nadie nada de nadie. Las aglomeraciones cotidianas de la ciudad son desiertas llenos de gente. Alguien da un tropezón, cae: no se acude en su ayuda. No se trata de que las gentes de ahora sean peores; sino, sencillamente, que merced a una serie de complicaciones sociales, se ha deteriorado la espontánea relación humana con el próximo (el prójimo). Lo natural, lo antropológicamente establecido, dada la contextura semiológica del ser humano y el derroche de capacidades expresivas y comunicativas, es que cuando una persona se encuentra de frente con otra se establezca algún signo de comunicación (verbal, gestual...). En la gran urbe, al cabo de la jornada un individuo se ha cruzado con centenares de personas y con ninguna ha establecido comunicación.

Hoy el hombre tiene muchas más noticias de la sociedad en general, de la humanidad. Todo son noticiarios. tele-diarios, radio-gacetas. Los neoyorquinos conocen a los pocos minutos el último suceso acaecido en Túnez; y los parisinos la última novedad australiana; pero los neoyorquinos —al igual que los parisinos, berlineses, madrileños o mejicanos— viven rodeados de vecinos neoyorquinos, habitantes del mismo inmueble, con quienes nunca se han comunicado, de cuya vida nada saben. El antiguo prójimo —«próximo»—, término cargado de sentido humanístico, ha sido sustituido hoy por el de «vecinos» y el amistoso «paisano» por el impersonal de «ciudadano».

Suena paradójico que en la era de la comunicación técnica el hombre sufra principalmente de incomunicación humana. El terminal típico de la poderosa red de medios de comunicación, el aparato de radio o de televisión, es hoy más habitual compañero del hombre que el hombre mismo. Incluso existe una profesión, con status social bien valorado por la sociedad industrial, llamada de «relaciones humanas». Cuando las estructuras sociales eran menos complicadas no hacían falta profesionales de las relaciones humanas para que éstas se estableciesen normalmente. Hoy, cuando la sociedad admite y paga a tales expertos, mal debe de andar este engranaje.

Las causas de esta profunda extorsión de la relación humana son complejísimas y de muy difícil precisión. Quizá nos ayude en el diagnóstico la constatación de que, junto al indudable proceso enriquecedor y necesario, acentuado en los últimos siglos, y concretado en la expresión «socialización de la persona», se ha producido un fenómeno preocupante, indudablemente regresivo al que podríamos definir como Despersonalización de la sociedad. Sobre el análisis de estos conceptos y la necesidad de acceder a un proceso pedagógico de «personalización» de la sociedad he escrito en reciente ocasión y volveré a incidir en ello. Pero ahora no nos ocupamos de causas y razones sino más bien de búsqueda de remedios.

Ante este hecho incuestionable del deterioro de la relación humana, que vías de solución puede haber?

En primer lugar, en vez de sonar con estilos de vida periclitados, con romanticismos y añoranzas, es aconsejable, con sentido práctico, rastrear los gérmenes de recuperación de la relación humana que puedan hallarse en las formas de conducta propias de la sociedad actual, de la misma sociedad urbana. Sonar con que el hombre regrese a la vida rural, a las aldeas, a una vida simplificada y primitiva, es lícito. Pero difícilmente pasará de ser un sueño. Volver al aldeanismo desde las grandes conquistas urbanas supondría un paso históricamente regresivo. De todas formas, caso de que ello fuese posible, tendría lugar mediante un proceso lento. Entretanto, la relación humana continuaría deteriorándose y hay que buscar soluciones actuales. Superar las grandes dialécticas «colectivo-tropas» despersonalizadas sería también, en todo caso, tarea a largo alcance. Por eso no es solo lícito sino hasta diríamos obligatorio sopesar la significación de

conductas humanas típicas, características de nuestro tiempo, aunque tales conductas no hayan sido catalogadas como solemnes o importantes.

En los modelos político-económicos que se disputan el mundo en nuestra época aparecen síntomas de profunda depravación de la relación humana. En el capitalismo está la «sociedad anónima», lingüísticamente hablando verdadero pecado mortal de lesa humanidad. Puede existir, antropológicamente hablando, una sociedad —término que hace exclusiva referencia al ser humano— compuesta de seres innominados, anónimos, despersonalizados? Suena a regresión hacia las más impersonalizadas bandas de la escala zoológica, como las sardinas, arenques o fringilagos, que tan magistralmente describe Lorenz, carentes de todo vínculo de relación individualizada. La primera de las tres formas de sociedad de donde se desprende como de un fondo sombrío y primigenio nuestra sociedad basada en la amistad personal y el amor es la multitud anónima, forma la más frecuente y sin duda la más primitiva de asociación, que se halla ya en muchos invertebrados, como los cefalópodos y los insectos; pero esto no significa que no se vea también en los animales superiores, y aun en el hombre, que en ciertas condiciones, muy crueles, como por ejemplo el pánico, puede «regresar» a la formación de «multitudes anónimas»<sup>3</sup>. La mayor parte de agrupaciones animales (bandadas de toda clase de aves, manadas de carnívoros, jaurías, realas, yeguas, etc.) constituyen conductas colectivas más o menos individualizadas y «personalizadas» a diferencia de las aglomeraciones anónimas de los multitudinarios bancos de sardinas o arenques.

Sin tener nada en contra de la organización y significación económica de las sociedades anónimas —de alguna de las cuales el autor, a un nivel modestísimo, es accionista— no hay que ignorar el altísimo significado deshumanizador del acuñamiento de tal expresión, y, sobre todo, de que tal forma de sociedad deshumanizada sea el prototipo de estructura socio-económica de una gran mitad del mundo contemporáneo. En términos de socio-economía, la sociedad anónima significa un notable progreso de popularización, de distribución de riqueza con respecto a la «sociedad limitada». Pero escuchando con sensibilidad los sutiles mensajes que se desprenden de las contradicciones lingüísticas, la expresión paradójica «sociedad anónima», nos advierte de la honda deshumanización latente en tal tipo de estructura económica.

El otro tipo de estructura meta-capitalista, la colectivización, conduce también sin querer a extremos de anonimato con la burocratización gigantesca y la consiguiente sensación de impotencia personal, de forzada renuncia a muchas autodecisiones personales, con la desértica soledad del hombre convertido en número, tan magistralmente evidenciado por Ionescu y sobre todo por Kafka en su teatro —hasta tal punto que para adjetivar la impotencia de la persona individual ante el acorazado poder colectivo, hoy en las lenguas modernas se acepta el adjetivo «kafkiano»—.

¿A dónde puede recurrir el hombre de hoy sin huir de su tiempo, para recuperar algo tan sustancial y tan magistralmente donado por la naturaleza como es la correcta relación inter-humana? ¿Cómo huir de la creciente soledad individual? ¿Cómo recuperar las antiguas y sencillas vivencias de la compañía, la consolación, la comprensión, la comunicación, la co-vivencia? ¡Qué gran riqueza idiomática se desborda en todo lo referente a la relación humana!

Sin la pretensión de ningún tipo de hiper-valoración, se expone a continuación, breve sugerencia acerca de una de las conductas distintivas del hombre y de la sociedad contemporánea, el deporte, enmarcado en este cuadro de crisis de valores.

## EL DEPORTE

Naturalmente, el deporte no es la *faceta* más importante de la vida. Debe ocupar un puesto, en alguna manera secundaria, y sin embargo, es un hecho representativo de nuestro tiempo. Simplemente por ella, es tema que debe ser tornado en serio y con el mayor rigor por los responsables de la cultura.

Aunque sea desde una simple valoración cuantitativa, el deporte es un hecho mundial importante. Algunas de las retransmisiones televisadas del último Campeonato Mundial de fútbol (Argentina, 1978) fueron

---

<sup>3</sup> Konrad Lorenz *Sobre la agresión: el pretendido mal*. ed. esp. «Siglo XXI», edit. (1972) Original alemán: «*Das sogenannte Böse*» (1968)

presenciadas, según se ha afirmado por medios cualificados, por más de mil millones de telespectadores. Hoy los Juegos Olímpicos constituyen el mayor espectáculo del mundo; no solo en número de espectadores que los contemplan en directo sino en repercusiones de todo tipo tales como; las preocupaciones estatales por programar mejor a los deportistas representantes del país; los gastos que supone la selección, preparación y puesta a punto de 200 o 300 protagonistas que desfilarán en la jornada inaugural bajo la bandera nacional; el cuidado técnico y científico de cada deportista durante varios años, que en algunos casos se ha llegado a valorar en unos 300.000 dólares USA; el tinglado informativo que supone la selección, el control, la red de servicios puestos a disposición de 5.000 profesionales de la información que trabajan «in situ», más las docenas de miles que, repartidos por todo el mundo, conectan y transmiten. El soberbio pugilato de las casas comerciales, no solo de artículos deportivos sino de los más variados productos, como televisión en color, prendas deportivas, viajes programados, etc. Toda esta llamativa y costosa comparsa confiere al gran deporte competitivo no solo el referido epíteto de mayor espectáculo del mundo sino, podríamos decir, el suceso internacional no bélico más importante a nivel de pueblo, no a nivel de políticos a diplomáticos.

Admitamos que esta algarabía rebasa el puro concepto del deporte como actividad ludo-competitiva, o como hábito de ejercicio físico, o como actividad corporal higiénica. Sin embargo, todos estos espectáculos, sucesos y organizaciones en alguna manera encasillados por el pueblo, pertenecen, tanto lingüística como sociológicamente, a ese complejísimo, variado pero definido y universalmente identificado suceso que se entiende por deporte.

Entre los grandes profesionales del fútbol a los finalistas de la Olimpiada de Moscú por un lado, y el «jogging» que por salud física a equilibrio mental practica un ciudadano por las mañanas en el parque vecino a su domicilio, existe una inmensa distancia. Realmente son conductas distintas. Sin embargo a ambas realidades se las llama deporte. Y subsiste una profunda lógica en esta denominación. Ambas se han estructurado a partir de un mismo impulso, de una misma tendencia, ímpetu, gusto, necesidad a capricho: un juego realizado en forma de ejercicio físico con cierto carácter competitivo a de superación. Esa es la entraña original del deporte; que en un caso ha derivado, por concomitancia y simpatía popular y por una necesidad de desahogo ciudadano, en un magnífico espectáculo: y en otro se ha concretado en sencilla y metódica actividad individual de intencionado carácter higiénico.

Partiendo de una sociología estructural, se puede hablar de realidades sociales distintas, profundamente separables. Y pueden ser tratadas independientemente cada una de las áreas de conducta humana en tan dispares sistematizaciones sociales. Pero hay un algo profundo, antropológico, una razón a por qué filosófico que subyace permanentemente, igualitariamente, en tan dispares manifestaciones del mundo deportivo; algo común, constante humana, lúdico, azaroso, excitante e imprevisible que, aplicado al afán de vértigo y velocidad y a la fascinación retardadora del motor, impulsa al adolescente a encaramarse sobre la moto, al igual que, asumido por la necesidad de juego liberador del burgués, le lleva al gradería a animar a su equipo o a increpar al árbitro.

Ese algo común, originario y permanente en tan dispares formas manifestativas del deporte, es la que hace que el lenguaje popular, a pesar de las diferencias idiomáticas, casi unánimemente —con pocas excepciones— identifique en una palabra, «deporte», «deportista», toda esa gama de variedades, de niveles de implicación humana y organización social.

Vista desde otro punto, idiomas tan distantes y decantados como el ruso, el árabe o el japonés, a simple título de ejemplo, han aceptado con facilidad un extranjerismo, «sport», el cual ha sido capaz de simplificar nuevas conductas deportivas de carácter universal y de englobar, a la vez, tradiciones ludo-físicas de viejos y distantes orígenes culturales.

Este hecho de la universalización del término «Sport»<sup>4</sup> no solamente introduciendo un extranjerismo —tantas veces necesarios ante nuevas y universales avances de la técnica— sino incorporando conductas humanas y

---

<sup>4</sup> En español se dice «deporte», en portugués «desporto». En ambos idiomas a fines del siglo XIX se introdujo el universalizado término inglés «sport», derivado de los viejos castellano-catalán-provenzales términos «deporte», «deporter», «deportarse», «desporter», «se-desporter», etc. Una recuperación del término original en la península Ibérica ha diferenciado este término de la característica forma inglesa apocopada y universalizada.

tradiciones populares anteriores, es un acontecimiento que debe inquietar a la filología y a la filosofía lingüística. El deporte está todavía por ser abordado con vigor y rigor desde ciertos ámbitos culturales y científicos.

Capturando el hecho deportivo humano a este nivel fundamentalmente antropológico y con estos resultados de universalización, es como se continúa la presente reflexión.

### EN LA MACRO-RELACIÓN

Considerado en su máxima dimensión, el deporte se ofrece hoy como la fuente más fecunda de movimientos internacionales. En estos momentos pueden ser cuantificadas más de 80 organizaciones de ámbito prácticamente mundial, cada una de ellas caracterizada por enorme actividad legislativa, organizativa, de estudios, congresos, etc. Aparte de las federaciones internacionales de cada una de las modalidades deportivas, que rebasan ya ampliamente el medio centenar, y de cuya enumeración prescindo para no ser prolijo, nos topamos con una lista impresionante de organizaciones pan-deportivas, unidas generalmente a la educación física<sup>5</sup>.

No creo que se pueda encontrar otra área de la actividad humana y social, profesional, vocacional, artística o científica con tal proliferación internacional. Uno de los grandes problemas existentes en las relaciones internacionales del deporte la educación física es precisamente la excesiva cantidad de organizaciones. Hay

---

<sup>5</sup> Con ninguna pretensión exhaustiva y solo a título indicativo, he aquí algunas de las grandes asociaciones internacionales deportivas, unas de ellas de carácter gubernamental y otras de carácter no gubernamental. profesional, etc.:

Comité Intergubernamental de Educ. Física y Deportes de la UNESCO.

Comité Olímpico Internacional (COI).

Asociación de Comités Olímpicos Nacionales.

Asamblea de Federaciones deportivas internacionales.

Consejo Internacional de Educación Física y Deportes de la UNESCO (C.I.E.P.S.).

Consejo Internacional de Higiene. Educación Física y Recreo (I.C.H.P.E.R.).

Federación Internacional de Educación Física (F.I.E.P.).

Asociación Internacional de Escuelas Superiores de Educación Física (A.I.E.S.E.P.).

Asociación Internacional de Educación Física y Deportes para mujeres (I.A.P.E.S.G.W.).

Federación Internacional de Depone Universitario (F.I.S.U.).

Federación Internacional de Medicina Deportiva (F.I.M.S.).

Comité Internacional para la Sociología del Deporte (I.C.S.S.).

Sociedad Internacional de Psicología del Deporte (I.S.S.P.).

Sociedad Internacional de Biomecánica (I.S.B.).

Comité de Historia de la Educación Física y los Deportes del C.I.E.P.S. de la UNESCO.

Comité Internacional de Investigación de la Condición Física (I.C.P.F.RI).

Asociación Internacional de Información Deportiva (I.A.S.I.).

Grupo Internacional de instalaciones Deportivas (I.A.K.S.).

Consejo Internacional del Deporte Militar (C.I.S.M.), a las que se podría añadir otras de carácter mas restringido o particular tales como:

Comité de Educación Extraescolar (sección «deportes») del Comité de Cooperación Cultural del Consejo de Europa.

Academia Olímpica Internacional (A.O.I).

Asociación Internacional de Historia de la Educación Física y el Depone (H.I.S.P.A.).

Federación Europea de Psicología Deportiva y Actividades Corporales (F.E.P.S.A.C.).

Instituciones Nacionales en diversos países de Europa del Este, responsables de las Spartakiadas.

Federación Internacional Católica de Educación Física (F.I.C.E.P.).

Federación Internacional Caótica del Deporte Educativo (F.I.S.E.C.). etc.

Junto a éstas aparecen las organizaciones estatales responsables de competiciones internacionales permanentes: por ejemplo. las aceptadas dentro de la reglamentación del Comité Olímpico Internacional, tales como:

Juegos Panamericanos.

Juegos Centroamericanos y del Caribe.

Juegos Asiáticos.

Juegos Africanos.

Juegos Balcánicos.

Juegos del Mediterráneo. etc.

una tendencia, y ya ciertos intentos, de fusionar algunas de ellas. No voy a abordar un análisis de esta problemática. Lo que aquí nos interesa es la constatación de este hecho histórico-social contemporáneo.

En el deporte se han construido las grandes relaciones humanas entre las macro-estructuras nacionales. Algo tiene el deporte que facilite estos movimientos. Creo que precisamente la actividad deportiva y la actitud humana deportiva poseen una capacidad singular que propicia el mutuo entendimiento humano. Es una conducta de enorme riqueza semiológica. Se trata de un lenguaje universal fácilmente inteligible por todos, por el sabio y el ignorante, por el adulto y el niño. Carece de barreras idiomáticas. Cuando Bob Beamon batió el record mundial de salto de longitud en los Juegos Olímpicos de Méjico, nadie necesitaba hablar inglés para comprender el significado de su hazaña: un salto de 8,90 metros con el impulso de sus propias piernas; como nadie necesitaba comprender el chino cuando Ni-Chin-Chin batió el record mundial de altura. Cualquier niña pequeña comprende el sencillo pero elocuente mensaje humano transmitido por dos luchadores que forcejean para poner de espaldas al contrario o por dos equipos que pretenden superar al adversario en el número de canastas transformadas. Al igual que el arte a la danza, el deporte es un lenguaje universalmente inteligible. Pero con menos limitaciones esotéricas que otro tipo de manifestaciones muy elevadas pero, por ella mismo, frecuentemente sofisticadas y manipuladas.

Por eso mismo el deporte, de tan sencilla comprensión, debería ser considerado y respetado como una de las grandes reservas de la relación humana, una especie de «ultima ratio» en el entendimiento entre países a cualesquiera otros grupos macro-sociales. Las grandes rivalidades ricas deben ser tratadas y resueltas por los profesionales de la política. El deporte no debe ser utilizado para el choque político. No tanto porque el deporte pueda ser independiente de la política, un algo superior e incontaminado, sino precisamente porque está llamado a jugar un importante rol político de segundo término, una verdadera política de fácil entendimiento popular. El deporte posee las condiciones para cubrir este cometido de reserva.

El deporte tiene algo que al hombre que la practica le hace sentirse como plenamente humano, y que brinda a otro esa comprensión directamente humana, y consecuentemente facilita el espontáneo establecimiento de una relación. La humanidad tiene muchas maneras de entenderse. Una guerra entre dos pueblos no significa que todos y cada uno de los individuos de uno de ellos odien a muerte a todos y cada uno de los del otro. Significa que hay un enfrentamiento colectivo a muerte por diversas razones políticas, históricas, económicas, etc. No todas las razones de entendimiento se han rota. Subsisten a la espera muchas formas de comprensión mutua que velozmente se restablecen cuando las rupturas políticas cesan. El lenguaje deportivo es una de ellas, de las más espontáneas. En realidad es una de las que más tardan en quebrarse. Por eso considero que es un error utilizar el deporte como rompe-fuegos. «En la relación humana, la vinculación (amor) y el rechazo (odio) forman una unidad funcional», en feliz expresión de Eibl-Eibesfeldt<sup>6</sup>. Uno, el odio, es la cara hostil de nuestras relaciones, cuyo gesto trágico es la guerra. El otro es la cara risueña que todos tenemos para con los demás. El entendimiento deportivo es uno de los más fáciles estímulos para esta cara risueña.

La humanidad se preocupa por tener reservas de energía para subsistir en el futuro. Es mucho más importante conservar las grandes reservas de humanidad, que tan fácil y espontáneamente nos han sido otorgadas. Una de las conductas que pueden garantizar esta conservación es el deporte.

En época de enorme crisis de la relación humana en general, esta reserva de entendimiento social a grandes niveles internacionales, es un sencillo pero verdadero, poderoso, esperanzador, valor humanístico.

### **EN LA MICRO-RELACIÓN**

Pero esta virtualidad humanística del deporte se origina, como toda realidad cultural, en los niveles primeros de conducta personal. Si el deporte tiene éxito en el diálogo internacional, es porque entraña una conducta elementalmente abierta, comunicativa.

Existen muchas formas de deporte, muchas modalidades técnicamente diferentes. No nos interesa aquí lo que distinga a cada una sino la que está presente en todas. Y dentro de estas presencias, detengámonos principalmente en una: la comunicación humana a través del deporte.

---

<sup>6</sup> O. c.

En los juegos de equipo se estructura una dinámica de grupo caracterizada por muy determinados componentes, entre los que destaca la que podríamos denominar la directa apreciación de un valor humano, no de un valor convencional<sup>7</sup>.

En la competición deportiva y sobre todo en el juego deportivo competitivo que le precede, se estima a cada persona por su directa contribución a la tarea común. En el terreno de juego, enfundados todos en sus vestimentas deportivas, no hay hijo de nadie, ni pertenencia familiar económicamente poderosa a humilde; durante las jugadas interesa como juega cada uno, como cumple cada uno su rol; por ella cada participante puede sentirse profundamente identificado con su rol, sin interferencias predeterminadas, inaugurando de alguna manera su propia estima y auto-concepto al margen del puesto en la vida. En media de una sociedad estereotipada y «en-rolada» donde tanto cuesta emerger de la predeterminada asignación de tareas, el hombre de nuestro tiempo —el niño igual que el adulto— halla en la cancha deportiva un pequeño oasis, un paréntesis humano a tanto estereotipo dominante.

Existe ya amplia exploración de carácter sociológico y psicológico en la que con distintas terminologías se va constatando esta interesante realidad. Pero no son menester constataciones estadísticas de un hecho que se patentiza en cada rincón deportivo. Para comprobar si uno está enfermo a sano no es menester ni siquiera el termómetro —elemental instrumento de comprobación científica—, se siente, se palpa, se ve. Al igual que se ve y sé comprueba el inusitado fervor del muchacho en la entrega plena a su acción lúdico-deportiva. Esta valoración natural de la conducta humana no debe ser hiper-valorada, como se ve frecuentemente en el pedagogismo romántico deportivo. El que mejor juega no tiene por qué ser el mejor hombre; no es correcta la traspolación; es, simplemente, el mejor en esa faceta concreta de la conducta humana, en ese deporte, en la tarea que le compete en ese momento. En la vida llamada «normal» pocas veces ocupa el primer puesto político el más competente para él, y pocas es más ricas el mejor dotado para hacer buen uso de las riquezas; incluso no siempre obtienen los galardones científicos o artísticos los mejores. En el deporte, sobre todo antes de acceder a niveles sofisticados, se cumple con más naturalidad el veredicto justo del grupo. Como no es la vida normal, como no es la vida seria, sino una pausa, un paréntesis, las ambiciones entran menos en juego. Es como un oasis de humanismo, de justicia, de la que no se van a derivar posiciones definitivas de privilegio social. No cuesta en el deporte mostrar la cara risueña de la persona. Por eso es un campo abonado para reforzar las actitudes y hábitos humanos de vinculación.

Los privilegios derivados del deporte empiezan a establecerse —es decir, empieza el deporte a parecerse más a la vida «seria»— en altos niveles competitivos. Cuando el deporte empieza a ser espectáculo, incluso cuando simplemente lo amaga, irrumpen en su ámbito una serie de fuerzas ajenas, las fuerzas que habitualmente dominan la vida social, económicas, políticas, administrativas, etc., fuerzas que otorgan poder y crean «status», fuerzas que intentan llegar a perpetuar dichos status, las cuales tienden a estabilizarse en estamentos, clases o castas.

Esto nos lleva a una doble apreciación. En primer lugar, que el deporte es tanto más auténtico deporte cuanto mejor conserve sus específicas virtualidades, cuanto menos injerencias extradeportivas haya recibido. No es una simple perogrullada, puesto que hoy en el mundo es aceptado también como verdadero deporte el espectacularizado y profesionalizado. Al menos nos sirve para saber de dónde le viene al deporte su originalidad como conducta humana y su fuerza como instauración social. En segundo lugar, conviene constatar como, curiosamente, aun en los altos niveles competitivos, incluso en el gran deporte-espectáculo, encuentra el participante —competidor o espectador— cierto alivio psicológico, cierta recepción de aires distintos menos contaminados que el habitualmente viciado en la sociedad «normal».

Esto probablemente se produce porque en el fondo psicológico del participante, incluso del profesionalizado, el deporte no se toma del todo en serio<sup>8</sup>. El deporte permanece como una risueña, acogedora, siempre provisional alternativa de vida. Cuanto más se acentúen los trágicos presagios en el mundo, más suben las

---

<sup>7</sup> Es curioso constatar la paradoja de que en una conducta convencional, como es en definitiva el juego deportivo, se atiende, como vamos a ver, a ciertos verdaderos valores humanos, mientras que en el comportamiento de la vida llamada normal, seria, imperan drásticamente los valores convencionales.

<sup>8</sup> Los loables intentos de encuadrar a los llamados profesionales del deporte en los marcos laborales generales deberían tener presentes estas sutiles singularidades que tanto diferencian esta conducta deportiva de las demás.

acciones psicológicas del deporte; no solo del deporte como práctica equilibradora sino del mismo espectáculo deportivo como gran evasión. Aquí el deporte se parece al teatro —es lógico en su dimensión de espectáculo—, donde el hombre, no ya en la comedia de evasión, sino en los grandes dramas realistas, asume y conecta por empatía con el drama o la tragedia de los personajes, aprende verdades amargas de la vida, incluso de «su» propia vida, su clan social, pero se libera en definitiva porque hay un momento en que la función acaba y una puerta por donde salir. Por muy reales e intensas que se tengan las vivencias del drama, éste no se vive como algo definitivo. El deporte espectáculo tampoco es algo definitivo; solo los manipuladores y negociadores de él, lo viven como tal.

Esta especie de penúltimidad —recuerdo una disertación de Lain Entralgo en la que asignaba a la ciencia del siglo XX, a diferencia de la ciencia sagrada de otras épocas, cierto carácter deportivo, precisamente por su cierto talante de «penúltimidad»— le llega al gran deporte competitivo desde sus primeras raíces de práctica espontánea.

Esta liberación de angustia que se opera en el fondo de tales conductas, sitúa a quienes participan en el deporte al margen de recelos, de rivalidades predeterminadas, de conflictos heredados. Hay una desnudez sin trajes estereotipados. Y el ser humano, que en el fondo añora el contacto limpio con el ser humano, vive en el deporte el hallazgo de algo propio, directo, sincero, que habitualmente en la vida ordinaria se le hurta.

El espectador del gran deporte proyecta en los protagonistas esta limpieza; necesita esta incontaminación humana. Por eso cree, tiene que creer, en la honestidad del «sprinter» de una carrera ciclista y en la entrega del delantero centro que debe arriesgarse al máximo para conseguir el gol. Es interesante advertir la intransigencia del espectador deportivo en su exigencia del máximo rendimiento a todos los protagonistas. Si en la vida sería laboral, se comprende un respiro, una laxitud en el trabajo, esto no se acepta en el deporte, que en el fondo es un juego. Al jugador protagonista en el terreno de juego, sea o no sea profesional, se le exige siempre el máximo. El origen de esta incongruencia radica en que todo participante, jugador o espectador en el gran «juego» deportivo exige de los demás y de sí mismo la entrega total al juego, la mayor perfección posible de la acción deportiva en todo momento, cosa que ya percibía y formulaba con claridad a comienzos de siglo el barón de Coubertín, el cual en su «*Pedagogic Sportive*», señalaba entre las cinco notas esenciales del deporte, la *intensidad* y la *búsqueda del perfeccionamiento*.

En el fondo, el hombre se toma más a pecho —generalmente está más profundamente motivado por ello— el juego que el convencionalismo del trabajo (entendido éste en su encasillamiento laboral). No es que el hombre considere más importante aquel que éste, sino que, de una manera intuitiva, inconsciente, en el juego se experimenta a sí mismo y a los otros más limpiamente humanos. La vida está llena de opresiones, grandes y pequeñas. Unas antiguas, históricas, macro-sociales; tales son las grandes alienaciones. Otras minúsculas, cotidianas, locales, familiares. Ya en la necesaria instancia del padre y de la madre al hijo, por mucha cautela que se tenga, se cometen actos de opresión física o psicológica. No por ello deben desaparecer tales instancias. El niño las necesita; después, en el juego, se equilibra, se auto-afirma y se enriquece frente a tan sutiles e inexorables agresiones. A partir, principalmente, del juego crea su mundo personal y, a los pocos años, el mundo propio de «su» grupo, de su generación.

También el macro-organismo de la sociedad necesita de grandes juegos. Los hombres terminarían definitivamente enajenados el día en que los grandes juegos desapareciesen. Un pueblo que en cierta época de su historia destacó por su humanismo, por su equilibrio, había creado las más importantes instituciones lúdicas de la historia: los juegos pan-helénicos (olímpicos, nemeos, piticos, istmicos). El cómputo del tiempo histórico lo hacían a partir de los grandes juegos. No tiene por qué ser pura coincidencia que las más grandes manifestaciones del espíritu humano en arte, filosofía, tragedia, etc., alcanzasen en aquellos siglos una de las cumbres de la historia.

### UNA ULTIMA CONSIDERACION

El juego en general, y el juego deportivo específicamente, por su total implicación corporal y espiritual, están llamados a desempeñar cada vez más —cuantos más peligros de alineación existan, con más urgencia— un profundo rol de garantía humanística.

Por ello el deporte, en toda su variada dimensión, desde el espectáculo mundial hasta el anónimo esfuerzo individual, debe retener por encima de toda su condición lúdica. Pienso que uno de los grandes peligros que amenaza al deporte es su manipulación política, tan grave como su manipulación mercantilista. Lo mismo el empleo del deporte como propaganda política que como instrumento de amenaza, es un error. Se le da más importancia, más agobiante importancia, de la que tiene. Se le hace desmesuradamente trascendental. El más hondo valor humanístico del deporte radica en su *securidarietà*. A nivel individual o de pequeño grupo sirve como alternativa de espontáneo y desnudo entendimiento humano al margen de los cotidianos cometidos asignados a cada uno en el encasillamiento social la practica deportiva es una alternativa periódica, un reconstituyente psíquico frente al proceso de creciente robotización que a todos nos alcanza en el mundo presente.

A nivel de relaciones macro-sociales es una opción de natural entendimiento de los pueblos frente a las solemnes y amenazantes formas de relación en que se han decantado las rivalidades políticas.

El deporte no es más importante ni mejor que la vida seria. Si toda la vida se transformase en deporte, éste perdería su principal virtud de alternativa dialéctica.

Pero la vida seria sin algún tipo de juego deportivo, de opción habitual al entendimiento deportivo, a la espontaneidad deportiva, se tomara implacablemente reglamentada, planificada, predeterminada, fúnebre, rígida y tediosa. Los hombres habrían perdido una rica y natural manera de entenderse.

## VI. MUJER Y DEPORTE

(Un apunte de antropología cultural)

La sexualización, o podríamos decir la «sexuación»<sup>1</sup> en el sentido de simple diferenciación sexual, alarga sus raíces a viejísimos tiempos de la evolución animal. Propiamente el origen del sexo es la fusión de dos células de clones distintos. Los gametos son la especialización germinal de dos clones distintos. Y ya en los protozoarios aparecen notables diferencias entre el gameto femenino y el masculino. El primero es grande, nutritivo, sedentario. El segundo es pequeño, ágil, locomotor (flagelado), itinerante. La costumbre, hoy apreciada como mero hecho cultural-tradicional, de que sea el varón quien vaya en busca de la hembra, tiene antecedentes viejísimos en la escala zoológica.

La diferenciación sexual se afianza a lo largo de la evolución animal —con curiosísimas y muy excepcionales salvedades— creando profundas diferencias constitucionales. La prolactina se encuentra prácticamente en toda la escala animal como elemento específico de protección de los hijos en la madre. En los mamíferos es ya la hormona que produce la leche.

Llegados al hombre, no hay conocimiento de ningún periodo penumbral del paso del homínido al «*pizecantropus erectus*» en que hubiera excepción a la sexuación. Tampoco se conoce exactamente si aquellos sujetos de hace varios millones de años copulaban solo en periodo de celo o lo hacían ya al modo del «*homo sapiens*» indiscriminadamente, en cualquiera o en todas las épocas del año. Pero esto es un tema ahora secundario, aunque no deja de ofrecer fascinación antropológica.

El ser humano no existe indiscriminado, indiferenciado, «insexuado». Prescindiendo de que todo ser humano posee ambos tipos de cromosomas, los definitorios de masculinidad y de feminidad, y que la diferenciación en varón o mujer es solo cuestión de reparto, de proporción, todo ser humano es un ser sexuado y es por ello, a la vez, uno de dos: Hombre (ser humano)<sup>2</sup> y varón; u hombre (ser humano) y mujer. No puede ser solo «ser humano» sin ser varón a mujer. Es decir: toda mujer es mujer y ser humano, y todo varón es varón y ser humano; o viceversa, son seres humanos instalados necesariamente en su condición de varón o de mujer. Y en esta reflexión antropológica fundamental aprovecho la esclarecedora formulación que Julián Marías expone en su «Introducción a la Filosofía».

Toda persona humana tiene dos planos igualmente profundos de instalación individual pero perfectamente separables el uno del otro. El plano *hombre (persona humana)* y el plano *varón-hembra*. A partir de esta doble antropología individual nutrida simultáneamente de ambas realidades se constituye su antropología social, su tercera y trascendental instalación social, de relación con los demás hombres, cuyas primeras pautas se establecen en la primigenia relación niño-madre. El primer plano de instalación es el que le otorga la principal fuente de dignidad, de derechos y deberes, de opciones en la vida, de acceso al trabajo y al ocio. El segundo plano de instalación. La bipolaridad varón-hembra, especifica a cada uno en situaciones concretas, desarrolla ciertos roles —muy pocos verdaderamente sustanciales— y va a dar pie a lo largo de la historia antropológica a una inmensa variedad de particularidades sociales, exclusivismos e, incluso, aberraciones e injusticias.

Toda la razón de los movimientos feministas del siglo XX y de la temática feminológica, abundante en el ámbito de la actual sociología, antropología y psicología, se basa en un evidente hecho macro-cultural: Entre el hombre y la mujer en la mayor parte de las civilizaciones y culturas vigentes en la historia, se había creado un abismo excesivo, convencional, artificial, desde luego no suficientemente justificado por naturaleza humana a condición antropológica.

---

<sup>1</sup> Me permito acceder a este neologismo porque en el idioma español no existe un sustantivo que exprese solamente la realidad de la diferenciación sexual en la humanidad, distinto de la «sexualización», hoy predominantemente empleado como acceso o extensión del impulso sexual.

<sup>2</sup> En algunos idiomas, entre ellos el español, existe una insuficiencia lingüística en tema tan trascendental como es la de referirse al ser humano, al varón, a la mujer. La palabra «hombre» tiene la doble acepción de «persona humana» en general, y de «varón». No hay sustantivo referido únicamente al ser humano en general tal como, por ejemplo, lo hay en alemán, «Mensch», que significa hombre-persona humana, netamente diferenciado de «Man» que significa hombre-varón. Esta limitación idiomática nos obligara a un continuo esfuerzo, y a veces repetición, para no hacer imprecisa nuestra exposición.

La diferencia abisal entre las atribuciones aceptadas por la sociedad al varón o a la mujer puede resumirse en estas frases de Julián Marías (1980): «El hombre podía hacer cualquier cosa que no estuviese prohibida: la mujer; en cambio, no podía hacer más que las expresamente autorizadas» (...) «Cuando las mujeres fueron a matricularse por primera vez (siglo XIX) en las universidades europeas resulto que no estaba prohibido; *ni siquiera estaba prohibido*, porque no se había ocurrido que lo fueran a hacer. Y se interpretaba como «masculinismo» la apropiación de las posibilidades *humanas* porque se había identificado lo meramente humano con lo propio del varón».

En el deporte la mujer tuvo más dificultades. Existían prohibiciones estrictas. Por ejemplo, hasta 1912, en Estocolmo, no consiguieron las mujeres participar en los Juegos Olímpicos modernos, a excepción de tímidas exhibiciones de tenis y de patinaje sobre hielo. Pese a sus esfuerzos, en Estocolmo solo les fue permitida la natación, con 42 participantes de nueve países. En la siguiente olimpiada de Amberes, en 1920, las mujeres quedaron todavía prácticamente al margen de la competición olímpica; por lo que en 1921, unas recién fundadas asociaciones deportivas de mujeres, organizaron como protesta frente a la discriminación del Comité Olímpico Internacional, una «olimpiada femenina» en Montearlo; participaron representantes de Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia y Suiza en distintas modalidades deportivas, entre ellas el ciclismo. Tal olimpiada no fue reconocida por el Comité Olímpico Internacional, por lo que fue repetida en 1922 y 1923. A partir de 1928 en Ámsterdam la presencia de mujeres en los Juegos Olímpicos se generalizó.

La mujer, relegada a su condición nutricia, familiar y hogareña, contempló desde fuera la proliferación de nuevas formas de relación humana, de nuevas profesiones, de nuevas costumbres sociales, como asunto que para nada le atañía. Casi ni las contemplo; porque ni siquiera se enteraba de ella. Todo enriquecimiento de la nueva actividad humana, de las relaciones sociales, de nuevas estructuras, especialmente esplendoroso en la Europa y América del siglo XIX con la industrialización, la expansión de la burguesía activa, las comunicaciones, la electricidad, la rápida locomoción, etc., fue absorbido, como formas propias de vida, por el varón. Lo humano —propio del ser humano— se identificó como la propia del varón. La mujer quedaba al margen de esa humanidad. Todo ella se fue reflejando en la legislación, que había establecido ya desde antiguo, desde el derecho romano, una dispar consideración al varón y a la mujer.

Los primeros estallidos de protesta tuvieron lugar a finales del siglo XIX con los movimientos de las sufragistas, que reclamaban valientemente un derecho sustancial que las leyes les negaban precisamente en países democráticos: la capacidad «humana», es decir, como ser *humano*, de elegir sus gobernantes.

En todo este complejo movimiento que llena el siglo XX laten y a veces se hacen patentes las exigencias de una profunda consideración de la condición de la mujer; que es ante todo *ser humano* y después mujer, aunque ambas realidades no puedan separarse sin riesgo de abstracción. Consecuentemente, en cuanto ser humano es igual al ser humano-varón.

Como es obvio, en esta lucha reivindicativa aparecieron formas de emulación y rivalidad que desmesuraron y desvirtuaron el proceso. La injusta discriminación, social, legal, pública, humana, a que había estado sometida la mujer no era consecuencia de una diferencia de naturaleza, sino producto cultural, y en craso error de lógica (en el más riguroso y prístino sentido de esta palabra) —y nunca en los grandes movimientos sociales, y menos en los femeninos, se ha podido encontrar razón lógica— se absolutizó: «toda diferencia —se llegó a decir— es cuestión cultural»; las disparidades psicológicas, relacionales, de actitud ante la vida, etc., son simple producto de una cultura discriminatoria. No importa que la ciencia investigue y compruebe que no todo es tan sencillo: incluso ciencias recientes como la etología vienen a robustecer con sus nuevos métodos de exploración las profundas diferencias de carácter instintivo, pre-cultural, entre hombre y mujer.

En esta tendencia se atribuían exclusivamente a razones culturales-tradicionales las diferencias entre varón y mujer; se llega a sugerir que incluso las mismas diferencias fisiológicas pueden ser consecuencia de un proceso de larga somatización, una lenta y progresiva adquisición por mecanismo conversivo lograda por una humanidad ofuscada en esa línea de diversificación sexual. La moda «unisexo» que invade a partir de la década de las 60 galerías y establecimientos comerciales no es solo una fórmula original ideada por los comerciantes para vender artículos a una generación de jóvenes que gusta de ensayar el rompimiento de las fronteras de la discriminación sexual; es símbolo de un profundo replanteamiento acerca de la realidad

hetero-sexuada de la especie humana; una inauguración de expectativas; un pronóstico de un futuro incierto y quizá profundamente cambiante para la humanidad. Todo ella no va desaparejado de las incógnitas planteadas por la ciencia en temas como la inseminación artificial, la partenogénesis, etc. Se venden con éxito obras de ciencia-ficción que hacen referencia en cualquier siglo entre los años 2.000 y 3.000 a una especie humana a-sexuada, con muy variadas alternativas al acto básico de la procreación.

Me temo que va a ser muy difícil que tales elucubraciones puedan concretarse en realidad. En todo caso pienso que, si ella llegase, más bien habría que referirse a una nueva especie de sujetos, no ya de la especie humana: desde luego no al «homo sapiens» se habría originado un tránsito, una mutación, semejante, pongamos por caso, a aquéllas que desde los homínidos, pasando por los pizcantropus, dieron en el «homo neanderthalensis», ya verdadero hombre. Solo que con la aceleración de los tiempos, puede que en vez de millones de años, tales cambios se realizasen en breves siglos. Pero, ¿habría podido subsistir ese «homo asexuans» (homo «programatus», «transplantatus», «cronometratus», «tediosus», «stupidus») en la terrible guerra contra el otro hijo del «homo sapiens»? (me refiero al robot).

De la profunda discriminación se ha pasado a la lucha reivindicativa, al logro casi pleno de igualdad legal, al desmoronamiento de tradicionales estereotipos acerca de los roles sociales masculino y femenino; y, junto a ello, a una conmoción revisionista de la misma antropología con fuerte contestación a la diferencia hombre-mujer y hasta con presagios de superación de esta dicotomía.

## II

El deporte conoce su gran desarrollo y expansión internacional en la segunda mitad del siglo XIX y sobre todo durante el siglo XX. Los 100 años que van desde 1860, fecha símbolo en la configuración del llamado «deporte moderno» con la constitución de las más importantes federaciones, la esmerada codificación del juego y reglamentación, la expansión internacional, etc., hasta 1960 —década en que con el afianzamiento del gigantismo de los Juegos Olímpicos (Roma, Tokio, Méjico) se puede hablar de una nueva era del deporte que rebasa con mucho los módulos del históricamente llamado «deporte moderno»— coinciden plenamente con la época del desarrollo del movimiento feminista a que nosotros nos estamos refiriendo.

El fenómeno deportivo en la mujer se puede estudiar desde muchos campos científicos y culturales. Naturalmente, desde la medicina ginecológica —la más frecuentada—, desde la biología, la fisiología, la sociología, la psicología, etc. Desde la filosofía el deporte femenino ofrece perspectivas no sustancialmente diferentes del deporte masculino. La mujer que hace deporte es, ante todo, un *ser humano* que asume esa conducta caracterizada por esfuerzo físico de talante lúdico, asumido con más a menos opción competitiva, y que da pie a organizaciones sociales propias, sujetas hay a presiones y tensiones ajenas al deporte, evolucionadas hasta el deporte-espectáculo y el deporte-alto rendimiento. No se diferencia fundamentalmente del varón-ser humano que hace deporte, a excepción de ciertas facetas características en la vertiente espectacular.

Pero si se sitúa la observación en zonas inter-disciplinares entre la filosofía y otras áreas como la sociología, historia, psicología, antropología, descubriremos sugestivas particularidades en la mujer del siglo XX que hace deporte.

En este nivel vamos a continuar nuestra reflexión.

La mujer deportiva en el amplio mundo de la civilización accidentalizada asume toda la vivencia psicológica y sociológica de la lucha reivindicativa femenina. Por eso en el deporte femenino a lo largo del siglo XX se encuentran todas las formas en que se ha manifestado esa lucha. Esta variedad de formas va desde la consideración cualitativa y cuantitativa del deporte femenino en total igualdad con el masculino, hasta el extremo, en alguna manera opuesto, de la utilización de ciertas modalidades deportivas como acentuación de la femineidad, como diferenciación de la mujer. Queda instaurada la bipolaridad feminismo-femineidad. Entre ambos extremos se sitúa una enorme variedad de formas de asumir la conducta deportiva por parte de la mujer.

Los más variados eslogans y racionalizaciones presiden el acceso progresivo de la mujer a la práctica del deporte: El «somos iguales» («nosotras también»), incluso el «somos más capaces», naturalmente cargados de rivalidad y hasta de resentimiento; el «salgamos de casa» o «dejemos la cocina» prototípico del convencional complejo de alienación femenina; el «no queremos seguir frustradas», «queremos realizarnos», etc; Y en otra línea: «el deporte nos favorece como mujeres», «mejora la línea», «mejora el atractivo femenino», etc., acentuando el clásico rol narcisista femenino,... se juntan, se sustituyen, a veces se entremezclan como concausas más o menos conscientes o inconscientes en esta nueva conducta de la mujer.

Pero debajo de las racionalizaciones existen a veces razones menos declarables, como la de «parecerse al varón» o la de «vengarse del varón». No tengo intención de profundizar ahora en este tema concreto a pesar de su atractivo y de su fácil comprensión a partir de los debatidos diagnósticos freudianos de la «envidia de pené», «complejo de castración» y toda la detonante algarabía edipiana. Pretendo solamente constatar la variadísima gama de posibles causas en el esplendoroso movimiento del deporte femenino a lo largo del siglo XX, principalmente en las tres últimas décadas.

Naturalmente junto a las razones específicamente femeninas co-actúan las generales y válidas para varón y mujer, las múltiples razones humanas en favor de la conducta deportiva, especialmente significativa en una época de progresiva sedentarización, maquinismo, masificación; las poderosas razones higiénicas, lúdicas, educativas, desalienadoras que a la mujer, al igual que al varón, le descubre en esas prácticas una especie de nuevo humanismo. También todo esto, quizá con más fuerza que la específicamente femenina, ha llevado a la mujer de nuestro siglo al deporte.

Si este acceso de la mujer a la práctica deportiva no hubiese coincidido plenamente con todo el proceso reivindicativo, con el esplendor de los movimientos feministas, no se plantearían problemas especiales de índole psico-social y de antropología cultural. Pero esta coincidencia ha dado caracteres singulares a la conquista deportiva de la mujer. Naturalmente, incluso el acceso histórico de la mujer al deporte, al margen del movimiento feminista, no pasaría de ser un discutido futurible.

Hoy existe presencia de la mujer en las más variadas formas deportivas incluso en modalidades donde la practica femenina es fisiológicamente contraindicada, tales como el boxeo, ha entrado la mujer; pero solo en minoría no significativa.

La presencia de la mujer en el deporte debe ser principalmente estudiada en el ámbito donde se ha producido una conquista mayoritaria. Esto sucede en gran cantidad de modalidades deportivas. como natación, atletismo, baloncesto, jockey, balonmano, gimnasia, patinaje, esquí, judo, tenis, golf, etc.

Los científicos estudian las particularidades de la conducta femenina en cada uno de estos ámbitos, su rendimiento, aptitudes, problemas específicos, indicaciones y contraindicaciones, etc. A una consideración de acento antropológico, por pequeño que sea, no atañe tanto el detalle de cada especialidad deportiva, ni la curiosidad anecdótica —aunque todos los datos recogidos en ella han de ser tenidos en cuenta— cuanto las grandes tendencias, los movimientos y directrices generales.

Voy a centrarme en algunos de los más significativos, principalmente en el acceso generalizado de la mujer a la alta competición en proporción parecida al varón en relación con la masa de practicantes. En el deporte de alta competición se decanta en alguna manera la quintaesencia del deporte típico de nuestro tiempo. Se aplican las más altas dosis de agresividad, la emulación al grado máxima, el afán de superación y protagonización, características que precisamente se encuadran dentro del rol atribuido por la sociedad al varón. La irrupción plena de la mujer en el deporte, sobre todo en el de alta competición, es casi tan significativa en el proceso de reivindicación y conquista femenina como la efectuada en el mundo del trabajo, precisamente por los trazos psicológicos con que está definido el deporte de alta competición.

Aplazo para ulterior estudio, aunque no quiero dejar de registrar aquí, dos hechos también significativos muy característicos de los últimos años: la presencia plena de la mujer en el movimiento masivo denominado «jogging» («running», «footing»), típica forma simplificada de hacer deporte al margen de las clásicas estructuras codificadas de club-federación, en el ámbito del denominado «deporte popular»; y finalmente, una curiosa aunque muy reciente nueva moda bastante generalizada en la mujer en Estados Unidos y otros

países, concretada en una línea deportiva hasta hace muy poco reservada al varón: los concursos de musculación.

### III

A lo largo de los últimos 50 años se han ido generalizando las investigaciones en diversas áreas científicas, acerca del hecho deportivo femenino. La preocupación que primeramente tuvieron los especialistas en el estudio del deporte acerca de la virilización de las mujeres deportistas, de los riesgos fisiológicos, específicamente ginecológicos, que comportaban tales prácticas, motivaron una rápida implantación de estos estudios. Por su parte, las protagonistas del hecho deportivo femenino impulsaron como reacción y con preocupación apologética semejantes estudios, primeramente en los citados campos científicos y posteriormente en la casi totalidad de ciencias antropológicas, humanas y sociales. Finalmente, superadas posturas en favor o en contra, un amplísimo espectro de investigaciones objetivas ha constituido un campo definido dentro de la ciencia del deporte.

En las áreas científicas más cercanas al presente estudio, o sea en las ciencias de la conducta y sociales, figura entre los temas que más insistentemente se han tocado la búsqueda de diferencias significativas entre varón y mujer deportista en la motivación, en las actitudes, en la ansiedad pre y post-competitiva; se profundiza en el auto-concepto y en la identificación con los roles sociales por parte de las deportistas. Estos estudios llenan toda la década de los 70.

Emma Gueron y Z. Dimova (1972) exploraron algunas diferencias psicológicas entre hombres y mujeres en el deporte de alta competición. Entre otras peculiaridades y como distintivo básico y consciente de actitudes cabe registrar los resultados de respuestas a la pregunta: «con qué ayuda supera usted las dificultades». La mayoría de los hombres (70 por 100) respondieron: «solo, sin ayuda ajena», mientras que el 67 por 100 de las mujeres dieron la siguiente respuesta: «con ayuda del entrenador». «Esta respuesta —señalan los autores— es expresión de un rasgo típico de las mujeres gimnastas: falta de seguridad en sí mismas».

Respecto a las cualidades psíquicas en general, se puede decir que en los hombres gimnastas tienen mayor significación las combativas y en las mujeres las intelectuales. «Las exigencias de las gimnastas en la actividad deportiva no son las mismas que las de los gimnastas. Se diferencian entre sí, no solo en cuestión de grado, sino de contenido. Parece evidente que las exigencias son mayores en las gimnastas: su resultado psíquico y su actividad psíquica son una fuente de dificultades; tienen que ser regulados voluntariamente. Hemos constatado en las gimnastas las siguientes peculiaridades: falta de seguridad en sí mismas; reactividad impulsivo-agresiva, lo cual aporta una resonancia emocional positiva ante los obstáculos y al mismo tiempo angustia ante las dificultades desconocidas, así como posición defensiva ante la competición».

Por su parte, Emma Gueron, conjuntamente con I. Schabanska y D. Kolewa (1973) han investigado con mujeres atletas de alta competición. Hay hallazgos análogos y otros diferentes con respecto a las gimnastas. «Las atletas —afirman los investigadores— se diferencian absolutamente de los hombres en su actitud emocional en la competición; pero a diferencia de las gimnastas, esta actitud es estable no cambia en el curso de la competición».

Semejantes diferencias en estas y otras características psicológicas se siguen detectando en las investigaciones de estos últimos años.

J. M. Lecumberri (1973) ha estudiado un aspecto muy significativo: «la actitud de la mujer ante el riesgo deportivo. He aquí algunas de sus conclusiones:

1. «En la mujer española de clase media se encuentra una actitud positiva ante el riesgo de tipo ideológico, como se muestra en la encuesta realizada, y en las actitudes desiderativas ante los deportes».
2. «El hecho de que el riesgo en un alto porcentaje se considere virtud masculina manifiesta un sentimiento de inferioridad de la mujer en el momento actual».
3. «De las dos anteriores, se deduce un intento de identificación de la mujer con las características masculinas».

4. «En la praxis, a pesar de las actitudes ideológicas dichas, la mujer tiene una clara inhibición ante las actitudes arriesgadas; siendo sus comportamientos conservadores».
5. «La mujer, en la actualidad, tiene una situación conflictiva, vive un momento de paso entre un exceso del desarrollo súper-inhibidor y la liberación consciente. Esto crea en ella una situación de choque cultural, por insuficiente asimilación de patrones de conducta de una nueva cultura».

Los impactos de la modelación socio-cultural y la dificultad de distinguir cuáles sean las actitudes psicológicas propiamente femeninas, diríamos femeninas por naturaleza, y cuáles las internalizadas en cada individuo por presión del modelo cultural, se evidencian cada vez más en este tipo de investigaciones.

Dorothy V. Harris (1976), a partir de sus propias investigaciones y bien documentada en otros estudios en la misma línea, expresa: «Debido a que el papel que se espera de la feminidad en la sociedad americana está reñido con el éxito, la mujer orientada al éxito se frustra, la falta de aprobación social y de reforzamiento positivo tienden a rebajar el motivo de éxito entre las mujeres y a perpetuar la dependencia pasiva. Kagan y Moss informaron que los jovencitos adolescentes continúan luchando por el éxito a pesar de la posibilidad de fracaso, mientras que las mujeres son más propensas a abandonar. Atribuyeron esta conducta al hecho de que culturalmente la mujer posee la opción de abandonar mientras que el hombre no». Bardwick sugirió que las mujeres desarrollan motivos de éxito, pero que difieren de los de los hombres en que las mujeres tienden a fusionar la necesidad de éxito con la necesidad de afiliación. Por tanto, utilizan la necesidad de éxito como un medio para asegurar la aceptación, el amor y la aprobación.

El tema de la agresión es especialmente significativo, tanto por considerarse clásicamente piedra de toque en la diferenciación entre masculinidad y feminidad, como por ir estrechamente vinculada a todo tipo de conducta deportiva. En deportistas practicantes de modalidades aparentemente nada agresivas se han descubierto altas dosis de agresividad. Así América López de Gouverneur en su estudio sobre «el perfil psicológico del nadador sudamericano» (1973) sobre la muestra de nadadores de alta competición de varios países del área geográfica, detecta «marcada agresividad extra-punitiva»..., «alta agresividad en sus relaciones interpersonales». Numerosísimos estudios confirman esta tesis.

Los resultados en investigaciones diferenciales patentizan las diferencias en la forma agresiva de las mujeres y de los hombres deportistas. No se trata de más o menos, sino de diferente modo. «Mientras que las niñas no son tan idóneas —resume D. Harris (1976)— para demostrar un comportamiento agresivo físico abierto como los niños, tienden a manifestar la agresión por otros caminos. Ellas se vuelven “cuenta-chismes”, utilizan flechas y hondas verbales, y se apartan de la amistad y del afecto». De nuevo se remite a Bardwick (1971), para quien las niñas están menos dispuestas hacia la agresión, especialmente la de carácter físico abierto. Sears (1965) en sus investigaciones clásicas sobre la agresión en los niños ya había constatado niveles de conducta agresiva más altos y consistentes en los varones que en las niñas.

D. Harris se afirma en la postura más generalizada en las décadas de los 60 y 70 acerca de los roles asumidos por mujer y varón a partir de los estereotipos sociales teoría fuertemente robustecida con el sólido material para sociólogos y antropólogos a partir de los estudios realizados en tribus de Nueva Guinea por Margaret Mead (1939), la cual concluye que la naturaleza humana es increíblemente maleable<sup>3</sup>. La mayor parte, si no todos, los rasgos de la personalidad que se han llamado «masculina» y «femenina» no están más ligados al sexo que los vestidos, las maneras o el tipo de peinado que la sociedad endosa a cada sexo en un periodo determinado.

Prácticamente todos los estudios realizados en el terreno de la agresividad confirman la convicción de que entre las diferencias claramente constatables resalta el carácter más físico, directo, de la agresividad masculina. probablemente como un aspecto de la mayor autoconciencia dominante del varón en la sociedad.

En un estudio acerca de las «diferencias psicológicas entre atletas superiores masculinos y femeninos» presentado por M. Vanek y V. Hosek en el tercer Congreso de la Sociedad Internacional de Psicología del Deporte celebrado en Madrid, se concluye que las mujeres difieren significativamente de los hombres en 6 de los 16 factores estudiados según el cuestionario de Cattell. Entre ellos destaca precisamente la mayor

---

<sup>3</sup> También reforzaron esta tesis las conclusiones etnológicas de Morgan, Levi-Strauss Malinowsky.

*dominancia* del varón, es decir, agresividad, independencia, seguridad en sí mismo, dureza, persistencia: las mujeres se muestran más sumisas, es decir, dependientes, convencionales, infantiles, blandas. También ofrece diferencia significativa la mayor tendencia paranoide en la mujer, la cual conecta con rasgos como envidia, suspicacia, autosuficiencia, irritabilidad y alejamiento. Los atletas masculinos tienen ventaja en la adaptabilidad caracterizada por rasgos como confianza, apertura, tolerancia y permisividad. En el inventario de Eysenck se hallaron diferencias solo en el factor *estabilidad*. Las mujeres son más labiales, poseen más sentimientos neuróticos. Según el test Mittennecker-Tolman, los citados autores hallaron diferencias significativas en 7 de los 9 rasgos investigados. Las mujeres son menos auto-criticas, menos extrovertidas y más neuróticas, depresivas, esquizoides y con mayor labilidad neurovegetativa.

En general, todos estos resultados suelen coincidir con la común atribución a la mujer y al hombre de sus respectivos papeles y con la opinión más generalizada al respecto. Así se expresan E. W. Gerber, J. Felshin y coautores, en la obra «The American woman in Sport» (1974): «Las mujeres son evaluadas de acuerdo con las ideas acerca de lo que se considera femenino, cuya internalización en cada individuo y su capacitación para cumplir los valores adscritos a la feminidad son frecuentemente considerados como buena autovaloración.»

La mujer atleta —la mujer deportista, sobre todo en la alta competición— se ha topado generalmente con un conflicto en su auto-identificación, en su autoestima al no coincidir su afición y entrega deportiva con los roles femeninos de la sociedad. En la obra recientemente citada los autores aportan la expresión-resumen de Loggia. «La histórica elección ha sido simple: mujer o atleta. La elección de lo segundo supone el riesgo de censura —el peyorativo apodo de “chicazo” para la niña, “lesbiana” para la mujer— además de sufrir la paradoja de que cuanto más se hace mujer menos se acepta a sí misma.

Todavía en la década de los 70 en muchos países considerados como socialmente avanzados subsisten los viejos estereotipos. Así Bill Gilbert y Nancy Willianson encabezan su celebre informe «Sport is unfair to women» (Sport Illustrated, junio 1973): «Puede haber peores formas de prejuicios en los Estados Unidos, pero no existe un ejemplo más agudo de discriminación hoy en día que el que tiene lugar contra muchachas y mujeres que toman parte en deportes competitivos, que desean tomar parte o que lo desearían si la sociedad no lo menospreciase tan obstinadamente». El doctor David Auxter, citado en el mismo informe, opina: «Cuando hablamos de femenino» pensamos en algo sumiso, no participante, inmaduro, en una persona que carece de un vigoroso sentido de propia identidad, en quien languidecen las ambiciones y objetivos de la vida». Se ha llegado incluso a afirmar tajantemente: «Vemos el deporte como un campo para los hombres y para las mujeres homosexuales» (Hart (1971) citado por E. W. Gerber).

Pero tampoco han faltado personas clarividentes que ya desde comienzos de este siglo afirmaban lo contrario, como Georges Hebert, fundador del famoso «método de educación física viril (¡) y moral», el cual escribía en 1919: «La experiencia prueba que todo lo que el hombre ejecuta de duro, como trabajo o ejercicio, es igualmente ejecutado algún día, con la estupefacción general, por una persona del sexo femenino... Son los prejuicios los que nos hacen considerar a la mujer como un ser aparte, físicamente inferior a su compañero varón. Es la educación la que crea las diferencias de aptitudes físicas, las cuales se acentúan con la edad, hasta llegar a ser irremediables» (citado por Marguerite Audemars. 1979).

Existe una inmensa literatura, desde las antiguas apreciaciones intuitivas hasta recientes constataciones sociológicas y psicológicas, coincidentes en diagnosticar la afición atlética, deportiva, como masculinizante, menos femenina.

En el Symposium Internacional sobre «Psychological Assessment in Sport» celebrado en Israel (1978) D. Harris ha presentado una serie de investigaciones recientes realizadas conforme al original «Personal Attributes Questionnaire (P.A.Q.)» de Helmreich and Spence (1977) elaborado a partir de una nueva concepción en la escala de masculinidad v feminidad. No es posible entrar aquí en disquisiciones y detalles de esta técnica. La autora de la comunicación citada resume algunos resultados, principalmente en cuanto a la disminución del conflicto entre los roles mujer y atleta: «Es alentador —dice— que las atletas que habían sido consideradas como «menos femeninas» según los tradicionales tests de personalidad, pueden ser clasificadas como andróginas y/o masculinas según el P.A.Q. y manifiestan significativamente un mayor

nivel de autoestima que las consideradas femeninas o indiferenciadas<sup>4</sup>. Tradicionalmente se había considerado que las mujeres que se representaban a sí mismas más bien alineadas dentro de una conducta típicamente masculina, tendrían inferior autoestima», «Las mujeres que han desarrollado un sentido de autonomía y positiva auto-estimación pueden ser más aptas para seleccionar sus roles y para disfrutar una libertad de elección (incluido el ser atleta de competición) sin experimentar conflictos y una inferior auto-estimación. En resumen, la intensidad del conflicto entre los roles de ser mujer o ser atleta está desapareciendo.»

Resumiendo: Evolucionan muchos roles clásicamente atribuidos a la mujer. ¿Podrán modificarse todos ellos? ¿Podrán incluso llegar a intercambiarse? Recordemos la célebre costumbre de una tribu de indios donde, al nacer el niño, el padre se mete en cama, sufre y se queja, mientras que la madre, recién parida, pasa inmediatamente al trabajo. No han podido intercambiarse los roles biológicos de dar a luz; pero todo el rol psicológico y social que le acompaña se ha transmutado. He ahí hasta dónde puede llegar la cultura.

Quizá en los momentos actuales el núcleo exegético, el nudo gordiano para acceder a una acertada interpretación del deporte femenino —como de otras actividades de la mujer, entre ellas el mundo del trabajo, la función pública, etc.— se sitúa en este planteamiento: La ciencia confirma diferencias psicológicas significativas entre deportistas masculinos y femeninos. Se va apreciando cierta disminución en tales diferencias. ¿Hasta dónde estas diferencias brotan naturalmente de la condición femenina o son internalización (convertida en segunda naturaleza)— de los papeles atribuidos socialmente?

El acceso de la mujer a la intensa competición deportiva señala una de estas asunciones de roles hasta hace poco consideradas como típicamente masculinos.

#### IV

Como instrumento mental que ayude a orientar las variadísimas respuestas que puedan darse a esta cuestión central, valgan unas reflexiones: Los grandes movimientos sociales suelen tener un desarrollo, un crecimiento, culminación y acabamiento en cierto modo parecido a la ontogénesis individual. Muchas veces a mitad del camino en su propio desarrollo se desvirtúan y no llegan a culminarse con la deseada maduración. La forma en que muchas feministas hacen que se estereotipe el movimiento femenino reviste cierta inmadurez, cierta fijación en estadios primerizos. Así el movimiento paso por un periodo de comprobación de las enormes desigualdades y la lucha directa contra tales desigualdades, la rivalidad contra el varón situado en sus privilegios. Las igualdades se concedieron, se abrieron las puertas a las mismas opciones; pero aquel talante de enfrentamiento y rivalidad no ha logrado ser superado por muchas; persiste un tono afectivo, un saber social propio de aquellos periodos de desarrollo; es como dos hermanos rivales que en su infancia tuvieron mutua incompatibilidad, envidia y, llegados a la adultez, en vez de acceder a la plena posesión del sentido fraternal, subsisten en sus discrepancias infantiles y en tal dinamismo infantil queda establecida su dinámica de mutua relación: hay una fijación infantil<sup>5</sup>.

Quizá sirvan para ayudar un poco a la evolución de ciertas actitudes feministas bloqueadas, estereotipadas, no evolucionadas, y muchas de ellas precisamente vigentes en el ámbito deportivo, algunas consideraciones sobre machismo-feminismo. Por ejemplo, la hipótesis que sigue: La mujer pasiva, débil, dependiente, ¿no será un estereotipo cultural lentamente adquirido por una sociedad no rigurosamente machista (dominada por

---

<sup>4</sup> La terminología usada por Helmrich y Sperice presenta cuatro tipos dentro de la escala bipolar masculinidad-feminidad cuya descripción y razón clasificatoria supondría explicaciones que rebasan la mera cita que aquí nos interesa.

<sup>5</sup> Agudamente analiza este problema Carlos Castilla del Pine: «Por varias razones es difícil lograr la superación del punto de vista feminista. La primera, por cuanto no es fácilmente hacedera la liberación en el planteamiento de las formaciones agresivas secundarias. La segunda, porque subconscientemente la mujer adopta como modelo —equivocadamente— al hombre, identificándose de esta suerte con el represor. Por ello, es frecuente ser cómo la feminista envidia al varón, al mismo tiempo que lo agrade. El hecho es por demás coherente, pues la identificación con el represor es un proceso habitual tras la regresión que impone el sujeto que reprime al sujeto reprimido. Por otra parte, la mujer no ha encontrado todavía su propio ideal del yo. Y equivocadamente, repito, ha adoptado el ideal del yo del s'arón, que en una sociedad anómico-competitiva no es precisamente un objetivo psicológicamente productiva. La «moral del éxito» compone uno de los patrones más destructivos de la sociedad de consumo» (1971).

el macho prototipo) sino determinada por machos inseguros, inacabados, inmaduros? No he conocido a ningún varón profundamente seguro de sí mismo (no entendido en el sentido de petulancia, sino hondamente identificado con su propio rol de hombre-varón) que tema a una mujer dominante, activa y fuerte. He conocido a muchos varones preocupados constantemente en proclamar la seguridad en sí mismos — profundamente inseguros— que defienden enérgicamente el papel pasivo, secundario, débil de la mujer.

La llamada «sociedad machista» ¿no ha sido más bien una sociedad definida principalmente por este tipo de hombres, quienes en su inseguridad se han afanado históricamente por el mando, han proclamado constantemente sus fuerzas y han radicalizado las expectativas sobre muchas funciones sociales? Aquí aparece esbozado un tipo de prohombre bastante clásico, la misma política profesional que hombre de mando en negocios, ambicioso de poder, profundamente inseguro (con egregias excepciones; puesto que el hombre extraordinario, consciente de su natural liderazgo, ambiciona poder, pero no desmesuradamente, ya que su ambición está en «medida», en línea con su propia capacidad), hombre que necesita el poder para sentirse fuerte, que propende al despotismo en cualquier ámbito público a privado, que lógicamente tuyo que reprimir a ese enorme gremio —media humanidad— biológicamente fortísimo, que son las mujeres; al igual que siempre temió y reprimió a otros gremios fuertes como los filósofos a los intelectuales.

Tales políticos u hombres de influjo, los que generalmente en la historia desearon y detentaron uno u otro tipo de poder —pocas veces coincidentes con los más competentes— fueron creando en la sociedad los modelos y expectativas convenientes a la perduración de su poder. La mujer fue la más extensa víctima.

He ahí una sugerencia para un planteamiento crítico más profundo acerca de la sociedad machista y también para la revisión a evaluación de tradicionales presupuestos feministas. No es el hombre-varón contra quien deben reivindicar, sino el pseudo varón, el acomplejado profundo, el gritador de virilidad, el exhibidor de varonía (don Juan), quien reprime a la mujer y pretende reprimir al auténtico varón, y de cuyo mando en la historia se han seguido tantos descalabros.

La revolución feminista sería más profunda, más universal, válida igualmente para los varones, si se replantease a partir de una revolución básicamente *humana* (no simplemente mujeril ni varonil; ni tampoco una superficial revolución al modo clásico político), a partir de una revisión profunda de los valores humanos y del sistema de valores y procedimientos por el que se organiza, se estructura, se legaliza y se jerarquiza la sociedad. La injusticia femenina fue consecuencia de una progresiva des-jerarquización a subversión de valores humanos. Pero la mujer no fue la única víctima; hubo otros gremios.

El varón cabal y la **mujer cabal**: es decir todo varón y toda mujer en cuya conducta, en cuyo auto-concepto, en cuyas expectativas y en cuya disponibilidad está en primer lugar la humano, pero con total asunción de su condición de varón o de mujer, debe ser el paradigma de una sociedad verdaderamente humana. Solo a partir de este modelo se puede aspirar a una re-jerarquización profunda, una de cuyas consecuencias será la igualdad *humana* de los sexos con todas sus consecuencias.

El conjunto de los estereotipos tradicionalmente dominantes en la sociedad occidental y accidentalizada, podría resumirse en el esquema: *hombre inseguro-mujer débil*. El esquema se vistió de diversas racionalizaciones, tales como: hombre dominante-mujer sumisa; hombre activo-mujer pasiva; hombre inteligente-mujer sensitiva; hombre protagonista-mujer complemento, hombre fuerte-mujer débil. Las naturales diferencias constitucionales, biológicas y, consecuentemente, psicológicas propiciaban estas radicalizaciones. No toda diferenciación fue meramente producto cultural. Pero la cultura facilitó la definitiva simplificación, la radicalización. Todo ella se fue decantando en estereotipos y criterios sociales, en obligaciones, prohibiciones y tabúes, los cuales a su vez se internalizaban en cada individuo, quien asumía su rol conforme a los criterios imperantes.

La última nacionalización en la lista anteriormente expuesta, *hombre fuerte-mujer débil*, indudablemente alimentada por la importancia que las capacidades de ejecución del aparato locomotor han tenido en la gestación de la historia a través de la guerra física, es la que facilitaría también la adscripción de la actividad deportiva al modelo varón. El deporte, sobre todo entendido como eficiencia de ejecuciones físicas, se fue configurando como tarea típicamente varonil. En los Juegos griegos participaban solo varones. Ni siquiera como espectadoras estaba permitida la presencia de la mujer, a excepción de algunos periodos (conviene

recordar que los Juegos Olímpicos antiguos duraron casi 12 siglos y tuvieron lugar muchos cambios y renovaciones en su desarrollo). Hubo en alguna época competencias para muchachas, pero carecieron de significación y siempre tuvieron carácter de juegos paralelos, complementario a imitativos. El protagonismo deportivo ha estado siempre en el hombre (las «amazonas», guerreras y luchadoras, suponen una excepción). Todos los juegos violentos, como los de pelota de la sociedad maya, eran ejecutados solo por varones. No es propio de las limitaciones de esta comunicación alargarnos con datos históricos que son sobradamente conocidos. Precisamente la protagonización de la conducta física violenta, tanto en guerra como en deporte, por parte del varón, ha determinado en casi todos los idiomas un acercamiento de significado de los términos «violento» y «viril».

Se explica lo costoso que está resultando a la mujer su lucha por el pleno acceso al deporte durante el siglo XX, dadas las antiquísimas y densas raíces que éste tiene en los cotos del varón.

El deporte, que es una manera de vivir activamente la propia corporalidad, o, en otras palabras, es una conducta de íntegra participación humana (espiritual y corporal), se ha centrado principalmente en una constatación de resultados. Los «récorde», goles, medallas, listas de campeones, han encasillado la conducta humana deportiva en solo una de sus formas de expresión y esta manera de entenderse el deporte ha adquirido carácter de exclusividad. El célebre enunciado del P. Didon «citius, altius, fortius», asumido por el barón de Coubertín y elevado a la categoría de lema olímpico, ha acentuado dentro del movimiento quinta-esencial del deporte del siglo XX este carácter exclusivo. Indudablemente el lema tal cual le asumió Coubertín tiene un neto significado espiritual; afán de superación humana, ideal de mejoramiento. Pero tal lema no puede aislarse del contexto ambiental en el que se desarrolla el deporte del siglo XX, con la exaltación del record, del campeónismo, con el predominio del deporte cuantificado, enmarcado éste a su vez en una sociedad de rendimiento, competitividad y consumismo. Por ello este lema, que prácticamente (ahí están los resúmenes y datos de las olimpiadas) conduce a una glorificación de la mera eficiencia deportiva, cuantificada en resultados, es hoy insuficiente para entender el deporte: más bien puede considerarse como perjudicial para la evolución hacia un deporte humanísticamente adaptado a nuestro tiempo.

Considero útil volver a la consideración del doble plano de instalación en la vida que tiene la persona: como ser humano y como varón o hembra. Hoy por hoy, mientras la especie no sufra radical mutación, no se puede ser «humano» sin ser varón a mujer. Y el varón biológicamente, y por consiguiente psicológicamente, vitalmente —puesto que la psique es biología humana— es distinto de la mujer, o la mujer distinta del varón. Para cualquier replanteamiento antropológico honesto —y es hora de acceder a serenos replanteamientos antropológicos y filosóficos, una vez superadas las resacas de rivalidades y reivindicaciones— hay que partir de esta gran verdad epistemológica. La virulencia de las luchas feministas, justificada por poderosas razones, domina aún el talante de muchos estudiosos del tema femenino. Y es triste que este talante impida profundizar con más objetividad en un asunto en el que tanto se juega la humanidad entera<sup>6</sup>.

Por eso, accediendo a algunas conclusiones prácticas, no soy partidario de competiciones abiertas entre varones y mujeres. Me refiero al deporte de alta competición, no a la práctica de simple diversión deportiva, de expansión ociosa o de carácter educativo. En competiciones medidas por cronometro y centímetro o en las basadas en eficiencias contabilizadas de potencia, velocidad y fuerza (futbol, baloncesto, balonmano, hockey, etc.) tiene ventaja el varón. Su aparato locomotor está mejor preparado para tales eficiencias: tiene más tono muscular; más eficacia en tracción y flexión; más capacidad respiratoria, etc. (no voy a extenderme en realidades anatómo-fisiológicas ampliamente conocidas).

Por ello en los deportes cronometrados y medidos, los «ranking» masculinos y femeninos acortaron notablemente sus diferencias en la época de pleno acceso de la mujer al deporte. Pero una vez lograda un alto nivel técnico en muchas modalidades por parte de la mujer (natación, atletismo, etc.), las diferencias se estabilizaron; se ha impuesto la barrera de las disparidades constitucionales. El hombre obtiene mejores

---

<sup>6</sup> En el extremo del apasionamiento, de la justificación, los movimientos del lesbianismo radical han llegado a afirmar: «En esta sociedad sexista, para que una mujer sea independiente no puede ser mujer, tiene que ser “dyke”». Ello nos indica a dónde han venido a parar las mujeres. Expresan de la forma más clara posible: «mujer y persona son dos términos contradictorios». (Citado por E. W. Gerber...)

resultados en las competiciones cuantificadas. No significa que el hombre sea mejor deportista que la mujer. Lo que pasa es que el deporte es inmensamente más rico que las formulas actualmente preponderantes del deporte medido. No se puede establecer comparación entre las calidades de «La Gioconda» y de «El juicio Final» por su diferente tamaño; son incomparables entre sí.

En muchas modalidades deportivas se puede establecer la participación indiscriminada entre hombres y mujeres. Pero el realizar pruebas conjuntas en deportes de implacable cronómetro o centímetro, señalaría un aparente predominio del hombre sobre la mujer; predominio que, en realidad, biológicamente, humanamente, no existe.

Pienso que quienes opinan que el indiscriminado acceso de la mujer a la alta competición mezclada con el hombre es la definitiva consagración de su igualdad en el deporte, consiguen a la larga el efecto contrario: la aparente superioridad del hombre sobre la mujer en el deporte.

El último y definitivo paso —sí es que hay algo definitivo en el devenir humano— en la igualdad de la mujer con el hombre no consiste en la desaparición de diferencias tanto individuales como sociales; sino, primeramente, en la igualdad de consideración como persona, de derechos y deberes como persona, de dignidad como persona: y, segundo, en la aceptación de indeclinables diferencias constitucionales, psicológicas, vitales. Precisamente a quien asume su condición de varón o de mujer con plenitud humana tales diferencias no le preocupan. Pienso —y respeto cualquier opinión diversa— que una de las mayores razones de vivir en este mundo es que nos diferenciamos los hombres y las mujeres.

El conflicto existente en la mujer deportista ante su doble auto-identificación, al cual ya se ha hecho alguna referencia. Se resolverá en parte con la superación de la identidad «deportividad-masculinidad» pero también con la autoafirmación de la mujer en una deportividad femenina, sin complejos, con clara aceptación de su propia condición. Pero este deporte no puede ser juzgado por una de sus más secundarias realizaciones: la medición de meras ejecuciones, la cuantificación de resultados.

Dentro de los actuales programas de defensa de la «calidad de vida» está la recuperación de las singulares *calidades* humanas del deporte, mucho más hondas, ricas, fecundas que los simples resultados competitivos. En esa línea le toca a la mujer una importante tarea; como le toca al hombre.

Cómo abordar pedagógicamente, psicológicamente, estructuralmente, esta tarea de transformación valorativa del deporte, es ya otro tema que rebasa nuestra presente reflexión.

### **ULTIMA CONSIDERACION**

Reitero mi anuncio de reemprender el tema del deporte femenino a partir de otros dos temas sugestivos: Primero: la masiva incorporación de La mujer al movimiento «jogging». Es un fenómeno que abre enormes perspectivas sociales y que va a traer importantes modificaciones en la auto-consideración de la mujer como deportista. Probablemente supone un replanteamiento profundo de la manera de entender el deporte en nuestra sociedad; y segundo: la proliferación en países muy desarrollados de los concursos femeninos de musculación. Es un tema sorprendente y por ello especialmente apasionante. Las mujeres deportistas siempre han defendido que su actividad deportiva no cambiaba la apariencia física, que en la mayor parte de modalidades deportivas la morfología femenina podía acentuarse, pero no evolucionar hacia la apariencia de pretensión muscular varonil. Los concursos de misses que con frecuencia han acompañado al de «mister músculo» no eran valorados según la mayor masa y señalamiento muscular. Pero este último movimiento parece alterar el criterio. La mujer también buscaría su máxima musculación. Se anuncia que la considerada campeona mundial de estos concursos, Lisa Lyon, de musculatura reciamente marcada, va a salir en la portada de la revista «Play Boy»; esto supone un pronostico de alteración de los modelos de belleza, de exhibicionismo comercial del cuerpo femenino; y aunque estas costumbres más o menos exhibicionistas no son propiamente deporte, sin embargo, tienen que ver profundamente con él, por tratarse en el fondo de una manera activa de vivir, sentir y experimentar el propio cuerpo. La expectativa sobre aspectos físicos de la mujer ¿cambia?, ¿cambia acaso la catexia corporal de la mujer?, ¿es solo una moda pasajera? una serie de hechos sociológicos invitan a estudiar con atención el tema.

Volviendo al asunto de nuestra reflexión, pienso que después de que las mujeres hayan logrado la plena *igualdad* como seres humanos y se hayan superado todos los reflejos sociales derivados de tantos siglos de desigualdad, será hora de reconsiderar sin complejos y de asumir con plenitud la *diferencia* sexuada que nos distingue. No sé a qué grado de humanidad tediosa, robotizada, definitivamente alienada se llegaría si, por entendimiento parcial de la lucha reivindicativa de la mujer o por estancamiento en estadios pasajeros de esa lucha, se accediese a una disminución en la diferenciación sexual. Habría que pensar en un retroceso en la filogénesis, incluso en la escala zoológica.

Los hallazgos y atinadas reflexiones de los etnólogos hace 40 años acerca de la maleabilidad de la conducta humana y el determinismo cultural de los roles, descubiertos al mundo occidental desde el estudio de culturas primitivas, deben ser complementados con los hallazgos más recientes de los etólogos en sus estudios de la conducta humana *pre-cultural* —también en pueblos primitivos—. Los etólogos no detectan «culturas» primitivas, sino conductas humanas casi anteriores a la cultura; diríamos, las pautas de comportamiento mitad animal, mitad humana del hombre, que es filogenéticamente la capa de conducta relacional más antigua que éste tiene. Y en ellos han encontrado neta diferenciación de los papeles masculino y femenino: división de roles: ritualizaciones en las que la mujer se afirma como mujer y el hombre como hombre; pautas de comportamiento erótico con papeles diferenciados y estables, etc. (Eibl-Eibesfeldt.)

Esta instalación en la realidad sexuada con todas sus consecuencias es antiquísima en el hombre. No es nada extraño, puesto que ya en los animales la neta diferenciación y conducta individual y grupal de macho y hembra, se constata en abrumadora mayoría de especies, como ya manifestaron los primeros etólogos de la conducta animal (Lorenz, Tinbergen, etc.).

En la historia de la filogénesis zoológica la diferenciación de roles no es cultura. Allí la cultura no pudo diferenciar nada. En la historia de la humanidad, la cultura —cuyo límite preciso con la naturaleza parece imposible de establecerse— ha deformado muchas cosas, ha introducido artificialmente otras, enriqueciendo y a veces empobreciendo. Pero la diferenciación de roles no es precisamente una innovación cultural. La innovación-deformación ha podido estar en el mal reparto de algunos, en la introducción caprichosa o explotadora de otros. Uno de los tenebrosos riesgos —vestidos de modernidad— que existe actualmente es, precisamente, el establecimiento de una moda cultural que haga desaparecer la diferencia sexuada.

En la revisión crítica de tales roles, en su reajuste y redistribución conforme al papel humano-biológico, humano-social y humano-sexual que a cada uno corresponda, debe aplicarse el máximo rigor.

Claro que tamaña empresa, por lo que se ve, no es nada fácil.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS DEL CAPITULO VI

1. AUDEMARS, M.: *Hébertisme et Gymnastique feminine de 1919 a 1979* en «La Gymnastique Volontaire», n° 9, diciembre 1979.
2. CASTILLA DEL PINO, C.: *Cuatro ensayos sobre la mujer*, Alianza Editorial, Madrid, 1971-1972.
3. EIBL-EIBESFELDT: *Amor y odio (Historia natural de las pautas elementales de comportamiento)*. Ed. esp. Siglo XXI Editores, México. 1972.
4. FERNÁNDEZ DE MISA LIAÑO, R.: *Mujer y Deporte*, en «Cátedras Universitarias de tema deportivo-cultural», Junta Nacional de Educación Física, La Laguna. 1971,
5. GERBER, E. W.; FELSHIN, J. (y otros): *The American Woman in Sport*, Addison-Wesley Publishing Company, 1974.
6. GILBERT, B.; WILLIAMSON, N.: *Sport is unfair women*, en «Sport Illustrated», 4 junio 1973.
7. GUERON, E.; DIMOVA, Z.: *Einige Psychologische besonderheiten der Franen-Turnerfnen*. Europäiser Kongress für Sportpsvchologie, Hofmann Verlag-Schondorf. 1973.
8. GUERON, E.; SCHABANSKA, T.; KOLEWA, D.: *Forschungen uber die psvchischen Besonderheiten der Frauen- Wettkampferinnen in der Leichtathletik*, Europäiser Kongress für Sportpsychologie, Hofmann Verlag-Schondorf, 1973.
9. HARRIS, D.: *Involvmenr in sport*, en la edición española. *¿Por qué hacemos deporte?* Lea and Febiger, Philadelphia, USA, y Edit. Jims. Barcelona. 1976.

10. HOWE B. L.: *Sex differences of High School Athletes in group cohesion and goal orientation*, IV Congress of the International Society of Sport Psychology, Prague, 1977.
11. LECUMBERRI, J. M.: *Actitud de la mujer ante el riesgo deportivo*. Congreso Internacional de Psicología del Deporte. Madrid. 1973.
12. LOPEZ DE GOUVERNEUR, A.: *Perfil psicológico del nadador sudamericano*. no publicado.
13. LOPEZ IBOR, J. J.: *El libro de la vida sexual*, Ediciones Danae. Barcelona, 1968.
14. MARIAS, J.: *La mujer en el siglo XX*, Alianza Editorial, Madrid. 1980.
15. MEAN, M.: *Sex and Temperament in three primitive societies*, from the South Seas. New-York, Morrow, 1939.
16. SEARS, R. R.: *Identification and child Rearing*, Stanford, California, Stanford University Press. 1965.
17. VANEK, M. CRATTY, B. J.: *Psychologie sportive et compétition*, Editions Universitaires, 1972.
18. VANEK, M.; HOSEK, V.: *Psychologic differences between men and women superior athletes*, III Congreso Mundial de la Sociedad Internacional de Psicología del Deporte, Madrid, 1973.

## VII. EL DEPORTE EN LA EDUCACIÓN PERMANENTE

En este último cuarto del siglo XX es casi unánime el diagnóstico. La universidad está en crisis la escuela está en crisis. Hay crisis de educación.

No son impresiones caprichosas. No es una simple moda, una variante más del derrotismo imperante en nuestra época. Existen análisis críticos, estudios rigurosos en las distintas áreas de la educación que prueban que, efectivamente, hay crisis en los estudios universitarios, que las estructuras académicas vigentes no sirven; la hay en la escuela en sus diversos grados. ¿Es estructural, es coyuntural? ¿Se trata más bien de una crisis de valores del hombre que, consecuentemente, incide en la insuficiencia de estructuras y organizaciones vigentes?

Para intentar dar respuesta cabal es menester acudir a diversas áreas del conocimiento y la investigación. Es tarea sociológica, pedagógica, filosófica, moral, cultural en general; y, más específicamente, es quehacer propio de la filosofía de la educación.

Más bien hacia ese ámbito apunta esta somera reflexión.

### ESCUELA Y SOCIEDAD

Educar, en definitiva, significa ayudar al individuo a mejorar humana y socialmente. De los centenares de definiciones concretas que se han dado de la educación puede ser útil retener los elementos más coincidentes:

1. La educación es solo una ayuda. En el tándem educador-educando el protagonista es este último... El educador es solo un ayudante, por muy cualificado e imprescindible que sea. Un primer principio de filosofía educativa debe afincarse en la condición de sistema de apoyo, suministro y descubrimiento a que se reduce toda la tarea y organización del estamento educador. Los excesivos protagonismos de la acción educativa quizá hayan sido las principales causas de sus reiteradas crisis. La aceptación de esta **condición** de ayuda robustece una actitud de respeto a la protagonización en la libertad y en la deseada autonomía de la persona a quien se ayuda.
2. La educación no elabora los materiales básicos del proceso educativo... Toda la importante tecnología educativa está después de ellos, supeditada a ellos. Cada vez se sabe más por la biogenética y por la psicología evolutiva que estos materiales son enormemente genéricos, que el jovencísimo ser que debe ser ayudado, en su primera fase de vida, ya desde el estadio intrauterino, presenta un mundo inmenso de posibilidades, a pesar de sus limitaciones hereditarias; hay muchos y muy variados proyectos de vida latentes en esa inmensa capacidad humana de desarrollo que aguarda en el individuo aún no desarrollado, no educado. En este sentido la nostalgia rousseauiana se hace comprensible. Es una pena limitar al niño, cercenarlo, convertir su inmensa capacidad de proyectos en uno concreto, achicarlo a una **realidad** humana escueta. Pero como el hombre no puede vivir en simple potencia de proyectos. La educación (que por un lado significa desarrollo, pero por otro significa concreción, realización) es necesaria.

Un ser concreto que haya de vivir una historia personal será la síntesis de unas capacidades que genéticamente recibe y de una complejidad de estímulos ambientales, sociales, todo ese cúmulo de vivencias que constituyen el medio alcanzado, y desde el punto de vista personal, el aprendizaje. A la ordenación de esa complejidad de estímulos ambientales y sociales, a su estructuración conforme a algún tipo de modelo, se dirige la educación.

En las sociedades primitivas la acción educativa se realiza de forma natural. Todos los elementos integrantes del grupo humano son los educadores. No es menester especializar a ninguna institución ni persona para la tarea educativa. El niño se educa espontáneamente viviendo en su sociedad. Al no existir prácticamente diversificación ni especialización de tareas, todos hacen de todo, y el niño incorporándose progresivamente a la protagonización social, aprende a vivir. Todos cazan y construyen chozas, y se defienden de las agresiones, y elaboran los utensilios de defensa. La identificación progresiva con esta tarea común de sus mayores y el

estímulo general de capacitarse para una elemental lucha por la existencia son los ingredientes motivacionales de la actitud del individuo apto para ser educado, para aprender a vivir.

En las sociedades desarrolladas complejas, el hecho educativo es inmensamente más complicado. La diversificación de funciones, la especialización. La variedad de trabajos y realizaciones ha multiplicado las formas de existencia y consecuentemente, los modelos presentables al niño. Se puede ser cosas muy distintas en la vida. Ya antiguamente en las sociedades grandes se podía ser guerrero a artesano a pastor a leñador... Entre las especializaciones surgió por necesidad la de los que se ocupaban de educar a los niños. En principio los ancianos, los consejeros natos por su ecuanimidad. Después fue menester preparar a ciertas personas para que se dedicasen a esta tarea... Apareció la función específica de educador, la profesión de educador, y nació la escuela.

La progresiva complicación de la sociedad ha multiplicado a la vez los modelos de escuela. Y cada uno de estos modelos, a su vez, se ha diversificado según las concepciones de la vida, las creencias, los condicionamientos sociopolíticos de cada una de las sociedades.

Al concepto de escuela como preparación para la vida se añade el concepto de escuela como introducción a una tarea profesional determinada. Y este segundo objetivo progresivamente va prevaleciendo sobre el primero, en una sociedad motivada por el rendimiento.

Por otro lado, dentro del acantonamiento en que se clasifica la sociedad industrial, dentro de esta multiplicación de «ghettos» sociales (aislamiento, incomprensión mutua e incomunicación de cada grupo profesional) la escuela se estructura como un cantón más, como un «ghetto» progresivamente divorciado del resto de la sociedad. La escuela —en su más amplio sentido, desde la educación preescolar hasta la universidad— reacciona ya más ante su propia problemática que ante las demandas del resto de la sociedad. La sociedad escolar es ya una verdadera sociedad incrustada dentro de la sociedad general, con sus gremios contestatarios ante la incomprensión con que se sienten tratados por el resto de la sociedad, con sus objetivos inmanentes, con su autarquía sociológica. Y de ahí que muchos de los modelos educativos respondan más a estereotipos de inercia escolar que a verdaderas necesidades sociales. Es sintomático que los dirigentes escolares hayan incurrido en la «megalo-postura» de dividir la vida entera en dos sectores: «escolar» y «extra-escolar».

He aquí dos graves problemas, dos vías de escisión por parte de la escuela de la sociedad industrial con respecto a las profundas demandas de la vida: la primera es la adulteración de los primeros objetivos de la tarea escolar perdiendo de vista los grandes fines de aprendizaje a vivir, en aras de metas parciales de rendimiento inmediato, aptas para ser manipuladas por el régimen político a económico de turno.

La segunda, la desmesurada autosuficiencia de la escuela. Aquel lema de Edgar Faure, asumido hace pocos años por la UNESCO, «*aprender a ser*», es la gran prueba de un camino cerrado que los sistemas escolares, en general, iniciaron hace largo tiempo. Es casi inconcebible que la UNESCO —y en ella demuestra su sensibilidad educativa— tenga que recordar al mundo de los educadores que su principal misión, su verdadera tarea, es hacer que los educandos «*aprendan a ser*». Es como si a los responsables de altos hornos hubiese que recordarles que su misión es fundir hierro, a los pescadores, pescar peces, a los agricultores, cultivar la tierra.

Esto ha llegado a pasar con los educadores en el último cuarto del siglo XX.

## **EDUCACION PARA LA VIDA**

Creo que el sentido profundo del movimiento llamado «*educación permanente*» tiene mucho que ver con este desconcierto básico.

Existe una manera superficial de entender esta expresión considerando a la educación permanente algo así como una educación complementaria: una opción a serie de opciones que tienen los adultos de seguir aprendiendo después de abandonar las aulas; o un proceso de «*recyclage*» a de actualización profesional para

mantenerse al día en los avances de cada especialidad y no quedarse anticuado; a un tipo de acción docente para suplir graves deficiencias de otras épocas, como las clases para adultos analfabetos.

Todo esto entra dentro del marco de la educación permanente. Pero ésta va mucho más allá. Es un concepto nacido en la sociedad de los medios de comunicación, en la sociedad de la simultaneidad, del contacto de las grandes colectividades, del convenio despersonalizado de las masas, en el choque de la intercomunicación social entre países tradicionalmente cultos, educados, y países en vías de educación. La «*educación permanente*» tiene una misión de ambientación educativa de la sociedad en general. Es educación fuera de la escuela o mejor dicho más allá de la escuela; pero que incide en un nuevo concepto de escuela; es facilitación indiferenciada de las opciones educativas. Viene, no solo a completar a complementar la acción escolar, sino en cierto modo a sustituirla, al menos en muchas de las funciones que actualmente cumple.

De forma elocuente la expresa P. Lengrand en el documento preparatorio para el proyecto «*Learning as a basis for lifelong education*» iniciado por el Instituto de Educación de la UNESCO (abril 1978): Se basa en dos principios: un diagnóstico y un deseo; el diagnóstico se refiere a la crisis en la cual se reconocen a sí mismas la mayor parte de las modas educativas en razón de que no preparan adecuadamente al pueblo de hoy para hacer frente a sus situaciones, a sus problemas, a sus tareas. El deseo es que la educación sea modificada y, donde sea menester, cambiada... «El concepto de educación permanente modifica la naturaleza de la educación.

No pienso que la escuela haya de desaparecer. Deberá cambiar, y con urgencia, muchos de sus objetivos y contenidos, incluso entre los considerados como básicos. La acción escolar tradicionalmente ha fundamentado sus contenidos en los dos elementos que han sido la llave de la cultura: la lectura y el cálculo. El analfabeto ha sido el prototipo del hombre inculto; al carecer de estos dos aprendizajes básicos, leer y calcular, se ve privado del acceso a los instrumentos universalmente utilizados para la transmisión de la cultura, la palabra escrita y la cuenta.

Pero hoy, en la época de la televisión y los ordenadores, no va a ser tan imprescindible saber leer para acceder diariamente a múltiples enseñanzas, unas sistemáticas, otras inorgánicas, programadas por los distintos canales de televisión o programables por y para uno mismo cuando se haya generalizado la posesión de consolas o pequeñas terminales conectadas con las grandes computadoras estatales o empresariales. A quien quiera enterarse de la historia antigua de Egipto le bastará pulsar una tecla en la consola instalada en su alcoba, y una amable locutora le explicará por la pantalla cada uno de los capítulos... Un dato de cualquier autor, una cita, un resumen, una operación algebraica estará a mano en cualquier momento. Es la civilización del botón, próxima a llegar incluso antes de que ésta se haya generalizado habrá sido sustituida, gracias a la telemática, por el contacto directo de persona a persona, de persona a banco de datos, de persona a inteligencia almacenada. Sobrarán el botón y el dedo. Los microprocesadores podrán realizar cientos de miles de operaciones necesarias para la más compleja información en un segundo, encerrados en una cajita del tamaño de una uña. La digitación ya no será necesaria. El dedo es demasiado grande y torpe para estas finuras. Entonces el no saber leer ni escribir ni sumar será cosa secundaria y superable.

La escuela basada todavía hoy fundamentalmente en el aprendizaje a saber leer y escribir, no desaparecerá sin embargo. Muchas conductas humanas, relegadas ante la primacía cultural de la lectura y el cálculo pero importantes para la vida y la convivencia, recuperarán protagonismo en la escuela: tales, por ejemplo, los propios vehículos de expresión personal (verbal y corporal: teatro, mimo, danza, competencia lúdica, deporte...), las vivencias estéticas y su concienciación, los aprendizajes a vivir el propio mundo interior, los aprendizajes prácticos a la convivencia, a la aceptación del grupo, de la comunidad, etc.

Quizá sea una escuela más culta, en el sentido de cultura o cultivo personal —individual y social— frente a la cultura objetivada transmitida como riqueza colectiva histórica, que ha predominado netamente. La educación primordialmente intelectual cederá el paso a una educación de las actitudes. Es posible que la escuela recupere de esta forma algo de su sentido original de educación para la vida.

Habría que analizar hasta qué punto la enorme pérdida de valores en la vida, característica de nuestro tiempo, aparte del desencanto tras el descubrimiento de la falacia de muchos de los que han estado vigentes, no se debe en gran parte a que en la historia de la escuela ha predominado brutalmente la adquisición de

conocimientos sobre la asimilación de actitudes. Y son tan necesarios para la vida, tan profundamente enriquecedores, estas como aquellos. En la historia de la cultura ha predominado el afán de saber sobre el de aprender a ser. El hombre se ha encontrado enriquecido de conocimientos, pero no ha sabido qué hacer con ellos. Hay un empacho de saberes, no porque éstos no sean siempre útiles, sino porque no se ha desarrollado paralelamente la suficiente madurez para usarlos. La lucha por la existencia —vieja herencia desde los primeros tiempos de la humanidad— y sus derivados, la sociedad competitiva, la primacía del rendimiento, etc., han persistido y prevalecido sobre otros aprendizajes humanos menos brillantes y promete hicos, tales como el catón para andar por la vida: aprender a ser la que cada uno es, la que son los otros, aprender a comunicarse, a com-prenderse, a con-vivir, a co-operar, a con-descender, y, previo a todo ello, *aprender a comprender-se*; inmenso campo de primaria humanidad, en el cual el hombre súper conocedor de la energía atómica, del espacio y de las claves genéticas, no ha rebasado un periodo pre-infantil. La educación de las actitudes ocupa en la escuela, al menos en los modelos predominantes en la cultura occidental, un nivel irrisorio frente al cultivo del conocimiento intelectual, sobre todo en su polarización hacia la penetración y el dominio de la naturaleza.

### EDUCACION CON EL CUERPO

Entre estas tremendas omisiones por parte de la tradición educativa se encuentra el cuerpo, el gran ignorado de la escuela, a pesar de los muchos y egregios intentos que para su reivindicación aparecieron en la historia de la educación. La falta de resultados permanentes de tales intentos puede tener su causa generalizada en que unos y otros movimientos estaban entroncados y comprometidos con reivindicaciones histórica-políticas, con dogmatismos doctrinarios a con reacciones agresivas antidogmáticas, a inspiradas para uno u otro dominio ideológico-imperialista. En el vaivén de tales modas y predominios fueron anegados aquellas intentas, aunque han servida al menos para dejar una huella, un antecedente, un estímulo, dentro de la historia de la filosofía educativa.

El tema de la reivindicación del cuerpo como hallazgo educativo adquiere en nuestra época carácter más liberado de compromisos ideológicos a políticos. Asistimos a un consentimiento general desde diversos campos pedagógicos, desde muy dispares concepciones de la vida, a un movimiento convergente desde las más distantes geografías, decantado en las grandes instituciones educativas internacionales, pero que se abre paso aún con lentitud, sin provocar los suficientes entusiasmos para lograr profundas transformaciones.

Por ello es necesario experimentar. Investigar, profundizar en esta inquisición del valor educativo, y antes que él, como su base, en el valor antropológico del cuerpo.

Este descubrimiento educativo del cuerpo, o este hallazgo del cuerpo como una de las instancias educativas fundamentales, corre el riesgo de ser interpretado y enfocado a partir principalmente de dos errores: Primero, que la mal llamada *educación corporal* sustituya a otros ámbitos educativos; o que la valoración del cuerpo pretenda ser un hallazgo sustitutivo del vacío de valores característico de nuestro tiempo. Segundo, que se utilice la retórica de la excelencia corporal —**campeones**, récords, victorias— para el exhibicionismo de eficiencias políticas a que asistimos en la actualidad, y a esta retórica política se supedita la educación corporal.

En definitiva, que este descubrimiento y este asentamiento del *valor corporal* se reduzca a exaltar lo que no es más que una de sus consecuencias sociales —y no la más interesante—, a saber, el perfeccionamiento de eficiencias físicas, los mejoramientos ergométricos, biomecánicos, cardiorrespiratorios, etc., y, además, que todo ello sea utilizado como instrumento sociopolítico. Este es el riesgo del actual prestigio del deporte de alta competición.

Con respecto a esta consideración, no ataco este esplendor social característico de nuestro tiempo, los grandes logros del deporte de alto rendimiento, su brillantez, su calidad de gran espectáculo y gran entretenimiento de nuestra sociedad. Considero que éstas son realidades perfectamente aceptables, e incluso positivas para una sociedad angustiada por pesares trascendentales y presagios cósmicos. Me lamento de que este rumbo que ha tornado una de las grandes líneas del deporte de nuestro tiempo acapare la imagen del deporte total, absorba las muchas miradas benevolentes que hoy el deporte recibe, acapare la aplicación científica: que se convierta casi en el principal destino del deporte.

La primera hiper-**valoración** del concepto educativo del cuerpo es más sutil. Y, consecuentemente, más peligrosa; por eso he propuesto su consideración.

El cuerpo, la salud, la mayor capacidad física, el esplendor corporal. Son los objetivos educativos a los que algunas filosofías materialistas, fisiologistas, racistas, se han limitado al tratar de revalorizar el papel corporal en el contexto educativo. En épocas de acusada crisis de valores, como la que estamos viviendo, el valor corporal el valor-cuerpo se presenta como un permanente agarradero. Salud, bienestar fisiológico, eficiencia física, he ahí valores constatables. Este es el gran riesgo que corren los movimientos de educación corporal, de cultura física, en estos tiempos de controversia y liquidación.

Una escuela que cuente entre sus actividades fundamentales con la actividad física no ha de ser necesariamente una escuela que valore el rendimiento corporal como uno de los logros principales del hombre. Nunca éste, el hombre, llegará a ser tan rápido como un guepardo, ni tan fuerte como un toro, ni tan resistente como un camello; nunca, sin instrumentos ajenos, alcanzará por vuelo directo el risco como el águila. Hombres fuertes, veloces, ágiles son cosa interesante, pero no pasan de constituir un logro trivial, totalmente secundario en el conjunto de realizaciones humanas, casi insignificante en el computo de eficiencias físicas del reino animal. La eficiencia física es uno de los objetivos menores dentro de la educación físico-deportiva, aunque no despreciable. La eficiencia física se sitúa en el plano de los aprendizajes educativos establecidos como directamente útiles, tales como memorizar las listas de cordilleras o aprender la regla de tres; es útil, sirve, no está de más.

Pero uno de los grandes errores de la escuela es la obsesión predominante de los aprendizajes aplicables, olvidando el aprendizaje básico de sí mismo, el de los otros, el de saber vivir-se y saber vivir-con los demás. Abogar ahora por una educación físico-deportiva polarizada en la utilidad de un cuerpo sano y eficiente es perder la gran ocasión de educar al *hombre* en su cuerpo, de que el hombre sea consciente de su realidad corporal, sea capaz de asumirla plenamente en sus limitaciones y posibilidades, de que el hombre descubra y experimente las capacidades relacionales, comunicativas, expresivas de su cuerpo, de que el enorme repertorio de señales y símbolos de que es capaz el cuerpo humano sea empleado para una mejor comprensión entre unos y otros. Y, sobre todo, sería perder la ocasión de un consenso, casi universalmente generalizado, de que en los sistemas educativos, sobre todo en las nuevas perspectivas de la educación —ahí la educación permanente— hay que tomar en serio al cuerpo.

Las dogmatizaciones que enmarcaron igualmente a la valoración educativa del cuerpo como al desprecio educativo del cuerpo impidieron que se reconociese su pan-valencia educativa, es decir que, míresele como se le mire, desde cualquier óptica ideológica, el cuerpo está ahí, el cuerpo es ser humano, lo mismo si es *todo* el ser humano (concepción materialista) que si *no* es todo el ser humano (concepción espiritualista). En todo caso el cuerpo no es solo instrumento, ni soporte, ni parte; el cuerpo es hombre. No existe un hombre-no-corporal. Todo lo que sea aprender a vivir el propio cuerpo. entenderlo, expresarse a través de él, es aprender a vivirse, a entenderse, a expresarse a sí mismo. He aquí una fundamental instancia del hombre, su propio cuerpo, cuyo conocimiento, experimentación y cuidado debe estar en la base de toda concepción educativa.

### **DEPORTE, ACTITUD ANTE LA VIDA**

El plan de renovación educativa expresado con el concepto educación permanente significa un intento, una apelación a que la sociedad misma en sus estructuras, en sus hábitos, en sus modelos, se convierta en un verdadero ambiente educativo. Es en alguna manera la invitación al abandono de vivencias antagónicas, de historias e intereses encontrados; la valoración de las actitudes comprensivas, de los hábitos de acercamiento, de los lenguajes unificadores, de los comportamientos respetuosos. Una especie de vuelta al ambiente integrador, comprensible para el niño, de las sociedades primitivas, sin que ello signifique rechazo de los hallazgos y enriquecimientos de la sociedad desarrollada.

Hay que intentar que esto sea posible.

Una de las primeras premisas para instaurar una profunda educación permanente es la eliminación del artificio. Frente a tareas complicadas, modernizadas en sociedades complejas, conviene redescubrir conductas humanas sencillas. El hombre, por muy sofisticada que sea la sociedad en que le ha tocado vivir y por muy

súper adaptado que haya logrado ser, continúa siendo capaz de risa y llanto, de júbilo y depresión, de alegría y tristeza, de esperanza y derrotismo. Subsisten con toda su fuerza y su necesidad el animal risibilis, el homo ludens, el «anzropos agonistikos», el homo aestheticus, el hombre imprevisible el «homo sociabilis»... A partir de estas viejas y permanentes constantes humanas debe estructurar la educación permanente sus patrones.

Juego, danza, expresión mímica, auto-experimentación en el esfuerzo, necesidad de trascender y trascenderse, son conductas primarias; por consiguiente, son conductas humanas siempre útiles, desarrollables, experimentables: tanto su dimensión de experiencia personal como en su capacidad de relación social. Por eso, en una ambientación para la educación permanente, en la instauración de unas invitaciones a la acción, de unos climas generales de apreciación de la vida, junta a tan bellos, antiguos y hay desperdiciados énfasis en la multi-sensibilización estética (música, canto, artes plásticas y modeladoras, etc.), junta a la sensibilización social, como parte de ella mismo y a la vez como portador de nuevas dimensiones lúdicas, auto experimentales y comunicativas, se debe contar con el deporte. Ocio, esparcimiento, confrontación de posibilidades, afán de superación, liberación, vuelta a la naturaleza, expresión personal, relación social —tal es la línea del clásico y durable deporte— presentan un panorama rico en aprendizaje a vivir.

Una escuela que haya de preocuparse por enriquecer al hombre en sus actitudes vitales y en la asunción de un mínima sistema de valores, debe recurrir a conductas superadoras de estereotipos y convencionalismos transmitidos sin depuración crítica, conductas instauradoras de sistemas simples de estima y comprensión. La actividad deportiva inaugura relaciones espontáneas; establece un sistema de señales universalmente comprensible, rompe barreras (sociales, económicas, incluso culturales). La actividad físico-deportiva establece un género de actitud y jerarquía no predeterminado y excluyente, sino originado en la propia conducta. No es el hijo del más rico ni del que más manda en el pueblo ni del líder sindical quien es más estimado en el grupo de niños que se junta para jugar al fútbol, sino el que mejor la hace. Hay una aceptación sencilla de una realidad, una valoración libre de prejuicios sociales, una verdadera instauración jerárquica de carácter libre y objetivo, ni integrada en el sistema social predeterminado, ni contestataria; simplemente nueva e independiente. Otra cosa es que el poderoso deporte contemporáneo en sus estructuras de gran espectáculo establezca un sistema de nuevas barreras, que se sirva del chauvinismo todavía imperante para obtener sus ganancias, que robustezca las existentes estructuras sociales discriminatorias. Esta línea del deporte-espectáculo es una derivación del deporte, la más llamativa hay día, que el pueblo llama «deporte» y por lo tanto la es, pero que no constituye todo el deporte, ni siquiera su parcela más auténtica.

El avasallamiento y alboroto de un deporte público sacado de quicio, no deben abortar, antes de que haya dada sus primeros frutos educativos, el movimiento de descubrimiento y aceptación de la actividad deportiva como comportamiento humano auto integrador y socio integrador.

En la idealización romántica de los movimientos deportivos del siglo XIX, hay totalmente rebasada por su utilización al servicio de los narcisismos políticos, de las explotaciones económicas y por la interesada exaltación de la súper competitividad, aparecieron muy sugestivos conceptos pedagógicos, verdaderamente aprovechables para una renovación educativa reivindicadora de sencillos quehaceres simplemente aptos para aprender a vivir. Juego limpio, respeto a la convenido, caballerosidad, iniciativa, perseverancia, intensidad, búsqueda del perfeccionamiento, menosprecio del peligro. Aceptemos este panorama coubertiniano. Es cierto que el barón de Coubertín era un romántico, y que tal concepción idealística del deporte no ha podido ser probada con rigor científico, tal como hoy se pretende en todo moderno estudio del deporte. Todavía está por ver si existe algún idealismo o romanticismo —hablo ahora fuera del deporte— que haya podido ser comprobado científicamente. Y han sido los idealismos y romanticismos los que han hecho progresar verdaderamente al hombre. Coubertín, como antes de él Arnold. Kingsley y tantos otros, no se inventaron de la noche a la mañana una utopía. Tomaron sus ideas, simplemente, de la observación de la realidad y las confirmaron con su puesta en práctica.

Sin controversias «rigurosas», sin complejos de cientifismo —y no se me considere como depreciador de la ciencia, que considero elemento decisivo en el progreso de la humanidad, aunque no el único ni el principal— a quienes quieran reflexionar sin pre-juicios ni anti-juicios, les pregunto qué opinaran sobre el posible valor educacional en cuanto a la adquisición de actitudes valiosas para mejor vivir consigo mismo y con los demás, de una conducta humana, llamada deporte, que, por regla general, se desarrolla:

- Jugando.
- Dando rienda suelta a la necesidad humana de movimiento.
- Poniendo en acción cuerpo y espíritu (si se quiere, soma y psique).
- Estimulando el esfuerzo orgánico.
- Habitando a la superación personal.
- Restableciendo el equilibrio psicosomático (generalmente perdido por el hábito sedentario).
- Aprendiendo experimentalmente (pero sin experimentos ni tests) ha rica alternativa de la tensión-distensión.
- Expresando estados internos.
- Practicando el ocio.
- Actuando en equipo.
- Vinculando los intereses particulares a los del grupo.
- Intentando superar a un adversario.
- Aprendiendo que en el juego de la vida siempre hay adversarios.
- Convirtiéndoles en compañeros de juego.
- Aceptando la derrota cuando llega.
- Comunicándose con un lenguaje simple de movimientos y habilidades universalmente inteligible.
- Liberándose.
- «Libertándose»...

Este panorama, que suena a idealización, se repite cientos de miles de veces cada hora en cientos de miles de lugares donde unos muchachos, o unos adultos, practican deporte; precisamente en aquellos ambientes donde no ha llegado la mixtificación, el chauvinismo, la politización, el tecnicismo, las taxonomías científicas... justo en aquellos lugares donde, sencillamente, se hace deporte.

La creación de un clima en el que la práctica deportiva sea habitual; la facilitación por parte de los responsables (locales, provinciales, nacionales; públicos y privados; instituciones educativas y organismos culturales) de una red, no ya de *instalaciones deportivas*, que suena ya de lujo, controversia y alto precio, sino simplemente de acondicionamientos *aptos* para hacer deporte; la adjudicación de la responsabilidad de estas prácticas no precisamente a profesionales-ejecutores, no a profesionales que aprendieron simplemente las ejecuciones de movimientos y técnicas deportivas, sino a educadores formados para estos fines *verdaderos educadores generales básicos* y con la mentalidad apta para ello; la introducción en la escuela de tan profundo cambio, empleando el sustantivo oficial de la UNESCO, que la actividad física suponga un 50 por 100 de su actividad total, pero cambiando también sus responsabilidades... supondría una fehaciente base para aceptar que una educación permanente preocupada de que el hombre mejore sus actitudes fundamentales ante la vida, ha empezado a funcionar.

## VIII. EDUCACION BASICA PARA UNA SOCIEDAD MÁS DEPORTIVA

(Revisiones Pedagógicas)

Para evitar malas interpretaciones a partir de estereotipos conceptuales, en la presente reflexión voy a entender el deporte no como un sistema social ya organizado, tal cual existe plenamente en vísperas de las dos últimas décadas del siglo XX, sino como una actividad humana previa a la organización social, y que es a la vez su causa y posibilidad: el deporte como actividad corporal ludo-competitiva.

El deporte así entendido, que no es todo el deporte contemporáneo, pero que existe y subsiste en nuestra época y que como realidad antropológica da pie a todo el resto del deporte, incluso a la más sofisticada rama del deporte espectacularizado, es decir, el deporte como activa conducta corporal humana, se ha dado prácticamente en todas las culturas, con mayor o menor estructuración y mayor o menor significación social. Es muy difícil encontrar un grupo etnológico del que estén totalmente ausentes algunos atisbos de conducta humana deportiva. Bien sea mezclado con las formas danzantes, a guerreras, o religiosas, o de simple identificación grupal, a bien en estructuras plenamente construidas y ampliamente desarrolladas como en los agonismata griegos, el deporte ha acompañado al hombre en su caminata cultural. Hablar ya de un deporte previo a la cultura sería forzar los significados. En la etología humana, es decir, en las conductas instintivo-animales del hombre, sería forzado hablar de deporte; no considero que sea correcto extender las acepciones del término deporte a áreas pre-culturales, a pautas instintivas a de adquisición filogenético. Deporte señala ya una conducta plenamente humana en la que convergen elementos instintivos lúdicos, pero donde hay una asunción y aceptación de carácter rigurosamente cultural. La discusión de esta premisa, tema indudablemente nebuloso y apasionante, nos obligaría a largos parlamentos. No entro esta vez en el tema, admitiendo que parto del supuesto.

Situados a este nivel de manifestación humana, adentrados en la más rigurosa veta del «homo ludens» en una de sus especies características, es decir concretado por la particularidad del homo certans u homo competitivus, vamos a hablar de deporte a una sociedad que usa mucho de la palabra pero que en gran parte no la entiende, la vacía de su más rico contenido, la malgasta.

Tampoco voy a detenerme en demostrar que a la sociedad humana en general y más a la sociedad de nuestro tiempo, le es inmensamente útil el deporte. En más de una ocasión he tocado el tema, que por la demás ha sido extensamente tratado por autores más esclarecidos. En la sociedad industrial el hombre ejercita cada vez menos su organismo. Las enfermedades graves más de moda, con alto porcentaje de mortalidad, son las cardiovasculares, en cuya etiología el sedentarismo y el desequilibrio tensión física-inacción física tienen alta responsabilidad. En la sociedad de masas, del automatismo y la despersonalización, el hombre necesita *actividades* en las que se advierta a sí mismo como protagonista en algo, en las que ponga en juego recursos personales dormidos en la alienación laboral. El deporte ofrece gran posibilidad de ejercitar esa imperiosa demanda humana.

Es obvio estar plenamente convencido de que a la sociedad, en concreto a nuestra sociedad, a nosotros hombres vivientes y protagonistas de nuestro tiempo nos es inmensamente útil el deporte.

A partir de este convencimiento han de entrar en juego, manos a la obra sociólogos, legisladores, políticos, dirigentes de todo tipo, para organizarnos una sociedad verdaderamente más deportiva. Pero en la base de todos ellos, origen lógico y antecesor cronológico, está el *educador*.

Quizá pueda parecer forzado que dentro de un tema más bien sociológico referente a una sociedad deportiva, centre la reflexión en tema educativo cada vez estoy más convencido de que si se quiere hacer de la sociología algo más que un sistema de detección de problemas y recuentos estadísticos convertirla en algo verdaderamente operativo de cara a la misma sociedad, debe definitivamente superar su acomplejado periodo de refugio analítico-estadístico y apoyarse en la psicología, en, a filosofía, en la educación. Por ella en este tema indudablemente sociológico, centrado en la búsqueda de un camino para la deportización de la sociedad, recurro como a uno de los instrumentos más idóneos y coherentes a una reflexión sobre filosofía de la educación.

Pero hablar de temas de educación no es solo hablar de escuela. También entra la escuela; pero es asunto mucho más amplio que el escolar. Y es tanto más directamente escolar en cuanto que apunta a una revolución básica de la escuela a partir precisamente de la actividad física.

La escuela como institución determinada, delimitada, gremializada, ha sido en parte superada por la sociedad de masas. Frente a la educación basada en conocimientos útiles para la vida y para la inserción en un estamento social se impone la educación encaminada a la adquisición de actitudes básicas para la vida en general. La primera de estas actitudes básicas es el aprender a ser uno mismo; aprender a saber vivir consigo mismo, a conocerse tal como uno es, con sus dimensiones reales, espaciales, temporales, corporales, espirituales. La escuela ha terminado siendo una acumulación de conocimientos, producto de una alineación de abstracciones; indudablemente útiles en alguna manera para la vida. Pero ha dejado de ser un aprendizaje a vivir viviendo.

Aun aceptando las múltiples e interesantes reformas, movimientos de innovación educativa, experimentaciones pedagógicas, descubrimientos, polémicas, declaraciones de nuevos principios, la escuela en la cultura o culturas occidentales, tal cual se desprende prácticamente de las legislaciones que la sustentan, del hábito educativo dominante en el gremio docente que la nutre, de los programas oficiales vigentes... es concebida y organizada como una pausa, como un paréntesis distanciador del resto de la vida. En la escuela en general se enseña pensando en el día de mañana como si el individuo tuviese suspendidas sus funciones personales, sus asimilaciones psíquicas, su adquisición de patrones básicos de conducta hasta que llegase ese hipotético día de mañana, tan presente y condicionante en la mente y obras de los educadores profesionales.

En un mundo en el que el cambio es tan vertiginoso que ya no se sabe, no se prevé cuáles van a ser el 50 por 100 de los problemas prácticos vitales de dentro de diez años, la monserga de «el día de mañana» será cada vez más extemporánea. Pero aunque el cien por cien de lo que al niño le va a suceder en el futuro se supiese, la educación a proyecto aplazado que impera en el sistema educativo clásico o tradicional —e incluyo en estos términos muchos de los movimientos reformistas aparentemente innovadores, sobre todo los que suponen innovación a partir de ideologías políticas— significa un alejamiento de la vida, de la verdadera vida, por parte del educando, el niño, justo en los años en que más intensa y extensamente necesita *vivir* en la más plena significación de la palabra.

Permítaseme insistir en este punto que ya he tocado en anteriores ocasiones, pero que no dejaré de abordar más veces, pues lo considero fundamental. El niño no es un bronce o una madera cuya «vitalización» se realiza en el momento en que el escultor o el tallista acaban su modelación. Con respecto al niño pueden existir uno o muchos modelos de vida adulta futura —con sus riesgos de pre-delimitación de la libertad individual—, pero ya en el presente, a los seis meses, a los dos, a los cinco, a los diez años de edad, el ser humano está viviendo plenamente. El niño no es solo un proyecto de adulto; es un ser humano pleno. Más aún: de como se construya a sí mismo ese niño, de como se estructure su personalidad en el intenso juego de éxitos y fracasos, de felicidad e infelicidad, de alegrías y angustias, de victorias y frustraciones, va a depender cómo será el resto de su vida, *quién* ha de ser. Es decir, la escuela acoge al ser humano en los periodos más trascendentales de su vida, no solo de cara a lo que será el día de mañana sino de cara a lo que es ya como ser humano. El educador del niño, el rol más delicado, difícil y trascendental entre todos los status profesionales —por consiguiente el que mejor retribuido debería estar— tiene la asombrosa, la desconcertante misión de meter el cincel en carne viviente. Carne que no llora, que es ya ser humano cuando se está construyendo. No como la arcilla, que cuando era manipulada antes de acabar siendo botijo, era solo arcilla.

En la más extensa tradición de las educaciones ha predominado el modelo adulto: porque será útil el día de mañana, ya adulto, para defender la familia, la tribu. Porque será útil el día de mañana para hacer prosperar a los suyos; uno más en el negocio. Porque será útil el día de mañana para *triunfar* en una sociedad competitiva. Porque será útil el día de mañana para *producir* en una sociedad comunitaria... Por pensar demasiado en el adulto futuro se ha descuidado al niño-ser humano presente, convirtiéndolo en proyecto y en soporte de aprendizajes para un mañana.

Educadores egregios en diversos siglos intuyeron este profundo problema, entre ellos los humanistas, posteriormente Rousseau con sus seguidores y reinstauradores. Estas intuiciones pedagógicas, frecuentemente usadas para su utilidad por movimientos políticos, van a encontrar poderosas razones

psicológicas a partir de Freud y todo su diagnóstico del inconsciente reprimido, de las restricciones infantiles como fuente de conflictos personales. Importantes pedagogos hallan para sus movimientos de máximo respeto a la libertad individual como base de la educación, sólidos argumentos psicológicos mucho más divulgados y asimilados por la sociedad que los que encontraron sus ilustres antecesores.

Así, al correr del siglo XX se van perfilando dos grandes talentos predominantes en la forma de entender la educación: Uno, más tradicional, asentado sobre la transmisión de acervo cultural. Otro, que proclama la libertad como base de toda tarea educativa... Aparecen formulas intermedias, conciliaciones, experimentaciones parciales. La formulación del antagonismo educativo en el dilema «*directividad-no directividad*» resume en alguna manera la aventura pedagógica en el siglo XX.

He comentado también en alguna ocasión —y en ello insistiré con mayor empeño y sosiego— la trascendencia que para la pedagogía contemporánea ha tenido la formulación freudiana del principio de placer. La frase «*contener la agresión —se refería Freud a la necesidad de expansión de la libido— es en principio malsano, patógeno*», está en la base de todas las teorías actuales sobre el riesgo psicológico de la represión, el desastre personal de los traumas angustiosos infantiles, etc. Quiérase o no, los estudios posteriores realizados por escolásticos freudianos o por no-freudianos corroboran este precioso hallazgo, o mejor *formulación* —educadores anteriores va lo habían intuido— hecha por el maestro de Viena. Sin embargo, en el propio Freud existe otro gran principio para la estructuración de la conducta personal, no tan contundentemente formulado, no tan clamorosamente recibido, pero implacablemente presente en toda la descripción de la dinámica humana: el principio de adaptación a la realidad. Constituye nada menos que la base y la razón de ser del «yo», y, en el plano superior de la persona, el ético, del «superyo». Y éstos, «yo» y «superyo», son tan importantes, tan constitutivos de la persona como el «ello».

El ser humano, la persona, el individuo, no es una entequeia flotante en un espacio sideral utópico, libérrimo y emnifáctico para el que se deberá preparar una sociedad «ad hoc», nueva, en la que no existan conflictos, ni agresiones, ni rivalidades, ni represiones. Todo educador, todo amante del hombre ha sonado alguna vez en tal sociedad; y este sueño le ha servido para intentar corregir en su mayor o menor radio de influjo los errores de la sociedad real, tan alejada de la utópica. Pero cuando ese sueño social se ha extendido a toda su labor pedagógica, se ha convertido en un iluso, incluso en un embaucador, aunque haya actuado de buena *fe*.

El educador ayuda a que el educando viva y se prepare para seguir viviendo en una sociedad real, más a menos mejorada por formulas políticas y sociales, pero sustancialmente idéntica en su base humana a la que le ha precedido.

Una de las primeras realidades biológicas es el principio de adaptación. Si cada individuo viva —monosecular a pluricelular— no es capaz de adaptarse suficientemente al medio, perece. En la tarea educativa no puede olvidarse este primer gran principio biológico. Entonces ¿hay que enseñar necesariamente a adaptarse a la realidad social en la que se vive? «*Transformemos simultáneamente a la sociedad y al individuo y así transformaremos definitivamente al hombre*». He ahí otro de los grandes anhelos utópicos. Transformando convenientemente el entorno social —el medio humano— podremos salvar al individuo puro, inadaptable a *esta* sociedad pero adaptable a *otra*.

Valen todas estas y otras semejantes formulaciones como aspiraciones de mejoramiento humano... Estamos en un terreno en el que se tocan problemáticas de filosofía de la educación con las de filosofía política. Verdaderamente nunca podrán ir del todo separadas. En realidad, el anhelo de la educación para la libertad dentro de una sociedad verdaderamente libre debe estar siempre presente en toda ilusión educativa. Pero la sociedad verdaderamente Libre rebasa el cometido estrictamente educativo. Es, en teoría, tarea de reforma política, de evolución o de revolución.

Las formulaciones prácticas de Neill a Freire constituyen programas maravillosos de defensa básica, educacional, de la libertad humana. Los resultados de sus experiencias prácticas —recordemos la controvertida institución Summer Hill— ¿han sido más positivas que negativos? Se discute si los egresados de la citada escuela son mejores a peores ciudadanos que los demás; mejores a peores personas. A la acusación de que no se han integrado mejor en la sociedad que otros, se responde diciendo que es culpa de la sociedad —competitiva, elitista, represiva, retrograda—. Si de repente, simultáneamente, todas las escuelas

del mundo se convirtiesen en Summer Hill, ¿se reformaría sustancialmente, desde la base personal, la sociedad que sobreviniese? Algunos abogan por la forzosa transformación política, que instaure estructuras radicalmente nuevas; es decir, se apela a la revolución. Siempre fue la revolución el gran recurso utópico. Pero a partir de las utopías a par encima de ellas, la historia nos muestra que, en general, las revoluciones han hecho avanzar a la sociedad humana. ¿Que habría pasado si no hubiese habido revoluciones sociales y políticas? ¿Cómo sería el hombre, la vida social?

Entramos insensiblemente en materia de filosofía política, que no es nuestro tema. Pero sirvamos esta ligera excursión para constatar qué cerca, cuan entramados e ínter condicionados se hallan problemas pertenecientes a distintas áreas de la ciencia y de la organización. No se puede garantizar ningún acierto sin visión y tratamiento interdisciplinario o, al menos, sin intentar situar la problemática especializada en un marco de referencias más amplio.

De todas formas, los intentos par purificar la educación con el recurso básico a la libertad personal han abierto y siguen abriendo importantes cauces de estudio y experiencia. Pero queda sin resolver el problema planteado por el principio de adaptación a la realidad. El hombre es un ser aplastantemente limitado. La es en sus dimensiones corporales, en la duración de su vida, en el dolor físico, en el dolor moral. Es capaz de llegar a la Luna, pero un inoportuno dolor de muelas o un reuma le abaten. Un águila es más libre, más autárquica en su vuelo que el astronauta; un elefante, más fuerte que el record-man de halterofilia; un caballo, más rápido que el campeón olímpico de cien metros lisos. Y si entramos en el ámbito espiritual, el hombre, capaz con su asombroso cerebro de mil hazañas intelectuales, es un ser de insignificante operatividad al lado de una mediana computadora capaz de realizar miles de operaciones matemáticas en décimas de segundo: y es un ser que ha tenido, tiene y —seamos realistas— seguirá teniendo miedo, angustias, desencantos, depresiones, todo ello más o menos originado desde sus tajantes impotencias. Puede decirse, ciertamente, que el hombre es un «macro-cosmos», pero tan «micro», tan insignificante en medio del mundo al que ha sido echado, tan desamparado en su temporal existencia hacia la muerte, que desde que nace grita su menesterosidad hasta que muere. La libertad es un don asombroso que el hombre tiene. Capacidad de autodeterminación, siempre dentro de someros límites; posibilidad de ensoñación, de imaginación, de aspirar a realidades grandiosas, a mundos mejores. El respeto a tal don debe ser uno de los grandes principios operativos en la tarea educacional. Pero no el único. El hombre ha de ser ayudado a asumir sus otras realidades: su pequeñez y limitación física, sus impotencias intelectuales, sus conflictos psíquicos, sus flaquezas morales, las frustraciones de todo tipo que en cualquier modelo de sociedad en que viva, implacablemente, fatalmente, le sobrevendrán. El educador debe ayudar al individuo a que, ejerciendo su libertad, su capacidad de autodeterminación es decir, viviendo lo más fugitivamente posible, aprenda a asumir el lado negativo de la existencia, desde el dolor físico hasta las más desoladoras impotencias. Mejor que sonar en un mundo feliz sin frustraciones es vivir un mundo feliz con frustraciones superadas. Superar las frustraciones es, en definitiva, el más cabal distintivo de madurez personal.

El educador no experimenta cobayas para intentar probar si un acierto de una teoría, sino que trata y estimula seres humanos. El educador tiene una vocación inmensamente realista por consiguiente, ha de partir de principios realistas, lo cual no está reñido con su capacidad de idealismo; pero idealismo concretado en el afán de hacer el bien, no en el narcisismo de enamorarse de sus propias ideas y a ellas sacrificar los seres humanos que modela. Valiera esta consideración para los políticos, que son —o deberían serlo— los educadores gigantes que la sociedad, y no los sacrificadores de ésta en aras de la experimentación —en el mejor de los casos— de una idea, cuando no en aras de una vanidad o complejo personal.

La creación de una china en el que ha practica deportiva sea habitual; la facilitación por parte de los responsables (locales, provinciales, nacionales; públicos y privados; instituciones educativas y organismos culturales) de una red, no ya de: *instalaciones deportivas*, que suena ya a lujo, controversia y alto precio, sino simplemente de acondicionamientos *aptos* para hacer deporte: la adjudicación de la responsabilidad de estas prácticas no precisamente a profesionales-ejecutores, no a profesionales que aprendieron simplemente las ejecuciones de movimientos y técnicas deportivas, sino a educadores formados para estos fines —*verdaderos educadores generales básicos*— y con la mentalidad apta para ello; la introducción en la escuela de tan profundo «cambio», empleando el sustantivo oficial de la UNESCO, que la actividad física suponga un 50 por 100 de su actividad total, pero “cambiando también sus responsables”... supondría una fehaciente

base para aceptar que una educación permanente preocupada de que el hombre mejore sus actitudes fundamentales ante la vida, había empezado a funcionar.

## II

El hombre, un ser corporal biológico hecho para moverse, necesitado vitalmente de movimiento, ha organizado históricamente su vida, al menos en la gran civilización occidental, de forma que cada vez se mueve físicamente menos. Algo esencial ha fallado. ¿Culpa de la máquina que le releva de su esfuerzo físico? ¿De la técnica? Pero la máquina, la técnica constituye grandes hallazgos del hombre. El problema no está tanto en la máquina y la técnica cuanto en la manera como el hombre ha asumido su hallazgo y uso. Hay en el fondo un problema de asimilación, de aprendizaje al comportamiento con el nuevo instrumento. Hay en la base un problema de adaptación, un problema educativo.

Para intentar penetrar en el podemos proceder a algún sencillo análisis de algo que constituye el meollo humano del sistema educativo.

¿Qué ha sido hasta ahora y qué es hoy, en general, en la civilización occidental, paradigma de la historia humana civilizada, el maestro de escuela —o profesor de Enseñanza General Básica, o maestro elemental, según las distintas terminologías—, es decir, el educador fundamental del hombre durante el largo periodo más abierto a la asimilación? No más que un benemérito mini-erudito que intenta transmitir su mini-erudición a los niños. No es una persona que estimule a vivir situaciones normales de la vida de modo fructivo y enriquecedor y que intente suscitar en los educandos las respuestas ordenadas; no es un orientador para buscar soluciones básicas, o patrones básicos de respuesta, a los problemas de la vida; no es un ayudante, un a modo de explorador-acompañante que enseñe a descubrir las maravillas de la vida, empezando por las maravillas y asombros que se albergan en la propia persona, corporal y espiritual, por las que aguardan en el mundo inmenso de la comunicación humana, en el lenguaje vivido, en el diálogo y transmisión de la sensibilidad, de la estética. Del propio ser personal y del mundo exterior no se da una verdadera visión coherente, unitaria, sino los despojos, los resúmenes, las migajas vulgarizadas de la múltiple ciencia parcelada. El saber acerca del cosmos ha llevado al crecimiento y parcelación de las ciencias. En la escuela se ha pretendido nutrir al niño con dosis achicadas de cada una de esas parcelas del saber, de cada una de esas abstracciones y encasillamientos fraccionarios de la vida.

La enseñanza escolar está basada principalmente en una acumulación de conocimientos-abstracciones más que en una comprensión coherente de sí mismo y del cosmos, más que en una asimilación de actitudes básicas ante la vida. Los almacenamientos de saberes parcelados son indudablemente útiles para la vida. Pero no es ni lo que más nutre al niño, ni lo que más le hace disfrutar, ni lo que más le motiva: no es su manera natural de comprender el mundo. Es cierto que no hay saber inútil. Pero el niño, antes que a saber, debe aprender a vivir, en el sentido más directo de la palabra. Y su mismo aprendizaje a saber debe estar estructurado para que sea realizado viviendo plenamente.

En este sentido los movimientos y experiencias educativas preconizadoras de actividad libre, de un acceso a los saberes motivados desde la espontaneidad, desde los requerimientos de la propia naturaleza humana, son profundamente enriquecedores. Pero en ellos se echa en falta ese otro gran principio inspirador y corrector de toda acción educativa a que antes hemos aludido: el de adaptación a la realidad. Espontáneamente en el niño predomina el principio de placer. El ser humano nace inacabado, menesteroso, omnímodamente necesitado. Ha menester, como ningún otro ser del reino animal, del otro ser humano; sin él, perecería irremediabilmente. Nace necesitado del otro hombre. Nace para el encuentro —«la vida como encuentro en luminosa formulación de Rof Carballo—, primero con la madre, y luego con tantos otros sucesivos patrones que progresivamente se irán relevando y parcialmente coincidiendo; unos reales, otros míticos: el padre, el héroe fantástico, el maestro, el hermano, el héroe legendario, la pandilla, el amigo, el héroe histórico, el mito generacional (cantante, cineasta, deportista...), el héroe-modelo profesional...

Unos son imaginarios; otros, reales. Los imaginarios nutren el espíritu; instauran modelos de vida, aspiraciones, refugio. Los reales dan seguridad, descubren y suavizan las verdades de la vida, estimulan a la acción.

Uno de los grandes pilares de la educación es la instauración coherente de estos dos grandes sistemas de humanidad, el imaginario y, el real; la ordenación progresiva de todas estas instancias. Para ello es fundamental la acción coordinada de los agentes-patrones reales, que deben ayudar al individuo tierno a que se capacite para soportar las agresiones que traerá consigo la vida. La tarea fundamental, la línea vertebral de la acción educativa, junto al desarrollo máximo posible de la capacidad de autodeterminación, es la instauración de un sólido sistema inmunológico a nivel de toda la persona, la adquisición de unas defensas psíquicas vigorosas frente a los ataques de la vida: la cual es muy difícil que se logre exponiendo prematuramente al ejercicio pleno de la libertad antes de que fragüen las suficientes estructuras de la persona. El niño pequeño es el ser más egoísta que existe. Si no se ordena de alguna manera el rigor correctivo del mundo exterior —eso es en gran parte la tarea educativa— el niño, en vez de adaptarse al mundo, perecerá, si no física, al menos psíquicamente con el recurso a cualquier género de neurosis o psicopatía que le incapacite para un diálogo correcto con el medio social.

Hay maestros que realizan tarea profundamente educativa. Pero ello se debe más a sus calidades personales que a la manera como han sido seleccionados y formados para su tarea. Para probar esta afirmación basta el conocimiento de la mayor parte de sistemas de ingreso y de curriculum o planes de estudio vigentes en las escuelas normales —o escuelas universitarias de profesorado de EGB—. Predomina la acumulación de mini-saberes que habrá que demostrar en los exámenes por encima de la formación de hábitos, de la prospección y motivación de estilos vocacionales. Con un buen memorismo y una suficiente capacidad de expresión saca un puesto puntero en cualquier promoción de nuevos maestros alguien cuya tarea profesional va a ser nada menos que ayudar a niños a descubrirse y conocerse a si mismos, a aceptar sus propias realidades, a descubrir el entorno social y a comunicarse correctamente con él, a capacitarse para una vida jalonada de frustraciones; alguien, llamado maestro —profesor— que debe saber estimular a otros a la vida, a descubrir las razones y riquezas de esa vida en el interior de la propia persona y en el mundo que le rodea. Acerca de cómo sea capaz de desempeñar esta asombrosa función, de qué energía vocacional posea para ella, no se constatan datos suficientes. El maestro —insisto— «mini-erudito en saberes, se convierte en un estimulador de mini-eruditos prematuros.

El predominio aplastante de una formación intelectual sectorial —entendiendo sectorial en referencia a lo intelectual, es decir, solo parcialmente intelectual, en una muy particularizada dirección— no ha redundado en una explosión de vocaciones intelectuales. La educación es intelectualizada, y, sin embargo, la verdadera vida intelectual es solo de minorías. Quizá un empacho de prematuro y mal orientado intelectualismo haya producido rechazo.

Toda la psico-genética y la psicología del desarrollo contemporáneas abundan en la tesis de que el niño camina desde las globalidades hacia los enriquecimientos parciales, desde los cuales, ya en la madurez, se retorna a una cosmovisión unitaria y coherente. El cigoto en el primer momento es una sola célula, fusión-fecundación de espermatozoide y óvulo. Y ya en ese momento se hallan ahí, en esa mini-realidad, todas las potencialidades genéticas futuras, todas las características que serán después realidad, aparte de otras muchas más que se desperdiciarán sin concretarse en el fenotipo. Así camina la vida del ser humano: de lo simple y global hacia lo complejo y especificado tanto en lo biológico general como en lo psicológico. La mente del niño va de vivencias y nociones globales a progresivos conocimientos y saberes específicos.

La educación de las primeras épocas infantiles ha de ser lo más coherente posible, lo más unitaria. El adulto con suficiente madurez ya sabrá dar coherencia a la complejísima y disparatada realidad. El niño necesita ayuda para la integración e interpretación coherente. De ello debe preocuparse la correcta acción educativa.

Desgraciadamente el esfuerzo por los hallazgos de más coherentes sistemas educativos se ha visto generalmente adulterado por los prejuicios ideológicos. Inconscientemente se ha sometido la naturaleza —el niño— al artificio —la ideología—. Por eso la mayor parte de sistemas educativos se alejan de la naturaleza, incluso los llamados naturalistas, tan condicionados por postura ideológica como los demás.

Antes de ser capaz ni siquiera rudimentariamente de algún atisbo ideológico, el niño ha vivido ya varios años en los que ha necesitado coherencias bio-psíquicas, compatibles con todos los enfoques ideológicos, aptas para cualquier interpretación del mundo, del hombre y de la sociedad.

En la búsqueda de esta coherencia pre-ideológica, elemental, pero ya profundamente humana —el niño pequeño es ya profunda, plenamente humano— es donde hay que rastrear el núcleo central de la tarea educativa.

## COROLARIO

Motricidad, psicomotricidad, educación psicomotriz, son términos que se han puesto de moda. Tanto que hoy se comorcia en muchos países a base de cursos o seminarios de psicomotricidad. Bienvenida el agua a secado, aunque traiga riadas. Probablemente este movimiento es más que una moda. Si llegase a ser la manifestación de una intención gremial por parte de los educadores acerca de los errores de una educación prematuramente intelectual —en realidad solo sectorialmente intelectual— nos encontraríamos en los albores de una trascendental renovación pedagógica. Demos tiempo al tiempo, y ojalá fuese así.

Como es también posible que solo se trate de la fuerza de una novedad, deseo apoyar con argumentaciones la profunda significación antropológica de la educación motriz. Una de las más serias contribuciones en favor de esta revisión educativa se halla en el material de investigación aportado por Piaget desde su copiosa experimentación en la psicología genética y del desarrollo. No han sido suficientemente calibrados ni siquiera por parte de los profesionales de la educación física los hallazgos de Piaget, que empiezan a ser continuados por otros psicólogos y pedagogos. No deja de haber, como es natural, detractores de las interpretaciones «manipuladas» que Piaget da a sus experimentaciones con los niños. Pero estos descubrimientos del psicólogo suizo son cada vez más respetados. Sus formulaciones, no ya tanto por su indudable prestigio universal cuanto por el valor objetivo de sus estudios, pueden tener trascendencia definitiva no solo en los enfoques y reestructuración de la educación física, sino incluso —y ésa es la tesis del presente trabajo— en el replanteamiento, desde sus bases, de la educación en general.

Todos los mecanismos cognitivos se apoyan en la motricidad, ha afirmado Piaget rotundamente: En cuanto al lenguaje y la conceptualización, el conocimiento es ante todo una acción sobre el objeto, y en las raíces de esta acción hay una dimensión motriz permanente, incluso representada a los niveles más elevados. Hay afirmaciones taxativas que deberían haber alborozado a los profesores de educación física y sorprendido a todos los educadores en general: La inteligencia sensorio-motriz está en el origen del pensamiento(...)

Fuera de la inteligencia, del pensamiento, de los procesos lógicos, el acto motor es decisivo también en los procesos de estructuración de otras capacidades de la persona: la relación directa con el medio, la conformación de dos esquemas espacio-temporales, el enriquecimiento en complejidad y precisión de los procesos propio —y externo-ceptivos, y con ello las potencialidades de operatividad de todo tipo; la comunicación en el medio humano; la sociabilidad; la incorporación de los otros al mundo propio y la capacidad de auto integración en el grupo humano; la afectividad, tan necesitada de canales de asentamiento e idónea objetivación, etc.

El movimiento humano puede ser asumido de muy diversas maneras. El movimiento de carácter espontáneo y lúdico es el más enriquecedor. En el niño es la forma más natural de vida humana, no solo en su primerísima infancia, sino incluso en fases previas a la adultez; y aun en este largo y definitivo periodo puede desempeñar muy importante papel. El movimiento lúdico ofrece un caudal inmenso de posibilidades para que el niño aprenda a vivir *viviendo*.

Aunque el educador organice la actividad según esquemas y modelos, la actividad misma lúdico-motriz es suficiente en si misma, se justifica en si misma sin apelar a objetivos o utilidades posteriores; al igual que le son la expresión canora, la pictórica, cuando un niño se expresa pintando, aparte de aprender a pintar —sobre todo si su acción, aunque libre, está integrada en un proceso sistematizado— para el día de mañana, vive plenamente el momento presente; la acción está totalmente justificada en el hecho de pintar. Igual cuando canta, cuando fábula y representa... Y, naturalmente, cuando se mueve jugando, cuando se esfuerza gratuitamente pero lograr cualquier «performance» espontáneamente propuesta. Con la gran ventaja para el juego de movimiento sobre las otras expresiones más intelectualizadas, que puede ser realizada con plenitud de sentido y gratificación desde los primeros meses de la vida. Es el primer gran sistema espontáneo v autárquico de acción que, convenientemente ordenada, puede convertirse en educación.

Por otro lado, la actividad motriz facilita la espontánea adaptación a la realidad. No hay corrección de los desajustes entre sueños y realidad más oportuna, natural y asimilable como el aprendizaje practique de las propias limitaciones pero el movimiento, desde los más elementales niveles corporales hasta los superiores aprendizajes de la vida de relación y de inserción social. Un equipo deportivo es un aula viviente y ambulante de espontáneo aprendizaje de los ajustes a la realidad y a la vida social.

Insertada la actividad motriz en un sistema completo de acciones, objetivos generales, adquisición de patrones básicos de conducta personal y social, se puede hablar de una completa educación de la persona por el movimiento. Todos los demás aprendizajes y enriquecimientos de la persona, principalmente los cognoscitivos-nocionales, pueden ser instaurados a partir de aquellas fundamentales adquisiciones operacionales, de aquellos patrones básicos de comportamiento, establecidos ya desde anteriores fases ontogenéticas.

La motivación al conocimiento nocional del mundo, la vida propiamente intelectual, no desearía en comparación con los sistemas vigentes; al contrario, quizá fuese más espontáneamente buscada y valorada al dejar de ser un sistema impuesto, casi siempre prematuramente.

Estamos necesitados de estudios sistematizados, de experimentaciones, de investigaciones rigurosas, desde campos diversos, que vayan comprobando con exigencia todo este panorama de virtualidad educativa. Ya se han iniciado trabajos esperanzadores. Uno de ellos está en curso llevado por un grupo de profesionales de la educación física de Méjico en un ejemplo de certera intuición profesional, referente a las posibles correlaciones en niños de escuela maternal entre la estimulación metódica al movimiento y otros parámetros de la personalidad. De los resultados de estas y otras investigaciones semejantes pueden derivarse trascendentales conclusiones, no solo para la educación física sino para la educación en general.

El estudio sobre «Educación del hombre corporal», que constituye el siguiente capítulo del presente libro, es un nuevo intento en favor de la tesis de que una educación por el movimiento puede constituirse en uno de los núcleos fundamentales del sistema educativo en general.

Esta formulación trae una serie de consecuencias nada triviales. Entre ellas, a nivel práctico, la sustitución de los actuales maestros de enseñanza primaria —maestros elementales, profesores de EGB, etc.— por educadores del movimiento; o la reconversión profunda de tales maestros. Los más cercanos a estos educadores del —por— el movimiento son los profesores de educación física. Consecuentemente, cambio radical en los criterios de selección y programas de formación de maestros.

Pero también —y los profesionales del gremio habrían de mentalizarse seriamente en esto— el concepto y enfoque educativo de los actuales profesores de educación física, si éstos quisieran aceptar esta misión trascendental, habrían de ser seriamente renovados.

Es muy posible que la presente sugerencia fuese despreciada por los profesionales de la educación en general, y rechazada, si se calibrara su alcance, por los propios profesionales de la educación física. Si en un principio pudiera parecer halagador para éstos, pronto se pondría de manifiesto la enorme autocritica, autoexigencia y consecuente incomodidad que habrá de comportar para un gremio que, como cualquier otro gremio, tiene el riesgo de optar por un cómodo y aceptable «modus vivendi».

Al margen de las importantes acciones que desde niveles de estudio y consideración estrictamente sociológicos se desprendan como oportunas para que la sociedad haga más deporte, a la larga la más profunda y fecunda raíz para un cambio de hábito social está en la transformación del individuo humano desde su primera educación. En realidad se trata de acciones convergentes.

La instauración de la educación por el movimiento como sistema fundamental de educación está en sí justificada si se llega a probar con rigor su beneficio individual. Pero si, además, desde otros campos de estudio e investigación se está demostrando, no solo lo útil sino lo *necesario* que al hombre de nuestro tiempo lo es el hábito corporalmente activo y consecuentemente la importancia de la deportivización de la sociedad, la instauración de un sistema básico de educación por el movimiento se hace doblemente obvia.

## **IX. EDUCACION DEL HOMBRE CORPORAL**

El presente trabajo es una breve reflexión a nivel de filosofía de la educación acerca de lo que hoy generalmente se entiende por «educación física». Se refiere de alguna manera a un replanteamiento de los fines mismos de la educación física desde una perspectiva antropológica con una breve ilustración de ciertos hallazgos científicos.

No consiste en una enumeración de tales investigaciones, sino de alguna breve referencia que refuerce las preocupaciones en torno a este tema.

Indudablemente, «educación física» es una expresión referida a muy distintas áreas de la educación, que ha sufrido evoluciones y que ni hace cincuenta años ni ahora ha sido unívocamente entendida. Este es el primer problema que se plantea al pretender hablar de educación física en general. La misma disparidad de expresiones análogas que con más o menos fortuna han aparecido en las últimas décadas pretendiendo resolver el problema conceptual o intentando traspasar el área de trabajo de la educación física a otros quehaceres educativos más de acuerdo con las nuevas corrientes, nos ofrece un reto lingüístico de enorme dimensión, y nos pone en evidencia una desmoralizadora falta de identidad de esta ciencia a sub-ciencia pedagógica.

Pero la crítica revisionista de la educación física va a surgir precisamente de una crítica más honda de la educación en general, que no es nueva pero que con el presente planteamiento puede hallar argumentos antropológicos de cierta objetividad.

Por razones que se verán a lo largo de estas líneas pero sin pretender responder aquí al citado reto lingüístico, voy a emplear indistintamente expresiones que por el uso pueden entenderse como casi sinónimas con preferencia las más frecuentes de «educación física» «educación corporal» «psicomotricidad» «educación cinética» «educación por el movimiento. etc.

Con respecto a la expresión «el hombre corporal» que introduzco aquí deliberadamente, reconozco que supone cierta tautología; pero creo que puede valer la pena disculpar el defecto en favor de la elocuencia expresiva que comporta y del hondo sentido uni-antropológico que pretende reivindicar en una filosofía de la educación.

### **EDUCAR HONDO**

Es bastante unánime la aceptación de que en las sociedades desarrolladas los sistemas educativos han fracasado más o menos. Son los mismos protagonistas del hecho educativo, los educadores, quienes la reconocen.

Tas las lamentaciones surgen los intentos de remedio. Los ha habido en la historia de la educación muchos y muy fecundos pero que en general, no han sido suficientes para instaurar un remedio generalizado. Desde los humanistas, pasando por la figura egregia de Rousseau, hasta las grandes escuelas pedagógicas de los siglos XIX y XX no faltan ideas y agarraderos importantes de los que echar mano. En todos ellos laten más o menos singularizados temas centrales como el respeto a la libertad, la iniciativa personal, la independencia de los estereotipos sociales y, sobre todo, la atención a la naturaleza y sus demandas espontáneas, como base de los replanteamientos educativos.

Este último, el regreso a la naturaleza, a la realidad antropológica educable, parece ser la más objetiva actitud para cualquier nuevo sistema de acción con el hombre. El actual estado de las ciencias del conocimiento humano, desde la genética y la neurobiología hasta la sociología y filosofía pasando por el cada vez más ensanchado océano de la psicología, nos bombardea con nuevos datos, cuya heterogeneidad no hace fácil la tarea; pero que una vez que sean armonizadas y puedan establecerse desde la heterogeneidad visiones coherentes, podrán dar más luz acerca de esta realidad antropológica sujeto objeto del suceso educativo.

Una de las luminosas coherencias, tanto desde las interpretaciones de la psicología profunda como desde los hallazgos de la psicología evolutiva y desde las confrontaciones de la psicología y pedagogía experimentales,

es una diferente valoración del niño con respecto a las instancias del adulto, con respecto al mundo en general y, sobre todo, con respecto a sí mismo. Es tema de general conocimiento para toda persona medianamente introducida en la psicología contemporánea a simplemente en la cultura, y, desde luego, para el pedagogo actual.

Frente a la concepción pedagógica predominante durante mucho tiempo de que el niño era fundamentalmente un proyecto de adulta, hay prevalece la tesis de que el niño, aparte de que pueda razonablemente ser considerarse como un futuro adulto, es, sobre todo, una realidad presente, plenamente justificada ya en sí misma. Y que cuanto más en serio se tome y se respete esta realidad presente que es el niño en cada periodo de su evolución, tanto más garantía existe de acierto en el futuro adulto.

El niño no es un bloque de mármol, proyecto de estatua en la mente del escultor, que solo existirá como tal estatua el día en que acabe la obra. El niño en la mente del educador —cuya instancia sobre el niño nunca es comparable con el omni-señorío que el artista tiene sobre su obra— es, desde luego, un probable ser futuro, adulto, más o menos acabado, coincidente con cualquier modelo más o menos concreto de ideal humano al cual hay que acercarse; pero es principalmente el niño presente, que debe vivir su vida lo más plenamente posible, que debe entregarse a acciones lo más plenamente justificadas en sí mismas que sea posible. El escultor cincela el mármol, el cual en cuanto obra de arte no es nada hasta que esté acabada; todo hasta ese momento es provisional, todo puede dilatarse, supeditarse hasta un final esplendoroso. El educador en su modelación del niño toca un material ya sagrado en el momento presente; tan importante como el resultado final; pero ahora mucho más delicado. Este es el drama del educador: que tiene que actuar sobre materia tabú; y que no puede renunciar a ello. La solución no está en el cómodo abandono de la acción, como se vislumbra en ciertas corrientes pedagógicas, sino en la humilde actitud de estar siempre dispuesto a rectificar porque puede cometer muchos errores, como los reflejados en esa misma terminología metafórica tradicional de la modelación, del enderezamiento. El educador debe reconocer que su función no va más allá de la de ayudante, estimulante, aunque, eso sí altamente cualificado; pero con un asombroso e indeclinable cometido muy superior al del más dictatorial orfebre.

El ser humano es el animal que nace menos hecho, totalmente inviable. En esta inviabilidad y menesterosidad se fundamenta el hecho y la obligación educativa. Y esta menesterosidad acompaña al ser humano prácticamente hasta que acaba su periodo evolutivo. Está necesitado de acción educativa al menos hasta entonces. La filosofía de la «educación permanente» evidencia cierto tipo de menesterosidad prácticamente durante toda la vida.

La obra educativa es incumbencia de quien está cerca del niño: Los padres primero, la familia, la sociedad en general. En las sociedades desarrolladas, como antes se apuntaba, esta tarea educativa se ha delegado en los gremios profesionales de la educación y consecuentemente en sus instituciones específicas. Por razones históricas muy complejas que van desde concepciones filosóficas hasta demandas urgentes de una sociedad exigente en resultados, en eficiencias, y por otro lado de saberes informativos, cuantificables, la educación escolarizada —o sea, casi toda la educación institucionalizada— se hizo preponderantemente *nocional*, verbal, valoradora por la acumulación y hábito repetitivo de saberes. De ello se han derivado serias consecuencias: la falta de una preocupación y apreciación de la forma en que el niño vive su actividad escolar, del enriquecimiento relaciona, de la adquisición de hábitos y actitudes duraderas para la vida no escolar; y, sobre todo, la ignorancia de las actitudes creadoras en materias ajenas a la estereotipada vida escolar. Ha predominado una cuantificación escolar, estratificada en programas escalonados, evaluaciones de resultados, saberes definidos. Como el escolar obtenía tales resultados era despreciado; no se ha evaluado su actitud, su disfrute, su entrega a la tarea, más que de una forma secundaria.

Cuando un niño estudia una lista de ríos de Asia a de reyes medievales a aprende una operación algebraica, indudablemente realiza una acción cuyo resultado positivo —la retención de la lista o el aprendizaje operativo— puede producirle cierto disfrute: uno exterior, el del reconocimiento por parte del profesor, y el otro más íntimo de haber obtenido una «performance». Este tipo de resultado, a pesar de ser positivo, implica muy sectorialmente a la persona. Las motivaciones que le llevan a ella no pasan de ser periféricas: la personal, con la satisfacción de un resultado; la exterior, puramente convencional; será útil saber para el día de mañana; será positivo para obtener buena nota en los exámenes. Esta conducta, aún en el mejor de los casos de un niño bien integrado en la dinámica escolar, está motivada periféricamente, casi solo

racionalmente, sin que entre en juego todo el caudal vivencial de intereses personales, de emociones placenteras, de íntimas y primitivas funciones de expresión personal, y desde luego con resultados encerrados en sí mismos, sin virtualidad retroactiva.

Hay un carácter de provisionalidad en la conducta escolar dominante: la acción no está justificada en sí misma, sino en un valor siempre relativo; y que, si el gremio educativo se la plantea sinceramente, podrá ser útil para la vida en un exiguo porcentaje de los aprendizajes, sobre todo si se tiene presente la enorme aceleración en el cambio técnico y social que nos toca vivir.

Cuando un niño dibuja, por el contrario, puede que para el día de mañana ese aprendizaje le sea a no le sea útil, pero realiza un acto plenamente justificado en sí mismo. Si no se le exige demasiado academicismo, el niño vive su conducta plenamente. Se expresa auténticamente; no es menester motivarle desde fuera; es ya una conducta motivante. Y en esa plena realización y fruición del acto está garantizada su profunda utilidad para el día de mañana: no por lo que aprenda formalmente a dibujar sino por la forma como ha vivido su dibujo, como se ha expresado, como ha logrado su personal objetivo, como ha superado a intentado superar sus limitaciones, como ha resuelto los problemas, como ha vivido, padecido, disfrutado. El educador estaba allí no precisamente para motivarle a esa conducta, cosa que no necesitaba, sino para reforzar sus personales e íntimas motivaciones, para comprenderle, para ofrecer eco humano a su acción, para suscitar en él por vía indirecta nuevos afanes de expresión.

Lo mismo sucede cuando el niño canta o manipula objetos o juega a fingirse tal animal o tal personaje y, sobre todo, cuando el niño se expresa moviendo su cuerpo.

El placer que experimenta el niño a los cuatro meses agitando sus piernas y brazos, intentando girar el tronco sobre la cuna (placer científicamente comprobado por los estudiosos pero constatable a nivel de experiencia por cualquier observador), o a los dos años echando sus primeras carreritas de un extremo a otro de la habitación, o a los siete años confrontando ya con cierta ritualización con su amigo a ver quién llega antes a una meta o quién tumba al otro de espaldas en el suelo, o disputando un balón, etc., nos ofrece una gama de conductas corporales naturales insuficientemente descubiertas por una educación físico-deportiva demasiado estereotipada, pero abierta a una acción educativa natural de insospechados horizontes.

La predominante preocupación por hacer del niño un buen adulto futuro ha encaminado los sistemas educativos hacia un enriquecimiento del niño en pura acumulación de contenidos y, en segundo lugar, a un aprendizaje al manejo de tales contenidos. Junto a esta educación llamada intelectual —en realidad es solo sectorialmente intelectual— ha existido la preocupación por una educación moral —costumbres, respeto a unos valores supra-humanos y humanos, a unas formas sociales— y por una educación del carácter, sectorializado fundamentalmente en la llamada fuerza de voluntad y en ciertos aprendizajes de decisión y de superación. Es decir la educación institucionalizada se ha preocupado fundamentalmente de ciertos aspectos de la persona cortical, dejando las capas más profundas de la persona en manos intuitivas de familia y ambiente. Afortunadamente estas áreas intuitivas no lo han hecho del todo mal, bien sea por sentido común, por autodefensa de la especie o por determinismo; y así, la humanidad continúa, y la civilización occidental, aunque con achaques, pervive. Pero es una pena que precisamente la vertiente institucionalizada de la acción educativa haya omitido y en gran parte siga omitiendo la atención esmerada a instancias tan fundamentales de la persona. No son generalizaciones gratuitas. Un repaso a los programas escolares actualmente vigentes en la mayoría de países demuestra que la educación escolarizada sigue siendo, a pesar de solemnes declaraciones de principio, una educación de contenidos más que una preocupación formadora de la calidad de la persona. Preocupación por un futuro más ambicioso de tener que de ser; de rendir que de aceptar; de saber que de comprender; de recordar que de pensar.

Esto quiere decir que la ciencia pedagógica ha quedado retrasada con respecto a la psicológica. No es extraño, puesto que las ciencias del conocimiento, a la postre, se ven más desembarazadas para su progreso que las ciencias prácticas la acción de éstas repercute más directamente en la estructura social y choca con ella.

Este tipo de educación preocupada por un modelo de adultez fuerte y dominante, aparte de otras consecuencias sociales, ha dado como resultado un hombre ambicioso, afanoso del éxito, insatisfecho,

frustrado y como consecuencia, un hombre que necesita salir fuera de sí, escaparse, engañarse con la posesión de bienes o con el aturdimiento informativo. El hombre de nuestra civilización, poseedor de más riquezas, de más conocimiento más medios de información que el de otras, no sabe estar consigo mismo, desconoce el sosiego personal, carece de identidad. No es solo la organización social contemporánea la causante de estos desajustes: es más bien una carencia primigenia en la propia persona, un vacío sustancial, resultado de un ser que, desde pequeño, no aprendió a nutrirse de su propia realidad personal.

Se ha tomado ya conciencia de esta deshumanización principalmente por parte de educadores críticos, de sociólogos, incluso de responsables políticos. Slogans como «la calidad de vida», el citado aprender a ser, «la naturaleza ecológica», «la lucha contra la contaminación», etc., son altamente consoladores. Ahora toca a unos y otros encontrar las formulas precisas en cada ámbito para re-humanizar a esta sociedad, a este hombre.

## PERSONA, CUERPO Y MUNDO

En el ámbito de lo que podría concebirse como *educación corporal* (o educación del hombre corporal) acaso puede encontrarse alguna de estas conductas humanas básicas y a la vez polivalentes sin menoscabo de la naturalidad.

Existe un movimiento de moda, cuyo éxito, comercializado ya por una serie de avispados profesionales de la educación, puede agostarlo prematuramente, concretado en las expresiones «psicomotricidad» o «educación psicomotriz». Si este movimiento sabe atenerse a la medida y rigor de sus propios hallazgos y no se desvirtúa por afanes de protagonización y fácil éxito, puede que esté llamado a prestar profundo servicio a la renovación educativa. Uno de sus más significados autores, P. Vayer, hace la sagaz constatación de que los sujetos con problemas de inadaptación tienen siempre dificultades consigo mismos, y en concreto insuficiencia de percepción, insuficiencia de control del propio cuerpo y dificultades de **equilibrio** estando de pie. No es que su inadaptación dependa de estos desajustes, pero tales problemas se dan siempre concomitantes.

Esto nos apercibe acerca de la profunda conexión entre las relaciones yo-mundo y la relación yo-consigo mismo. El ser-en-el mundo coincide con el yo corporal. La instancia corporal (o mejor, la persona corporal) es la dimensión espacio-temporal del yo.

La acción educativa se concreta fundamentalmente en la ayuda a la buena síntesis dinámica entre las capacidades genéticas y los enriquecimientos (por asimilación-adaptación) que le vienen del medio. Es un proceso siempre abierto; una aparición de estructuras progresivamente más complejas. La programación que genéticamente trae la persona para ir adquiriendo tales estructuras solo se realiza mediante un conveniente encuentro y síntesis con las instancias del medio, tanto físicas y biológicas, como, sobre todo, humanas, sociales. El hombre viene también genéticamente programado para encontrarse; tiene que hallar multitud de encuentros. Si éstos se realizan con suficiente conveniencia sus maduraciones tienen lugar satisfactoriamente, como estaban más o menos también programadas.

Si las capacidades senso-perceptivas necesitan, por maduración, de las condiciones bioquímicas suficientes para instaurarse, necesitan igualmente del intercambio mínimo necesario con el medio, intercambio que no se realiza sin *acción* personal. No le viene dado al sujeto pasivamente. Es una síntesis dinámica *activa*. Los conceptos «maduración» y «aprendizaje» tajantemente diferenciados hace quince años, hoy no reconocen claramente su frontera. Sin el tiempo suficiente no hay maduración, pero sin el intercambio necesario (con asimilación-adaptación) activamente realizado, los resultados de la maduración prevista no llegan. Esto sucede con todas las capacidades individuales, incluso con la inteligencia, como comentaremos después.

El hombre, esa singular criatura del género animal capaz de auto-percepción, de auto-reflexión y de auto-concepto. va a desarrollarse dependiendo de tres instancias básicas, de tres núcleos cósmico-vitales:

El yo; el mundo de los otros, y la realidad de las cosas.

Si no se desarrolla suficientemente la comunicación con estas tres instancias, la conveniente maduración genética y constitución personal no llega. El hombre accede al mundo ávido de comunicación, constitucionalmente necesitado de ella. Y tal comunicación se realiza mediante el «esquema corporal».

Accedemos a una expresión, crecientemente usada en los últimos veinte años, muchas veces no suficientemente entendida, que conviene aclarar.

Es un término introducido por el médico francés E. Bonnier<sup>1</sup> en su libro *Le Vertige*, entendido simplemente como modelo perceptivo del cuerpo, como auto-configuración espacial junto con un vago sentimiento de existencia, cercano al concepto de cenestesia. Esta expresión —esquema corporal— después de haber recibido sucesivas interpretaciones y haber sido **contrastada** con otras más o menos similares como «esquema postural», «imagen espacial del cuerpo», «imagen de sí» «imagen de nuestro cuerpo», «auto-catexia del cuerpo»..., vuelve a ser hoy considerada por los psicomotricistas en el centro de la acción educativa. En efecto, toda comunicación con cualquiera de las tres realidades-núcleo con las que se topa la persona es a través del cuerpo: o, mejor dicho, es corporal corporalizada. O sea que todo el programado enriquecimiento estructural está condicionado, está en función de comunicaciones corporales, de corporalizaciones.

Pero más aún; todas las funciones que progresivamente van apareciendo en la persona no surgen espontáneamente según un simple proceso de maduración temporal, sino que, a partir de las capacidades maduracionales genéticas, son producto de la *acción*: de la síntesis activa de esas capacidades con los múltiples elementos personales, cosmológicos y sociales; son resultado de una intercomunicación activa, de una interrelación o serie de interrelaciones.

Hay una entidad básica comunicativa global, condición «sine qua non» de todo progreso personal: el cuerpo, o la persona corporal. Esta entidad debe ser el primer objeto de cultivo o cuidado sistemático de la persona; el primer objeto educativo.

Toda comunicación con el mundo es corporal; por lo tanto, el cuerpo sería, cuando menos, vehículo imprescindible. Una corporalidad activamente integrada es garantía de mayor esplendor personal.

Empezando por los procesos senso-perceptivos, hoy está demostrado de qué manera su afinamiento y buena estructuración dependen en gran parte de una bien integrada *actividad* corporal. «Sería un error imaginar —afirma A. R. Luria— que la sensación y percepción son procesos puramente pasivos. Se ha demostrado que la sensación incluye componentes motores y, en la psicología moderna, la sensación, y más especialmente la percepción, se consideran como procesos activos que incorporan componentes tanto aferentes como eferentes<sup>2</sup>.

Incluso en la correcta instauración del proceso comunicativo de orden superior, el lenguaje, la actividad corporal es ingrediente fundamental.

La aparición del lenguaje no es un suceso aislado, sino resultado de una *actividad* en el que la tonicidad corporal juega papel indeclinable. El lenguaje —dice Ajuriaguerra— «forma parte del mundo perceptiva y también del mundo de la manipulación y de la acción»<sup>3</sup>.

En la teoría estructuralista operativa de Piaget se patentiza como el mismo pensamiento es resultado de una serie de acciones adaptativas, en cuyo origen juegan central y decisivo papel las actividades motrices, es decir corporales. «Todos los mecanismos cognitivos —afirma— reposan en la motricidad.» Solo en las últimas fases del desarrollo del pensamiento abstracto —después de los 13 años— se puede hablar de un pensamiento en cierto modo descorporalizado, de concepto a concepto, lógico-matemático deductivo. Todas las fases anteriores del pensamiento no solo tienen el componente sensorial, sino que son en parte

---

<sup>1</sup> Tomado de A. Bernard «*Le corps*». Editions Universitaires. Paris. 1972.

<sup>2</sup> A. R. Luria, *El cerebro en acción*. Edt. Fontanella (vers. española). Barcelona. 1974.

<sup>3</sup> J. de Ajuriaguerra. *De la psychomotricité au corps dans la relation avec autrui*. En «L'Evolution psychiatrique» 1962, 27, I.

movimiento físico, activo, representacional o esquemático. En su desarrollo sigue interviniendo necesariamente la acción.

El influjo de la actividad corporal en la vida emotiva debe contemplarse en los más profundos niveles de la conducta. A partir sobre todo del psicoanálisis no se puede ignorar la significación central del cuerpo, no solo en toda la vida de placer —cosa plenamente expuesta desde Platón— sino como impulso energético original para la vida. Para Freud, en definitiva, el «aparato psíquico es una evolución de la original realidad somática. «El contenido del *ello* —dice textualmente— es todo lo heredado, lo congénitamente dado, lo constitucionalmente establecido; es decir, ante todo, los instintos surgidos de la organización *somática*, que hallan aquí una primera expresión psíquica cuyas fuerzas ignoramos... «Los instintos (Freud se refiere aquí fundamentalmente a uno, la libido) representan las exigencias *somáticas* planteadas a la vida psíquica, y son causa última de toda actividad, aunque su índole sea conservadora»<sup>4</sup>.

Se esté o no de acuerdo con esta antropología, después de Freud no se puede ignorar la trascendencia omnipresente de la vida corporal con sus demandas imperiosas, y las implacables facturas que se pagan a su negligencia. Y de cara a cualquier acción pedagógica, el cuerpo no solo se hace trascendental por el reconocimiento al principio de placer y a los terribles riesgos de su constricción —origen principal de las escuelas pedagógicas de la liberación de Neill, Freire, Holt, etc., tan celebradas en los últimos años— sino también por la aceptación del otro gran principio freudiano —incomprensiblemente soslayado por brillantes pedagogos contemporáneos—, el principio de adaptación a la realidad, en el que radica propiamente la constitución del yo.

En efecto, Freud dice que el «yo» es una organización especial producto de la *transformación* provocada por la realidad del mundo exterior. «Oficia de mediador entre el ella y el mundo exterior» (...). Su tarea es la *auto-afirmación*, con la fuga de los estímulos demasiado intensos, peligrosos, y la *adaptación* de los moderados... Hacia dentro, frente al ello, conquista el *dominio* sobre las exigencias de los instintos<sup>5</sup>. En el centro de toda pedagogía directamente derivada de la antropología freudiana, tanto como la atención al principio de placer somático está la integración y equilibrio de toda esa energía por adaptación y autodomínio.

Merced a esta capacidad activa-adaptativa se forma esta segunda instancia —de las tres que forman el aparato psíquico, ello, yo y súper-yo—. El yo es la realidad presente y actuante de la persona, la que la define e identifica en cualquier momento; y es el producto de una síntesis dinámica entre originales impulsos de tipo genético —el ello— y acciones adaptativas, constructivas, integradoras, que terminan constituyéndose (con la inclusión más bien súper-estructural del superyo) en la realidad actual y permanente de cada persona.

El cuerpo ha pasado de ser educacionalmente despreciado y reprimido en tanto parte inferior de la persona (instrumento, objeto, soporte, fuente de pasiones, elemento perturbador «cavendum»...), en el marco de una pedagogía represiva y angelista, a ser entronizado en un culto casi fetichista, con el sagrado tabú de no contrariar sus apetencias, desde las sexuales hasta las agresivas.

Se descubrió la represión de las apetencias corporales como fuente de des-equilibrio personal. Consecuentes con ella, muchos pedagogos son hoy partidarios del libre juego de las apetencias corporales como garantía de equilibrio personal: han encontrado la llave de oro para una educación definitivamente equilibradora.

La ley del péndulo nos lleva desde un *angelismo* que creyó podía ignorar esa importante realidad de la persona, esa «personía» implacable que constituye el cuerpo, a una *utopía*, que, en lenguaje freudiano, sería destacar él ello, la grosera corporalidad como principal realidad personal, menospreciando la otra gran fuerza constitutiva de la persona, la capacidad y necesidad de adaptación a la triple realidad de la vida: «uno mismo» (el yo como resultado de la adaptación), el mundo de los otros y la «realidad de las cosas», en cuya tarea precisamente el cuerpo ocupa, en cuanto elemento relacional, el quehacer básico.

---

<sup>4</sup> S. Freud. *Esquema del psicoanálisis* (vers. española) Editorial Nova, Buenos Aires. 1952.

<sup>5</sup> S. Freud. o. c.

Con unas u otras valoraciones, los dos grandes aspectos que deben ser tenidos en cuenta para una consideración educativa de la corporalidad son los siguientes: En primer lugar el esquema corporal entendido como sistema abierto al mundo, apta para la adaptación a él como para su progresiva incorporación dentro de la estructuración del yo; y en segundo lugar la trascendental significación libidinal de la persona corporal y, consecuentemente, el significado cualitativo de todas las relaciones personales (afecto, impulso sexual, etc.)

Ambas significaciones no son independientes, sino aspectos de una misma realidad: el cuerpo es ambas cosas a la vez. El enriquecimiento personal por la apertura del cuerpo al mundo va siempre coloreado, con una u otra intensidad, con uno u otro significado, con su cualidad libidinal. Para el estudio analítico resulta practica la consideración por separado de los dos aspectos, pero nunca se presentan ni actúan separadamente, independientemente el uno del otro.

## EDUCACION MOTRIZ

Para el establecimiento de un sistema de acción educativa a partir de una valoración de la realidad corporal conviene fijarse en dos características fundamentales que pueden aclarar muchas cosas: la capacidad *retroactiva* del complejo aprendizaje-maduración, y la virtud *autorreguladora* del cerebro.

Así explica P. Vayer la noción de retroacción: «Para que la acción emprendida repercuta en los distintos niveles de organización del sistema nervioso y pueda quedar integrada, es necesario que el sujeto asuma activamente la búsqueda de la información dentro del mundo que le rodea, y es la confrontación entre la información existente (la que ha sido registrada en el curso de informaciones precedentes) y la nueva información procedente del medio la que permite a la vez el desarrollo de la acción presente y la adquisición, a través de esta acción, de informaciones nuevas que cristalizan en nueva vivencia, nuevos conocimientos. Ahora bien, para que la acción sea asumida activamente es necesario que el proceso decisional sea el del sujeto, es decir que la acción sea intencional.»<sup>6</sup>

Esto queda esclarecido acudiendo al papel *autorregulador* del cerebro, es decir, a la capacidad de controlar sus operaciones y de modificarlas en función de los cambios que intervienen desde el medio. Estas capacidades de *auto-programación*, de *auto-dirección* y de *auto-regulación* de la propia acción se hacen posibles gracias a los niveles de organización dinámica del sistema nervioso. A. R. Luria, en su obra «*El cerebro en acción*»<sup>7</sup>, distingue «tres principales unidades funcionales del cerebro cuya participación es necesaria para todo tipo de actividad mental.»

Primera unidad funcional.

En ella se realizan los controles energéticos y tónicos del córtex, la regulación del tono o vigilia (...). Los sistemas de esta primera unidad funcional experimentan a su vez la influencia diferenciadora del córtex. y trabajan en estrecha relación con los niveles superiores del córtex (...). Desempeña un rol importante en la tonicidad y regulación del estado de actividad cortical v en el nivel de alerta.

Segunda unidad funcional.

Realiza la «recepción, análisis y almacenaje de información (...). Constituye un sistema de procesamiento de la que llega del exterior» (...). Su principal estructura biológica responsable —neuronas aisladas— obedecen a la ley del «todo o nada» recibiendo impulsos y reenviándolos a otros grupos de neuronas.

Tercera unidad funcional.

«*Planea y programa*» los comportamientos. Inspecciona toda ejecución; «*regula* la conducta para que esté de acuerdo con los planes y programas». Constituye, pues, el nivel superior de organización funcional del cerebro, programador y reglamentador de toda la actividad,

---

<sup>6</sup> P. Vayer. *L'Enfant face au monde*. Doin Editeurs. Paris 1978.

<sup>7</sup> A. R. Luria, *El cerebro en acción*, Edit. Fontanella (vers. española. Barcelona, 1974.

«Sería un error —advierte Luria— imaginar que cada una de estas unidades puede desempeñar una cierta forma de actividad completamente independiente... Cada forma de actividad consciente es siempre un *sistema funcional complejo* y tiene lugar a través del *trabajo combinado de las tres unidades cerebrales*, cada una de las cuales aporta su propia contribución.» A modo de ejemplo sirva el párrafo —anteriormente citado—: «Sería un error imaginar que la sensación y percepción son procesos puramente pasivos. Se ha demostrado que la sensación incluye componentes motores y, en la psicología moderna, la sensación y más especialmente la percepción se consideran como *procesos activos* que incorporan componentes tanto aferentes como eferentes»... «El carácter *activo* de los procesos de percepción de objetos complejos es todavía más obvio.»

Estos tres niveles, no totalmente coincidentes con localizaciones anatómicas precisas sino meramente funcionales, se elaboran en un contexto interaccional, interrelacional, a partir de las informaciones y acciones desencadenadas, las cuales repercuten al nivel del conjunto correspondiente y explican las nociones psicológicas de lo vivido (lo vivenciado).

Directa conclusión de enorme trascendencia pedagógica es que para un verdadero enriquecimiento del sujeto, la experiencia, la información, deben acceder al máximo grado posible de «vivenciación»: y que para que esto suceda deben ser plenamente intencionales, con implicación de los tres niveles de funcionamiento cerebral. En otras palabras, para que la relación sujeto-mundo, sujeto-sociedad y sujeto-yo favorezca el desarrollo de la persona, el niño debe *actuar*, asumir intencionalmente y activamente la información, la experiencia. Solo una acción así asumida es plenamente vivida y cumple las condiciones enriquecedoras de la retracción.

Existe una inmensa distancia entre esta manera de asumir la conducta para un cabal enriquecimiento de la persona y el modelo escolarizado según el cual la intención de los aprendizajes es aportada por el adulto.

### **UN APRENDIZAJE BÁSICO: LA CORPORALIZACIÓN**

Hay más posibilidades de aprender cuantos más elementos del medio sean incorporados a este proceso de retroalimentación. Cuanto más activo sea el niño, más posibilidades de incorporar información enriquecedora.

Mayor actividad en términos de esquema corporal no significa ni la cantidad de movimiento, ni el no estar quieto, sino movimiento autorregulado, intencionalmente dirigido con participación armonizada de los tres niveles de organización cerebral.

Tan sectorial y poco enriquecedor aprendizaje es mucho movimiento físico sin incorporación de todos los niveles de implicación psíquica, sin asunción total autorreguladora y dinámica por parte de la persona superior, como un puro aprendizaje memorístico a técnico-operativo en edades infantiles en tanto que simple producto de una información aportada por el adulto.

En el primer caso se trata de una actividad física —la mayor parte de la educación físico-deportiva tradicional— meramente mecánica, preocupada solo por ejecuciones y destrezas, estereotipada y repetitiva, útil para robustecer ciertas capacidades neuro-musculares y orgánicas, pero muy poco realmente como sistema educativo de la persona. En realidad no constituye un sistema educativo.

En el segundo caso se describe el tipo de educación prematuramente intelectualizada, incapaz de motivar a la entrega personal por falta de iniciativa y acción global del niño; consecuentemente incapaz de instaurar en plenitud el proceso retroactivo y autorregulador por la acción plenamente intencional del niño.

Es el tipo de educación predominante aún hoy día. Se cambian algunas condiciones de la escuela, se introducen en los programas nuevas materias en busca de comportamientos escolares más creativos, con mayor invitación a la originalidad del niño, pero perviven los viejos módulos; se trata fundamentalmente de añadidos. Los sistemas de selección de los educadores siguen basados en la cuantificación de conocimientos, en la acumulación de una cultura parcelada, al modo de mini-erudición, que luego se pretenderá, aunque teóricamente se niegue, transmitir a los niños.

En el intento de encontrar un tipo de conducta educativa enraizada en la demanda natural de aprender del niño, nos topamos con esta manera de entender la educación corporal, cuajada de tales condiciones.

En efecto, el cuerpo es:

- La entidad mediante la cual el niño empieza a encontrarse consigo mismo, a reflejar sobre sí mismo, a auto-comprenderse, a autorregularse.
- La relación primitiva y permanente con el cosmos; la propia existencia espacial y temporal en el mundo; el medio de lograr el trato y el dominio sobre el mundo.
- La relación cualificada, personal, libidinal con el otro.

Pero toda esta potencialidad para la correcta personalización a partir del cuerpo no se convierte en acto sino por la acción. El cuerpo actúa moviéndose. Consecuentemente, cuerpo y movimiento están en la base de toda comunicación consigo mismo y con el resto de la realidad. Están en la base de todo aprendizaje, de toda educación.

## **ESTUDIOS Y EXPERIMENTACIONES**

No son solamente las deducciones a partir de estos conocimientos las que fundamentan estas convicciones acerca de la significación profundamente educativa de la actividad motriz. Asistimos en los últimos años a una serie de investigaciones concretas sobre las relaciones entre la motricidad (movimiento, actividad física) y otras funciones de la persona. Sobre todo a partir de la década de los sesenta se han incrementado notablemente estos estudios.

Pasando por alto los muy numerosos dedicados al beneficio directo de la actividad motriz en las propias capacidades matrices, en la coordinación, diversas destrezas físicas, lateralidad, velocidad de respuesta, potencia, etc., con muy positivos —aunque lógicos— resultados, será útil hacer una rápida referencia a los dedicados a otras capacidades de la persona.

Se han buscado correlaciones entre actividades motrices organizadas (a programas de educación física, a movimiento metódico) y muy diversas áreas de la eficiencia:

### **Capacidades senso-perceptivas**

Es uno de los capítulos en los que más investigación se ha hecho, en la que descuellan autores como Delacato, Kephart, Cratty, Barsch, Frostig, Balow, Ridini, Lipton, Evans, Moody, Galiahue, Lezine, Singer, Trussell, Fretz, O'Connor, etc., por no citar más que los del área norteamericana, la más desarrollada en este estudio. Los resultados han sido en general muy positivos, habiendo surgido de ellos la expresión «programas perceptivo-motores» (Delacato, Kephart), reflejo de la inseparabilidad, generalmente aceptada, de estos modos del comportamiento humano: el perceptivo y el motor.

### **Resultados académicos tradicionales (Lectura, escritura, cálculo, etc.)**

Investigadores como Humphrey, Asher, Gerhart, etc., han centrado la búsqueda de la correlación en muy distintas y concretas áreas del quehacer escolar. Los resultados no son unánimes, ni mucho menos, aunque predominan ampliamente los de carácter positivo. La disparidad de conductas escolares exploradas —lectura (Humphrey, Cratty), escritura (Humphrey), lenguas (Ison, Link), matemáticas (Thomas), retención de conceptos (Prager), comprensión conceptual (Werner), conceptos básicos escolares (M. Picado), etc.— y la consecuente variedad de métodos explican la falta de homogeneidad de resultados.

### **La agresividad**

Es tema que ha preocupado a psicólogos y pedagogos de la educación física y el deporte. Hay estudios clásicos, iniciados hace más de veinte años; pero el incremento notable se produce en los tres últimos lustros. Hay un tema-polémico que acapara la mayoría de las investigaciones: la actividad física y el deporte, son

una catarsis o liberación de la agresividad o, por el contrario, la provocan? Hay opiniones en todos los sentidos; y cada uno aporta sus pruebas. En lo que aquí más nos interesa, la relación entre la psicomotricidad o actividad física educativa y las cargas agresivas, no existen tantas investigaciones. Cabe citar, entre otras, las de Wilson, Carter, Ryan, Miranda Viñuelas. A. de Gouverneur, que las realizan con estudiantes. En general, parece que la actividad física es más reductora que provocadora de la agresividad, sobre todo cuando es placentera. De todas formas la falta de identidad del propio término —agresividad— torna conflictiva toda interpretación.

### **La ansiedad**

También hay resultados confusos, y a veces contradictorios. No obstante hay abundantes pruebas de que la adquisición de destrezas físicas y en general el desarrollo de las aptitudes físico-deportivas suelen tener como resultado una reducción de la ansiedad-rasgo. Las investigaciones de Hutson, Franks, Jetté, Warburton, Kane, Karbe, Daugert, etc., confirman en su mayoría esta tesis. Por su concreción y rigor cabe citar la realizada por Hanson (1970) con niños de cuatro años de edad. El grupo de experimentación participó en Sesiones de conducta motriz de media hora de duración por un periodo de diez semanas. Realizada la evaluación de la conducta afectiva antes y después del programa, se verificó que la ansiedad en los niños del grupo experimental —a diferencia de los del similar grupo de control— había disminuido significativamente.<sup>8</sup>

### **EL «AUTOCONCEPTO» Y LA IMAGEN DEL CUERPO**

Este tema se ha investigado mucho con niños y adolescentes en Norteamérica, como lo prueba la profusión de autores entre los que destacan Sheppard, Lay, Schultz, Neale, Bonniweil, Jonson, Hellison, Belzer, M. W. Davis, Read, Ball, Clifford, Silberman, Gussis, Brown, Stone, etc. Los resultados en general son altamente positivos, tal como lo expresa E. McCloy Layman: «Los programas para el desarrollo de la aptitud física tienen como resultado un realce del concepto del cuerpo, de la catexia del cuerpo, del auto-concepto y de la auto-catexia, así como una disminución de la auto-discrepancia con el yo ideal.»<sup>9</sup>

Podríamos decir que estas investigaciones se encuentran aún en su fase inicial. Se tocan temas, o demasiado parciales o insuficientemente definidos. Los instrumentos técnicos empleados (tests, estadísticas, análisis factorial, etc.) no alcanzan en muchos casos las adecuaciones requeridas para tan complejos objetos medibles.

En general la mayor parte de estos estudios han sido realizados a partir de unos encasillamientos de conductas motrices en el ámbito de una más o menos tradicional educación física. El objetivo más común ha sido descubrir hasta qué punto los programas de educación física deben imponerse como materia necesaria en los «currícula» escolares y con qué intensidad. Pero en general son programas de educación física que todavía no han recibido la radical transformación en la manera de asumir el propio movimiento tal como se desprende de la «auténtica» línea de los psicomotricistas. Por eso E. McCloy Layman señala que «Los cambios de personalidad debidos a programas de educación física (principalmente en la mejora del auto-concepto y auto-catexia) se producen con la mayor probabilidad en consecuencia de programas desarrollados para ir al encuentro de necesidades individuales, con maestros que desempeñan también el papel de amigo comprensivo y/o psicoterapeuta»<sup>10</sup>. Es decir, se apunta hacia una más profunda acción educativa que la simple aplicación del programa. Por eso añade como condicionamientos otros factores que configuran el verdadero contexto educativo del niño, aquellos precisamente que la «educación permanente» pretende integrar como sistema: «la edad, el sexo, la salud, la inteligencia natural, la constitución física, las actitudes de padres e hijos, las experiencias de éxitos y fracasos en el pasado, la naturaleza de las relaciones entre maestro y estudiante, los valores presentes en la subcultura, etc.» De todas estas y otras semejantes realidades dependen los resultados.

---

<sup>8</sup> Tomado de E. McCoy Layman «Psychological Effects of Physical activity» en *Exercise and Sport Sciences R.*, 2, 1974.

<sup>9</sup> Tomado de E. McCloy Layman «Psychological Effects of Physical activity» en *Exercise and Sport Sciences R.*, 2, 1974.

<sup>10</sup> McCloy Layman, o. c.

Pero ya se están iniciando estudios a partir de experimentaciones de más profunda significación pedagógica. En un afán de valorar desde las primeras edades —desde el primer año— la influencia global de una **estimulación** metódica de la actividad cinética en otros aspectos de la personalidad —entre ellos el intelectual— se ha iniciado en 1977 en Méjico bajo los auspicios de la Dirección General de Educación Física y la dirección de la profesora L. Strafford, una exploración con participación interdisciplinaria (profesores de educación física, psicólogos, médicos, asistentes sociales, etc.). Todavía no hay resultados; incluso parece que la investigación ha derivado hacia un programa directo de acción educativa global. No obstante, el intento es ambicioso, digno de que cundan imitaciones y se aquilaten métodos.

Ya hace quince años L. Diem abordó con valentía el estudio de la estimulación metódica al movimiento en los niños desde su nacimiento. En el Congreso Internacional de Educación Física de Madrid en 1966 presentaba ya la sugestiva comunicación «El deporte en el primer año de vida». Sus originales sistemas de estudio, no del todo encasillables en metodologías establecidas, y su perseverancia le han llevado a notables logros. «*El moverse* —concluye L. Diem— *es una experiencia elemental* del niño. Al andar, percibe nuevos espacios, nuevas conexiones y nuevos problemas. El aprendizaje del movimiento va más allá de la mera adquisición de habilidades motrices, ocasiona también vivencias emocionales y cognitivas, es decir, vivencias que fomentan la inteligencia. Por medio de su capacidad de moverse desarrolla el niño su facultad de observación, su creatividad, su capacidad de coordinación y de este modo, su sentido del equilibrio, del espacio y del tiempo. Adquiere *conocimientos* y con éstos, aviva su inteligencia, su actuación lógica y el control de si mismo... La utilización autónoma de la aprendido es la meta de la educación motriz.»<sup>11</sup> No son afirmaciones gratuitas, sino densamente vividas y comprobadas. Constituyen ellas solas un serio tema de preocupación educativa.

Capitulo aparte merecen los estudios realizados sobre la actividad física programada dentro de las áreas de la educación especial. Es tema más antiguo que los anteriores y más desarrollado científica a prácticamente en casi todos los países. La simple enumeración bibliográfica sería larguísima. Aquí en general los resultados han sido altamente positivos. En casi todas las áreas de la conducta se han derivado notables progresos a partir de programas de actividad física tanto en subnormales como en minusválidos de diverso tipo y grado. Y aquí generalmente no importa qué escuela a método se haya empleado. Los resultados son casi unánimemente satisfactorios.

El profesor Vodla, encargado por la A.A.H.P.E.R. de desarrollar para todos los Estados Unidos de América un programa de actividades físicas para minusválidos, en su alocución de presentación de una sesión de educación física hecha ante el «Comité de expertos sobre la continuidad de la educación física escolar y la practica del deporte de adultos» reunido por la UNESCO en Washington en octubre de 1977, decía textualmente: «Para estos niños —para los minusválidos— la educación física no es una materia muy importante, es la principal educación.»<sup>12</sup> Cabría preguntarse hasta qué punto pueda ser válida esta afirmación para todos los humanos, puesto que todos, psicológica y sociológicamente, tenemos bastante de minusválidos.

Pero al margen de traspolaciones ocurrentes, el rotundo hecho en si del enorme poder reeducativo —educativo— de la motricidad en toda esta humanidad más a menos defectuosa nos retorna al núcleo de nuestras preocupaciones. El minusválido, y aún más el subnormal, es un ser con mayores pervivencias infantiles. El éxito de la psicomotricidad en su educación nos advierte una vez más de la trascendencia de tal conducta en las primeras épocas de la vida.

Y dentro de esta rápida ojeada sobre los estudios e investigaciones a cerca de la posible influencia de la motricidad en otras áreas de la conducta he dejado para el final un capitulo especialmente significativo.

## LA PSICOMOTRICIDAD Y EL DESARROLLO INTELECTUAL

El estudio de este tema se ha incrementado enormemente en los últimos diez años. Dada la imprecisión y amplitud del término desarrollo intelectual o conducta intelectual, las investigaciones se han concretado más bien a determinadas áreas operacionales.

---

<sup>11</sup> L. Diem, *Kinderblernen Sport* (Sport im 1, bis, Lebensjahr) Kösel-Verlag, München, 1974

<sup>12</sup> El autor de este trabajo participó en dicha reunión.

Así, ha sido experimentada la posible influencia de la actividad motriz en la *memoria*, aceptada desde Bloom como una de las operaciones intelectuales básicas. Han obtenido resultados positivos en retención memorística a corto plazo McCormick, Schnobrich, Cratty, Villard: en retención del contenido semántico a largo plazo Cratty, Martín y Szczepanik. Más complicados pero menos sugestivos son los estudios acerca de la influencia de la actividad motriz en habilidades mentales que implican *discriminación*, *categorización* u operaciones similares de clasificación. También Cratty ha investigado este punto, sin resultados especialmente significativos por ahora.

Aun en los procesos de *valoración (evaluación)* que tanto Bloom en su «taxonomía» como Guilford en su «estructura del intelecto» colocan en el superior nivel cognitivo, se ha intentado buscar que posible resultado de mejoramiento operativo pueda obtenerse con programas especiales de actividad cinética. Mosston y Cratty han trabajado en este empeño, todavía sin conclusiones contundentes, dada la complejidad de tales tareas intelectuales. Se abordan nuevos temas definidos según las funciones intelectuales catalogadas por análisis factorial, comprensión y fluidez verbal, factor numérico, factor espacial..., capacidades de síntesis, pensamiento «convergente» y «divergente», «teorización» o «descubrimiento de principios». Prácticamente todos los niveles y formas del hacer intelectual, del pensamiento, se abordan ya en sus posibles conexiones con la actividad motriz.

Quizá los estudios más relevantes, al menos los de más honda repercusión para nuestro tema, sean los realizados por Piaget y su escuela. Repartidos entre varias de sus obras aparecen una serie de principios y hallazgos que vienen a constituir una verdadera teoría acerca de la decisiva influencia de la motricidad en el mundo de la inteligencia-pensamiento.

«Es a partir de la motricidad —afirma— como se elaboran progresivamente, por reorganizaciones sucesivas, las estructuras que van a dar nacimiento a las formas superiores del pensamiento.» Piaget da la primacía a la acción: «El sujeto se construye a partir de su propia acción sobre los objetos y sobre los demás.» Para Piaget, la conducta motriz está en la base de todo el desarrollo intelectual, incluso de la inteligencia puramente pensante: «Las estructuras que caracterizan el pensamiento proyectan su raíz en la acción y en los mecanismos sensorio-motrices más profundos que el hecho lingüístico.»<sup>13</sup>

En su teoría sobre las estructuras operativas define lo que entiende por operación, la cual «no se reduce a una figura o a una imagen; es sobre todo una acción, una coordinación de acciones en el seno de una estructura de conjunto que posee las leyes de la totalidad.» Para Piaget, esta acción constructora de las progresivas estructuras es, al principio de la vida, casi totalmente motricidad. La significación de ésta va reduciéndose poco a poco para ocupar entre los ocho y los doce años un papel menos relevante y a partir de los doce, cuando se accede al periodo de la «inteligencia formal», reducirse a un papel secundario. Pero nunca desaparece del todo su valencia: «la inteligencia psicomotriz no es ni una etapa que pasar ni un estado que cumplir. Está en continuo devenir y siempre inacabada.»<sup>14</sup>

Tanto en psicología evolutiva como en el estudio de la inteligencia, Piaget es universalmente respetado por pedagogos, psicólogos y profesionales que estudian la conducta en general. Los pedagogos profesionales no se han dado cuenta hasta qué punto, en la relevancia que Piaget da a la psicomotricidad en toda la tarea de la construcción de la persona, está formulada implícitamente una transformación radical de toda la acción educativa.

Pero indudablemente —y en ello es menester insistir—, planteados los interrogantes a este nivel, la primera tarea es la renovación de los conceptos mayoritariamente vigentes sobre educación física; puesto que toda la presente argumentación no apunta por las buenas a un simple trueque de educadores. En un ensayo recientemente publicado<sup>15</sup> me permití escribir estas frases: «inmenso avance hacia una profunda y verdadera educación general se conseguiría sustituyendo ya, sin más, las Escuelas Normales del Magisterio o Escuelas

---

<sup>13</sup> Piaget, J. El nacimiento de la inteligencia en el niño (vers. esp. de *La naissance de l'intelligence chez l'enfant*) Aguilar. Madrid. 1979.

<sup>14</sup> Piaget. o. c.

<sup>15</sup> Cagigal, J. M., «Bases antropofosóficas para una educación física», en *Cultura intelectual y cultura física*, Edit. Kapeluzs, Buenos Aires, 1979.

Universitarias de Profesorado de Enseñanza General Básica, por instituciones simplemente formadoras de profesores de educación física, suficientemente entendida tal formación. Pero éste es tema apasionante —y reconozco que polémico (aunque la polémica desaparecería en cuanto desapareciese la ignorancia)— como para ser tratado monográficamente y con esmero en otra ocasión.» No es ahora esa “otra ocasión. Tampoco debe entenderse que basta simplemente sustituir las actuales escuelas de formación del profesorado básico (maestros, profesores de E.G.B.) por los *actuales* institutos o escuelas donde se forman profesores de educación física. Esto sería un disparate. Porque en los actuales institutos o escuelas de formación de profesorado de educación física en los distintos países se imparte un tipo de formación —en medio de la enorme disparidad entre unos y otros— muy alejada de lo que puede ser un educador corporal contemplado a partir de estos planteamientos.

Acerca de *cómo* haya de enseñarse la educación física —más que los ejercicios que constituyen el *contenido* de La misma— existe una corriente de rigurosa crítica centrada en un grupo internacional con prestigiosos profesionales como Whiting, Mosston, Schaffers, L. Heinila, Grossing, Telama, etc., pilotados por M. Pieron, con el tema general de «análisis de la enseñanza». De tal grupo se esperan serios resultados que ayudarán a una fundamentada renovación de esta enseñanza por el movimiento.

Pero son necesarias también otras fuentes de renovación originadas desde profundos replanteamientos ideológicos y teóricos.

### TEMPORALIDAD Y DEGRADACION CORPORAL

Una perspectiva no habitualmente adoptada en temas de educación corporal es la que considera el hecho existencial del envejecimiento y la enfermedad. Nuestro cuerpo es fuente de dolencias, achaques, empobrecimiento. Nuestra corporalidad se transforma. El yo es soporte personal de sucesivos y distintos cuerpos, de constelaciones celulares y tejidos que se renuevan totalmente cada 6 u 8 años. Entre uno y otro de estos ciclos el aspecto, la misma constitución cambian. Al principio de la vida crece, aumenta, se potencia, se capacita; luego se mantiene más o menos; y finalmente, en la involución, se empobrece, pierde capacidad y energía. En la vejez el cuerpo es más una carga, un lastre, que una fuente energética.

Una profunda educación existencial-corporal debe plantearse esta implacable realidad. Es tema que en diversas épocas han abordado algunas filosofías educativas, y a cuya meditación han contribuido en general las religiones. Pero la interpretación dualista, desde viejas corrientes persas hasta el maniqueísmo de Occidente, ha contribuido —con más arraigo en las filosofías educativas de occidente que en las de oriente— más que a una asunción activa de la fugacidad corporal, a un desprecio o alejamiento del cuerpo (al que ya anteriormente hemos hecho alusión).

Una de las profundas limitaciones filosóficas de las modernas escuelas de la psicomotricidad, es que sitúan como horizonte definitivo un esplendor de funcionamiento de la persona corporal. Y, sin embargo, esta persona, pasando cierto periodo de plenitud juvenil y de primera madurez, inicia, en cuanto cuerpo, una regresión, un implacable retroceso hacia el ocaso. En los programas de actividad física para la tercera edad se insiste equivocadamente en términos como «gimnasia de mantenimiento» y otros semejantes. Considero esto un error. La actividad corporal con vistas a la vejez y lo que se haya de desarrollar en la vejez no tiene como objetivo el mantenimiento de un cuerpo en buena forma, sino la adecuación de la persona a una nueva y disminuida realidad corporal. Supone un tipo de educación corporal distinta.

A las escuelas psicomotricistas les falta una más profunda filosofía del hombre para llegar a incorporar con plenitud de aceptación existencial este hecho universal del envejecimiento.

Una renovación educativa a partir de la realidad corporal ha de plantearse radicalmente esta asunción eucrónica.

Educación permanente, es decir, educación para saber vivir plenamente consigo y con los demás toda la vida, no puede apuntar solo al esplendor de una época, sino también a una satisfaciente y frutiva vida en la tercera edad, incluso en la más profunda vejez, a la cual más o menos todo hombre desea llegar; riqueza de existencia personal que fecundará a su vez el diálogo social. La figura del anciano equilibrado y optimista

como elemento de integración y enriquecimiento social, ha sido proverbial en algunas culturas. La educación predominante en nuestro tiempo mira exclusivamente al periodo cronológico de esplendor humano —desde la juventud hasta la primera madurez—; es injusto tanto con la infancia, con la que se actúa educativamente solo en función del modelo adulto, como con la tercera edad, a la que se considera imbécil e incapaz. Una educación corporal sin pruritos de campeonismos, «performances» ni modelos físicos esplendorosos, puede significar uno de los elementos rectificadores de la evaluación educativa.

Lo dicho acerca de la decadencia corporal por los años, vale con especial significación para el cuerpo enfermo, minusválido o subnormal.

Es muy amplio el tema, y las limitaciones de espacio fuerzan a dejar el asunto simplemente esbozado, pero como uno de los importantes capítulos que deben ser integrados en todo estudio de la educación del hombre corporal.

## CONCLUSION

Dos ideas fundamentales se desprenden de la presente reflexión: Una se refiere al papel de la motricidad —o psicomotricidad (prácticamente es lo mismo)— en la tarea educativa general a partir de las reales demandas del niño y como garantía de una conducta básica global y coherente.

Otra, la profunda renovación que tal planteamiento exigiría de lo que hoy se entiende por educación física (educación por el movimiento, pedagogía deportiva, etc.).

Ambas cosas —educación general a partir de un núcleo fundamental psicomotricista, y ésta (la psicomotricidad) entendida como realidad total de la persona, gratificante, motivante, suficiente en si misma y activamente enriquecedora— pueden y deben por su misma sustancia estar plenamente incorporadas en el concepto de educación permanente. Precisamente estas maneras de entender educación y psicomotricidad, sintetizadas en la expresión *educación corporal*, pueden constituir primera garantía de un hombre abierto, siempre educable.

Cuáles hayan de ser los contenidos —es decir, la descripción de las destrezas definidas y de los ejercicios concretos para conseguirlas— es asunto que se sale del presente planteamiento teórico. Más aún: con una visión de educación de actitudes básicas y de relaciones corporales de la persona consigo misma y con el mundo, se puede poner en tela de juicio el que deba subsistir la clásica preocupación por destrezas definidas y por ejercicios concretos.

Debe bastar una cartilla elemental: saber qué se pretende en la acción educativa con el niño; describir algunos objetivos y no preocuparse más. Eso si, deberá conocerse lo más a fondo posible qué es el niño (ciencias de la conducta, antropología, filosofía, anatomía, fisiología, biomecánica...), qué es la sociedad (ciencias sociales). Como contenido pedagógico, no más que unos cuantos objetivos concretos.

Lo fundamental es la fijación de unos grandes fines y de unos objetivos concretos. En tal sentido deben estar cubiertos: la adquisición de una capacidad fisiológica; la integración psicofísica con un buen equilibrio personal, atendiendo al conocimiento vivido del cuerpo, a la adquisición de patrones básicos de movimiento, a la elaboración del propio esquema corporal, al disfrute en el ejercicio físico, etc.; la adaptación al medio físico, atendiendo fundamentalmente a la elaboración de un correcto esquema espacial; y la integración en el mundo social, atendiendo a la adquisición de conductas corporales aptas para la intercomunicación. Pero todo ella buscando las formas naturales de movimiento y los hábitos socio-culturalmente más normales.

Hay mil tareas corporales distintas que pueden conducir a unos mismos resultados de enriquecimiento personal. Lo principal para conseguirlo es la forma de asumir la propia conducta, con la total implicación de la persona. Solo así es como ésta —la persona— queda enriquecida desde los factores de ejecución hasta la inteligencia motriz, con las mayores garantías de buen aprendizaje en la fruición y en la vivencia sentida, expresada y comunicada.

Esta educación corporal tampoco debe asimilarse al fuerte movimiento deportivo que hoy sigue creciendo en el mundo. Indudablemente poco tiene que ver con el deporte más a menos oficial, público, integrado en las federaciones deportivas. Pero tampoco coincide ni siquiera con los espontáneos movimientos de deporte popular, tal como se expresan en las espontáneas masas de practicantes de «jogging», de marchas ciclistas, de marathones masivos, etc. Tales movimientos tienen, creo, un profundo significado sociológico como respuesta a contestación práctica y positiva al establecimiento oficial deportivo. Suponen un movimiento sanamente deportivo, una especie de regreso al primigenio deporte de actividad físico-recreativa, el cual se ha sentido traicionado por la excesiva solemnidad del deporte organizado de nuestro tiempo.

Pero es un fenómeno popular muy distinto de lo que pueda entenderse como educación por el movimiento, como básica educación corporal. Aun cuando el gesto deportivo y la conducta natural ludo-competitiva, que es la esencia del deporte, sea una de las conductas naturalmente incorporables a la educación por el movimiento, no obstante, el deporte estructurado socialmente como tal, instaurador de un verdadero subsistema social, rebasa con mucho los meros patrones cinéticos y de espontánea relación humana convenientes para una educación corporal.

Son muchas las acciones posibles en toda esta tarea. Creo que pueden concentrarse en tres fundamentales:

- La primera, la más fácil pero la menos concreta, es la acción cultural: Publicaciones, seminarios para educadores críticos y para profesores de educación física autoexigentes: todo tipo de acción difusora de las ideas-madres; y de slogans certeros.
- La segunda es la experimentación pedagógica. En la anteriormente citada «reunión de expertos sobre la continuidad de la educación física escolar y la practica del deporte de adultos» convocada por la UNESCO en Washington en 1977 se aprobó la siguiente recomendación: «Estudiar las condiciones para la creación de escuelas primarias experimentales en las cuales los programas y el proceso educativo fuesen estructurados alrededor de una educación por el movimiento.» Esta es una de las líneas prácticas más interesantes que se podrían seguir. Naturalmente la fundación de tal tipo de instituciones, dada todavía el entorno social y las actitudes y estereotipos dominantes, no es nada fácil. Pero he ahí un importante camino práctico. Situados en la perspectiva de la educación permanente, lo sugerido es igualmente válido para cualquier tipo de instituciones experimentales fuera de la escuela.
- La tercera es la transformación convergente de los profesionales de la educación física y de los profesionales de la educación, instaurando en sus respectivos «currícula» académicos los sistemas de formación y selección exigidos por esta manera de entender la educación.

Ninguna es tarea fácil. Pero no podemos sonar que sea fácil pasar de una sociedad donde el hombre aspira a dominar y a saberlo todo, a una sociedad donde el hombre aspire a ser permanente aprendiz.

## BIBLIOGRAFIA DEL CAPITULO IX

1. ANDREWS, J., *Essays on Physical Education and Sport*, Stanley Thornes. Cheltenham 1979.
2. ASHER, J., «The total physical response to second language learning» *Mod language j.* LIII, n.º 1, enero 1969.
3. BERNARD. M., *Le corps*, Editions Universitaires, Paris 1972.
4. BLOOM, B., *Taxonomy of Educational Objectives (Handbook I Cognitive Domain*, McKay, New York, 1956.
5. CAGIGAL, J. M., *Deporte y agresión*, Editorial Planeta, Barcelona 1976.
6. CAGIGAL, J. M., *Cultura intelectual y cultura física*, Editorial Kapelusz, Buenos Aires 1979.
7. MCCLOY LAYMAN «Psychological Effects of Physical Activity» en «Exercise and Sport Sciences Rewiews», 2, 1974.
8. CRATTY, B. J., *Psychomotor Behavior in Education and Sport*. Charles c Thomas Publ, Springfield-Illinois 1974.
9. CRATTY. B. J., *Some educational implications of movements*, Seatle. Washington 1970.
10. CRATTY, B. J., and MARTIN SIRTER, M. M. *Perceptual-motor effyciency in children*, Lea and Febiger, Philadelphia 1969.
11. CRATTY, B. J., *Remedial motor activity for children*, Lea and Febiger. Philadelphia, 1975.
12. CROPLEY, A. J. *Lifelong Education..., a psychological analysis*. Pergamon Press. edit. por UNESCO Institute of Education, Hamburg 1978.
13. DAVE, R. H. *Lifelong Education and School curriculum*, UNESCO Institute for Education, Hamburg p. 1973.

14. DELACATO. C. N. *The diagnosis and tratment of Speech and Reading Problems*, Thomas. Springfield 1964.
15. DIEM. L. *Deporte desde la infancia* (versión española de *Kinder lernen Sport*). Editorial Miñón. Valladolid 1979.
16. FLEMING, J. W. *Perceptual-motor programs* en R. SINGER y otros, *The chomotor Domain.*' *Movement Behavior*, Lea y Febiger, Philadelphia 1972.
17. FREUD, S. *Esquema del Psicoanálisis*, vers. española. Editorial Nova, Buenos Aires, 1952.
18. GRUPE. O. *Teoría pedagógica de la educación física* (vers. española de *Studien zur padagogischen Theorie der Leibeserziehung*), Instituto Nacional de Educación Física. Madrid 1976.
19. KEPHART. N. C. *The slow learner in the classroom*, Charles E. Merrill, Columbus, 1960.
20. KIRSCH, A.. und DIEM. L. *Lernziele und Lernprozesse im Sport der Gundschule*, Limpert, Frankfurt/Main 1975.
21. LENGRAND. P. *Introducción a la educación permanente* (versión española de *Introduction a l'education permanent*), UNESCO-Teide, Barcelona 1973.
22. LURIA, A. R. *El cerebro en acción* (versión española), Editorial Fontanella, Barcelona 1974.
23. MARRAZZO, Maria Cristina y Teófilo, *Mi cuerpo es mi lenguaje*, Editorial Ciordia, Buenos Aires 1975.
24. MOSSTON, M. *Teaching: From Command to Discovery*, Wadsworth Publ., Belmont 1972.
25. PARLEBAS, P. *Activités physiques et education motrice*, Editions Revue Education Physique et Sport, Paris 1976.
26. PIAGET, J. *El nacimiento de La inteligencia en el niño* (ver. española de *La naissance de l'intelligence che l'enfant*), Aguilar, Madrid 1969,
27. PIAGET, J. *Les problemes des stades en Psychologie de l'enfant*, P.U.F. Paris 1955.
28. PIAGET, J. *Les mecanismes perceptives: modeles probabilistes, analyse genetique, relations avec l'intelligence*, P.U.F. Paris 1961.
29. PIAGET, J. *Six etudes de Psychologie*, Gauthier, Geneve 1964.
30. PIAGET, J. *Psychologie et Pedagogie*, Denoël, Paris 1969.
31. PICADO. M. E. *The effectiveness of Physical Education Activities as a Means of Teaching Academic Concepts*, en «International Journal of Physical Education (Gymnasion)», XV, 1,1978.
32. RECLA. J., KOCH, K. UNGERER, D. *Beiträge zur Didaktik und Methodik der Leibesubungen*, S. 14 Schorndorf, 1972.
33. RÖTIG, P. BEYER, E. *Beiträge zur Gegendstandsbestimmung der Sportpädagogik*, Hofmann Verlag, Schorndorf 1976
34. SEYBOLD, A. *Principios pedagógicos en la educación física* (versión española de *Pädagogische Prinzipien in der Leiheserziehung*), Editorial Kapelusz. Buenos Aires 1974.
35. SKAGER, R., DAVER. H. *Curriculum Evaluation for Lifelong Education*, Pergamo Press, UNESCO, Institute for Education 1978, Hamburg 1978.
36. SINGER, R. N. *Physical Education: Foundations*, Hold, Rinehart, Winston 1970.
37. RIOUX, G., CHAPPUIS, R. *Les bases Psychopedagogiques de l'education corporelle*, J. Vrin, Paris 1968.
38. SINGER, R. N. *The Psychomotor Domain: Movement Behavior*, Lea and Febiger, Philadelphia, 1972.
39. VAYER, P. *L'enfant face au monde*, Doin Editeurs, Paris 1978.
40. VAYER, P. *Le dialogue corporel*, Dam Editeurs, Paris 1976.
41. WIDMER, K. *Zum Problem des Lehrer-Schuler-Verhältnisses Em Sportunterricht*

姓名  
姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名  
姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名  
姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名  
姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名 姓名



